



T E S I S D O C T O R A L

Una cotidianeidad ritualizada:

Formas de racionalidad prehistórica durante el Bronce Medio en la Submeseta Norte

Alejandra Sánchez Polo



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA Y ARQUEOLOGÍA



Una cotidianeidad ritualizada:
Formas de racionalidad prehistórica durante el Bronce Medio
en la Submeseta Norte
TESIS DOCTORAL

Realizada por:

Alejandra Sánchez Polo

Bajo la dirección de:

Dr. Antonio Blanco González

Dr. Ángel L. Esparza Arroyo

Salamanca, 2021

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA Y ARQUEOLOGÍA



**Una cotidianeidad ritualizada:
Formas de racionalidad prehistórica durante el Bronce Medio
en la Submeseta Norte**

Alejandra Sánchez Polo

Vº.Bº Dr. Antonio Blanco González

Vº.Bº Dr. Ángel L. Esparza Arroyo

A mi madre,

Por sostenerme siempre.

A Ángel y Antonio,

Por acompañarme en el discurrir del Bronce

Agradecimientos

Hay mucho que agradecer a muchas personas e instituciones desde que inicié la tesina hasta que esta tesis doctoral ha podido concluir y, sinceramente, espero no dejar a nadie sin nombrar.

Durante los años 2009 a 2013 disfruté de una ayuda competitiva para la contratación de personal investigador en formación por parte de la JCYL (Orden EDU/1933/2008), y al año siguiente de una beca para el estudio de la Fundación Inés Luna Terrero. Gracias a los sucesivos proyectos liderados por Ángel Esparza pude estudiar el material arqueológico y reunir información de tantos museos y servicios territoriales en esos años. Se trata de los financiados por la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación (MICINN, MINECO): HAR-2009-10105/HIST y HAR2013-43851-P. La Universidad de Salamanca me otorgó dos Ayudas a la Investigación para las estancias internacionales en Canadá e Irlanda. Agradezco profundamente a Bryan Hayden, de la Simon Fraser University (Columbia Británica) el haberme acogido, discutido y ofrecido tanta bibliografía acerca de *pit houses* históricas. También a Rut Tringham, de la University of California-Berkeley en San Francisco las conversaciones mantenidas y la facilidad de estudiar los barros de Opovo. Finalmente, a Joanna Brück, que en 2013 estaba en el University College Dublin, la hospitalidad y largas discusiones sobre procesos posdeposicionales. En todas estas universidades no sólo me beneficié de sus impresionantes bibliotecas y repositorios, sino que los espacios de trabajo y ambientes fueron imprescindibles para avanzar partes sustantivas de la tesis. Catherine D'Andrea me hizo sentir en casa en ese día de Acción de Gracias canadiense, mientras que Rob Sands y Connor McDermott hicieron lo propio en Dublín, gracias a todos. Una mención muy especial se la dedico a Mercedes Suárez, quién me instigó a probar suerte en el mundo arqueométrico, guió durante muchas sesiones con el viejo *difraktometer* y discutimos sobre estos barros prehistóricos. Los agradecimientos que pueda expresar aquí hacia ella se quedan muy cortos, pocos en palabras y sentimiento.

A quienes velan por el patrimonio y su conservación y trabajan para ello desde ámbitos institucionales o como empresariales, la lista es larga, puesto que ha contribuido un abanico importante de personas y entidades: los queridos Javier Velasco y Corina Liesau, investigadores de los citados proyectos. Gracias Xabi por los largos mails a los que gustosamente contestabas un montón de dudas y posibilidades interpretativas sobre 'detalles nimios' de los muertitos cogoteños. A Raquel Blanco y Ana Belén Camarero del Archivo de la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León por las facilidades en la consulta de memorias e informes de excavación de los años 1980 de toda la comunidad. A los diferentes servicios de arqueología territoriales de la Junta de Castilla y León, que guardan el patrimonio y me han facilitado valiosísima documentación conservada en sus centros, de muy diversa índole, desde informes a diapositivas o negativos de fotografías: Francisco Javier Fabián en Ávila, con quien, además,

siguiendo unas huellas de conejo impresas en la nieve, llegamos hasta unas casas quemadas calcolíticas; Cristina Lión en Palencia; y Esther González en Salamanca. A las direcciones y departamentos de conservación de los diferentes museos que visité: Alberto Bescós, Rosario Pérez, Dolores Torrero (Museo de Salamanca, donde pasé muchos meses en diversas estancias y dependencias); Eloísa Wattenberg y Antonio Bellido (Museo de Valladolid); Marian Arlegui, Blanca Martínez y Alejandro Plaza (Museo Numantino, Soria); Marta Negro (Museo de Burgos); Javier Pérez y J.J. Fernández González (Museo de Palencia); Manuel Antonio García (Museo de León); Jaione Agirre (Museo Bibat de Vitoria); Antonio Dávila (Museo Arqueológico Regional de Madrid); Alberto González (Museo de San Isidro-Los Orígenes de Madrid); Antonio Méndez Madariaga (Dirección General de Patrimonio Histórico-Artístico de la CCAA de Madrid); al personal del Archivo Histórico Provincial de Salamanca, ya que me brindaron información sobre ciertos sitios salmantinos. A los arqueólogos y empresas de arqueología que me han facilitado tanto material inédito: a Ángel Luis Palomino (Aratikos Arqueólogos) Burgos; a Pedro Cruz Sánchez, a Jesús Misiego (Strato) y a Javier Quintana (Alacet), todos ellos en Valladolid; a Manuel Carlos Jiménez (Estudio de Arqueología) y José Ignacio Martín Benito de Salamanca; y a Raúl Martín Vela de Segovia.

En un tono más cercano, agradezco a la casa donde esta tesis se ha fraguado, puesto que mis profesores han sido apoyos constantes. Gracias a la financiación y apoyo del Grupo de Investigación Reconocido PreHUsal y de su director Esteban Álvarez, pude elaborar las láminas delgadas que se estudian en esta tesis, asistir a un curso Erasmus+ en 2019 que se impartía en París sobre petrografía y la impresión de la tesis. También agradezco a Enrique Ariño, director del departamento en ese momento, el facilitarme un espacio de trabajo en los años 2018-2020 y a los profesores que han contribuido a que el Departamento haya sido un lugar confortable, sobre todo a Cruces Blázquez, Juana Rodríguez y Esteban Álvarez. También a Juan Carlos García y personal de bibliotecas, especialmente a Juan Carlos por tanta ayuda, los bedeles, a Tomás en la cafería por alimentar el cuerpo en largos y exhaustos días. También a Alexandra Elbakyan, fundadora de *sci-hub*, por liberar tantísimos *papers* y romper el monopolio de las grandes multinacionales que comercian con el conocimiento.

También quisiera agradecer al Museo de Arte Precolombino Casa del Alabado, donde trabajé en Quito (Ecuador), que sus fundadores y dirección me concedieran una excedencia para trabajar tres meses en la tesis en 2016-2017 en Salamanca: gracias por el tiempo y la confianza brindada, Mario y Manuela Rivadeneira, Daniel Klein y María Fernanda Cartagena.

Mis compañeras y compañeros de despacho (2009-2013) fueron imprescindibles para comprender qué significa investigar mediante la organización de congresos, revistas, talleres y conferencias. A Judit López de Heredia por su amistad, las casas vitoriana y madrileña que me albergaron allá por el 2011, su cariño, aguda visión y ayuda en cuanto a los análisis de manteados de barros. Los intercambios de mails con María Pastor Quiles (Universidad de Alicante) y el envío de su tesis antes de publicarla fueron fundamentales para contribuir a las discusiones de barros quemados.

Mis amigas y amigos en Salamanca y alrededores han ayudado a sostenerme en este transcurrir, con las largas charlas online, los encuentros sociales de variada índole, las caminatas campestres y pastoriles y la escalada. Marta Ruiz y Aroa Medina “mis Las”, Noe Aguado y Clara Martín “esas amigas de adolestreinta”, el equipo de montaña (con Leti Caño y

Ana Andújar), los exiliados meseteños Dena Ojeda y Che Aldea, Jara Blanco, las tías-vecinas Cris García y Raquel Marcos, Javi “Dito” Pérez, Álvaro Carvajal, Nerea Sarasola, Scherezade García (especial agradecimiento por sus revisiones de editora), Carlos “Teje”-rizo, Víctor del Arco, Juanpa López y María Blanco, Alberto “el veci” Gómez, las @primolitas Eli, Raquel, Ali y Marina (especialmente por la maravillosa portada que ha diseñado), y Vir Carrera, gracias, cariños y arrumacos, todos vosotros y vosotras sabéis porqué. Sin vosotras, no hubiera sido posible.

Esta travesía, sin mi larga estancia en Ecuador, tampoco hubiera sido la misma, lo que es extensible a esta tesis. *Yupaychani, warmisitas*: Jimena Muthlehaler, Saralhue Acevedo, Luisa Ambrosi, Carolina Calero, Ximena Jurado, Mo Vásquez, Jazz Buitrón y Karina Barragán por descubrirme la magia, los colores, la hospitalidad y la espiritualidad–ritualidad que todo lo impregna en el mundo andino. También a Belén Iturralde, Daniel “el Travieso” González, Patty Bonilla, Jimena Leiva, Jonhhy “el Profeshor” Ugalde y Paulina Rosero, os agradezco tanta inspiración para trabajar con las sociedades prehispánicas y los ánimos constantes para terminar la tesis, mil gracias y cariños, *Dream Team* ecuatorial. Encuentro que he procesado las crisis (en su sentido etimológico griego), las inseguridades y las fortalezas gracias a la práctica del yoga y de la interiorización, gracias maestras: Cristina Prada, Nuria Om Tara, Isa Bhumi, Diana Casa Om y Agua Dulce.

Por último, pero no por ello los menos importantes, resta agradecer a los directores de la presente tesis. A Ángel que me acogiera bajo su ala como pupila desde el fin de 3º de carrera, antes de embarcarme en un año granadino. Estoy en deuda con él no sólo por haberme encauzado hacia mundo posprocesual y de la Edad del Bronce –con los que tanto disfruto–, sino también por haberme enseñado los pormenores de la Investigación (sí, con mayúscula), sus procesos, las diplomacias. A Antonio, que primero fue compañero doctoral, por haberme admitido como doctoranda con la tesis avanzada, y ayudado tantísimo en la fase final de la tesis, pero, sobre todo, por su ilusión contagiosa y espíritu curioso. Gracias a ambos por vuestra guía infatigable, las largas discusiones, el ánimo constante, vuestra minuciosidad correctora y tesón. Sin vuestras energías, esta tesis no hubiera llegado a su fin.

Mi familia ha sido fundamental para soportar(me en) las largas horas de estudio: mi hermano y Ali, la Mila, y mi madre siempre ha estado ahí. Esta tesis está dedicada a ella, ya que no sólo me dio la vida, si no que la sostiene. Gracias, mamá.

ÍNDICE

PREFACIO	15
-----------------------	-----------

CAPÍTULO 1. TIEMPO, ESPACIO Y PAISAJES DE COGOTAS I..... 17

1.1. LOS TIEMPOS Y EL ESPACIO DE COGOTAS I	17
1.1.1. LA TEMPORALIDAD	17
1.1.2. LA ESPACIALIDAD	21
1.2. EL MEDIO AMBIENTE DEL II MILENIO AC EN LA MESETA NORTE	22
1.2.1. LOS REZAGOS DEL EVENTO 4.2 KA BP Y SUS IMPLICACIONES SOCIALES	22
1.2.2. LOS PAISAJES QUE HABITARON LOS GRUPOS DE COGOTAS I	23
1.3. LOS ‘CAMPOS DE HOYOS’ DE COGOTAS I: CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES.....	25
1.4. LA MORADA DE LAS POBLACIONES DE COGOTAS I Y SUS COETÁNEAS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA	29
1.4.1. LAS FORMAS DE HABITACIÓN EN EL BRONCE PENINSULAR	29
1.4.2. LA ‘HUMILDE’ ARQUITECTURA DE COGOTAS I.....	34
1.4.3. LAS FORMAS DE HABITAR Y ABANDONAR EL TERRITORIO DE COGOTAS I.....	53
1.5. LA EVIDENCIA FUNERARIA DE COGOTAS I: UNAS PINCELADAS SOCIALES.....	58

CAPÍTULO 2. MARCO INTELECTUAL..... 65

2.1. INTRODUCCIÓN	65
2.2. UNA REVISIÓN AL SISTEMA DE RACIONALIDAD OCCIDENTAL.....	66
2.2.1. LA PROBLEMATIZACIÓN SOCIOLÓGICA Y ANTROPOLÓGICA	66
2.2.2. LA CRÍTICA POSCOLONIAL	68
2.2.3. LAS APORTACIONES POSPROCESUALES	69
2.2.4. LA CRÍTICA A LA INDIVIDUALIDAD	71
2.2.5. LAS IDENTIDADES RELACIONALES	72
2.2.6. LA TEORÍA DE LA FRAGMENTACIÓN	75
2.2.7. ‘DEPÓSITOS ESTRUCTURADOS’	76
2.2.8. ENCADENAMIENTO Y MEMORIA	78
2.3. UNA PROPUESTA TEÓRICA SOBRE LA RITUALIZACIÓN.....	80

CAPÍTULO 3. ¿DÓNDE ESTÁN LAS CABAÑAS DE COGOTAS I? 85

3.1. INTRODUCCIÓN: ‘UN POCO’ DE TEORÍA SOBRE LAS CABAÑAS EN ARQUEOLOGÍA	85
3.2. UNA PROPUESTA ALTERNATIVA: RITUALIZACIÓN MEDIANTE EL FUEGO	89
3.2.1. SIGUIENDO EL RASTRO DEL FUEGO: INCENDIOS DE VIVIENDAS EN LA PREHISTORIA	89
3.2.2. LOS RESTOS DE CABAÑAS QUEMADAS DE COGOTAS I	100
3.3. LOS TOLMOS: LA EXCEPCIONALIDAD DE LAS CABAÑAS QUEMADAS.....	102

3.3.1. EL YACIMIENTO	102
3.3.2. LAS CABAÑAS.....	104
3.3.3. LOS MANTEADOS DE BARRO	110
3.3.4. LAS CABAÑAS DE LOS TOLMOS, CONVERTIDAS EN HORNOS	126
3.4. TESO DEL CUERNO: LA OCULTACIÓN DE LA CABAÑA TRAS EL INCENDIO	129
3.4.1. EL YACIMIENTO	129
3.4.2 CARACTERÍSTICA DE LA CABAÑA	135
3.4.3. LOS MANTEADOS DE BARRO	137
3.4.4. LA BIOGRAFÍA DE LOS BARROS COCIDOS DEL SITIO.....	153
3.5. OTROS INDICIOS DE DOMITANASIA EN EL CONTEXTO DE COGOTAS I.....	157
3.6. LA LONGUE DUREÉ DE LA DOMITANASIA PREHISTÓRICA MESETEÑA	170
3.7. ALGUNAS CONCLUSIONES SOBRE LAS CABAÑAS QUEMADAS	173

CAPÍTULO 4. LOS CAMPOS DE HOYOS: LO DOMÉSTICO COMO ESPACIO DE RITUALIZACIÓN 179

4.1. LOS CAMPOS DE HOYOS, UNA PROBLEMÁTICA ANTIGUA	180
4.2. EL PAPEL DE LOS PROCESOS POSDEPOSICIONALES EN LA FORMACIÓN DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DE COGOTAS I	184
4.2.1. BREVE DISCUSIÓN DE LOS FENÓMENOS POSDEPOSICIONALES.....	185
4.3. UNA VUELTA A LOS ‘ANODINOS’ RELLENOS DE LOS HOYOS. EL ABANDONO DE LOS POBLADOS.	192
4.3.1. METODOLOGÍA DEL ESTUDIO TAFONÓMICO DE LAS CERÁMICAS.....	193
4.3.2. ESTUDIOS DE CASO	196
4.4. FRAGMENTACIÓN, EROSIÓN Y REMONTAJES: OTROS CAMPOS DE HOYOS DE COGOTAS I ESTUDIADOS BAJO ESTAS PERSPECTIVAS	237
4.5. DISCUSIÓN: LOS HOYOS COMO CONTENEDORES DE LA MEMORIA DE COGOTAS I	243
4.5.1. LOS RELLENOS DE LOS HOYOS DE COGOTAS I DESDE LAS PRÁCTICAS SOCIALES: UNA PROPUESTA SOBRE LAS FORMAS DE DEPOSICIÓN.....	245
4.5.2. LA ‘BUENA’ Y LA ‘MALA MUERTE’: ESTRATEGIAS DE EXHIBICIÓN Y OCULTACIÓN.....	254
4.6. REFLEXIONES FINALES SOBRE LOS CAMPOS DE HOYOS	255

CAPÍTULO 5. CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

5.1. SÍNTESIS INTERPRETATIVA: LA RITUALIZACIÓN PARA ABORDAR COGOTAS I	259
5.2. VALORACIÓN	264
5.2.1. DE LOS ANÁLISIS EMPLEADOS.....	264
5.2.2. DE LOS MATERIALES ESTUDIADOS	265
5.2.3. DE LAS DIFICULTADES ENCONTRADAS.....	266
5.3. PERSPECTIVAS DE FUTURO.....	267

BIBLIOGRAFÍA

ANEXO I. LOS TOLMOS (CARACENA, SORIA): LOS PROBLEMAS CRONOLÓGICOS DEL SECTOR A

I.1. LAS DATACIONES RADIOCARBÓNICAS DE LOS TOLMOS	312
I.2. DISCUSIÓN ESTRATIGRÁFICA	316
I.3. LA CERÁMICA DE LOS NIVELES DE LA EDAD DEL BRONCE	324
I.3.1. EL RELLENO DEL ENTERRAMIENTO DE INHUMACIÓN	325
I.3.2. EL SUELO DE LA CABAÑA PEQUEÑA (NIVEL D/I)	327
I.3.3. EL NIVEL C/II	331
I.3.4. LAS CERÁMICAS DEL NIVEL B/III.....	342
I.3.5. EL RESTO DE LOS MATERIALES DEL SECTOR A.....	342
I.4. CONCLUSIONES.....	343

ANEXO II. ARQUEOMETRÍA DE LOS FRAGMENTOS DE BARRO: DIFRACCIÓN DE RAYOS X Y ANÁLISIS PETROGRÁFICO**345**

II.1. INTRODUCCIÓN	345
II.2. METODOLOGÍA	346
II.2.1. DIFRACCIÓN DE RAYOS X	346
II.2.2. ANÁLISIS PETROGRÁFICO MEDIANTE LÁMINAS DELGADAS.....	348
II.3. LOS BARROS COCIDOS DE EL TESO DEL CUERNO (FORFOLEDA, SALAMANCA)	353
II.3.1. HOYO 6	354
II.3.2. HOYO 18	356
II.3.3. HOYO 21 (24)	359
II.3.4. HOYO 25	361
II.3.5. HOYO 34	364
II.3.6. HOYO 72	370
II.3.7. HOYO 99	371
II.3.8. HOYO 100	377
II.3.9. HOYO 110	378
II.4. LOS MANTEADOS DE BARRO DE LOS TOLMOS (CARACENA, SORIA)	379
II.4.1. LA CABAÑA PEQUEÑA (CAMPAÑAS 1981-1982).....	380
II.4.2. LA CABAÑA GRANDE (CAMPAÑAS 1977-1978)	386
II.5. DISCUSIÓN	402
II.6. CONCLUSIONES DE LOS ESTUDIOS ARQUEOMÉTRICOS	408

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Las distintas proposiciones temporales en relación con los estilos cerámicos de Cogotas I (Blanco-González 2014a: fig. 2 a partir de la propuesta de Esparza et al. 2012a)..... 20

Figura 2. Mapa de la extensión de Cogotas I: el área nuclear (línea continua) y la de expansión (trazos), con los sitios donde se han hallado cerámicas Cogotas I (puntos fuera) (a partir de Velasco-Vázquez & Esparza-Arroyo 2016: fig. 1, que modificaron el de Abarquero 2005).21

- Figura 3. Diversos ejemplos de campos de hoyos de la cuenca del Duero: a) La Aceña (Salamanca); b y e) El Cerro (Burgos); c y d) La Huelga (Palencia). A partir de las imágenes cedidas por Strato y Aratikos..... 27
- Figura 4. Grupos arqueológicos citados en el texto de la Edad del Bronce peninsular, a partir del Museo Arqueológico Nacional..... 29
- Figura 5. Recreaciones y excavaciones de los tipos de viviendas y urbanismo durante la Edad del Bronce en la península ibérica: a1) Recreación del poblado argárico de La Bastida (Totana, Murcia); a2) Vista aérea del poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén); b1) Infografía de una motilla del Bronce manchego; b2) Excavación arqueológica de la Motilla del Azuer; c1) Infografía de un poblado del Bronce Valenciano; c2) Plano y excavaciones de una vivienda de Laderas del Castillo (Callosa del Segura, Alicante); d1) Excavaciones en el poblado Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel); d2) Fondo de cabaña de Balsa la Tamariz (Tautés, Zaragoza), donde se aprecia la agresión del arado moderno. Fuentes: a1) Infografía elaborada por Dani Méndez-Revives [consulta mayo 2020: <http://www.la-bastida.com/LaBastida/>]; a2) (Alarcón García 2010: Lám. 95); b1) y c1) tomadas del MAN [mayo 2020: <https://www.manvirtual.es/>]; b2) Nájera *et al.* 2010: fig.2 ; c2) Pastor Quiles 2019: fig. 162; d1) Picazo Millán 2007: 153; d2) Rey y Royo 1993: 27. 32
- Figura 6. a) Manteados de barro con improntas de postes y palos, procedentes de Henaio (Alegría-Dulantzi, Álava); Muralla de Pico Aguilera (Villán de Tordesillas, Valladolid): b1) Restos del muro, b2) Vista aérea de la cerca que estrangula el páramo. Fuentes: a) Fotografía propia, Museo Bibat de Vitoria en 2013; b1) y b2) extraídas de Rodríguez Marcos y Moral del Hoyo 207: figs. 3 y 4. 35
- Figura 7. a) Técnicas constructivas; b) plantas identificadas para los restos de cabañas del Bronce Medio Tardío de la Meseta Norte. 37
- Figura 8. Diagrama de caja y bigotes de los tamaños de las viviendas de Cogotas I de la submeseta norte, donde el valor atípico u *outlier* pertenece a la cabaña de Manantial de Peñuelas y los tamaños de las viviendas se concentran entre el primer y el segundo cuartil. .. 38
- Figura 9. Estructuras constructivas de la Meseta Norte: a) Fondo excavado con postes perimetrales de la cabaña 1 de Las Almenas; b) *Longhouse* de El Manantial de Peñuelas, rodeada de hoyos y con una estructura anexa; c) Estructura de postes de Carratiermes; d) Estructura D-27 de La Huelga; e) Fondo de cabaña excavado con dos hoyos de poste (estructura 23), silo a los pies (est. 22) y entierro de tres niños (est. 10) de El Cerro. Fuentes: a partir de a) Strato, sin escala en el original (Sanz García & Villanueva Martín 2004); b) Villanueva, Carmona y su equipo (Villanueva Martín *et al.* 2013: fig. 3); c) Garrido (2000: fig. 41); d) Strato (1992a: Lám. IV.2); e) Diapositiva cortesía de Ángel Palomino, Aratikos (Negredo & Palomino Lázaro 1996). 39
- Figura 10. Estructuras habitacionales excavadas en Madrid: a) Infografía de la choza cuad. 23-Mancha 3/4 de Caserío de Perales; b) Planta y perfiles del 'Fondo' 125-126 de Fábrica de Ladrillos; c) Fondo de cabaña de La Dehesa (Alcalá de Henares). Fuentes: a partir de a) Iniesta Ayerra (2004: fig. 8.3); b) Blasco y su equipo (2007: fig. 302); c) Macarro (2002: 169).. 44

Figura 11. Monte Aguilar como ejemplo de tipos de ubicación donde se identifican ocupaciones de grupos cogotenses en Las Bardenas: a) Recreación de poblado y entierro en Llanos del Escudero, por Iñaki Diéguez Uribeondo; b) Vista desde el este de Monte Aguilar; c) Crte estratigráfico del sector A, con el muro pétreo de la fase V en la base y hoyos que recortan la estratificación arcillosa en el perfil; d) Zócalo de piedra con banco de adobe adosado de la fase VB del sector A; e) Planta de la fase II del sector A en la que se identifican el ‘fondo de cabaña’ y varios hoyos. Fuentes: a) consulta mayo 2020: <https://bardenasreales.es/comunidad/historia/>; b) y e) extraídos de Sesma *et al.* (2009: fig. 6 y 21); c) A partir de Sesma y García (1993: 127); d) extraído de Armendáriz (2008: 128)..... 48

Figura 12. Los espacios domésticos del Bronce Tardío de Moncín: a) plano general de la excavación con la corte X marcado en rojo; b) panorámica de la Muela de Borja, donde se asienta Moncín; c) Casa 1/complejo 121, techo de la secuencia del Bronce Tardío o estructura más moderna; d) Casa 2/complejo 108, vivienda más antigua del Bronce Tardío que fue desmontada. Fuentes: a) c) y d) a partir de la publicación de Harrison, Moreno y Legge (1994: figs 1.16; 4.11; 4.10); b) consultado en mayo de 2020: <https://www.mendikat.net/com/image/220803>..... 51

Figura 13. Síntesis del ciclo formativo del registro arqueológico, a partir de los trabajos de Schiffer (Rathje & Schiffer 1982; 1987; LaMotta & Schiffer 1999) y de las precisiones de Jiménez Jáimez (2007, 2008)..... 55

Figura 14. Esquema del proceso investigativo. 83

Figura 15. Proceso del incendio experimental de Bankoff y Winter (1979). Cabaña antes, durante y después de la conflagración..... 91

Figura 16. Sitio de Selevac. a1) *Tell* formado por la acumulación de sedimentos donde se observan las capas de barro rubefactados; b2) Excavación (1976-1979) de una cabaña quemada; b) Sitio de Opovo. Dos momentos de la excavación (1983-1989) de diferentes sectores donde se aprecian las concentraciones de bahareque quemado e intensamente rubefactado; c1) Barro con improntas de varas de Selevac; c2) Manteado rubefactado de un tabique interior con revoque externo, nº de inventario 291 de Opovo; c3) Sección de fragmento de barro cocido procedente de un tabique interior, nº 164 de Opovo; c4) Barro vitrificado, n.º 30 de Opovo. Fotografías de las excavaciones cortesía de Ruth Tringham (CoDA, Center for Digital Archaeology) y pellas cocidas estudiadas en el Center of Archaeological Research Facility (ARF) de la University of California-Berkeley..... 93

Figura 17. Resultado del incendio intencionado del Museo comunitario de La Concepción (Imbabura, Ecuador): a) vista general, donde se aprecia el suelo ennegrecido; b) interior; c) barro ennegrecidos y endurecidos de la zona superior de las paredes, que conservan impresiones de bahareque..... 98

Figura 18. El yacimiento de Los Tolmos: a) Localización en la península ibérica y en el contexto general de la zona de Caracena; b) Topografía y ubicación de las excavaciones arqueológicas; c) Fotografía de la zona del cañón del Caracena. Fuentes: a) MTN 1:50.000 combinado con el MDT y Ortoimagen 2017 de Castilla y León, extraídos de la plataforma IDECYL; b) a partir de Jimeno y Fernández Moreno (1991a: l. 5); c) a partir de

https://www.senderosgr.es/Docs/Derivaci%C3%B3n_Losana-Caracena.pdf (acceso 5-3-2020).	102
Figura 19. Restos óseos del bebé, con dibujo y fotografía de la inhumación plural en el momento de la excavación (Esparza-Arroyo <i>et al.</i> 2017: Fig. 2).	104
Figura 20. Síntesis del modo constructivo y reconstrucción de la cabaña pequeña de Los Tolmos (a partir de Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a: figs. 7, 8, 9, 10, 11 y láms. VII.2, VIII.1; Blanco-González 2011: fig. 3).	106
Figura 21. Planta del Sector A, con las secciones estratigráficas longitudinales marcadas de la cabaña grande (a partir de Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a: fig. 7).	107
Figura 22. Mandíbula localizada sobre el derrumbe de la cabaña pequeña del sector A de Los Tolmos, vistas cenital y lateral. Fotografías de Javier Velasco Vázquez.	108
Figura 23. Frecuencias de tamaño de los fragmentos cerámicos recogidos del interior de la inhumación del sector A.	110
Figura 24. Relación de restos de barro según peso y número de restos por cabaña.	111
Figura 25. Inclusiones vegetales (*) en dos manteados de barro de Los Tolmos, ambos de la cabaña grande: a) Sección de un barro que fue embutido entre dos postes, donde se observan cortes transversales y longitudinales de los tallos vegetales, proveniente de la cata H (3D, 3E, 5D, 5E) del 25-7-1978; b) Lámina delgada de TOL17 (18-7-1977, cata B: 8G, 8H, 10G, 10H) que muestra dos pastas arcillosas insuficientemente mezcladas y algún microrresto vegetal.	112
Figura 26. Concentraciones de manteados de barro de construcción de la cabaña grande, según las informaciones de las etiquetas del Museo.	114
Figura 27. Barros de construcción de la cabaña grande: tipología y peso en gramos.	114
Figura 28. Manteados de barro con impresiones de poste y otras huellas singulares: digitaciones serpentiformes, flores de carrizo y del interior de un tronco	117
Figura 29. Fragmentos de manteados de barro de la cabaña grande de Los Tolmos: de la zona alta, que porta impresiones de ramas y de un poste (TOL7); y dos recubrimientos del escalón (LT1 y LT10) con impresiones diversas.	118
Figura 30. Tipos de barros y colores observados en la cabaña grande.	120
Figura 31. Barros de construcción de la cabaña pequeña: tipología y peso en gramos. ..	123
Figura 32. Muestra de barros recogidos del cuadro 15G de la cabaña pequeña: el fragmento s/n muestra alisamientos en una cara, mientras que la contraria mantiene impresiones de poste y de un fino cordel transversal; TOL4 o barro 15 es el más típico pedazo recogido en ambas cabañas, con una cara lisa y dos cóncavas, formadas al embutir una masa de barro fresco entre dos postes consecutivos.	123
Figura 33. Tipos de barros y colores observados en la cabaña pequeña.	124
Figura 34. El yacimiento de El Teso del Cuerno: a) Localización en la península ibérica y en el contexto general de la zona de Forfoleda; b) Fotografía desde el SE del Teso del Cuerno, con	

el arroyo de la Vega en un primer plano; c) Topografía y ubicación de las excavaciones arqueológicas; Fuentes: a) MTP 1:50.000 combinado con el MDT y Ortoimagen 2017 de Castilla y León, extraídos de la plataforma IDECYL; c) Plano topográfico facilitado por Manuel Jiménez, ligeramente modificado.	131
Figura 35. Tipología de la cerámica decorada (mitad superior) y lisa (mitad inferior) del Teso del Cuerno, según González González (1992: figs 25, 26, 32 y 33).	133
Figura 36. Cabaña de El Teso del Cuerno: a) Planta de la cabaña, 1991, cortesía de Manuel Jiménez; b) Fragmentos cerámicos identificados en el Museo como provenientes de la “estructura de postes” de la excavación (siglas: 1987/13/1 a 6): nótese el fragmento con mamelón plano y la pieza decorada mediante líneas incisas (superior derecha); c) “Cerámicas sobre poste de estructura”, de la campaña de 1991 (sigla: 87/13/est).	136
Figura 37. Relación de fragmentos de barro por hoyos (eje x) según el número de restos (eje y izquierdo) y el peso (eje y derecho).	138
Figura 38. Plano del Teso del Cuerno, indicando la cantidad de barro contenido en los hoyos y una vista ampliada del sector con una concentración significativa. En gris, los hoyos que no contenían ningún tipo de barro.	139
Figura 39. Manteados de barro con a) improntas de postes y b) de palos o cañas (las flechas señalan el lugar de estas huellas).	141
Figura 40. Elementos constructivos relacionados con silos con a) bordes y formas biseladas para facilitar la adherencia de otras piezas y b) improntas de cestería (las flechas señalan el lugar de estas huellas).	143
Figura 41. Anverso, reverso y perfil en caso de haberlo de los a) elementos muebles y b) fragmentos de placa de hogar.	145
Figura 42. a) Reparto de las diversas categorías de barros recogidos en el Teso del Cuerno (% en peso sobre el total); b) Reparto de cada clase de barros en los hoyos del Teso del Cuerno (en gramos de peso).	147
Figura 43. Tipos de barros y colores observados según las tipologías de manteados. ...	150
Figura 44. Plantas y perfiles de los hoyos 34 y 99 y una fotografía del proceso de excavación del último.	156
Figura 45. Secuencia de excavación del fondo 8': a) Nivel 2, ‘adobes’ que delimitan la bolsa; b) Nivel 3, gran base y ‘adobes’ de bolsa junto a perfil; c) Nivel 4, base de bolsa de ‘adobes’ y gredas; y d) Nivel 6 (-50 cm), ‘adobes’ en perfil, cerámica y omóplato. Fuente: Dirección General de Patrimonio Histórico de Madrid, facilitado por Méndez Madariaga en 2012.	159
Figura 46. Fotografías de materiales de Arenero de Soto. a) Mano del fondo 15; Fondo 8': b) Anverso y reverso de manteados del nivel 2 (AS-F8'-2FB/1072024); c) Fotografía cenital y perfil de un manteado con borde del nivel 3 (AS-F8'-3C/107269); d) Fotografía oblicua y perfil de un manteado similar al anterior del nivel 7 (AS-F8'-7T-17/100019-4). Fuentes: a) Dirección	

General de Patrimonio de Madrid, facilitado por Méndez Madariaga en 2012; b, c, d) Elaboración propia.	160
Figura 47. Arado de vertedera empleado en las campiñas de La Armuña (Salamanca) para airear la tierra. Nótese el tamaño de las vertederas, ya que la persona que hace de escala mide 1.90 m (abril de 2021).	186
Figura 48. Sitios de a) Pico Castro y b) La Huelga, ambos en Dueñas (Palencia) con los sectores excavados indicados; c) Tipología de secciones más frecuentes de La Huelga: cónica, irregular y en artesa. Fuentes: a partir de a) Blanco-González (2014a: fig. 7), b) Liesau y otros (2014: fig. 1) y memorias de excavación.	188
Figura 49. Sitios estudiados en este capítulo. 1- Los Tolmos. 2- Teso del Cuerno. 3- La Aceña. 4- La Requejada. 5- Mucientes/San Lázaro. 6- El Tormo II. 7- El Cerro. 8- El Pozuelo II. 9- Pico Castro.	193
Figura 50. Grado de fragmentación (eje Y derecho), grado de erosión (eje Y derecho) y peso de los fragmentos (eje Y izquierdo) identificados de los niveles c/II y d/I (en el rectángulo verde) en los cuadros de la cabaña pequeña de Los Tolmos.	200
Figura 51. Plano de Teso del Cuerno con indicación de los contextos estudiados (fondo negro), de piezas que remontan entre hoyos (líneas rayadas entre hoyos) y otras circunstancias referenciadas en el texto. A partir de Martín y Jiménez 1991.	201
Figura 52. Fotografías de varias piezas que remontan entre diferentes hoyos, con distintos grados de fragmentación y abrasión.	203
Figura 53. Histograma con los rangos de abrasión y de tamaño de los contextos estudiados en Teso del Cuerno.	206
Figura 54. Dibujos de los hoyos y cerámicas completas de Teso del Cuerno: a) Hoyo 14; b) Hoyo 27; c) cerámicas del hoyo 77; d) Hoyo 101; e) Hoyo 110; f) Hoyo 108. Dibujos procedentes de Martín Benito (1988); Martín Benito y Jiménez González (1988-89; 1991) y de González González (1992).	208
Figura 55. Los hoyos 9-O/P/Q y 5-D de La Aceña. Plantas y planos extraídos del informe elaborado por Strato (1991) y consultado en el Archivo Histórico Provincial de Salamanca (AHPSa).	210
Figura 56. Distintos hoyos con “candados” de La Aceña (Strato 1992). Fotografías y diapositivas facilitadas por el AHPSa, donde se conservan.	211
Figura 57. Cerámicas del hoyo 5-D de La Aceña. Todas con la misma escala, excepto la olla de la esquina superior izquierda. Dibujos inéditos de Ángel Rodríguez (UVA).	212
Figura 58. Histograma con los rangos de abrasión y de tamaño de los contextos estudiados en La Aceña.	214

Figura 59.	Ubicación del yacimiento de La Requejada (marcado en el 1.95 km de la línea) y perfil topográfico: de izquierda a derecha, el Duero, sitio (punto grande, km 1.95) y terraza fluvial cercana. Fuente: IDEYCL, a partir del MTN 1:25000.	215
Figura 60.	Secciones y planos de varios hoyos y el hogar 3 de La Requejada (a partir de Rodríguez Marcos 1985: figs. 5-9).	216
Figura 61.	Hoyo con el enterramiento triple de La Requejada. a) Planta y sección del enterramiento, con la fíbula de codo indicada, leyenda en la figura 13 (a partir de la publicación de Delibes 1978: figs. 2 y 7); y b) Fotografía de la excavación y esquema de la disposición de los cuerpos (a partir de Esparza-Arroyo <i>et al.</i> 2012a: fig. 11).	217
Figura 62.	Plano de las excavaciones de 1973-1974 de La Requejada y algunos de los remontajes entre cerámicas: punteado gris entre hoyos; punteado negro, con el nivel II, sin especificar ninguna estructura (a partir de Rodríguez Marcos 1985: fig. 3).	219
Figura 63.	Algunos de los remontajes entre diferentes cuadros de La Requejada (sin escala): b) Delibes <i>et al.</i> 1990: fig. 19.5; c) Delibes <i>et al.</i> 1990: fig. 7.3; d) Delibes 1978: fig. 3.1.	225
Figura 64.	Histograma con los rangos de abrasión y de tamaño de los contextos estudiados en La Requejada.	226
Figura 65.	Plano del sector 4. En negro, los hoyos de poste; marrón para los sedimentos; gris para las capas de cantos de río; rallados los hoyos sin material arqueológico, y con puntos, el depósito especial (redibujado a partir de Aratikos 2012: fig. 4).	228
Figura 66.	Estratificación del depósito especial del hoyo 430-431 (a partir de ARATIKOS 2012: fig. 4).	229
Figura 67.	Secuencia de excavación de los recipientes 1 y alfa (en secuencia inversa, más profundidad en la imagen 4, menos en la 1). En la fotografía 2 aparece el hacha en el proceso de excavación.	231
Figura 68.	Objetos completos del hoyo 430-431, dibujos inéditos realizados por Ángel Rodríguez (UVA).	232
Figura 69.	Histograma con los rangos de abrasión y de tamaño de los contextos estudiados en Mucientes/San Lázaro.	234
Figura 70.	Selección de remontajes cerámicos: a) Entre elementos del mismo estrato, que no llegan a pegar; b) con piezas de distintos contextos; c) el vaso alfa, con fragmentos procedentes mayoritariamente del nivel 431 y un gran fragmento de borde del 419 (sin escala). Las líneas de puntos indican que conciertan entre sí.	235
Figura 71.	Fechas radiocarbónicas del Sector A, provenientes de muestras de vida corta y larga, calibradas al 95 % (IntCal13).	314
Figura 72.	Sección transversal de la cabaña pequeña (Sector A). Se indica el lugar hipotético de aparición de la mandíbula humana (a partir de Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a: Fig. 6).	315

Figura 73.	Sección transversal de la cabaña grande, a partir de los cuadros número 5 (a partir de Jimeno Martínez 1984: fig. 9).	318
Figura 74.	Planta del Sector A, con las secciones estratigráficas longitudinales marcadas de la cabaña grande.	323
Figura 75.	Secciones estratigráficas longitudinales de la cabaña grande, desde la parte más cercana al tolmo hacia el río, con la localización aproximada de las dataciones radiocarbónicas (a partir de Jimeno Martínez 1984: fig. 7 y 8).	323
Figura 76.	Cerámicas dibujadas procedentes de la inhumación del sector A (a partir de Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a).....	327
Figura 77.	Selección de cerámicas dibujadas que estaban sobre el suelo de la cabaña pequeña del Sector A o nivel d (a partir de Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a). ..	331
Figura 78.	Cerámicas decoradas de estilo Arbolí del nivel c/II (a partir de Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a), fotografías propias.	332
Figura 79.	Cerámicas del Bronce Medio del nivel c/II (a partir de Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a), fotografía propia.....	333
Figura 80.	Cuencos, elementos carenados y formas variadas cerámicas del nivel c (a partir de Jimeno Martínez 1984; Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a).	337
Figura 81.	Vasos y cuencos con decoración digitada o unglada en el borde del nivel c (a partir de Jimeno Martínez 1984; Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a).	338
Figura 82.	Decoraciones y elementos de presión de recipientes de almacenaje del nivel c (a partir de Jimeno Martínez 1984; Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a).	339
Figura 83.	Bases de diferente tipología nivel c (a partir de Jimeno Martínez 1984; Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a).	340
Figura 84.	Lámina SJP1 indicando los diferentes componentes observados en el estudio en luz polarizada y nícoles cruzados: * son burbujas producidas en el proceso de preparación de la lámina; * son inclusiones vegetales.....	348
Figura 85.	Categorías empleadas en la descripción de forma y angulosidad de las inclusiones (Quinn 2013: fig. 4.11).	349
Figura 86.	Referencia sobre la clasificación de las inclusiones según su ordenamiento – <i>sorting</i> en inglés– (a partir de Orton <i>et al.</i> 1997: fig. A.6).	349
Figura 87.	Categorías empleadas en la descripción de los poros: vesículas, canales, huecos irregulares y poros planos (Quinn 2013: fig. 4.12).	350
Figura 88.	Imagen empleada como referencia para realizar un cálculo visual estimado del porcentaje de abundancia, tanto de las inclusiones como de los poros presentes en las láminas delgadas (Quinn 2013: fig. 4.9).	351
Figura 89.	Ejemplos de matriz anisótropa (grado 0), parcialmente anisótropa (1) e isotropa (2) entre las muestras aquí estudiadas.	352

Figura 90.	Ejemplos de feldespatos afectados de menor a mayor grado por la acción térmica: Grado 0 (TC18, FLI1), grado 1 (ITU22, TOL17) y grado 2 (ITU11, TC34).	353
Figura 91.	Mapa hidrogeológico y situación de El Teso del Cuerno (círculo rojo). Fuente: IGME, Cartografía geológica digital continua a escala 1:50.000. GEODE. 30: Areniscas, microconglomerados y conglomerados, con cemento silíceo, arenas y arcillas. Suelos lateríticos (facies siderolíticas, facies Torneros); 31: Conglomerados, arenas y arcillas arcósicas o subarcósicas, con encostramientos carbonatosos a techo; 36: Limos y areniscas, amarillentas y ocre con niveles conglomeráticos. A veces, microconglomerados, arenas y lutitas areniscas arcósicas blancas (Areniscas de Cabrerizos); 37: Granitoides de dos micas, facies equigranulares; 38: Costras carbonatadas sobre areniscas y conglomerados; 48: Conglomerados y areniscas arcósicas (Facies Cilloruelo); 101: Conglomerados y arcosas con matriz limosa, amarilla o blanca (Areniscas de Garcihernández); 106: Costras calcáreas y niveles limo-arenosos, con abundantes módulos calcáreos; 260: Gravas, cantos, arenas y limos, a veces encostrados (abanicos asociados a terrazas indiferenciadas); 264: Gravas, cantos, arenas y limos (abanicos); 270: cantos, gravas, arenas, limos y arcillas (fondos de valle).	354
Figura 92.	Difractograma de la muestra 8861 del Teso del Cuerno.	355
Figura 93.	Difractograma del fragmento de barro número 2 (muestras 88181 y 88182) del Teso del Cuerno.	357
Figura 94.	a) Aspecto general de la lámina delgada de TC18; b) Microfotografías con luz polarizada y con nícoles cruzados de la pasta blanquecina superior (PB), que contrasta en textura y composición con la matriz arcillosa (MA) de la pieza, e inclusiones arcillosas (I); c) Aspecto general con luz plana polarizada y con nícoles cruzados, donde los poros aplanados (P), algunos con carbón (CB) aún dentro, están claramente orientados hacia el borde y algunos tienen arcillas redepositadas (AR) en el interior de algunos.	359
Figura 95.	Difractograma del barro número 3 (muestras 8821241 y 8821242) del Teso del Cuerno.	361
Figura 96.	Difractograma del barro número 4 (muestras 88251 y 88252) del Teso del Cuerno.	362
Figura 97.	a) Aspecto general de la lámina delgada de TC25; b) Microfotografías con luz plana polarizada y con nícoles cruzados a 2X, donde se observa anisotropía de la pieza y las abundantes inclusiones de formas redondeadas y subredondeadas de cuarzos. También la mezcla insuficiente de las arcillas.	363
Figura 98.	Montaje de microfotografías mostrando el seguimiento de una grieta desde la superficie del barro arenoso hacia el interior, donde se han redepositado partículas carbonosas, seguramente hollín.	364
Figura 99.	Difractograma del barro número 5 (muestras 88341, 88342 y 88343) del Teso del Cuerno.	366
Figura 100.	a) Aspecto general de la lámina delgada de TC34; b) Microfotografías con luz plana polarizada y con nícoles cruzados a 4X, donde se observa la nula birrefringencia de la pieza y las inclusiones de formas redondeadas y subredondeadas de cuarzos; c) Aspecto	

general de la fracción fina y gruesa de la pieza, donde se aprecia una chamota o <i>pebble</i> (Ch) y la descomposición del Fd; d) Redeposición en la superficie de la pieza de arcillas muy finas que no han sido cocidas (Ar), así como inclusiones de tamaño medio afectadas térmicamente, y poros, en luz plana polarizada y nícoles cruzados.....	368
Figura 101. Difractograma del barro número 6 (muestra 88344) del Teso del Cuerno. ...	369
Figura 102. Difractograma del barro número 7 (muestra 88344) del Teso del Cuerno. ...	370
Figura 103. Difractograma del barro número 8 (muestra 90721) del Teso del Cuerno. ...	371
Figura 104. Difractograma del barro número 9 (muestras 91991 y 91992) del Teso del Cuerno.	373
Figura 105. a) Láminas TC99N y TC99R; b) Aspecto general de la lámina TC99N, donde se observan las fracciones fina y gruesa, así como la descomposición de los Fd y la red deposición de arcillas en luz plana polarizada y con nícoles cruzados.	374
Figura 106. a) Redeposición de arcillas en TC99N donde se observa la dirección de la infiltración, llenando los huecos presentes en la matriz y detalle; b) Redeposición de arcillas en TC99R.	375
Figura 107. Difractograma del barro número 10 (muestra 91993) del Teso del Cuerno. .	376
Figura 108. Difractograma del barro número 11 (muestra 911001) del Teso del Cuerno.	378
Figura 109. Difractograma del barro número 12 (muestra 911101) del Teso del Cuerno.	379
Figura 110. Mapa hidrogeológico y situación de Los Tolmos (círculo rojo). Fuente: IGME, Mapa geológico 1:50.000 (2ª serie). MAGNA. 1: Areniscas, conglomerados y arcillas (Facies Buntsandstein); 3: Arcillas rojas, yesos y areniscas (Facies Keuper); 4: Dolomías cristalinas (tramo de transición) y formación dolomías tableadas de Imon; 5: Formación carniolas de cortes de Tajuña; 6: Formación calizas y dolomías tableadas de cuevas labradas; 7: Formaciones margas grises del Cerro del Pez y calizas bioclásticas de Barahona; 10: Formación arenas de Utrillas; 11-12: Formación calizas, margas y arenas de Moral de Hormuez; 13: Formación calizas nodulares de Hortezu elos; 14: Formación calizas dolomíticas de Caballar; 17: Conglomerados, lutitas y areniscas subordinadas.....	380
Figura 111. Difractograma del barro número 13 (muestra TOL1) de Los Tolmos.	382
Figura 112. Difractograma del barro número 14 (muestra TOL2 y TOL3) de Los Tolmos.	383
Figura 113. Difractograma del barro número 15 (muestra TOL4) de Los Tolmos.	385
Figura 114. Difractograma del barro número 16 (muestra TOL5) de Los Tolmos.	386
Figura 115. Difractograma del barro número 17 (muestra TOL6) de Los Tolmos.	388
Figura 116. Difractograma del barro número 18 (muestra TOL7) de Los Tolmos.	389
Figura 117. Difractograma del barro número 19 (muestra TOL8) de Los Tolmos.	391
Figura 118. Difractograma del barro número 20 (muestra TOL9, TOL10 y TOL11) de Los Tolmos.	393

Figura 119.	a) Aspecto general de la lámina delgada de la pieza TOL9; b) microfotografías con luz plana polarizada y nícoles cruzados a 2x de una de las pastas donde se observa la fracción arcillosa; c) microfotografías con luz plana polarizada y nícoles cruzados a 2x, donde se aprecian la mezcla heterogénea de dos matrices arcillosas; d) Turmalina con luz plana polarizada y nícoles cruzados a 20x.	395
Figura 120.	Difractograma del barro número 21 (muestra TOL12 y TOL13) de Los Tolmos.	396
Figura 121.	Difractograma del barro número 22 (muestra TOL14, TOL15 y TOL16) de Los Tolmos.	398
Figura 122.	a) Aspecto general de la lámina delgada de la pieza TOL14; b) Aspecto general de la lámina, donde se observa la heterogeneidad de las inclusiones, rocas blancas, seguramente margas (M) y una chamota.	399
Figura 123.	Difractograma del barro número 23 (muestra TOL17) de Los Tolmos.	400
Figura 124.	a) Aspecto general de la lámina delgada de la pieza TOL17; b) Microfotografía donde se distinguen claramente dos pastas arcillosas diferentes, feldespatos y rocas blandas descomponiéndose por la afección térmica y los huecos dejados por la combustión de los desgrasantes vegetales.	401
Figura 125.	Difractograma del barro número 24 (muestra TOL18) de Los Tolmos.	402
Figura 126.	Porcentajes de las fracciones gruesa, fina y de los vacíos identificados en las muestras.	405
Figura 127.	Piezas procedentes de La Requejada, campaña 1989, UE 401.	406
Figura 128.	Comparación de las temperaturas de cocción alcanzadas por vasijas de Cogotas I de sitios del SE de la península Ibérica a partir de DRX (a partir de Dorado Alejos 2019: fig. 8.12).	410

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1.Síntesis que relaciona los tipos de procesos incendiarios con la escala del fuego, el estadio del ciclo vital de la vivienda y cómo aparecerían los artefactos asociados (Tringham 2002: Tabla 11.2).	90
Tabla 2.Fotografías de manteados de barro de construcción cocidos de Fábrica de Ladrillos: a) Enfoscado con varias capas de barro y signos de cepillado del nivel 3; b) Dos fragmentos finos del nivel 6 con huellas de estabilizantes vegetales en el anverso. Fuente: Elaboración propia.	163
Tabla 3.Resumen de las cantidades de barro recogidos de los distintos niveles del fondo 56-57 de Fábrica de Ladrillos.	164

Tabla 4.Hoyo D-1 de Carrelasvegas, con indicación del nivel que contenía el esqueleto humano y bajo el, hacia el oeste, la capa endurecida mezclada con manteados rubefactados. Fuentes: A partir de Strato (1991: plano 9, 1992b) y diapositiva escaneada en ST de Palencia (Car-IV17).	166
Tabla 5.Grados de tamaño y de erosión de los fragmentos cerámicos.	195
Tabla 6.Resumen de sitios estudiados, con el número de fragmentos y el porcentaje relativo según el grado de fragmentación y erosión. *No se conoce el número total de cerámicas recogidas en el yacimiento, ya que fueron inventariadas sólo las diagnósticas. Variables consideradas: Crono = cronología tipológica y rango de dataciones por radiocarbono; Cer. Comp. = cerámicas completas halladas en el sitio; NR est. = número de restos estudiados; Frag. Casan = fragmentos que conciertan físicamente; NM = número mínimo de vasijas; variables de tamaño de los fragmentos (muy pequeño, pequeño, mediano y grande según tabla 1) y variables para el grado de erosión de los fragmentos, de menor a mayor (1, 2, 3 y 4).	197
Tabla 7.Resumen de los contextos excavados en La Requejada. Información extraída de Rodríguez Marcos (1985) y de Delibes (1978).....	221
Tabla 8.Dataciones radiocarbónicas realizadas en la década de 1980 (Jimeno Martínez 1984) y sus calibraciones mediante la curva IntCal13 (Reimer <i>et al.</i> 2013; Bronk Ramsey 2017).	312
Tabla 9.Síntesis de las temperaturas de cocción observadas mediante DRX.	346
Tabla 10.Resumen de barros estudiados con las temperaturas de cocción alcanzadas.	403
Tabla 11.Síntesis de las texturas, inclusiones, clasificación de los desgrasantes y de la isotropía/anisotropía de las piezas estudiadas: Ch, Chamota; VP, varias pastas	404
Tabla 12.Síntesis de las temperaturas de cocción observadas en las láminas delgadas.	409

PREFACIO

La presente Tesis Doctoral surge del desconcierto que genera, aun para la Academia, el II milenio AC de la meseta norte. Hace 10 años me planteaba estos mismos interrogantes en el Trabajo de investigación previo al Doctorado y hoy, sigue siendo vigente esta sensación. Mucho se ha escrito sobre Cogotas I, especialmente de las bellas y estilizadas cerámicas que pueblan los museos, y acerca de los muertos de esta sociedad, especialmente en los últimos años. Sin embargo, la mayoría de los especialistas nos enfrentamos a los restos de sus poblados, los campos de hoyos, con cierto desánimo al no haber estructuras aéreas y porque los rellenos de las fosas nos parecen algo incómodo, falta de coherencia e incluso pobre, lo cual dice más de nosotros la comunidad académica, que de los prehistóricos.

La tarea era difícil. Sin embargo, emprendida desde conceptos novedosos puestos en la mesa desde ámbitos anglosajones, como el de la ritualización, se han intentado sortear los impedimentos que el propio registro arqueológico y nuestra lógica moderna nos ponían. Incluso, algún profesor versado en estas lides me animó a concluir la disertación, con cierta estupefacción y algo de ironía.

La larga travesía hasta finalizar esta Tesis Doctoral ha sido la que tenía que ser, la de la vida. Fue necesario que me fuera a Ecuador “para volver”, en otras palabras, para comprender que yo misma estaba muy imbuida de la ciencia y la lógica que de ella emana como para haberla terminado en el lejano 2014. Cinco años después y muchas experiencias llenas de ritualidad consciente de la vida cotidiana ecuatorial, especialmente en contacto con culturas indígenas y el mundo precolombino, han hecho que yo misma me haya “re-pensado”. Creo que he demolido algunas asunciones sobre la parte metafísica de la vida que tenía por seguras, aprehendido realidades riquísimas, o valorado los paisajes a través de percepciones sutiles. Con ello no quiero decir que las sociedades prehistóricas hayan tenido las mismas lógicas que las que yo he aprendido en mi caminar. Pero sí que mi deconstrucción a través de ese viaje iniciático ha sido esencial para que en 2021 haya podido clausurar este trabajo. Sin duda, otros le seguirán que perfilen e implementen lo aquí expuesto.

En primer lugar, situar a quien lea esta disertación en el tiempo, el espacio y los paisajes en los que vivieron las comunidades de Cogotas I. Se ha prescindido de la clásica

revisión historiográfica porque no faltan trabajos que recopilen y sintetizen esta información (p.ej., Montero Gutiérrez 2011, Sánchez Polo 2011) y se ha preferido referirse a los necesarios en los lugares oportunos. Brevemente, se han esbozado las formas rituales funerarias, al calor de los avances más recientes y de las teorías más novedosas, las cuales creo del todo acertadas. En cambio, sí se han revisado a profundidad las escasísimas huellas de estructuras habitacionales y comparado con las de otras sociedades del Bronce peninsular, deparando obvias diferencias que nos ayudarán a construir el capítulo 3.

Seguidamente, el capítulo 2 recoge el marco intelectual desde el que se enuncian los estudios de esta tesis. La deconstrucción de parte mi forma de pensar y de actuar es la que se pretende a nivel teórico en esta parte. Es decir, arrojar luz sobre nuestro sentido común, que es el menos común de todos los sentidos, para, una vez develado, poder trabajar sin sobresaltos desde otros conceptos ajenos a la lógica cartesiana.

La parte nuclear de la tesis da comienzo en este punto sobre dos aspectos del registro arqueológico de Cogotas I: qué ocurrió con las cabañas y por qué rellenaron compulsivamente miles de hoyos con detritus. Son dos capítulos donde se intercalan la revisión de estudios anteriores sobre estos temas, especialmente de bibliografía anglófona, con la descripción pormenorizada de los yacimientos estudiados tanto documentalmente como su parte material. Se concluyen exponiendo las hipótesis interpretativas que, pienso, mejor cuadran según paralelos arqueográficos y etnográficos. En relación inextricable con el capítulo 3 están los anexos I y II. Además de muchos meses de laborioso trabajo, ciertamente han supuesto algunas dificultades metodológicas, conceptuales e interpretativas para quién presenta este texto. Todo ello han sido oportunidades de aprendizaje: qué es posible decir de un registro sesgado por las poblaciones prehistóricas y por nuestras formas de excavar modernas; la certeza de que siempre aparecen materiales nuevos en los museos, aparentemente olvidados; la comprensión de tipos de análisis en principio alejados del campo de estudio.

Finalmente, unas conclusiones donde se intercalan lo conocido para Cogotas I con las novedades que ha deparado la presente Tesis Doctoral. Junto a estas interpretaciones generales sobre las pautas de conducta de la sociedad estudiada, se han valorado aspectos paralelos de la investigación, como el acceso a la información o las técnicas arqueométricas aplicadas. Como en alguna parte de la tesis se dice, pasado, presente y futuro pueden llegar a confluir en ciertos momentos y lugares. Pues bien, las perspectivas de futuro lanzadas al finalizar, no son sino eso mismo: los aspectos en los que no he podido ahondar o perfeccionar (en el pasado), que deben cerrarse hoy (presente), pero que quedan por realizar (futuro).

CAPÍTULO 1. Tiempo, espacio y paisajes de Cogotas I

1.1. Los tiempos y el espacio de Cogotas I

El objeto de estudio de esta Tesis doctoral son las prácticas de *ritualización* del grupo arqueológico Cogotas I, que son investigadas a través de su manifestación más ubicua, los ‘campos de hoyos’. Es uno de los grupos arqueológicos más conocidas de la Edad del Bronce peninsular, si bien sus límites, temporales y geográficos, son todavía algo problemáticos por lo que serán abordados en primer lugar.

1.1.1. La temporalidad

Aunque hoy se sabe que las cerámicas de Cogotas I fueron halladas inicialmente en el curso de los trabajos efectuados por los hermanos Siret (2006) en El Oficio (Almería) y por el P. Morán (1922, 1935) en el Berrueco (Salamanca-Ávila) y en los dólmenes de la penillanura salmantino-zamorana, la verdadera condición de estos materiales solamente será advertida algo más tarde, cuando Cabré⁴ encuentre cerámicas similares en las viviendas del castro abulense de Las Cogotas (Ávila), recalando su completa ausencia en la necrópolis, lo que le llevó a postular su correspondencia con la Edad del Bronce. Paradójicamente, el progreso de la investigación, con los importantísimos estudios llevados a cabo por Maluquer de Motes (1956), de nuevo en el Berrueco y también en Sanchorreja supuso, junto al primer esbozo de las características de la cultura, su errónea ubicación en la Primera Edad del Hierro, de la que no saldría, esta vez definitivamente, hasta las últimas décadas del siglo XX, cuando la confluencia de las aportaciones de Almagro-Gorbea (1977), Molina y Arteaga (1976), Martín Valls y Delibes (1973a; b, 1982), Jimeno (1984), Fernández-Posse (1981) y Delibes (1983) permitirá su caracterización sobre bases tipológicas, estratigráficas y radiocarbónicas como un grupo arqueológico inserto en la Edad del Bronce.

En la historia de la investigación, la búsqueda de una posible secuencia interna de Cogotas I ha sido laboriosa, debido a la carencia de buenos datos, y muy especialmente de conjuntos cerrados, funerarios u otros. De ahí la importancia que han tenido los trabajos basados en fragmentos cerámicos y más concretamente los de índole cronotipológica, entre los que deben destacarse los de Fernández-Posse (1981, 1982, 1986a), Delibes y Fernández Manzano (1981) y Abarquero (2005).

El punto de partida de la definición cronológica de Cogotas I fue la excavación de yacimientos que aportaron dataciones radiocarbónicas a las secuencias estratigráficas: La Plaza (Cogeces del Monte, Valladolid), la Cueva de Arevalillo (Segovia) y Los Tolmos de Caracena (Soria) (Delibes de Castro & Fernández Manzano 1981; Fernández-Posse 1981; Jimeno Martínez 1984; Jimeno Martínez & Fernández Moreno 1991a). Fue en estos momentos de la historiografía cuando se fraguó la denominación de Proto-Cogotas I para la etapa inmediatamente anterior a aquélla en la que aparecían las cerámicas ornamentadas mediante la excisión o el boquique, de carenas altas y perfiles troncocónicos. Esta primera fase que quedaba caracterizada por las impresiones e incisiones de espiguillas, las series incisas bajo el borde, etc., fue definitivamente aceptada por las secuenciaciones realizadas por Fernández-Posse (1982, 1986b; a), así como por otras excavaciones arqueológicas que contribuyeron a dar solidez a la seriación interna. Por un lado las cerámicas aparecidas en la Gravera de Puente Viejo (Zorita de los Molinos, Ávila), excavada por González-Tablas (1984), ayudaron a detallar las decoraciones y perfiles de la fase formativa de Cogotas I, y por otro, los fragmentos cerámicos que proporcionó La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid) – yacimiento excavado por Delibes y su equipo (1990)–, describieron las ornamentaciones y formas de la plenitud de Cogotas I. La culminación de unos y otros esfuerzos se plasmó en el trabajo de Abarquero (2005), donde el investigador consiguió aunar las propuestas de secuenciación tipológica, las radiométricas y lograr una visión de conjunto de las cerámicas repartidas por el solar peninsular.

Andando el tiempo, los datos cronotipológicos de las secuenciaciones ya establecidas se vinieron a integrar con las cada vez más frecuentes dataciones radiométricas. Numerosos investigadores ahondaron en estas líneas, aportando sustanciales puntualizaciones y algunas polémicas al conocimiento de Cogotas I. Serían Delibes y Fernández Miranda (1986); Castro Martínez y su equipo (1995); y las acertadas críticas de Galán Saulnier (1998), por un lado, y Fernández-Posse (Fernández-Posse 1998: 94–105), por otro, al trabajo de los anteriores quienes precisaron la cronología del grupo arqueológico Cogotas I. Hoy todavía existe cierto debate entre las propuestas de secuencia con tres subdivisiones y las bipartitas, atendiendo unas a) a los cambios tipológicos, o b) a otras al conjunto del registro arqueológico.

a) De las primeras se puede decir que se ha trabajado en la secuenciación cronológica de las cerámicas de Cogotas I, intentando advertir a lo largo del tiempo los cambios

acontecidos en las formas y decoraciones cerámicas. El objetivo se acerca a la fijación de una cronología relativa, siendo tratada la cerámica como un objeto tipo, un fósil director. En esta línea de caracterización, en la que destacan los trabajos de Fernández-Posse, algunos de los autores (Castro Martínez *et al.* 1995; Galán Saulnier 1998: tabla 6; Abarquero Moras & Delibes de Castro 2009: 198) se decantan por establecer una secuenciación tripartita de Cogotas I, con ligeras variaciones unos de otros, dado que las cerca de 50 dataciones radiocarbónicas manejadas parecen concentrarse en tres momentos diferentes –Cogotas I de Formación o Proto-Cogotas I, de Plenitud y Avanzado o Final–. Así mismo, también se distinguen estos tres momentos en la progresiva complejidad de los ornatos y en la elevación de la carena en las formas finas de la cerámica.

b) Otros autores que han ido más allá de la cerámica, estudiando en conjunto los rasgos identificativos del grupo arqueológico de Cogotas I, como Delibes (Delibes & Romero Carnicero 1992; Delibes de Castro *et al.* 1995) y especialmente Blasco Bosqued (Blasco Bosqued *et al.* 1991, 1995; 1994, 1997: 76, 2004: 373–75; Blasco Bosqued & Lucas Pellicer 2001: 222), parecen más inclinados hacia una subdivisión bipartita de la secuencia. Así, en una contribución reciente, C. Blasco (2007) se decanta por dos etapas, una de formación, llamada Proto-Cogotas I y otra de Plenitud, que ocuparían los siglos XVII-XIV a.C. y XIII-VIII a.C.¹, respectivamente. De ahí que advirtiera Fernández-Posse (1998: 97–100) que mientras unos prehistoriadores ven una amplia fase formativa y una rápida de disolución, otros señalan una formación más corta y un periodo de consolidación de más amplitud cronológica. Por ello, aunque se hayan planteado dos periodizaciones –tripartita y bipartita–, lo cierto es que se trata de dos secuenciaciones que atañen a diferentes aspectos del registro material de Cogotas I y, que como tales, habrá que abordar, tarde o temprano de una manera conjunta.

Por último –y aunque entendamos como algunos investigadores (Fernández-Posse 1998: 96–97; Arnáiz Alonso & Montero Gutiérrez 2003: 80–81; Blasco Bosqued 2004), que Cogotas I forma una única unidad arqueológica, que sigue su propio proceso histórico en una época donde las largas duraciones cobran sentido a la luz del registro arqueológico–, desde el punto de vista terminológico, usaremos las denominaciones de Bronce Medio y Tardío. En efecto, las citadas excavaciones en Cogeces y Tolmos sitúan la fase en el Bronce Medio, corroborándolo sus elementos metálicos y las fechas radiométricas; por otra parte, las realizadas para un momento posterior en el Soto de Medinilla (Valladolid) han llevado a proponer la correspondencia del Soto Formativo al Bronce Final (Delibes & Romero Carnicero 1992; Delibes de Castro *et al.* 1995; Quintana

¹ Las dataciones radiométricas se expresarán haciendo referencia al calendario occidental, en castellano y con mayúscula en caso de estar calibradas (AC = antes de Cristo) y en minúscula en caso contrario (a.C./d.C.). Para indicar si es antes del presente, se ha seguido el uso habitual en inglés del BP = *Before Present*.

López & Sánchez Cruz 1996; Esparza-Arroyo *et al.* 2016), por lo que a Cogotas de Plenitud/Avanzado parece convenirle mejor la etiqueta de Bronce Tardío. Esta denominación fue acuñada para ciertos poblados del sureste peninsular, como Cuesta del Negro o Cerro de la Encina (Arribas Palau *et al.* 1974; Molina & Arteaga 1976; Molina 1978) con el fin de hacer patente que el 'Horizonte Cogotas I' aparece allí en un momento posterior al desarrollo de El Argar, pero anterior al Bronce Final. Con ese mismo propósito, y en consonancia también con la terminología empleada en diversas regiones europeas, se podría decir que el grupo arqueológico Cogotas I se encuadra plenamente en un largo Bronce Medio que abarcaría, en cronología absoluta, desde *ca.* del 1800 al 1100 AC.

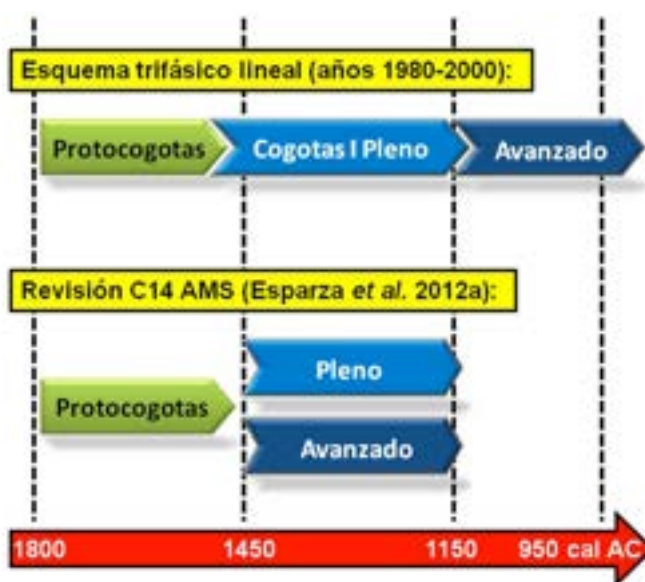


Figura 1. Las distintas proposiciones temporales en relación con los estilos cerámicos de Cogotas I (Blanco-González 2014a: fig. 2 a partir de la propuesta de Esparza et al. 2012a).

La proposición trifásica de los estilos de vajilla de Cogotas I ha sido la más extendida y empleada hasta hace no mucho tiempo (Delibes de Castro 2000; Abarquero Moras 2005; Rodríguez Marcos 2007). La posición más extendida, la triple, que abarcaría una primera fase, Proto-Cogotas I, entre 1750-1500/1450 AC; una segunda, Cogotas I Pleno, entre 1500/1450-1150/1100 AC; y una última, considerada el clímax, Cogotas I Avanzado, entre 1150/1100-950 AC²⁹. Sin embargo, esta propuesta cronotipológica ha ido acumulado contradicciones, sobre todo ligadas a las modernas dataciones radiocarbónicas efectuadas sobre contextos más seguros y muestras de vida corta, dando lugar a una fasificación reducida a dos períodos (Esparza-Arroyo *et al.* 2012a: 268; Abarquero Moras *et al.* 2013; Blanco-González 2014a): el Proto-Cogotas I que encaja a grandes rasgos con el Bronce Medio, entre 1800-1450 AC, y el Cogotas I Pleno, entre 1450-1150 AC, cuando se estarían empleando distintos servicios de mesa en diferentes prácticas sociales, los denominados Pleno y Avanzado (Figura 1).

1.1.2. La espacialidad

En su ya clásico trabajo de síntesis, Abarquero (2005) propuso distinguir claramente varios tipos de yacimientos dentro del hasta entonces caótico mapa de dispersión de los materiales Cogotas I. En efecto, siguiendo una propuesta apenas esbozada por Delibes y Romero (1992: 234), señala la existencia de un área nuclear, así como unas zonas de expansión y de contacto. La primera venía a reunir la casi totalidad de la Cuenca del Duero y la Cuenca media/alta del Tajo, sobre todo los valles del Jarama, Henares y Tajuña, y la zona de expansión, el Alto Ebro (norte de Burgos, Álava, Rioja y la Ribera navarra) y una pequeña zona aragonesa, en la cuenca del Jalón. Inicialmente, Extremadura quedaba también en esta segunda zona, pero se van descubriendo yacimientos que seguramente harán incluir esta región, como otras comarcas del valle del Tajo, en el área nuclear, y así lo hemos hecho ya en nuestro estudio (Figura 2).

En este trabajo se estudian varios campos de hoyos del área nuclear duriense de Cogotas I, que viene a coincidir administrativamente con la CCAA de Castilla y León. A modo comparativo, se revisaron algunas colecciones cerámicas y de barros de construcción de museos de Álava y Madrid para observar diferencias y semejanzas que pudieran estar concurriendo en los materiales de esta área nuclear.



Figura 2. Mapa de la extensión de Cogotas I: el área nuclear (línea continua) y la de expansión (trazos), con los sitios donde se han hallado cerámicas Cogotas I (puntos fuera) (a partir de Velasco-Vázquez & Esparza-Arroyo 2016: fig. 1, que modificaron el de Abarquero 2005).

Tanto en la submeseta norte como en la meridional o en la zona del alto Ebro, cada una de ellas con sus peculiaridades geológicas y geomorfológicas (Terán & Solé Sabaris 1978: 46–59), esta clase de yacimientos se emplazaron mayoritariamente en las primeras terrazas de los ríos o en suaves alomamientos del terreno, en tanto que unos pocos lo fueron en muelas o cerros testigo creados por la erosión fluvial y eólica. Se hallaban, por lo tanto, cercanos a cuencas fluviales de tipo principal o secundario, no habiendo casi ningún ejemplo de las de los tipos en altura o escarpe distinguidos por Blasco y Pellicer (2001: 222–23). A grandes rasgos, es posible afirmar que los ‘campos de hoyos’ fueron excavados en superficies de sedimentación de carácter arcilloso, fácilmente cultivables y cercanas a los cursos fluviales. Esa tendencia a la localización cercana al agua parece relacionable con las características medioambientales, sobre las que pueden hacerse algunos comentarios de conjunto para cerrar esta presentación (Quintana López & Sánchez Cruz 1996; Blanco-González 2008). En el centro de la cuenca del Duero, los análisis microlocacionales asimismo confirman esta tendencia, y es que durante el Bronce Medio, las comunidades optaron por asentarse en “suelos arenosos y de prados húmedos”, asociada a la aridización climática y al aumento proporcional del ganado vacuno en la cabaña ganadera (García García 2017: 173).

1.2. El medio ambiente del II milenio AC en la meseta norte

1.2.1. Los rezagos del evento 4.2 ka BP y sus implicaciones sociales

En varios sitios se ha apuntado que el evento 4.2 ka BP, c. 2200 AC, supuso un período en el que el clima progresivamente se estaba enfriando aridificando (López-Sáez *et al.* 2014; Lillios *et al.* 2016; Blanco-González *et al.* 2018). A partir de este momento, para el Bronce Antiguo, entre el 2000-1800 AC, se constata un aumento de las precipitaciones. De este modo los lugares elevados, antes desiertos por ser inhóspitos, comienzan a ser ocupados para un aprovechamiento integral del entorno, caso de la provincia de Soria, valle medio del Duero, alto Tormes, el valle de Amblés y La Mancha (López Jiménez 2003; López-Sáez *et al.* 2005; Fabián García 2006; Rodríguez Marcos 2007; Fernández Moreno 2013; Balsera Nieto 2017). Pero ¿qué carácter tuvo esa ocupación durante el Bronce Antiguo regional? ¿Sería únicamente habitacional o tendría un carácter de agregación poblacional? ¿Funcionarían como redistribuidores del resto de grupos a nivel local? Según la bibliografía, parece que fueron lugares que se desempeñaron como poblados de grupos familiares con carácter estable, con campos de cultivo cercanos, como se detecta en los sorianos.

Coincidiendo con el comienzo del Bronce Medio y con el fin del período de humedad relativa, hacia el 1800 AC, se documenta una progresiva continentalización, con

condiciones muy áridas del clima (García García 2017: 173). En este escenario, pequeños grupos relacionados a través del parentesco y fisionados de otros habrían buscado de forma autónoma nuevos establecimientos, cercanos a las vegas fluviales y espejos de agua. Algunos lugares en alto habrían seguido funcionando, convirtiéndose en lugares de memoria colectiva, quizá mitificados con el paso del tiempo, y donde se reunirían las comunidades dispersas (Blanco González 2014a), ¿recordarían esos tiempos de alta humedad y lluvias abundantes cuando debieron vivir concentrados varias generaciones?, ¿sus ritos estarían encaminados a mantener viva la memoria ancestral y mítica de unión grupal y, posiblemente, familiar? Aquí se propone interpretar en este sentido el registro de los sitios del Bronce Medio, y Tardío.

1.2.2. Los paisajes que habitaron los grupos de Cogotas I

Tras el evento climático 4.2 ka BP y la posterior mejoría climática, el paisaje de la Edad del Bronce Medio fue un medioambiente profundamente modificado por la mano humana a través de sus prácticas agropecuarias. Las columnas polínicas y los datos paleocarpológicos extraídos de rellenos de hoyos de unos cuantos yacimientos cogotenses así parecen corroborarlo (López García 1997; López-Sáez & Blanco-González 2004; Burjachs & Expósito 2007; Duque Espino & Pérez Jordá 2007; López-Sáez *et al.* 2009).

Los tipos de ubicación cogotense fueron diversos, de acuerdo con las formas de explotación de un paisaje agrario, muy antropizado, por parte de comunidades campesinas (Díaz del Río 2001) de un marco ambiental muy árido, seco y de creciente continentalización debido al evento 4.2 ka BP (Blanco-González *et al.* 2018). En este contexto medioambiental, no es de extrañar que estos grupos agroganaderos se asentaran en la cercanía de corrientes fluviales, navas y lavajos de las penillanuras sedimentarias meseteñas durante medio milenio (Fernández-Posse 1998; Díaz del Río 2001; Rodríguez Marcos 2007: 418; Blanco-González 2009: 388). Mientras, el Sistema Central registró un aumento de la pluviosidad, con el consecuente aumento de zonas que se mantenían verdes todo el año, que seguramente fue aprovechado por estas comunidades para llevar el ganado a los agostaderos (Blanco-González *et al.* 2018).

En las zonas de campiñas del 'área nuclear' las comunidades de Cogotas I habrían vivido en un paisaje ya muy deforestado de antiguo (López-Sáez *et al.* 2005; Fabián García 2006: 448–52; Fernández Moreno 2013) debido a una agricultura que se valió del fuego para clarear el bosque, habida cuenta de la expansión de matorral, quercíneas y en mayor medida de gramíneas. El polen arbóreo es muy moderado al final de la secuencia (Delibes de Castro *et al.* 1995: 565), indicando un tipo de paisaje asociado a una orientación marcadamente pecuaria: amplias zonas de pastizal que se intercalaban

con pequeños islotes de encinares (López García 1997: 132–33). Los pinares habrían estado en zonas alejadas de los yacimientos, presumiblemente montanas.

El tipo de agricultura practicado era fundamentalmente cerealista de secano, en campos de labranza en los que cultivaban trigo y cebada desnudos, y situados algo alejados de los ‘campos de hoyos’. En estos hoyos, en no pocas ocasiones considerados como ‘silos’ por el revoque rubefactado de sus paredes, no suelen aparecer grandes cantidades de semillas que pudieran demostrar un almacenamiento a largo plazo de cereal (una excepción en López-Sáez *et al.* 2009: 263). Por otro lado, como demostró Reynolds (1974) en su clásico trabajo experimental, el revoque no es una cualidad sine qua non para que pudiera darse el almacenaje de granos, puesto que las condiciones anaeróbicas que se crean en ese espacio, una vez se sella la boca (Miret i Mestre 2016), son idóneas para permitir que se conserve gran cantidad del grano guardado, en comparación con el pequeño porcentaje del grano que se pierde, aquel que se halla en contacto de las paredes y boca.

Dada la proximidad de estos yacimientos arqueológicos del Bronce Medio- Tardío interior a los cursos fluviales, extraña que no aparecieran las especies asociadas a los bosques de galería, como fresnos, sauces, olmos o nogales, y que, en cambio, estuvieran sustituidos por los cultivos de regadío de leguminosas. Así, en las columnas polínicas suele aparecer reflejado un cambio en la composición del bosque ripario –siendo alterado en la época en la que se abrieron los hoyos-, para dejar paso al cultivo de leguminosas acuáticas, como la lenteja (*Lemna*). Así mismo, la importancia de las gramíneas y de especies silvestres que indican la presencia de ganado, dan cuenta de la diversificación económica de estas poblaciones.

Por otro lado, la paleocarpología muestra una realidad complementaria, y es que aparecen cariósides carbonizadas de trigo y cebada –*Triticum* y *Hordeum*– en algunos hoyos, junto al resto de material arqueológico, aunque no mezcladas con plantas de carácter silvestre –como podrían ser *Chenopodium*, *Echium*, *Lithospermum*, todas ellas asociadas a prácticas de carácter cerealístico–.

Por tanto, vemos que el paisaje de las comunidades cogotenses además de estar fuertemente antropizado, estaba lo suficientemente diversificado como para tener unas hojas de cultivo relativamente alejadas de los ‘campos de hoyos’ dedicadas a los cereales, y que una vez listos para su cosecha, se llevaban al poblado, posiblemente aprovechando las diferentes partes de las espigas para fines distintos; una arboleda poco densa de encinares y coscojos; otra genuinamente de ribera sustituida por huertas de leguminosas; y grandes extensiones de pastizales. Agricultura y ganadería estarían completamente integradas, proponiéndose una intensificación de la segunda para hacer más eficiente la primera: se acortar así los barbechos y el tiempo entre cosechas y se emplearía al vacuno para tareas agrícolas (García García 2017: 175–77).

Muy importantes son los paisajes para entender por dónde se movían y cómo los aprovechaban, tanto a nivel agrícola como pecuario. La cabaña ganadera de estos momentos sigue estando regida por la tríada doméstica: ovicaprino, vacuno y porcino. Aprovecharían los rastrojos, especialmente el ovino, mientras que los pastos frescos estarían destinados al vacuno. Al parecer, ovejas, cabras y vacas serían los principales aportes cárnicos a su dieta (González Fernández 2009: 224). La forma de aprovechamiento del terrazgo y las especies consumidas redundan en que la economía de Cogotas I era fundamentalmente de subsistencia, autónoma y basada en el aprovechamiento máximo de los recursos disponibles. Los depósitos deliberados de fauna también son informativos sobre el valor social asignado a las distintas especies. Liesau (2012) sintetizó la fauna ofrendada para este momento, siempre piezas o animales en conexión retirados del consumo humano. Abundan los bovinos, seguidos de los perros (Liesau von Lettow-Vorbeck *et al.* 2014) y de porcinos y ovinos en el alto Tajo. El valor que las sociedades del Bronce daban al vacuno se pone de manifiesto con estos depósitos especiales, puesto que su dieta no involucraba esta especie como a las cabras y ovejas. En este mismo sentido nuestros grupos del Bronce meseteño parecen funcionar como los argáricos, quienes ofrendaban a las personas de bajos estamentos sociales con ovicaprinos, y miembros de la élite con piezas de vacuno (Aranda Jiménez & Esquivel Guerrero 2007; Andúgar *et al.* 2021).

Una vez esbozados a grandes rasgos el medio ambiente donde vivieron las comunidades de Cogotas I, descendemos a sintetizar los entornos en los que habitaron, sus poblados y hogares o, mejor dicho, la falta de ellos.

1.3. Los ‘campos de hoyos’ de Cogotas I: características principales

Fruto de las constricciones medioambientales descritas, de las seculares tendencias económicas y de las preferencias culturales, se registran yacimientos en picos conspicuos, en el fondo de amplias vegas fluviales o de encajonados valles, en lomas apenas perceptibles y en laderas de cerros. Podría pensarse que diferentes clases de ubicaciones, con distintas geologías y orientaciones económicas, podrían llevar implícitos distintos modos habitacionales, como en el caso argárico o del Bronce Manchego. De nuevo, Cogotas I muestra que no se deben hacer generalizaciones simplistas, sino que la realidad es más heterogénea y compleja de lo esperado: en la cima de los cerros testigo se documentan campos de hoyos como en el fondo de los valles, y apenas en un sitio se documentaron estructuras habitacionales (Carricastro);

estructuras de fondo rehundido (en adelante, EFR) aparecen también en picos, sobre suaves lomas y en el fondo de valles (El Balconcillo, El Cerro de La Horra, La Huelga o Los Tolmos); restos de muros allá donde la piedra abunda (El Berrueco); y las alineaciones de postes tienen lugar en cerros, fondos de valle y laderas (El Juncal, Fuensaúco, Teso del Cuerno, Carratiermes, etc.).

Hasta hace una decena de años se incidía en el aspecto funcional diferenciado entre los paisajes ocupados por los sitios en llano y en altura, que derivaba de la presencia de una jerarquía poblacional y social (una síntesis de esta argumentación en Fernández-Posse 1998: 120–22; Delibes de Castro & Herrán Martínez 2007: 230 y ss.). Los lugares en alto, además de servir para un amplio dominio visual eran también muy visibles desde lejos. En algunos de ellos se encontraron indicios que acentuarían el carácter especial de estos poblados que, por otra parte, sólo se conocían mediante prospecciones superficiales: restos abundantes de actividades metalúrgicas en Carricastro (Bellido Blanco 1994) o un volumen nada desechable de molinos para procesar cereales en la Mesa del Carpio (Cruz Sánchez 2006). Sin embargo, las excavaciones arqueológicas se empeñan en mostrar que sobre los sitios en altura se encuentra el mismo tipo de evidencia que en los fondos de valle, laderas, etc., esto es, los campos de hoyos. Para la zona madrileña, al menos, y desde posiciones teóricas materialistas y teniendo en cuenta que no hay diferencias entre los hallazgos de unas y otras posiciones, Díaz del Río (2001: 294–98) explica este sistema dual de ocupación del territorio como un ‘poblamiento diversificado’ más que jerarquizado.

Lo cierto es que frente a la cantidad de sitios y las muchas hectáreas excavadas en llano (Figura 3) gracias a la Arqueología preventiva –ya que es por donde suelen transcurrir las autovías y otras obras del ‘desarrollo económico’ (Díaz del Río 2001: 79–80)–, sólo se han exhumado unos cuantos cientos de m² de un puñado de lugares en alto. En un breve recuento de estos últimos, Carricastro y Pico Castro fueron excavados en intervenciones de urgencia para la instalación de aerogeneradores y sus infraestructuras (Crespo Díez *et al.* 2005a; b; Crespo Díez & Herrán Martínez 2012; Palomino Lázaro *et al.* 2019); El Berrueco, Sanchorreja, Las Cogotas, La Plaza, Pico Romero de Santa Cruz de Salceda, La Plaza o El Gurugú lo han sido en programas de investigación universitaria (Cabré Aguiló 1929; Maluquer de Motes 1958a; b; Rodríguez Marcos & Palomino Lázaro 1997; González-Tablas Sastre & Domínguez Calvo 2002; López Jiménez *et al.* 2003; Rodríguez Marcos 2007); y finalmente, otros sólo han sido únicamente prospectados, como La Mesa y El Castillo de Carpio Bernardo (Cruz Sánchez 2006). Son situaciones compartidas con la zona madrileña, aunque allí acusando la mayor incidencia si cabe en las intervenciones en la llanura (Díaz del Río 2001: 142).



Figura 3. Diversos ejemplos de campos de hoyos de la cuenca del Duero: a) La Aceña (Salamanca); b y e) El Cerro (Burgos); c y d) La Huelga (Palencia). A partir de las imágenes cedidas por Strato y Aratikos.

Se impone, por tanto, la búsqueda de otras interpretaciones que expliquen la complejidad de la sociedad cogotense de forma más ajustada al registro arqueológico. Rodríguez Marcos (2007: 426–27) cayó en la cuenta de una paradoja en la excavación del cerro de La Plaza de Cogeces que hace extensible a otros yacimientos como La Aguilera (Valladolid) o La Corvera (Salamanca): de un lado, estos sitios no cuentan con estructuras habitacionales, se constata la ausencia de áreas o estructuras dedicadas al almacenamiento y procesado de alimentos o de desechos alimenticios o cualquier otro elemento de carácter doméstico, mientras que se recogen gran cantidad de vasos de consumo individual; y de otro, hay una presencia puntual de potentes muros que restringen y compartimentan el espacio a ocupar. A ello se añade la carencia de estratigrafías tipo tell, como las del Bronce de la Mancha, que pudieran explicar una reincidencia en la ocupación de los sitios, o, incluso la continuidad poblacional (Gilman et al. 2000: 318). Como Jiménez Jáimez (2007: 486) reclama,

“el tell se conforma por una prolongada permanencia en el mismo lugar de habitación y en especial por la práctica de derribar las cabañas deterioradas o ruinosas, nivelar la superficie resultante aportando tierra y volver a construir sobre los restos de las antiguas chozas, acumulando una gran cantidad de sedimentos y materiales arqueológicos en poco tiempo y elevando la altura del tell”.

A falta de tales características, cabría suponer que los sitios cogotenses no eran lugares ocupados largo tiempo, serían más bien ‘instalaciones’ como las propuestas para La Mancha (Gilman et al. 2000: 316). Esto es “yacimientos de reducidas dimensiones con algo de material en superficie, pero sin estructuras visibles o acumulaciones de depósito

apreciables”, especificando que estos establecimientos de corta, pero indeterminada duración puede estar también fortificados, por lo que la suposición pudiera extenderse incluso a los mencionados lugares imponentes con sus pretendidas murallas.

Tras desechar la formulación inicial de que los sitios en altura fueran poblados, Rodríguez Marcos y Moral del Hoyo (2007) plantearon que algunos de estos cerros conspicuos sirvieron como referentes territoriales de agregación de las comunidades dispersas por el entorno, para “celebrar una serie de actividades acordadas (ceremonias, reuniones intergrupales, etc.), bien para resolver determinadas tensiones entre las diversas sociedades que ocupaban los territorios de producción de los que eran propietarios”. Blanco González (2014a) identificó más marcadores que redundan en la interpretación de Rodríguez Marcos: es en los sitios en alto y otros lugares especiales donde se han hallado las vasijas del estilo Avanzado de Cogotas I; las cercas podrían servir más para distinguir espacios significativos y restringirlos de la mirada y participación de parte de la comunidad; elementos exóticos, o sus fragmentos son los que comparecen en los lugares encumbrados; sus hoyos, rellenos de detritus, muestran más semejanza con actos sucesivos de comensalidad que de basuras ordinarias (Blanco-González 2014b; c); secuencias complejas de gestos que involucrarían ritos se documentan en los hoyos como en Pico Castro; y reliquias de personas que murieron hasta cientos de años atrás y que acompañan a nuevos difuntos se han identificado en algunos de estos sitios como en Zamora o en Pico Castro, de nuevo (Esparza-Arroyo et al. 2018). Entonces,

“atendiendo a tal cúmulo de evidencias, los lugares encaramados del final de Cogotas I podrían haber sido una prolongación de los sitios ‘amurallados’ de la fase Proto-Cogotas I, es decir, unos ‘hitos visibles de cohesión, agregación grupal o identidad colectiva’ (Díaz-del-Río 2001: 297) donde habrían convivido diversas comunidades durante fechas señaladas (Rodríguez Marcos 2007: 427 y 430). Tales reuniones festivas habrían consistido en la celebración de banquetes, la manufactura de artesanías y el intercambio de bienes, personas y animales” (Blanco-González 2014a: 323).

Estos campos de hoyos en alto actuarían como lugares ancestrales donde establecer vínculos intercomunitarios para “renovar, subrogar o modificar efectivamente los límites del paisaje, las relaciones sociales y los derechos de acceso sobre los recursos” (Márquez Romero & Jiménez Jáimez 2010: 488) a la muerte del cabeza de la comunidad, cuando sería necesario volver a negociar las alianzas y derechos con el resto del segmento del linaje (Blanco-González 2014a: 324).

1.4 La morada de las poblaciones de Cogotas I y sus coetáneas de la península ibérica

Para comprender la parquedad de los restos domésticos de Cogotas I, hay que entender las formas de vida, más o menos itinerantes, de una sociedad atomizada que frecuentemente fisionaba sus comunidades en otras más pequeñas –quizá familiares–, que residían dispersas en un amplísimo territorio donde complementaban sus recursos entre varios ecosistemas y que volvían estacional, anual o temporalmente a los sitios previamente habitados (Fernández-Posse 1998: 113). Esta no es la tónica habitual, sin embargo, en la arqueología de la Edad del Bronce peninsular, sino que se encuentran sociedades mucho más complejas en términos socioeconómicos y políticos, con otras necesidades constructivas, por tanto. Antes de ingresar de lleno en las pautas arquitectónicas de Cogotas I, se hará un repaso, a vista de pájaro, los modos de edificación y las estructuras sociales de esos otros Bronces peninsulares con el objetivo de resaltar la especificidad del grupo arqueológico normeseteño.

1.4.1. Las formas de habitación en el Bronce peninsular

Poco después del cambio de milenio, la península ibérica aparece atomizada en sociedades que nosotros, desde el presente, agrupamos según unas materialidades compartidas, desde formas constructivas a vajillas cerámicas a maneras de explotación del medio ambiente (Figura 4).



Figura 4. Grupos arqueológicos citados en el texto de la Edad del Bronce peninsular, a partir del Museo Arqueológico Nacional.

El grupo arqueológico más conocido es El Argar (Figura 5a), en el sureste de la península, que incluso se interpreta por un sector de la historiografía como una sociedad de clases organizada políticamente bajo la forma de un Estado (Lull et al. 2011), sobre todo debido a las excavaciones de Tira del Lienzo (Totana, Murcia). En cuanto al urbanismo, las casas pueden aparecer aisladas en poblados en llano o, como en la mayoría de sitios en altura conocidos, densamente agrupadas. Las plantas suelen ser cuadrangulares, rectangulares o trapezoidales, aunque con cabeceras semicirculares o absidas, formadas por varias estancias. En Fuente Álamo suelen tener un espacio de 5.30 x 4.40 m, es decir, unos 23 m², y conservan tabiques, vasares y otro mobiliario construido en piedra, tapial o barro crudo (Pastor Quiles 2019). La heterogeneidad de técnicas constructivas de las paredes sustentantes muestra gran destreza técnica y conocimiento del medio circundante, ya que emplearon asiduamente materiales al alcance, fundamentalmente piedra y barro (Alarcón García 2010: 389–91). Las techumbres estaban construidas a un agua, con una ligera inclinación, y generalmente de cañas o maderos recubiertos, de nuevo en barro. En Peñalosa el tamaño medio de las unidades domésticas era de 25 m² y su forma predominante, rectangular (Alarcón García 2010: 395), lo que las asimila a las meseteñas contemporáneas, pero eran distintas en todo lo demás, desde su distribución y mobiliario internos y ubicaciones espaciales en cerros que se recortaron para crear plataformas y así optimizar la agrupación urbanística. Por desgracia, a diferencia del poblado argárico de Peñalosa o de otros coetáneos, todas las actividades y formas de relación que se pueden desgranar del análisis del espacio doméstico y urbano son inaccesibles mediante el registro de Cogotas I.

La espectacularidad de los poblados típicos de la cultura del Bronce de la Mancha (Figura 5b), junto con otros indicios de tipo funerario, ha sido el desencadenante para proponerla como una sociedad en proceso de jerarquización social en la que las comunidades que habitaban estos sitios gestionarían y controlarían el acceso a los acuíferos (Nájera Colino & Molina González 2004: 209) en un momento paleoambiental de sequía (Benítez De Lugo Enrich et al. 2014). También, desde otro enfoque teórico, ha sido descrita como una sociedad en la que el parentesco es la razón de la organización del espacio –convertido ya en territorio– y cuyas diferencias en el tamaño de los asentamientos se deberían al diferente éxito adaptativo de los poblados a las condiciones ambientales (Gilman et al. 2000: 320). Sea como fuere, hay poblados que se ubicaron en altura –denominados morras o castellones– y, otros, en llano –las motillas– con fortificaciones pétreas y torres centrales. Todos tienen en común el masivo uso de la piedra como elemento constructivo, además del barro en sitios como el Cerro de la Encantada (Granátula de Calatrava, Ciudad Real) (Pastor Quiles 2019). En las motillas, las fortificaciones se organizan en forma de espiral para el acceso a profundos pozos de agua, estando el área funeraria imbricada en el propio bastión. En la Motilla del Azuer, el espacio interno servía, además, para almacenar y tostar cereales y leguminosas, estabular el ganado y cocer cerámica (Nájera Colino et al. 2019: 319), mientras que la

mayor parte de la población habitaba en el exterior del poblado. En este sector extramuros, las sedimentaciones alcanzan los 3 m de potencia (Nájera Colino & Molina González 2004: 193), lo que indica la voluntad de permanencia sobre un mismo punto por varias generaciones, más allá de las relaciones sociales que pudieran establecerse. Las viviendas, que estaban situadas de forma dispersa, tenían plantas ovales o rectangulares, con vasares y tabiques internos y en ocasiones, muros medianeros. Las paredes se alzaban mediante zócalos de mampostería y alzados de barro donde se embutían postes sustentantes de los techos. Un espacio con numerosos hoyos subterráneos delataría la presencia de área de almacenaje de productos, previsiblemente granos, al norte de la zona habitacional.

El Bronce Valenciano (Figura 5c) es caracterizado como una sociedad muy ligada a sus vecinos del sur, El Argar. Sus comunidades presentaron vías de especialización económica, y cierta tendencia hacia las desigualdades sociales (Jover Maestre et al. 2018: 114). Preferentemente ocuparon lugares en alto; algunos cabezos cónicos con escasa superficie habitacional, aterrazados con plataformas pétreas, y en ciertos casos, con murallas (Pastor Quiles 2019: 357). Estos sitios han deparado estancias de forma rectangular, de entre 25-35 m² sustentadas por postes, y con restos de ocupación en su interior, del tipo vasijas de consumo, molinos, etc., como en la Lloma Redona o el Cabezo del Polovar (Jover Maestre et al. 2018: 104–6), y en no pocas ocasiones con las viviendas adosadas unas a otras.

Por último, el Bronce del Sistema Ibérico (Picazo Millán 2005; Armendáriz Martija 2008), más cercano a la región de estudio, muestra interesantes ejemplos de aprovechamientos de lugares en alto, cuevas, cabezos y zonas en llano en el Ebro Medio (Figura 5d). Así, durante el Bronce Medio, se observa una organización del poblamiento según las posibilidades de explotación económica del entorno, y donde algunos sitios se convierten en referentes espaciales. Ejemplo de ello es la serranía turolense ya que algunos poblados en altura estaban estructurados en viviendas, formando manzanas, como el sitio de Hoya Quemada (Mora de Rubielos) (Picazo Millán 2005: 105). Estas casas tenían planta rectangular de hasta 35 m² de área, fueron construidas con barro amasado con elementos vegetales y su interior estaba acondicionado con elementos de mobiliario doméstico en este mismo material –vasares, bancos corridos y otras estructuras– (Picazo Millán 2007).

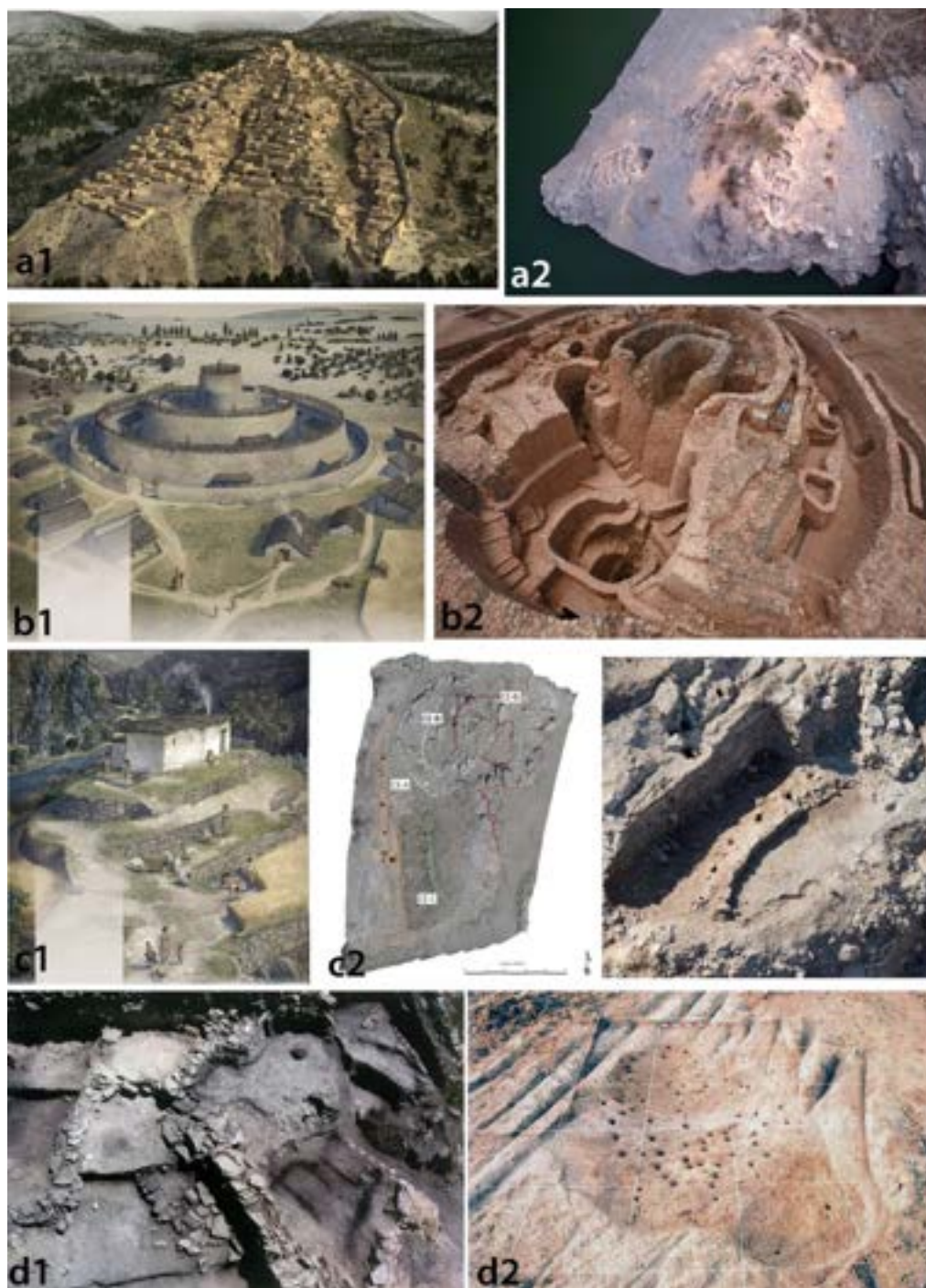


Figura 5. Recreaciones y excavaciones de los tipos de viviendas y urbanismo durante la Edad del Bronce en la península ibérica: a1) Recreación del poblado argárico de La Bastida (Totana, Murcia); a2) Vista aérea del poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén); b1) Infografía de una motilla del Bronce manchego; b2) Excavación arqueológica de la Motilla del Azuer; c1) Infografía de un poblado del Bronce Valenciano; c2) Plano y excavaciones de una vivienda de Laderas del Castillo (Callosa del Segura, Alicante); d1) Excavaciones en el poblado Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel); d2) Fondo de cabaña de Balsa la Tamariz (Tautés, Zaragoza), donde se aprecia la agresión del arado moderno. Fuentes: a1) Infografía elaborada por Dani Méndez-Revives [consulta mayo 2020: <http://www.la-bastida.com/LaBastida/>]; a2) (Alarcón García 2010: Lám. 95); b1) y c1) tomadas del MAN [mayo 2020: <https://www.manvirtual.es/>]; b2) Nájera *et al.* 2010: fig.2 ; c2) Pastor Quiles 2019: fig. 162; d1) Picazo Millán 2007: 153; d2) Rey y Royo 1993: 27.

En cambio, otras construcciones como la de Balsa la Tamariz (Tauste, Zaragoza) son representantes de ocupaciones más cortas y seguramente diseñadas para alojar por menos personas (Royo Guillén 2014). Este ‘fondo de cabaña’, que conservaba la huella de más de 20 hoyos de poste de escaso grosor a modo de estructura para un entablado, era de planta oval irregular y tenía un área de unos 15 m² (Rey Lanaspá & Royo Guillén 1993). Los campos de hoyos en los que se encuentran estos ‘fondos de cabaña’ fueron una forma de habitar y explotar el territorio milenaria, al menos desde el Neolítico, para en el Ebro Medio (Armendáriz Martija 2008), tal como se documenta en las Mesetas, en procesos de larga duración en todo comparables.

De este breve repaso se pueden extraer varias reflexiones:

- 1) Madera, barro y piedra fueron los materiales empleados para la construcción doméstica. Madera y barro se emplearon para la arquitectura doméstica, tabiques y para la creación de elementos muebles. La piedra, en cambio, se utilizó donde abundaba, generalmente en los cerros y cabezos, para los basamentos de las cabañas. Constituyen materiales muy comunes, de fácil adquisición, que favorecen la autoconstrucción y que forman parte de la arquitectura vernácula y rural aún hoy día (Carricajo Carbajo 1990; Sanz Aragonés *et al.* 2006).
- 2) Excepto los edificios singulares, que además son de uso comunitario y de representación política, los espacios domésticos muestran superficies coincidentes en torno a los 20-30 m², que son además multifuncionales: zona de descanso, de procesado y cocinado de alimentos, de mantenimiento, cuidado, reunión familiar e, incluso, en casos concretos como el poblado de Peñalosa, de elaboración artesanal metalúrgica. Parece que este es el espacio mínimo vital para los grupos familiares – estén o no genéticamente relacionados –, durante la Edad del Bronce en la península ibérica e independientemente del tipo de organización política. Quizá, un dato tan aparentemente sobrio como este, sea indicio de que las unidades mínimas de cohabitación eran las familias de tipo bilateral cognaticia nuclear y que funcionaron, como mínimo, desde este momento.
- 3) Independientemente de si las cabañas se construían de forma agrupada o no, diferentes modos de construir implican relaciones sociales distintas a nivel intradoméstico e intragrupal: una sociedad como la de El Argar necesitó de amplios espacios de reunión y actividad política para representar el poder, mientras las relaciones del ámbito doméstico tenían lugar en áreas multifuncionales; otras sociedades necesitaron profundos pozos para desarrollar la vida, enterrando a ciertas personas en estas fortificaciones dedicadas al agua, al tiempo que la comunidad que los mantenía vivía en cabañas dispersas en las afueras del recinto en el Bronce Manchego; o construyeron estructuras

expeditivas en lugares económicamente orientados cuando en otros poblados estaban dándose visos de agrupación y aumento de la complejidad social en el Bronce Valenciano y del Sistema Ibérico. Estos grupos arqueológicos comparten cierta voluntad de permanencia y visibilidad en el espacio, lo que hace que los restos de sus construcciones se encuentren preservados tras casi 4000 años enterrados. Este hecho, y no la construcción con materiales *humildes* o perecederos, las diferencia de las del Bronce meseteño, cuestión que va a explorarse en el siguiente apartado.

1.4.2. La 'humilde' arquitectura de Cogotas I

Muy reiteradamente la arquitectura de Cogotas I ha sido caracterizada en términos de frágiles cabañas (Fernández-Posse 1998: 112), 'efímeras' (Berrocal-Rangel & Gardes 2001: 202; Blasco Bosqued & Lucas Pellicer 2001: 223; Martínez Peñarroya 2008; Montero Gutiérrez 2011: 33), de 'livianas viviendas' hablándose también de poblados de "aspecto desaliñado [como] los 'campos de hoyos' calcolíticos" (Delibes de Castro & Herrán Martínez 2007: 229–30), de la "escasa entidad constructiva de los poblados" y "la endeblez de las estructuras de habitación y su escasa potencia stratigráfica" (Rodríguez Marcos 2007: 432 y 436). Estos calificativos surgen por la escasa cantidad de estructuras habitacionales identificadas para un período que roza los 700 años de duración en una extensión tan vasta de terreno como es la zona nuclear de Cogotas I (Abarquero Moras 2005). Así, en lugar de viviendas, lo que se encuentran los arqueólogos son restos endurecidos de barro (Figura 6a), algunos con improntas de ramajes o postes, que comparecen fragmentados y dispersos en contextos secundarios como son los hoyos y que han sido tildados indistintamente, de manera imprecisa y equívoca de 'adobes', 'tapial' o 'pellas' en informes y publicaciones (una crítica y síntesis de esta problemática en Pastor Quiles 2017; Knoll et al. 2019). En cualquier caso, los patrones constructivos de Cogotas I son en todo comparables con otras arquitecturas del Bronce peninsular, en cuanto a materiales constructivos, elección de enclaves o tamaño de las estructuras, como ahora se expondrá.

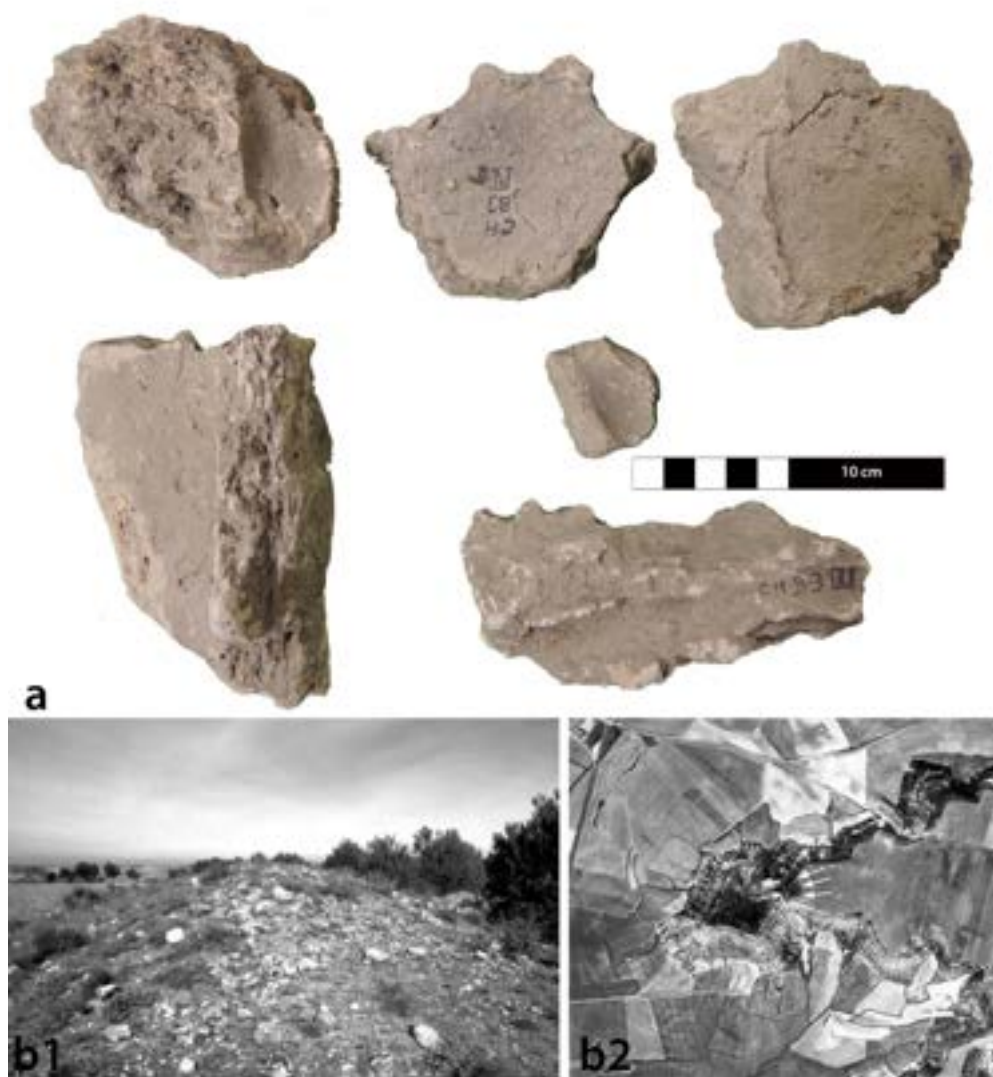


Figura 6. a) Manteados de barro con improntas de postes y palos, procedentes de Henaio (Alegría-Dulantzi, Álava); Muralla de Pico Aguilera (Villán de Tordesillas, Valladolid): b1) Restos del muro, b2) Vista aérea de la cerca que estrangula el páramo. Fuentes: a) Fotografía propia, Museo Bibat de Vitoria en 2013; b1) y b2) extraídas de Rodríguez Marcos y Moral del Hoyo 207: figs. 3 y 4.

Frente a este tipo de arquitectura individual, doméstica y ‘familiar’ hay otra ‘comunitaria’ de signo colectivo, muy minoritaria (Figura 6b). Se trata de unas pocas y masivas cercas de piedra que sugieren los esfuerzos colectivos y organizados de varios grupos familiares en su construcción. Suelen cerrar lenguas de páramos en la Ribera del Duero (Rodríguez Marcos 2007; Rodríguez Marcos & Moral del Hoyo 2007) y en los picos graníticos del Sistema Central como en El Berrueco y en Los Castillejos de Sanchorreja (Blanco-González 2014a). Su interpretación aún es controvertida, pero parece que podrían servir para encerrar el ganado y/o para delimitar espacios ‘especiales’, vedados al resto de la comunidad.

A priori no existen diferencias significativas en lo que se puede o no encontrar en los variados asentamientos cogotenses, por lo que se tratarán en conjunto los datos sobre

las estructuras habitacionales. Blanco González (2018: 301) planteaba que no existían en la Meseta Norte más de 30 casos para el Bronce Medio-Tardío meseteño, en informaciones recogidas para la elaboración de su tesis doctoral hace 10 años (com. personal, abril 2020). Tras este tiempo, se esperaba que las excavaciones provenientes de la arqueología preventiva hubieran deparado más restos constructivos. El panorama, sin embargo, no es especialmente halagüeño, debido al parón del sector de la construcción por la crisis económica de 2008, lo que ha derivado en que no se hayan prodigado las excavaciones arqueológicas en este decenio.

El exhaustivo recuento efectuado para este estudio se ha nutrido de las publicaciones e informes y memorias de excavación que se custodian en los Servicios Territoriales de la Junta de Castilla y León, y de la generosidad de las empresas que han excavado estas cabañas en el ámbito de la comunidad autónoma. Fruto de ello ha sido el cómputo de 48 testimonios habitacionales que pertenecen a la órbita cultural de Cogotas I, incluyendo, además de Castilla y León, las regiones de Madrid, Navarra y Zaragoza, que involucran tanto estructuras de suelo rehundido o excavado, plantas que se dibujan gracias a los hoyos de poste, o alineaciones aisladas de estos en espacios diáfanos, como vestigios de suelos de ocupación, zócalos de piedra, o muros de barro. De ellas, 32 se hallaron en la submeseta norte, de diferentes tipologías constructivas, plantas, tamaños, asentadas en ubicaciones diversas y con estados de conservación muy distintos.

Primero se hará un resumen de las características de las estructuras identificadas en la meseta norte (sensu Abarquero Moras 2005), en el ámbito de acción inmediato, para después realizar el mismo ejercicio con de fuera de la submeseta norte –mas no en lugares argáricos– y poder llevar a cabo comparaciones y proponer inferencias.

1.4.3. Las formas de habitar y abandonar el territorio de Cogotas I

Según Díaz del Río (2001), Barroso (2002), Delibes y Romero (2011), Blasco (2012) y Blanco González (2018: 301–2) los sitios de Cogotas I se ocupaban repetidas veces de forma interrumpida y las nuevas cabañas y hoyos se desplazaban horizontalmente para evitar los anteriores. ¿Qué condiciones debieron darse para hacer factible esas reocupaciones? ¿Qué razones debieron tener para esas vueltas seculares a los mismos sitios ocupados y abandonados de antiguo?

González Ruibal (2003: 58), hablando de Cogotas I, emplea los conceptos de *redundancia* y *congruencia* espaciales (Brooks & Yellen 1987). Con ellos explican las formas de asentamiento, ocupación y abandono que considero plenamente aplicables. La redundancia espacial es la superposición de actividades en un mismo sitio, cuyo

síntoma es la creación de restos o residuos en cantidades importantes. La congruencia se refiere a la realización de las mismas actividades en un mismo punto durante las sucesivas reocupaciones del poblado (Brooks & Yellen 1987: 68). En los sitios de Cogotas I, la baja redundancia y escasa congruencia serían similares a las de comunidades pastoriles que ocupan un determinado espacio durante un corto lapso de tiempo, generalmente una estación, y al volver el año siguiente no se instalan exactamente en el mismo punto. El objetivo sería el de evitar los residuos del año anterior, la mayor parte de las veces por cuestiones higiénicas, pero también por otras de índole social, ritual o política. La densidad de ocupación de los poblados cogotenses no es, ciertamente, elevada, por más que en algunos sitios y en ciertos sectores aparezcan recortes entre hoyos (*vid. supra*, apartado anterior).

Con los métodos y técnicas arqueológicos actuales, únicamente es posible decir que los tiempos de ocupación de los poblados cogotenses son desconocidos, pero seguramente rondarían como mínimo la anualidad, si es que no fue más tiempo, quinquenios o una decena de años. Ciertamente, no se detectan estratificaciones sobre los suelos, sino que se encuentran “estratigrafías horizontales” que, de hecho, son lo usual en este grupo arqueológico. Siguiendo la terminología de Schiffer (1972, 1983), se trataría de abandonos planeados con previsión de regresar al sitio (Figura 13), por lo que deberían encontrarse estratos de desecho en zonas anteriormente limpias, elementos rotos inútiles, objetos pequeños que escapan a la vista y otros que aún pueden ser usados, especialmente los pesados –y añadiría que frágiles, como las abultadas vasijas de almacenamiento–, pero en zonas que no son las de uso común, evidenciando actividades de almacenaje frente a las de consumo. En la actualidad, en el contexto europeo pueden verse ejemplos similares en las cabañas de pastor que aún hay en los campos o los refugios de alta montaña. Podríamos pensar el abandono y la reocupación como una estrategia económica y social de explotar el territorio, como las actuales poblaciones kofyar de Nigeria (Stone 1992).

En este sentido se expresaba Díaz del Río (2001: 123) cuando indicaba, para la Prehistoria Reciente meseteña, que

“no puede infravalorarse el registro arqueológico de gran parte de la Prehistoria de la Meseta, considerando que la relativa ausencia de estructuras de vivienda sea un reflejo directo de la movilidad o naturaleza económica de sus moradores. La conservación de vestigios arquitectónicos en la mayor parte de los yacimientos arqueológicos se encuentra altamente condicionada por el uso de elementos perecederos, fundamentalmente la madera y el barro, aunque a su vez existen otros muchos factores capaces de alterar el registro resultante, gran parte de

ellos de carácter social y contemporáneos al período de uso del yacimiento² [sic, poblado] (p. ej. reciclaje)”.



Figura 7. Síntesis del ciclo formativo del registro arqueológico, a partir de los trabajos de Schiffer (Rathje & Schiffer 1982; 1987; LaMotta & Schiffer 1999) y de las precisiones de Jiménez Jáimez (2007, 2008).

A tenor de lo expresado con anterioridad, los procesos de abandono de los sitios – que habrían de reocuparse en el futuro – debieron de involucrar una serie de gestos como los estudiados desde la etnoarqueología por LaMotta y Schiffer (1999: 24). Estos arqueólogos realizaron una fuerte crítica epistemológica al marco teórico empleado desde la década de 1980 para distinguir los tipos de abandono, sus condicionantes y los consiguientes resultados materiales de ello (Figura 13). Así, lo que los ocupantes dejan cuando abandonan la vivienda o el asentamiento se denomina residuos *de facto* –*de facto refuse*–, mientras que lo que llevan consigo serían los artículos seleccionados –*curated items*–. Basándose en estudios de corte etnoarqueológico, Rathje y Schiffer (1982: 119) identificaron los “factores principales” –*major factors*– que influyen en qué

² Quiero enfatizar en este punto el empleo erróneo en este contexto de la palabra ‘yacimiento’, puesto que, al referirse al uso contemporáneo del sitio por los propios habitantes, el autor (Díaz del Río), debería haber empleado ‘poblado’. Yacimiento o sitio arqueológico son conceptos que deberían ser empleados cuando el poblado ya ha sido abandonado y procesos diversos de origen erosivo y/o deposicional han actuado en él.

llevarse y qué dejar en el asentamiento: 1) las maneras de transporte disponibles; 2) la distancia al nuevo lugar que planean ocupar; 3) la intención de retorno; 4) las actividades planificadas en la nueva ocupación; 5) las condiciones de abandono (rápido-lento, forzado-planeado); 6) la portabilidad de los artefactos; y 7) el coste de reemplazo de objetos específicos. A pesar del esfuerzo por cuantificar estos parámetros, lo cierto es que se ahonda en el carácter económico de ellos, hay cierta imprecisión en su adquisición, y dejan fuera cuestiones simbólico-rituales, que bien pudieran estar mediando también en el registro. De este modo se infiere que la elección de unos factores frente a otros, como la medida del coste de transporte de materiales en relación con su posibilidad de fácil reposición, la dificultad del camino o distancia final está mediada por parámetros capitalistas como la eficiencia económica. Se alejan, por tanto, de lo que las comunidades preindustriales pudieron considerar importante movilizar o dejar en el sitio, no sólo lo utilitariamente activo o menos pesado, sino también ítems que consideraron especiales, sacros, hermosos, más allá de su tamaño o peso. Es decir, que analizar el pasado desde los ojos y el pensamiento occidental contemporáneo nos priva de interpretaciones más ricas y coherentes a lo que pudo ocurrir en el pasado. Símbolo y rito que, como demostraron LaMotta y Schiffer (1999), suelen sesgar de forma definitiva el registro arqueológico. En este sentido, el desecho o la deposición *de facto* o la reducción de ciertos elementos puede confundirse con actividades de signo ritual al elegir las comunidades qué objetos deben dejar en la cabaña, cómo han de ser dispuestos, y qué otros deben llevarse o extraer en función de quién ha muerto, o los motivos del traslado de esa unidad doméstica. Entonces, según estos investigadores (1999: 24),

“1) los procesos rituales de abandono pueden mimetizar otras formas de deposición cultural, especialmente el desecho parcial y el *de facto*, conduciendo a los arqueólogos a malinterpretarlos total o parcialmente como inventarios domésticos; y 2) los modelos del abandono del mínimo esfuerzo no pueden ser aplicados directamente a los conjuntos de objetos que se encuentran sobre el suelo (*floor assemblages*) sin controlar los efectos de los procesos de adición y reducción ritual”.

Estos criterios, aplicables a las comunidades cogotenses, y bajo una óptica materialista muy propia de la modernidad, le llevan a Díaz del Río (2001: 288–89) a concluir que

“la habitual escasez de superposición en las viviendas y estructuras subterráneas parece deberse a las características técnicas implicadas en su construcción, las cuales facilitan que bajo un esquema de ‘costes mínimos’ y ante la ausencia de restricciones espaciales, tras la amortización sea preferible la reconstrucción del espacio habitacional o de reserva de producto en las proximidades. Junto a ello no deben descartarse comportamientos frecuentes entre grupos ‘primitivos’

[sic], como la ‘sacralización’ del espacio doméstico, una de cuyas repercusiones suele ser el abandono de la vivienda tras la muerte de uno de sus componentes (generalmente la cabeza de la unidad de producción), así como del espacio destinado a conservar la simiente a largo plazo, en el que suele involucrarse una extensa diversidad de rituales de fertilidad, simbólicamente asociados a la propia reproducción del grupo. La posibilidad de desplazamiento o disgregación horizontal del núcleo de habitación y reproducción permite aproximarse a la lógica implicada en la formación del registro arqueológico, cuya documentación suele asimilarse a un palimpsesto de elementos que exige el desarrollo de metodologías específicas para su análisis”.

Ya Fernández-Posse (1998: 242–43) en su visión siempre lúcida y adelantada, aventuró que podrían haber sido los propios cogotenses quienes desarmaron sus viviendas y poblados, negando a los arqueólogos del futuro la posibilidad de encontrarnos con contextos de tipo ‘pompeyano’. Además, se refirió a que en ello podría haber interferido un abandono ritual. En este sentido, prefiero referirme a un “abandono ritualizado” más que a un “abandono ritual” (*sensu* Bradley 2003), puesto que el segundo sugiere que habría prácticas separadas entre ámbitos diferentes de la vida, cuando son procesos constantes, donde resulta imposible separar lo mundano de lo sagrado, estando las diferentes esferas imbricadas inexorablemente en cuanto a la acción y a resultados arqueológicos discernibles. Más allá de lo que somos capaces de excavar, analizar e interpretar en la actualidad, se cuenta con no pocos ejemplos de abandonos ritualizados de cabañas documentados etnográficamente como los recogidos por Jiménez Jáimez (2008: 136), o ejemplos arqueológicos de la Mesoamérica maya (Deal 1985: 269) o del sudeste norteamericano (LaMotta & Schiffer 1999: 23), en el Neolítico de Siria (Verhoeven 2000), o en Çatalhöyük, donde es habitual identificar estructuras limpias de materiales, la remoción de los postes de madera más gruesos, a veces, la destrucción del horno y llenar de pintadas el muro occidental (Twiss *et al.* 2008: 52), mientras que en este mismo sitio, otras viviendas fueron incendiadas cumpliendo ciertas pautas (vid. *infra* y Cessford & Near 2005; Tringham 2013).

Para el Bronce Medio-Tardío de la meseta, aunque con un grado menor de congruencia y redundancia espacial, también se pueden sugerir abandonos parciales o definitivos con las consiguientes reconstrucciones, que determinarían el esquema organizativo definitivo de la aldea. Las transformaciones que pudieran darse en las cabañas y en el hábitat podrían estar en relación con la transformación de las comunidades en relación con la fusión o fisión de células de menor tamaño, especialmente a la muerte del cabeza de familia, tras ciertos ritos de paso como matrimonios, etc., (Gerritsen 1999). “Un tipo de arquitectura cuyo sentido estructural se da en contextos de expansión de formas sociales cuyos constructores siguen un sistema de reglas transmitidas intergeneracionalmente a través de, entre otros, la historia oral

(los mitos) y, sobre todo, la práctica social, reproduciendo formas de hacer socialmente aprendidas (Bourdieu 2000). Estos mecanismos de transmisión pueden tener diversos contextos performativos, siendo especialmente significativo el momento de la destrucción/construcción de un nuevo edificio que, por esta misma necesidad transmisora, suele ser generacional. Por otra parte, este sistema de transmisión funciona también como una forma de apropiación comunal/familiar del espacio y del paisaje (Springer & Lepofsky 2011: 22), así como una vía de reproducción de las identidades sociales de la unidad familiar, tanto en lo interno (en el reparto de tareas, por ejemplo), como externamente (en la construcción similar/disimilar con respecto a otras unidades domésticas). La ausencia generalizada de reparaciones en estas estructuras ha sido interpretada de esta manera por autores como H. Hamerow (2012: 34)” (Tejerizo García 2015: 336).

Esta ligazón de las cabañas con los habitantes que les dieron uso y sentido será explorado en el siguiente capítulo, el tercero. Si, como se ha visto, los procesos posdeposicionales no permiten dar cabal cuenta de la escasez y levedad de los restos habitacionales, tal vez convendría cambiar de enfoque.

1.5. La evidencia funeraria de Cogotas I: unas pinceladas sociales

A partir de la evidencia presentada y junto con otros indicadores como la aparición o carencia de los metales, de la ubicación de los poblados, o del tipo de aprovechamiento de las tierras alrededor de los poblados, se ha interpretado la sociedad de Cogotas I de muy diferentes maneras. Están quienes la interpretan como esencialmente igualitaria y sin atisbos de jerarquización (Fernández-Posse 1998: 120–22; Ruiz Zapatero 2007: 43); como una sociedad segmentaria donde comienzan a darse prácticas de intensificación agrícola y articulada sobre el linaje (Díaz del Río 2001; Ballester *et al.* 2010; Pérez Villa 2015); o con personajes destacados que manejarían temporalmente los grupos sociales y la producción (Delibes de Castro *et al.* 1991; Abarquero Moras 2005; Cruz Sánchez 2006; Delibes de Castro & Herrán Martínez 2007: 229; García García 2017). Tal diversidad de interpretaciones apunta, directamente, a sesgos interpretativos debido un registro arqueológico poco elocuente, tan fragmentario en su hallazgo y con tan pocos elementos *in situ* que hacen difícil decantarse hacia alguna de estas opciones.

Los metales, por ejemplo, que suelen tratarse como síntoma de diferenciación social, en realidad están casi ausentes tanto en los depósitos deliberados en hoyo, aparecen rara vez en el resto como elementos fragmentados, pareciera que perdidos, y además se evitó enterrar a los ‘malos’ difuntos con estos elementos de distinción social. Las solas excepciones de la mujer de Cerro de la Cabeza (Fabián García *et al.* 1997; Velasco-Vázquez *et al.* 2018) y de la fíbula acompañante del entierro triple de La Requejada, quizá

hablen más de tendencias tardías, concretas hacia la creación de identidades personales que del pulso general de la sociedad de Cogotas I, que es de signo contrario, volcado hacia las relacionales.

Para hablar de los vivos del pasado, de cómo vivían, de cómo se organizaron socialmente o sancionaban políticamente las normas, muchas veces hay que hablar de muertos, de sus esqueletos, de lo que nos dice sus huesos, de qué tratamientos funerarios recibieron y las pautas, normas y excepciones que se vislumbran. La Arqueología de la Muerte es una de las líneas de investigación más prolífica dentro de la disciplina, ofreciendo datos muy valiosos para reconstruir la vida de los enterrados a través de las dispensas que les dieron los vivos. ¿Qué se sabe sobre las personas enterradas del II milenio AC en la meseta? Una nueva línea de evidencia o *proxy* se ha ido perfilando con la mejora de las técnicas de datación radiocarbónica y de secuenciación genómica, junto con el examen protocolario y exhaustivo de los huesos humanos.

Aquí no nos extenderemos en los debates que se han dado en torno a las fórmulas rituales de Cogotas I, lo cual se encuentra sintetizado en otro sitio (Sánchez-Polo 2011: 11–27). En este punto, se resumen los resultados publicados de recientes proyectos de investigación sobre los restos humanos del II milenio AC en la meseta³. Hace treinta años se empezaba a barruntar (Esparza-Arroyo 1990) que los grupos de Cogotas I recurrían a acciones expeditivas para deshacerse de sus muertos, dejándolos en antiguos silos excavados en la tierra, en dólmenes, o en cuevas. Recientemente, dos trabajos doctorales han ahondado en las pautas funerarias del II milenio AC. Montero Gutiérrez (2011), desde posiciones materialistas históricas y mediante la configuración de un nutrido corpus documental, trató de ordenar la evidencia arqueológica acerca de los enterramientos de la meseta norte y alto Tajo. Pérez Villa (2015), por su parte, reunió cuantos entierros hay publicados de estas cronologías en la zona nuclear de Cogotas I al sur de Gredos. Indagó acerca las tendencias paleodemográficas, como las tendencias en las edades de muerte o las enfermedades que afectaron a estas poblaciones y el estado de salud general. Obtuvo así datos macro, amalgamados con ejemplos mortuorios de muy distintas cronologías y bagajes culturales al ser comparadas con otros ámbitos peninsulares.

Hoy día, con el desarrollo de estos modernos proyectos, la arqueología forense y las dataciones absolutas de los restos de la meseta norte han cambiado sustancialmente el panorama, proponiendo escenarios difíciles de intuir en las décadas pasadas. Ciertamente, extrañan los pocos difuntos para una temporalidad de 700 años, un NMI de 39 en 28 sepulturas de 19 sitios (Esparza-Arroyo *et al.* 2012a: 276) –aunque más

³ Dirigidos por Á. Esparza, se trata de los proyectos HUM2005-00139, HAR2009-10105 y HAR2013-4851-P.

recientemente se ha aludido 30 sitios, incluyendo cuevas, con 46 hoyos funerarios (Esparza-Arroyo *et al.* 2018: 352). Desde los primeros momentos de la investigación, cuando eran consideradas como una muestra representativa de la totalidad de los fallecidos, se captó la importancia de la posición de inhumación. Así Esparza Arroyo (1990: 127) propuso que la colocación de los difuntos en los hoyos obedecería al sexo: decúbito lateral izquierdo para las mujeres y derecho para los varones. La escasez de la muestra repercutía en la viabilidad de la aplicación de métodos estadísticos, que se intentó años más tarde con un efectivo mayor, obteniéndose otra vez una confirmación algo débil, pero que permitía mantener la validez como tendencia de aquella colocación dualista (Esparza Arroyo *et al.* 2012a). Un inconveniente permanente ha sido la determinación del sexo de los individuos a partir del análisis antropológico (morfológico y métrico), que habitualmente produce muchos diagnósticos de ‘indeterminado’ y que es casi imposible en el caso de los inmaduros. Por eso siempre ha habido, dentro de la tendencia general, excepciones y contradicciones. Pero además de las dificultades inherentes a la determinación osteológica –que ahora se pueden reducir gracias a procedimientos analíticos, por ejemplo de ADN– se hacía un enfoque limitado, relacionando la posición de inhumación solamente con el sexo. Estos enterramientos cogotenses en hoyo funcionarían de forma inversa de los campaniformes y argáricos. Para los campaniformes se ha propuesto recientemente (Soriano *et al.* 2021) un sistema parecido, con los niños menores de 6 años ausentes y aquellos de hasta 15 años, sin asignaciones sexo genéricas por carecer de ajuar, donde las mujeres –que incluirían adolescentes– fueron enterradas en decúbito lateral derecho y los hombres en el izquierdo. Desde luego, la lateralización fue muy importante para esas sociedades del II milenio AC, marcándose también diferencias de género y edad en las tumbas argáricas (Andúgar *et al.* 2021). Siguieron patrones de lateralización muy arraigados que afectaron afectó también a las ofrendas de fauna colocada junto a los difuntos: los varones adultos recibieron partes izquierdas de vacas, en el caso de la élite. Un marcador de edad fue, para las comunidades de El Argar, precisamente la fauna, porque a los niños, por comparación con los adultos, les reservaron porciones de ovejas y cabras.

Junto a este parco registro funerario, algunos investigadores estaban alzando la voz sobre la cada vez más mayoritaria presencia de restos secundarios humanos, revueltos entre la fauna y demás desperdicios de los hoyos, y parece que asociados a cronologías tardías (Blasco Bosqued 1997). Así, en no pocas ocasiones, han sido reconocido por los especialistas en fauna: es el caso del adulto del hoyo 62-N de Canto Blanco (Esparza-Arroyo *et al.* 2019) o los restos de un cráneo del hoyo 56-57, con materiales singulares, de Fábrica de Ladrillos (Blasco *et al.* 2007: 45 y 64), por ejemplo. Así, la proporción de entierros secundarios es del 38.5 % en la submeseta norte y de 34.8 % en la sur, según recogen Esparza y otros (2018: 355). En cualquier caso, es posible afirmar que no todas las personas del II milenio en el interior peninsular recibían sepultura bajo tierra.

Para explicar este difícil registro se ha propuesto (Esparza-Arroyo *et al.* 2012b) una hipótesis, avalado por abundante bibliografía etnográfica, que conjuga dos formas rituales que funcionarían sincrónicamente y cuyo propósito sería la sanción moral de las formas de vida: expresar quiénes se han comportado de acuerdo con los preceptos comunitarios y quiénes han roto su observancia. Los restos dispersos serían los correlatos materiales de aquellos que llevaron una vida de acuerdo con las normas éticas de la comunidad, cuyo final sería la exposición de la que, como mucho, subsisten restos parciales y generalmente los que más tardan en degradarse como fragmentos craneales, dientes, algún trozo de hueso largo, etc., que habrían llegado a ser reutilizados en diversas prácticas. Entonces, ¿quiénes serían las personas inhumadas? Serían, de acuerdo con esta hipótesis, quienes tuvieron una ‘mala muerte’ o que han llevado una vida excéntrica: tal vez, brujas, hechiceros, curanderos, acaso parteras y metalurgos, suicidas, homicidas o personas errantes, que habían quebrantado leyes o tabúes. Estos distintos rituales se erigen como formas sociales comunitarias de aprobación o reprobación social, de los que más tarde se discutirá en el conjunto de estrategias y prácticas de Cogotas I –apartado 5.2–.

Más allá de estas formas rituales mortuorias dicotómicas, vale la pena ahondar en sus formas de vida para ahondar en la racionalidad prehistórica. Las afecciones que han quedado inscritas en sus dientes y huesos suelen dar pistas de los modos de vida que llevaron antes de fallecer. Sobre los primeros se ha realizado un estudio monográfico (Velasco-Vázquez & Esparza-Arroyo 2015) que ha deparado hallazgos que interesan para caracterizar estas poblaciones: baja incidencia de hipoplasia dental que indica, a nivel general, que las personas no sufrieron episodios de estrés pronunciados durante la infancia –el destete suele ser un momento crítico en los grupos antiguos al disminuir la ingesta de nutrientes–. Se advierten tenues diferencias entre el sexo femenino y el masculino, las primeras con más episodios hipoplásicos, frente a los segundos, aunque carece de significación estadística. La mayoría de las mujeres presentaban caries, frente a los varones, que carecían de ellas, lo que indica que pudieran tener, unas y otros, hábitos alimenticios e higiénicos diferenciados. Los hombres ingerirían más alimentos como carnes y lácteos, mientras que las mujeres harían lo propio con cereales, lo cual incide en un desgaste dental moderado para las segundas. Esta evidencia sería indicativa no de diferencias en términos de verticalidad social, sino en la horizontalidad, en cuanto a la construcción del género.

En los estudios demográficos, ha quedado patente que el perfil de las personas enterradas no cuadran con el patrón de una sociedad preindustrial (Esparza-Arroyo *et al.* 2012a: 288–99): es mayoritario el sector pre-adulto, principalmente niños y adolescentes, y las mujeres entre 20 y 40 años. La gran cantidad de mujeres enterradas en edad fértil podría indicar una elevada cantidad de muertes por parto y quizá la ausencia de cuidados referidos a las madres en el momento de dar a luz. Hay muy pocos

hombres adultos y alguno de ellos llegó a sobrepasar estas edades. El registro, definitivamente segado por las prácticas prehistóricas, muestra que uno de esos sesgos fue el de género. Tres enterramientos múltiples –de más de dos personas– alertan de estas desigualdades en el seno de la sociedad cogotense y que se cierne sobre la construcción del género: Los Tolmos, Rompizales y La Requejada.

En Los Tolmos (Esparza-Arroyo *et al.* 2017) fueron enterradas en el sector B dos personas, genéticamente mujeres y una de ellas a punto de dar a luz, entre 1918-1772 AC. Sus cuerpos fueron cubiertos por algún lecho de ramas o densa manta. La mujer más mayor, entre 25 y 40 años, estaba enterrada en decúbito lateral derecho y la mujer embarazada, algo más joven entre 22 y 26 años, en izquierdo. Habrían sido parientes cercanas a través del linaje materno, como una tía. No se observaron marcas en los huesos de ninguna como para afirmar la causa de la muerte, aunque se sospecha que pudo ser un nacimiento distócico o algún accidente.

En La Requejada (Esparza-Arroyo *et al.* 2012a: 305–9; Palomo-Díez *et al.* 2012) se excavó otro depósito triple, del que no se van a ahondar en sus complejidades (será tratado en el capítulo 4 y aparece detalladamente descrito aquí Delibes de Castro 1978). Estaban inhumados un infantil, 7-9 años, enterrado en decúbito derecho; una persona de más de 60 años también en derecho y una mujer entre 17 y 20 años en izquierdo, genéticamente, la probable progenitora del infantil que, de comprobarse el parentesco, habría sido madre entre los 13 y 9 años –¡una niña, a ojos contemporáneos!–. Tampoco se encontraron marcas que delataran las causas de sus muertes.

Estos datos de detalle en relación con los de carácter paleodemográfico parecen indicar que las mujeres –o al menos, algunas de ellas–, al entrar en edad reproductiva, tenían hijos rápidamente, lo que indicaría prácticas matrimoniales a edades muy tempranas. En el caso de Los Tolmos, puede que la mujer juvenil hubiera tenido más hijos antes de este, pero parece claro que pudo morir por complicaciones al final del embarazo. Por el momento, se desconoce el papel de las personas enterradas junto a las anteriores, una tía en el sitio soriano, y otra de edad muy avanzada en el vallisoletano, pero ambas están, llamativamente, enterradas en su costado derecho y eran bastante mayores. Pudieron haber fenecido a la vez por razones diferentes, o haber ingerido todas algún alimento en mal estado que les deparó la muerte, aunque sobrevuela la posibilidad de que la comunidad les sancionara y debieran morir para acompañar a estas jóvenes madres al inframundo, en caso de que hubieran fallecido antes... ¿cómo protectoras y guías de las muchachas? ¿o quizá todas transgredieron normas sociales?

El caso de Rompizales (Velasco-Vázquez & Esparza-Arroyo 2016) es algo diferente a los anteriores, pero habla elocuentemente de las formas de sanción social y simbólica hacia mediados del II milenio, entre 1501-1431 AC. Pudiera ser un caso de quebrantamiento de tabúes y de las consecuencias que conllevan, involucrando el uso la violencia –seguramente intragrupal–. O incluso dentro de racionalidades mágico-

religiosas, y como aquel sacrificio masivo prehispánico de niños y llamas en la costa peruana (Prieto *et al.* 2017), un ritual extremo donde se interpelara a las divinidades ofreciéndoles lo máspreciado para sus comunidades. Cuatro subadultos fueron ejecutados y dispuestos en un hoyo, todos con sus cuerpos colocados contra las paredes de la estructura, en posiciones pronadas, y sus cabezas mirando al suelo: un joven de entre 12 y 13 años recostado contra el pecho; una adolescente de entre 15 y 17 años apostada sobre su costado derecho; un infante de entre 7 y 8 años también en derecho; y un púber de entre 12 y 13 sobre su costado izquierdo.

CAPÍTULO 2. Marco intelectual

2.1. Introducción

La arqueología se ha centrado fundamentalmente en el registro monumental y masivo, en las estructuras pétreas, permanentes y visibles, y con funciones unívocas: cabañas, templos, santuarios, tumbas, asentamientos, campos de cultivo, etc. Lo que caracteriza a la materialidad de Cogotas I es, precisamente, lo contrario: la provisionalidad, efímero, fragmentado, desperdigado, lo ambiguo. Si nos aproximáramos este grupo arqueológico desde tales premisas se trataría de un desenfoque y no captaríamos su alteridad. El II milenio de la meseta necesita, por tanto, de otros presupuestos teóricos y metodológicos, que difieran de los empleados usualmente. En este capítulo se proporcionan herramientas teóricas que configuran un marco intelectual alternativo, que es lo que se precisa para avanzar en el conocimiento de Cogotas I.

Decía Fernández-Posse que los yacimientos de Cogotas I, como todos los que consisten en estructuras subterráneas –Neolítico británico, los recintos fosados a nivel europeo, etc. –, son yacimientos “*difíciles*” (Fernández-Posse 1998: 114). Y es que, a pesar de atribuirles utilidades perfectamente *lógicas* por su funcionalidad –silos, fosas detríticas, o de decantación, de inhumación, etc.–, lo cierto es que ni las colmataciones ni las capacidades de los hoyos ni la mayoría de los restos que en ellos se encuentran encajan en las categorías más usuales. Estas categorías son demasiado parecidas a las de la tardoantigüedad y la Edad Media europea, como Díaz-del-Río (2001: 83–110) tuvo ocasión de advertir sobre otros trabajos en los que se extrapolaba el sistema económico moderno de producción masiva de productos primarios a contextos socioculturales de la Edad del Bronce.

En la investigación europea, cuestiones de esta índole llevan décadas discutiéndose, como se verá en el capítulo 4. Si esta problemática está empezando a abordarse en la actualidad para el registro de Cogotas I (López Sáez & Blanco-González 2004: 2002), en

el Reino Unido ha sido un tema recurrente desde mediados de 1980, especialmente en estrecha relación con el desarrollo y la consolidación de la Arqueología Posprocesual (Hernando 2002: 23). Esta inspiración teórica, que ha hecho posible la superación de fórmulas repetidas, no está reñida con una metodología tradicional, e incluso de corte procesualista, con un notable acento en la cuantificación y en estudios arqueométricos.

Antes de entrar en materia en el marco teórico concreto, vamos a hacer autocrítica y diseccionar nuestra propia lógica –que aplicamos de forma intuitiva y, a veces, no suficientemente reflexiva–, para así ser capaces de diagnosticar nuestros puntos ciegos en la investigación y las limitaciones en nuestro enfoque.

2.2. Una revisión al sistema de racionalidad occidental

No han sido pocas las voces que han criticado que, aunque las sociedades prehistóricas fueran eminentemente agropecuarias desde el Neolítico, su sistema de explotación del medio y las relaciones que de ello se desprenden en nada se parecen a las del Antiguo Régimen (Wolf 1982; Díaz del Río 2001: 78–100; Kristiansen & Larsson 2006; Criado Boado 2012). Por ello, y para no seguir reproduciendo el sesgo inherente al investigador occidental sobre las comunidades que habitaron el pasado, es fundamental la comprensión de cómo se han construido –y construyen– las categorizaciones conceptuales que tienden a normalizar, universalizar y en último término a homogeneizar. Una vez realizada esta imperiosa tarea, el punto de partida idóneo ya estará constituido para observar qué puede impedir un avance cualitativo del conocimiento del registro arqueológico cogotense.

2.2.1. La problematización sociológica y antropológica

Desde que Gramsci (2009: 39) pusiera de relieve el papel determinante de la religión cristiana en las sociedades occidentales y las consecuencias que ello reporta, la Antropología y Sociología han valorado de maneras divergentes la cuestión de la ‘categorización’, visible en los tonos en que se discuten algunos aspectos. Mientras el sociólogo M. Wolf (1982) introducía la problemática de la naturalidad con la cual cada individuo asume el ámbito de lo cotidiano y sus categorías de análisis de la realidad, Sahlins (1997) ahondaba en cómo diferentes paradigmas teóricos habían tratado la razón práctica. No parece ésta una cuestión baladí, pues ha resultado sumamente conflictiva. Esto se debe a que en todas las Humanidades se trasladan sin más los esquemas de pensamiento del investigador hacia el objeto de estudio.

Numerosos trabajos sociológicos vienen a confirmar una manera de *ser en el mundo* propia de las sociedades occidentales, ratificando que en ellas el foco de atención se centra en la acción individual humana, que se asume como culturalmente definida, pero no predeterminada. Wolf (1982: 123) resume las palabras de Schutz acerca de la observación de la realidad de los individuos aludiendo a la manera en que las personas captan y decodifican la realidad, presuponiendo éstas que “en la vida cotidiana [...] [se] alcanza un orden entre los acontecimientos ratificando la presuposición de que los objetos son aquello que parecen ser”. Es decir, que cualquier individuo observa la realidad como la espera encontrar, de la misma manera en que ha recibido mediante el aprendizaje esta concepción apriorística del mundo que le rodea, en el que vive.

Sin embargo, las reflexiones que Wolf (1982: 128) extrajo sobre el sentido común y la cotidianidad no se centraban en una única propuesta. Citando a Garfinkel, Wolf enfatizaba cómo el ‘sentido común’ –o lógica que actúa mediante apriorismos– está tan naturalizado dentro de cada sociedad que se enraíza e idealiza en el pensamiento crítico, de tal manera que es prácticamente imposible derruir los cimientos sobre los que se asienta. Este ‘sentido común’ o forma en que la persona construye su propio sistema racional –racionalidad– donde residen las categorías formales de pensamiento, constituye la base sobre la que un sujeto en concreto actuará y concebirá la realidad. Se puede decir, por tanto, que arqueólogos y prehistoriadores se encuentran embebidos de estas mismas categorizaciones –a primera vista nada problemáticas–, constituyéndose como “características vistas sin ser notadas (*seen without being noticed*)”. Desprenderse de ellas, o su mero intento supone enfrentarse a la racionalidad que permite comprender el mundo a cada persona, ya que “comienzan ya a no funcionar las premisas antes operantes” (Wolf 1982: 126–27). Si esto es captado a pie de calle, se podría esperar que en las altas esferas de conocimiento se produjera un cambio radical en la actitud con que se aborda la creación científica. Sin embargo, lo cierto es que algunos antropólogos insignes han participado y colaborado en la continuación de categorías establecidas *a priori*, y no a la confrontación con esa sociedad estudiada en concreto. Malinowski, un antropólogo que ya a principios del siglo XX, era ya plenamente consciente de la importancia de la economía para el mundo moderno occidental, negando la “generalidad de un ‘hombre económico’” (Sahlins 1997: 91). La consecuencia más destacable para Sahlins (1997: 109), en su estudio sobre las categorías analíticas o razón práctica, es que se eleva como característica fundamentalmente “europea la limitación específica de lo simbólico, concebido a partir de una distinción entre acción e ideología, sociedad y cultura”. La aportación de Sahlins fue doble. En primer lugar, por intentar problematizar los conocimientos formulados durante una centuria de Antropología mediante una síntesis de los trabajos más seguidos; y por otro, por la superación de una aplicación materialista ortodoxa al análisis cultural, estando abierto a la crítica interna y a la innovación científica que no se guíe por los paradigmas inmovilizados e inmóviles.

Ciertamente, los marcos teóricos marxistas han tendido a sobrevalorar los aspectos materiales de la cultura, relegando lo intangible a un segundo plano. En este sentido, desde ámbitos tan diversos como la psicología cognitiva o la lingüística se ha reformulado lo que nos diferencia como humanos. Los lingüistas han constatado que las formas de expresión que conforman un idioma no son capaces de descubrir la totalidad de la realidad, pero sí de reflejar las categorías cognitivas que se crean a partir de la observación atenta del mundo que rodea a las personas (Meskell 2004: 40–41). Estas taxonomías culturalmente definidas están insertas en el aprendizaje y en la reproducción de las prácticas sociales en el grupo o comunidad humana en las que el niño crece. Es esta una crítica que se ha realizado insistentemente al marxismo más ortodoxo, ya que las necesidades ‘biológicas’ de los seres humanos no se identifican con plenitud con las de cualquier otro animal, sino que las trascienden y crean otras igual de importantes (Meskell 2004: 148), algo que algunos psicólogos atribuyen al comportamiento no estrictamente económico o material, sino más bien ritual de los seres humanos. En esta línea, Sánchez Romero (2008: 17–39) ha destacado que la necesidad de alimentación es, entre los seres humanos, un acto fundamentalmente social, que materializa tanto la vida cotidiana como la extraordinaria. Una capacidad que habría sido clave en la evolución de la especie humana (Rossano 2009: 244–46) y especialmente, en el éxito de los *sapiens* antiguos.

2.2.2. La crítica poscolonial⁴

Una vez ubicada la dirección a seguir, marcada por estudios generales, hay que colegir que además de aceptar las críticas que realizaron estos investigadores sociales –plenamente válidas para la teoría en Arqueología–, el siguiente paso es donde se reconozca alguno de los principales puntos conflictivos de las investigaciones.

El germen y origen de un marco conceptual que no tratara únicamente de destruir unas etiquetas sino, más bien, de proponer otras formas de aproximación a sociedades ajenas a la del científico deben buscarse en la publicación en 1978 del *Orientalism* de Said (1997). Su obra, como una breve síntesis de lo que se tratará bajo este epígrafe, refleja la inquietud por la superación de clichés y estereotipos tejidos sobre Oriente en los países occidentales, desgranando los orígenes y repeticiones que, sin una base empírica, han quedado como posos históricos en el imaginario. Sociedades ajenas, diferentes y diversas que en Occidente han sido homogeneizadas bajo tópicos recurrentes para explicar las diferencias no tanto evidentes como latentes, en los modos

⁴ V. Stolcke (1993: 172-182, cfr. 181) la definía como uno de los grandes problemas de la Antropología, por ser una ciencia nacida –según su opinión– del Renacimiento europeo y lastrada por un punto de vista etnocéntrico.

de vivir, de conceptualizar la realidad, de relacionarse, en definitiva. Es la categoría de 'otros' que como Said reivindicara, se aplica a las sociedades musulmanas, chinas u oceánicas indistintamente, sin captar las semejanzas y diferencias entre éstas. El ensayo del autor palestino introducía la sospecha de que las Ciencias Sociales fueran sensibles en grado sumo a la lógica, que el sentido común inherente a todo ser humano hubiese penetrado en el tejido científico, siendo los investigadores incapaces de sacudirse las afirmaciones mantenidas, y por tanto, verse obligados a reproducirlas, sin haber aplicado la elemental duda metodológica. Se trata de una concepción de los 'otros', de *alteridad*, con la que, parafraseando las palabras de Said (1997) para el caso del *orientalismo*, los científicos de nuestras sociedades contemporáneas trataban de servir para unos fines políticos específicos y justificar, de este modo, determinadas acciones –marcadamente coloniales– sobre 'otros pueblos'.

En consecuencia, el conocimiento de la Prehistoria mundial durante los siglos XX y XXI está empañado, en parte, por esas visiones colonialistas reproducidas (Hernando 2002: 21–24) al no criticarse los aspectos racistas, moralistas o imperialistas. La superación de esta ingenuidad en la investigación está hoy en la agenda de todas las disciplinas humanísticas. Habrá que intentar repensar la Historia reconociendo la alteridad del objeto de estudio.

2.2.3. Las aportaciones posprocesuales

Como 'hija de la razón', la investigación ha seguido amarrada al legado de la Ilustración. Brück (1999b) ha incidido en cómo fue a partir de ahí cuando la racionalidad específica europea –occidental– se elevó como un sistema dicotómico, de oposiciones dualistas. La profunda reflexión teórica de Brück recoge parte de la genealogía del pensamiento occidental, profundamente imbuido del racionalismo filosófico (Foucault 2007: 19–20) y de la Ilustración europea. Exhibe la pugna de la razón contra el mito y el rito –los cuales no han sido completamente abandonados (Bradley 2005: 34–35)–, demostrando que además de actuar mediante categorías poco flexibles, éstas se basan en oposiciones binarias. Sin embargo, otras sociedades conceptualizan la naturaleza y el mundo que les rodea de formas significativamente diferentes, sin establecer ámbitos excluyentes de actuación o categorías tan rígidos (Descola 1988; Brück 1999a: 317–20; Hernando 2018). En otras culturas se funden entidades opuestas para los occidentales, como el cuerpo y el alma, y en general los ámbitos ritual y secular. Por ejemplo, en el caso del Antiguo Egipto, ha sido revelador, que por ejemplo, las cualidades de la razón y el conocimiento emocional no estuvieran yuxtapuestos, sino que formaban un conjunto indisoluble (Meskell & Joyce 2003: 67–78).

En esas otras sociedades, en lugar de haber una separación taxativa entre ambas esferas, conforman un todo holístico, sin ruptura, en la que determinadas actividades y acciones se caracterizan por una alta formalización, una repetición espacio-temporal cíclica y un contenido simbólico y mítico que las trasciende. Esta es la vía en la que se crea y, ante todo, se mantienen esos sistemas racionales y culturales. Es, por tanto, un sistema lógico propio y con un desarrollo histórico único. En el ensayo referido de Brück, también se desvelan los mecanismos de la estructura conceptual que se ha transferido a otras sociedades no europeas.

No ha sido fácil la aceptación de estas elaboraciones teóricas por parte de la comunidad investigadora; sin embargo, otros académicos han cambiado de posiciones teóricas conforme avanzan los años⁵, confirmando que las críticas de Brück han comenzado a calar en arqueólogos incluso fuera del ámbito británico (Hill 1995: 97–99; Brück 1999a: 145–66; Márquez Romero 2001; Hernando 2002: 18–22; Bradley 2003: 5–23, 2005; Enríquez Navascués & Drake García 2007; Lamdin-Whymark 2008: 19–25; Abarquero Moras *et al.* 2009). Así, si la esfera de lo cotidiano, secular y doméstico se rompe al mismo tiempo que la que contiene lo extraordinario, ritual y religioso, urge otra proposición teórica holística que las aúne y esté dotada de significado, tal y como sucede en las comunidades orales de los loDagaa o los azanda –del oeste y norte de África, respectivamente. Para este tipo de comunidades no existen diferencias entre acción práctica y religiosa, pues todo está embebido de significados insondables, y por tanto no se rigen por la causalidad. Estas sociedades, como diría Hernando (2002: 10–17), están gobernadas por la metonimia –el mito–, no por la metáfora –la ciencia–. Las acciones que describiríamos como profundamente religiosas, en realidad para las sociedades que las llevan a cabo están llenas de practicidad y utilitarismo. Para los occidentales la causa y su efecto se buscan para dar sentido a estas acciones, cuando ni siquiera las comunidades ‘primitivas’, orales pretenden encontrarlas, ya que no depende de ellos que exista esta relación lineal, sino que está en manos de entidades supranaturales (Hernando 2002: 10, 60–62). Aunque Brück (Brück 1999b) ya ha ilustrado algunos de estos comportamientos a partir de ejemplos etnográficos, aquí se aporta alguno más. Tanto el acto de imposición del nombre a los recién nacidos o la cura de enfermedades entre la comunidad de base ganadera de África Occidental de los himba (Giner Abati 1992: 142 y 164) como la roza y tala del bosque y posterior partición entre la comunidad de esa parcela en los baruya de Nueva Guinea (Godelier 1986: 30) constituyen actividades en las que la separación taxativa entre lo meramente funcional y lo doméstico, frente a lo mágico, religioso o ancestral es simplemente impensable e imposible.

⁵ Bradley, según Lamdin-Whymark (2008: 23), se deshizo de afirmaciones que desligaban ambos ámbitos, tal como se deduce de la reedición de su libro publicado en 1990 *The passage of arms: an archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits* en 1998.

Bajo este prisma interpretativo que transfiere nuestra racionalidad al pasado puede entenderse mejor la frecuente aplicación del apelativo ‘colectores de basuras’ a las subestructuras excavadas durante toda la Prehistoria Reciente europea y de ‘detritus’ o ‘material desechado’ a su contenido. Tiempo atrás el trabajo de Mary Douglas (1991) sobre la polución simbólica de las personas, objetos y lugares puso de manifiesto que basura, limpieza, orden, etc., son construcciones culturales específicas que dependen de múltiples factores. También Schiffer (1987: 72) advirtió que es la sociedad moderna actual la que aplica unos criterios casi sanitarios para la limpieza de las áreas domésticas. Desde luego, algunas investigaciones están revelando la validez del trabajo de Douglas, por ejemplo la de Glinister (2000: 54–70) para los santuarios de época romana; y, en la línea de Schiffer, el trabajo de Hutson y Stanton (2007: 127–41) sobre los materiales que se consideran inservibles en un poblado maya; o el caso del Neolítico del mediodía peninsular en el que restos humanos sin conexión anatómica aparecen en hoyos y recintos fosados (Márquez Romero 2004: 115–38; Jiménez Jáimez & Márquez Romero 2010; Márquez Romero & Jiménez Jáimez 2010).

Hill y Cumberpatch (1993: 127–29) aplicaron a la investigación prehistórica algunas de estas críticas sobre el estudio del pasado, cuestionando la excesiva familiaridad de la Edad del Hierro como algo negativo. Hill escribió que en la discusión en torno a los depósitos ‘especiales’, es significativo “cómo nuestros sistemas de clasificación han estructurado nuestra comprensión del ritual prehistórico” (Hill 1995: 10). Al identificar estos depósitos de difícil comprensión con lo ritual, el prehistoriador estará lastrado por su sistema de categorías, que condicionará su interpretación, al menos si no se plantea más preguntas o críticas a este respecto. Esta misma situación, ¿no se repetirá para los yacimientos cogotenses y las subestructuras que albergan?

2.2.4. La crítica a la individualidad

Al igual que otras categorías que estructuran el pensamiento, la definición de individualidad fue construida ya desde el inicio de la modernidad con su sistema cultural hegemónico –la Ilustración europea– y las transformaciones a nivel global en el sistema económico, en las alianzas políticas, económicas y financieras (Foucault 1984; Brück 1999b, 2004; Hernando 2002; Gosden 2008), y no últimamente como consecuencia de la Posmodernidad (Montón Subías *et al.* 2008). Por lo tanto, si la individualidad es una característica de la identidad de cada persona en Occidente, habrá que plantear la posibilidad de que otras sociedades pudieron tener formas diferentes de representarse y autodefinirse.

Entendemos aquí la identidad en los términos expresados por Hernando (2002: 50), como “la idea que cada uno tiene sobre quién es y cómo es la gente que le rodea, cómo

es la realidad en la que se inserta y cuál es el vínculo que le une a cada uno de los aspectos dinámicos o estáticos del mundo en el que vive”, y que Sánchez Romero (2008: 25) ha sintetizado como “la conciencia de uno mismo y de las características compartidas con otros en un grupo cuya estructura constituye el mundo social en la que, circularmente, se crea la identidad individual”.

La comprensión de cómo pudieron funcionar los mecanismos de creación de identidad para Cogotas I es sumamente difícil a la luz de su registro arqueológico, ya que no debería pasar por la extrapolación de corte tradicional. En ésta se suele emplear la riqueza de los ajuares, carencia de ellos (Thomas 2008) o amplitud de las viviendas se infieren unas élites dirigentes política y/o económicamente. La extrema variabilidad cultural del planeta, e incluso dentro de cada sociedad depende de circunstancias puntuales y socioculturales. Por ello, la inferencia de una identidad personal y grupal en el sentido occidental es pobre y peligrosa, como ya se ha alertado desde enfoques posprocesuales (Ucko 1969: 262–80; Nikolova 2005: 104) y materialistas históricos (Díaz del Río 2001: 303–17). Seguimos a Hernando cuando concluye casi entre exclamaciones, que en la Prehistoria no vivieron individuos, sino personas (Hernando 2003). Por ello pensamos más en identidades grupales o relacionales, que son las que las prácticas sociales repetidas reiteradamente nos permiten inferir desde el registro arqueológico.

2.2.5. Las identidades relacionales

La comprensión de cómo las personas ‘se crean’ como seres sociales en otras culturas ha sido recurrente en foros antropológicos. No pocos estudios etnográficos han demostrado que en sociedades regidas por la tradición y la oralidad, las personas se definen más por sus relaciones interpersonales y la vida comunitaria que por las características propias, inherentes e individuales de cada persona (Hernando 2002: 40–63, 2006; Brück 2004: 312–14; Gosden 2008: 49–52). Unas relaciones que se conservan y maduran incluso durante generaciones, aderezadas con regalos ocasionales y multidireccionales (Mauss 2009). Los animales (Ingold 1994), los objetos (Gosden 2008: 53; Latour 2008) y algunos lugares⁶ juegan un papel determinante. No son sólo objeto de dádiva y segundas intenciones, sino que también materializan (*embodiment*) esas relaciones interpersonales, familiares o extracomunitarias. Se podría decir que sobre ellos recae la capacidad de acción social (*social agency*), y que los seres humanos no son ni fueron los protagonistas, sino que comparten el escenario con esos otros actores. Por ejemplo, en los primeros intercambios entre indígenas norteamericanos y colonos

⁶ Un problema que antropólogos (Serje 2008) y etnoarqueólogos (Hernando 2002: 7–8 y 81–88, 2018; González-Ruibal *et al.* 2011) han observado en sus trabajos es la peculiar captación del tiempo y, especialmente, del espacio por parte de sociedades ágrafas, a las que les resulta incomprensible que la realidad visible pueda ser representada –geoméricamente– en planos y mapas.

Europeos en los siglos XVII y XVIII no eran percibidos por los primeros como transacciones para adquirir mercancías que mejoraran materialmente sus condiciones de vida, sino que tales bienes eran vistos como objetos imbuidos del espíritu de los extranjeros. Así, para los indígenas se trataba de intercambiar metáforas físicas y no bienes que asegurasen excedentes, maximización de beneficios, rentabilidad, etc. (Gosden 2008: 35 y 105–8).

En este mismo sentido se expresaron Appadurai (1986) y Kopytoff (1986a) en sus ya clásicos trabajos sobre la vida social de las cosas. Señalan que a pesar de que en Occidente se establecen límites conceptuales férreos, inflexibles y no trocables entre las características básicas, propias e inherentes que conforman a las personas – personalidad– y a los objetos –la utilidad–, en otras sociedades no son concebidos como polos opuestos y mutuamente excluyentes. Más bien se entiende que están inmersos en un intercambio mutuo de significados, fluyendo en ambas direcciones. Kopytoff afirmó que habría que indagar en la genealogía de los objetos, entendidos, pues, como agentes con capacidad de acción y participación en la comunidad. Se enfatiza, pues, sus múltiples utilidades y usos sociales una vez son fabricados (*after-life*) más que la correspondiente cadena operativa (*chaine opératoire*) que los produjo –frente a lo que ha sido tan común en Arqueología durante décadas. Así, Márquez Romero (2006) apuntaba recientemente –estudiando los depósitos que reúnen restos de algunas personas, perros y ganado vacuno del Neolítico del sur peninsular– que la *humanidad* y la *animalidad* no eran propiedades opuestas y adscritas en exclusiva a personas o animales, sino convergentes.

Estos objetos vendrían a reificar (*embodiment*) o materializar (*materialization*) (DeMarrais *et al.* 1996: 16–19) –conceptos que vienen a ser idénticos– la conversión al mundo físico de relaciones sociales, representadas mediante redes donde se intercambian regalos en eventos ocasionales de tipo ceremonial en los que se escenifican y ordenan estas relaciones. Retomando las enseñanzas de la ‘biografía cultural’ de Kopytoff (1986a), sería en estas situaciones donde la participación de otros actores no humanos, como objetos o animales, es clave para la consecución del fin deseado. Serían actores plenamente inscritos en la sociedad con capacidad de acción (*social agency*), según el concepto desarrollado por Giddens (1995: 45) e implementado para la Prehistoria por Shanks y Tilley (1987: 122–29), los cuales asumen que:

“(1) Toda acción es una acción social. (2) La característica primera de esta acción es la realización del posicionamiento teleológico. (3) Todas las acciones sociales son acciones determinadas porque (i) algunas acciones pueden estar forzadas por la violencia o su amenaza; (ii) la mayor parte de las acciones tienen una base acostumbrada; (iii) algunas acciones están influenciadas y promovidas vía ideología; (iv) las acciones que parecen ser libres en el sentido de que implican una elección por parte del sujeto, en realidad envuelven intereses y valores. Sin

embargo, estos valores están, por sí mismos, situados en un campo construido socialmente por lo que las elecciones no están flotando libremente”.

Si toda acción es social, también las inscritas en la esfera doméstica lo serán. Éstas se caracterizan por estar fuertemente ligadas e incluso determinadas culturalmente, por ser vistas sin ser notadas –retomando el concepto utilizado por Wolf–, es decir, realizadas de forma inconsciente. En la mayoría de los casos no se razona su propósito, ya que son actos repetitivos, rutinizados y cotidianos. Constituyen, pues, *habitus* que Bourdieu (1991: 92 y 95) define como “estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos”, ya sean individuales o colectivos. De la combinación del *habitus* y de la capacidad de actuación social (*social agency*) surge una teoría estructuradora de los principios sociales. En ella, el *habitus* enfatiza la rutinización inherente a las prácticas más genuinamente cotidianas, en tanto que los entes animados o inanimados –personas, animales y objetos– implicados serían los actores sociales (Bourdieu 1991: 96–101; Giddens 1995: 82–83; Criado Boado 2012).

La investigación en Arqueología ya lleva algún tiempo intentando reorientar las indagaciones a partir de taxonomías conceptuales que en Antropología ya se mostraban como obvias. Por ejemplo, los trabajos sobre los procesos de construcción de la personalidad en las sociedades de la Edad del Bronce británica encauzados a través del estudio de las sepulturas son testimonio de esta *nueva ola teórica*. En estos enterramientos, se habría establecido un diálogo entre vivos y muertos, donde personas, animales y objetos –estas dos últimas se han considerado tradicionalmente ‘ofrendas’ o ‘ajuares’– fueron tratados de una manera similar, ya enterrados completos, ya fragmentados, ligando identidades relacionales a través del espacio y del tiempo, además de proveer metáforas sobre la factura de cerámica y el proceso metalúrgico y la creación de seres humanos (Brück 2004: 314–26, 2006: 306–9, 2009: 11–13, 2019). En la misma línea irían los trabajos sobre la genealogía de ciertas plaquitas grabadas del Calcolítico peninsular y su puesta en escena como elementos que facilitan la memoria y el recuerdo de unos antepasados, quizá míticos (Lillios 2004: 125–58; Thomas *et al.* 2009: 53–72); o aquellos que tratan de la inclusión selectiva de huesos de perros y serpientes pitón y de elementos del ajuar doméstico común en contextos funerarios de los siglos XVIII y XIX entre los banda de Ghana (Stahl 2008: 159–86); o los que descubren la corporalización de identidades individuales a través de la fabricación de recipientes de la Edad del Bronce húngara (Budden & Sofaer 2009: 203–20), o la materialización de las cerámicas a nivel comunitario en Camerún (Gosselain 2000: 203–20).

2.2.6. La teoría de la fragmentación

Como se ha tenido ocasión de ver, muchos de los actos tenidos como rutinarios envuelven, muy frecuentemente, acciones que incluyen la rotura de objetos e incluso de las personas, física y socialmente. La problematización de las identidades ha permitido captar otras diferentes de la occidental que se construyen de manera relacional. Una forma de llegar a la estructuración de las sociedades prehistóricas es mediante la teoría de la fragmentación de J. Chapman (2000a; b; Chapman & Gaydarska 2007). Dada la semejanza de algunos de los contextos arqueológicos manejados por el autor con los ‘campos de hoyos’ de Cogotas I, se presentan sus características.

Chapman ha indagado en las prácticas sociales deliberadas de rotura, dispersión y recomposición puntual –que impiden reconstruir la totalidad del objeto, animal o persona– a los que fueron sometidos algunos materiales del Neolítico y Calcolítico balcánicos, distinguiendo que:

“(1) Los objetos fueron fragmentados accidentalmente o a través de su uso; (2) Los objetos fueron enterrados porque estaban rotos; (3) Los objetos se ‘murieron’ ritualmente y fueron depositados, tanto completos como en piezas; (4) Los objetos se fragmentaron para dispersar fertilidad en el asentamiento y sus alrededores; y (5) Los objetos fueron rotos deliberadamente y usados en relaciones de encadenamiento para ser enterrados después” (Chapman 2000a: 23).

Tras las críticas a su primer trabajo (Chapman & Gaydarska 2007: 6), realizó un estudio experimental, señalando patrones en la realización de los depósitos en hoyo, tumbas y viviendas: objetos ligados a través de la similitud o regularidad; de relaciones funcionales; contrastes; y asociaciones de conceptos (Chapman 2000a: 46–47). Además, existen numerosos ejemplos arqueológicos donde la fragmentación de los elementos del registro permitió atisbar unas formas propias de relaciones sociales. Por ejemplo, los antiguos mayas renovaban toda la vajilla anualmente en ceremonias que también incluían su deposición en un lugar especial, considerado polucionado (Hutson & Stanton 2007: 137); o, como Renfrew (Harding 2009: 154) señalaba en una entrevista, yacimientos de las islas Cícladas que parecían cementerios, resultaron ser lugares rituales donde los cacharros eran fracturados de forma deliberada; el ejemplo más llamativo lo constituiría la colocación de dos mitades de una misma espada en la cima de dos lomas separadas entre sí por unos 5 km en una localidad de Gran Bretaña (Bradley & Ford 2004).

El objeto de realizar tales prácticas no parece único, sino que unas veces estarían encaminadas a renovar las relaciones sociales, rompiendo, literalmente, piezas significativas, enterrando unas, repartiendo sus restos entre los asistentes al acto, e

incluyendo, además, a miembros ya fallecidos convertidos en antepasados⁷, materializando mediante la rotura de elementos cotidianos y su dispersión, unas relaciones sociales sincrónicas y diacrónicas. A ello hay que añadir que las prácticas de rotura del mobiliario doméstico en las tumbas se interpretan como marcadores sociales del estatus de la persona enterrada, del mantenimiento de los valores éticos del grupo mediante el funeral, o una manera de ocultar conflictos latentes en la sociedad (Scarduelli 1988; Mizoguchi 1993). A este respecto, Barley (2005: 110) recordaba que la rotura de vasijas sobre la tumba puede tener más implicaciones que la de un simple gesto funerario, como entre los *sivak* de Camerún, quienes marcaban la tumba de una mujer que hubiera tenido muchos hijos con una olla usada para el almacenaje de harina, en tanto que la de un leproso tendría un cuenco de los que usan los hombres para comer, roto.

2.2.7. 'Depósitos estructurados'

Además de estos rellenos de materiales fragmentados, otros hoyos contenían materiales completos, y por ello se ha sugerido en no pocas ocasiones que pueden ser el reflejo de prácticas de tipo fundacional (Makkay 1983), otras propiciatorias del ciclo agrícola (Cunliffe 1992: 78–80), destructivas (Stevanović 1997; Tringham 2013) o conmemorativas (Brück 1999a: 152–55) –que podrían caracterizarse por ser todas la celebración de un cambio de estado–. En la literatura arqueológica se llaman 'depósitos estructurados' (*structured deposition*) o 'depósitos especiales' (*special deposits*) a aquéllos cuyo contenido difería del resto de subestructuras (algunas revisiones sobre este concepto en Hill 1995: 13–14; Lamdin-Whymark 2008: 22; Garrow 2012). Serían aquellos hoyos cuyo relleno y materiales no responden a la habitual imagen caótica, sino que contenían huesos de animales en conexión anatómica, cerámicas o molinos completos, o porciones significativas de ellos cuidadosamente colocados. Es el caso de los restos de animales estudiados por Chaix (1995) que interpreta como prácticas lúdicas, mágicas o religiosas; o el los depósitos faunísticos del noreste peninsular (Casellas 1995). También serían aquellos hoyos en los que se han conservado cerámicas que fueron colocadas completas (Makkay 1983: 159–61), o figuritas antropomorfas de cerámica del Neolítico y Calcolítico balcánicos, que representan menos de un 10 % del total de figurinas de esta zona (Chapman 2000a: 68–69). Todos ellos constituyen excepcionales casos divergentes de las prácticas de disminución, dispersión y desaparición del material que predomina en la Prehistoria europea. Sin embargo, ambas prácticas –entierro completo y rotura de los materiales– fueron polisémicas y

⁷ Para comprender el proceso por el que se pasa de ser un 'difunto' a un 'antepasado', *vid.* Kuijt (2008: fig. 1). También A. Larsson (2009: 115, 124–26) ha indagado en posibilidades similares para el registro neolítico sueco.

heterogéneas, y hay que caracterizarlas en el contínuum de prácticas deposicionales en hoyos (Hill 1995; Brudenell & Cooper 2008a; Lamdin-Whymark 2008; Garrow 2012).

No obstante, si se remarcan las diferencias entre rellenos estructurados frente a los que son caóticos, en lugar de avanzar en la comprensión de su común denominador –el hecho de encontrarse en hoyos– se oscurece el problema. En Europa, hace varias décadas que se iniciaron investigaciones destinadas a comprender la formación del registro arqueológico de signo negativo, los hoyos, fosos y demás estructuras que existen en todo el continente (Harding 2006: 37–39). Uno de los estudios señeros, a partir del cual se intensificó su interpretación en un sentido ritual, fue el de Richards y Thomas (1984). En él se ponía en relación –mediante la cuantificación de los restos arqueológicos– las pautas de relleno de los recintos fosados del Neolítico británico, señalando que “como las actividades rituales llevan parejas un comportamiento repetitivo altamente formalizado, podremos esperar que sean observados patrones deposicionales en el registro arqueológico para mantener un alto nivel en la estructuración” (Richard & Thomas 1984: 191). Hill expuso la importancia de la cuantificación y tratamiento estadístico de los materiales de los hoyos para definir los vertidos, su relación con actividades concretas o la especial trascendencia de la localización espacial de éstos en *hillforts* de la Edad del Hierro y *enclosures* neolíticos. Advierte que, efectivamente, la categoría de ‘desecho’ está social y culturalmente construida, por lo que no coincidirán ni con la de cualquier sociedad actual ni con la de una sociedad campesina de mediados del siglo XX de un país occidental dado. También Hill, siguiendo a Richards y Thomas, caracterizaba los depósitos estructurados como unas pautas muy determinadas de deposición que no coinciden claramente con aquello que es considerado basura (Hill 1995: 95–97), caso de los *middens* o muladares prehistóricos muy ricos en materiales. Se hacía eco, así, de los procesos de reducción a los que está sometido el registro arqueológico, por los cuales se deduce que las cerámicas conservadas en las subestructuras son un porcentaje mínimo y que, para la Edad del Hierro británica, estaría entre el 1 y el 10 % siendo optimistas (Hill 1995: 22). McOmish (1996: 68–76) también ha argumentado que los *middens* de esa misma época habrían sido sitios de agregación en zonas con poca densidad poblacional, esto es, lugares de celebración de banquetes donde los desperdicios producidos se depositaron según patrones que tuvieron que ver con la comensalidad, la muerte y los vínculos ancestrales.

Esta posibilidad de estudiar las prácticas de las sociedades prehistóricas ha sido recurrente, elevándose como un ejemplo a seguir por otros autores. Mills y Vega-Centeno (2005: 205) recuerdan que las diferencias entre las escuelas conductuales –norteamericanas- e históricas –europeas- son patentes en cuanto a sus métodos de aproximación al problema. A pesar de ello, en los últimos años están llegando a conclusiones similares sobre los ‘depósitos especiales’. Se han revisado bajo estas

premisas yacimientos y depósitos que ya habían sido objeto de estudio por vías tradicionales y/o funcionalistas, desde nuevas perspectivas teóricas como las apuntadas. P.ej., Durrington Walls, un recinto atrincherado británico neolítico, excavado en la década de los sesenta y estudiado de forma consecutiva por Richards y Thomas (1984) o Parker-Pearson y Ramilisonina (1998) o Bradley (2003). Se reclama que no sólo es necesario indagar en la biografía de los objetos como agentes sociales que son, sino también en la formación de los estratos arqueológicos, como testigos de prácticas sociales intencionadas en muchas ocasiones (Walker 2002: 159–72). Algunos casos se refieren a las cremaciones humanas de la Edad del Bronce británico, en las que las cerámicas fueron fragmentadas en el exterior de la estructura funeraria e incorporadas a la misma elaborando una determinada composición interior (Brück 2006, 2019); o la creación de un espacio especial donde astas de un ciervo, un cráneo de una vaca y un calcáneo de cerdo rodean una inhumación humana (Brück 2004: 322–25); o la elevada cantidad de fauna salvaje y su deposición estratificada en un único hoyo neolítico en un yacimiento italiano (Pearce 2008: 24–27); o el depósito calcolítico, también de relleno estratificado, de Los Cercados (Mucientes, Valladolid), que contenía dos cráneos femeninos con las calotas festoneadas, recipientes simbólicos, inhumaciones caninas, etc. (García Barrios 2008: 221–27). Todos estos que se citan no serían únicamente basuras caóticas provenientes de la actividad doméstica y cotidiana, o elementos arrojados a basureros, incomprensibles todos ellos para la mente del investigador por el desperdicio de materia, sino que deben ser comprendidos como algo más que depósitos raros o peculiares (*odd deposits*) (Brück 1999b: 328–30). Habrá que plantearse que los paisajes de la Prehistoria Reciente europea estuvieron surcados por estos colectores subterráneos de prácticas sociales rellenos de restos constructivos, objetos no amortizados o fracturados en su interior, de estratigrafía compleja –aunque no necesariamente–, con echadizos de un único material, o localizados, llamativamente, en las entradas o salidas de los recintos fosados prehistóricos o viviendas (Hill 1995: 84–94; Brück 1999a; Márquez Romero 2004: 117; Jiménez Jáimez & Márquez Romero 2006).

2.2.8. Encadenamiento y memoria

Los ejemplos anteriores no son más que la punta del iceberg. El estudio de Brück sobre las tumbas de la Edad del Bronce británica, que pasan por ser contextos domésticos las más de las veces, han sido reveladores para ayudarnos a descubrir estas formas particulares y precisas de racionalidad. Así mismo, también se erigen como parte de un proceso que parece construirse a partir de la materialización de las relaciones personales, de las identidades comunitarias de forma sincrónica y diacrónica. Este último aspecto ha sido denominado por J. Chapman (2000a) ‘encadenamiento’ (*enchainment*) con relación a los depósitos en hoyo del Neolítico y Calcolítico balcánicos. En ellos se incorporaron algunos de estos restos ‘mutilados’ (Chapman 2000b: 64), reforzando la

unión metafórica con los ancestros. Mediante tales prácticas se traspasa la mera individualidad de personas, animales u objetos ligando los grupos humanos que habitan el presente con los que vivieron en esos asentamientos mediante el acto de rotura intencional de algunos de estos elementos, y su posterior deposición en hoyos con unas pautas normativizadas (Chapman & Gaydarska 2007: 3–4). Otros, en cambio, se mantuvieron en la vida diaria, usados como si estuvieran ‘vivos’.

Estas investigaciones revelan lo extendido de este fenómeno entre las comunidades del pasado. En efecto, no se trata únicamente de un culto a los ancestros (Goody 1962; Whitley 2002; Esparza-Arroyo *et al.* 2018), sino de mantener viva o de reinventar una memoria común convertida ya en tradición⁸ a partir de prácticas que la materializan y la dotan de sentido y significado. Algunas de ellas incluyen la ya mencionada rotura de objetos y despiece de animales (Chaix 1995: 81–88; Lucero 2008: 191–92; Stahl 2008; Valera 2010: 37–41), el desentierro (McAnany & Hodder 2009: 9) y/o exposición de esqueletos humanos completos o parciales (Carr & Knüsel 1997: 168; Delibes & De Paz Fernández 2000: 341–49; Walker 2008: 137–39), la acumulación reiterada de materiales (Bradley 2005: 84–85; Gillespie 2008: 124–34; Valera 2010) –entre los que se incluyen seres humanos en necrópolis o bajo los poblados (Chapman 2000a: 134–46; Nikolova 2005: 104–5)–, el sellado de áreas habitacionales (Stevanović 1997: 334–95; Mills 2008: 82–83; Blanco-González 2018), el uso de despoblados antiguos como necrópolis (Bradley 2002: 124–48; Rojo Guerra *et al.* 2002: 23; Martín Viso & Blanco-González 2016) o el olvido intencional de ciertos elementos (Fernández & Brunet 1993; Mills 2008).

Si con anterioridad se ha hecho especial hincapié en que personas, animales y objetos eran importantes para el mantenimiento de las identidades relacionales, uno de los aspectos que cobra importancia es la relación de las comunidades con los lugares de habitación. En los últimos años, se está poniendo de manifiesto el vínculo de las familias con sus hogares, entrelazando su ‘vida’ y ‘muerte’ (Brück 1999a; Gerritsen 1999, 2007; Tringham 2002). En el capítulo 3 se profundizará en estos aspectos.

2.3. Una propuesta teórica sobre la *ritualización*

Se impone una observación atenta de las prácticas prehistóricas para dotarlas de un significado social (Hodder 1982: 9; Renfrew 1984). El presente trabajo se orienta, entonces, no hacia la funcionalidad de los ‘campos de hoyos’ que podría desprenderse

⁸ Como Hobsbawn (2002) y Connerton (1995: 51–53) han puesto de manifiesto, las tradiciones suelen ligarse a sucesos –verdaderos o no– que ocurrieron en un pasado mítico, materializándose en ceremonias conmemorativas.

de los volúmenes de las subestructuras, estudios polínicos y carpológicos, por ejemplo, sino hacia la comprensión de su destino último como contenedores de cultura material con un significado social implícito. Se propone un marco conceptual que tenga en cuenta: a) la percepción de la identidad; b) la alteridad en los sistemas categóricos no occidentales; c) el escaso valor de las oposiciones dicotómicas conceptuales; y d) las investigaciones antropológicas acerca de la polución, la 'basura' y el tabú.

Los 'campos de hoyos' y los recintos prehistóricos fosados suelen mostrar signos de que la vida doméstica se desarrolló cercana a ellos. Sin embargo, son demasiadas las ocasiones en que las áreas habitacionales no se conservan sobre o próximas a estas subestructuras, lo que se discutirá ampliamente en el capítulo 4 –apartado 4.2–. Makkay (1983: 159) manifestó su sorpresa acerca de alguna subestructura del excelente registro del Neolítico Körös-Starcevo –por su estado de conservación–, donde “hay mucha evidencia positiva para sugerir que la función de la vivienda fue convencional: esta tuvo un fin doméstico (¡No hubo evidencia de un santuario!)”. Buscaba, en definitiva las claves de la *receta tradicional y procesal*, como las propuestas por Renfrew (1985; Renfrew & Bahn 1993: 375–78) para el santuario de Phylakopi, tratando de confirmarlas mediante respuestas afirmativas o negativas y analizando el grado de formalidad del registro para insertarlo bien en la domesticidad o bien en la ritualidad. También en el trabajo del investigador húngaro se mencionan huesos humanos fragmentados –algo sumamente habitual en las subestructuras excavadas por toda Europa– que fueron interpretados como una muestra de sacrificios rituales, una vez descartada la posibilidad de una violación de la tumba o de una práctica caníbal (Makkay 1983: 161–62).

Pero si en lugar de poner el acento únicamente en 'lo ritual', depauperando 'lo doméstico', se traslada este énfasis a la revisión en profundidad del registro arqueológico y las prácticas conducentes a su formación –que más bien parecen una mixtura de ambas esferas por su formalización, repetición y presencia de elementos de la vida cotidiana–, se dotará de significado social a un contexto en el que la separación forzosa entre diario y sacro es artificiosa y enajena la acción social (Hill 1995: 124; Brück 1999b: 318; Bradley 2005: 33–36).

¿Qué se entiende por ritualización (*ritualisation*)? Aunque este término fue empleado por vez primera por Bell (1992: 74), con posterioridad se han empleado otros que enfatizan aspectos similares pero que se han alejado del original. Ha sido en el ámbito estadounidense –allí donde Antropología y Arqueología se encuentran casi en los mismos despachos– donde este término no ha sido especialmente bien recibido, a pesar de que la investigación hacia estas direcciones esté más asentada y consolidada (Mills & Walker 2008). El motivo de esta repulsa académica puede residir en el 'giro contextual' (*textual turn*) de la Arqueología británica de los ochenta (Bradley 2005: 30–33) y la excesiva atención prestada a los aspectos simbólicos, cosmológicos, esotéricos,

semióticos e interpretativos del registro arqueológico, dejando a un lado los aspectos sociales de estas prácticas cargadas de significado y las posibles consecuencias que su puesta en escena tendría para otros ámbitos sociales y culturales. Quizá por ello, Rosemary A. Joyce (2008: 28) haya denominado ‘historización de la práctica’ (*historicizing practice*) a “la repetición de prácticas en una cadena de actos [como] el resultado de un amplio trabajo social a través del cual las personas mantienen sus conexiones en el tiempo mediante redes con no-humanos”. Bourque (2000: 23), por su parte, prefiere mantener el término ‘ritual’ debido a que el de ‘ritualización’ le parece más un proceso, aunque afirma que “los rituales no pueden ser entendidos como un matriz de asociaciones simbólicas fijadas o como un conjunto de mensajes comunicativos, ni pueden ser explicados únicamente en términos de motivaciones individuales o funciones sociales”, sino como escenarios donde se idealiza y/o manipula la estructura social.

El énfasis en la ritualización (*ritualisation*) de la vida cotidiana parece más efectivo para abordar un registro arqueológico que la descripción y posterior adscripción de los ‘depósitos estructurados’ a algún sistema de creencias. Habrá que traspasar la frontera de considerar que los objetos, esqueletos de animales y de humanos cuidadosamente ubicados son un síntoma de intencionalidad, conciencia, y en último término de ritualidad-religión. Ese es un primer paso para comenzar, pero después será necesario integrarlo en una concepción más amplia de ‘lo ritual’, la *ritualización de la esfera doméstica*. Lamdin-Whymark (2008: 24) llamó precisamente la atención sobre ambos aspectos teóricos y contrapuso el concepto de *ritualización* frente a ‘ritual’. Insistió en que así se puede instalar el ámbito de acción ritual en lo doméstico y en las prácticas de la vida cotidiana sin fisuras conceptuales, ofreciendo una imagen dinámica del registro arqueológico. Joanna Brück (1999b: 326–27) ha preferido utilizar la expresión ‘racionalidad prehistórica’ (*prehistoric rationality*) para “ciertas prácticas diarias [que] estuvieron conformadas por aspectos esotéricos ritualizados”. El propuesto por Brück que, asumimos necesita alguna matización, ya que en nuestro caso se trata de un tipo de registro arqueológico, aparentemente parco, los campos de hoyos. Pero aunque no podamos considerarlas como completo exponente de aquella ‘racionalidad prehistórica’, sí parece tratarse de un segmento significativo y, sobre todo, que conducen al reconocimiento de esa ‘racionalidad prehistórica’ entendida como antónimo de racionalidad cartesiana, occidental, actual o producto de la Ilustración.

Ese sentido viene a completarse con el manejo del concepto de ritualización, muy adecuado porque, dado el registro arqueológico de Cogotas I y las herramientas conceptuales tradicionales, no es posible llegar a reconocer si aquellas comunidades crearon y mantuvieron una religión y, si la hubo, conocer sus bases y fundamentos, si bien las prácticas que se han fosilizado en el registro arqueológico apuntan en otra dirección. Así mismo, la perpetuación del término ‘ritual’ (Koutrafouris 2008: 25–89) para

la definición de estas prácticas resulta insuficiente, ya que la acepción en castellano tiene un uso muy restringido, siguiendo a la DRAE, dificultando, por consiguiente, que lleguemos a comprender el significado profundo de unas prácticas inscritas en ambientes domésticos y desarrolladas a lo largo de milenios. Se puede decir que si los prehistoriadores buscaban identificar acciones rituales mediante el hallazgo de lugares especiales, objetos que parecieran tener una significación especial, una cuidada disposición espacial, etc. (Wilson 1992; Renfrew & Bahn 1993: 375–78), una parte importante del registro arqueológico relativo a la Prehistoria no podría ser caracterizada como ritual ni tampoco como funcional o doméstico en modo alguno, por su carácter desconcertante y, a un tiempo, inesperado. Así sucede con los ‘campos de hoyos’ meseteños y otras estructuras negativas similares que se extienden por Europa, donde parece estar entretrejado lo que parece corresponder a prácticas domésticas y rutinarias de limpieza con otras donde se seleccionan ciertos aspectos de la realidad.

A partir de lo dicho, se seguirá la propuesta metodológica de Bradley (2005: 33) (Performance – Formalidad – Comunicación – Significado) (Figura 14) para descifrar las formas concretas de ritualización del registro arqueológico cogotense, aunque con un esquema ligeramente modificado:

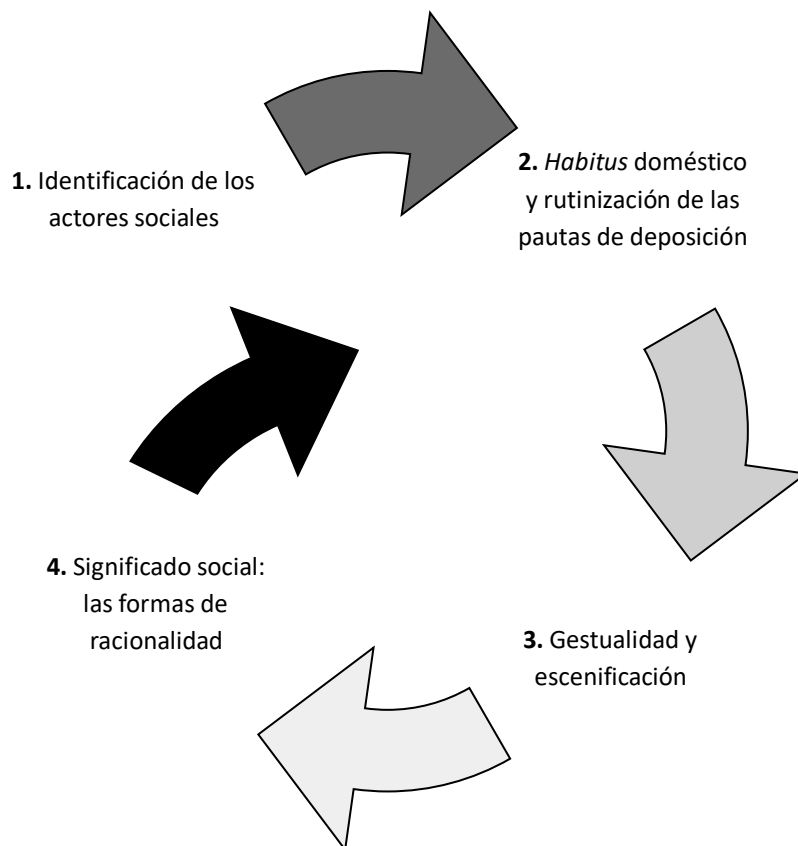


Figura 8. Esquema del proceso investigativo.

Entonces la 'ritualización' es entendida como un proceso, resultado de la interacción de las comunidades implicadas en unas prácticas –que pueden ser conscientes o inconscientes– repetidas, rutinizadas e insertas en la cotidianeidad –*habitus*, *sensu* Bourdieu (1991, 2002)–. Pero que también traspasan lo consuetudinario, transgrediéndolo e incorporando connotaciones esotéricas. Estuvieron indisolublemente unidas al dominio doméstico, siendo imposible su distinción de una hipotética esfera ritual, con variaciones menores a lo largo de generaciones y milenios. Es a partir del proceso de la ritualización del que se parte para reconocer las dinámicas y continuidades sociales de estas comunidades. En último término, explica unas acciones sociales dirigidas a diversos fines, pero donde se advierte un conservadurismo que intenta repeler el cambio a través de los siglos.

En sociedades contemporáneas no occidentales el tiempo y el espacio no son conceptualizados de forma lineal. Son vividos de forma cíclica, a través del mito y necesitando de su escenificación constante reiterativamente. Así, cuando el mito se recrea a través del rito, por ejemplo, en los solsticios y equinoccios, se aúnan pasado, presente y futuro para los oficiantes y asistentes. La repetición de los ritos cada temporada en lugares específicos, enlaza el momento actual con un ayer mítico, creando puentes —ficticios— entre las comunidades de ancestros con las vivas. A la vez, el futuro es negado, porque el pasado mítico es continuamente recreado y, además, valorado como positivo. En el fondo, además de momentos de agregación social, también se intentan evitar los conatos de cambio e innovación que pueden darse de múltiples maneras (Stolcke 1993; Tilley 1994; Brück 1999b; Santos Granero 2012a). De ahí que en la Figura 14 se represente en forma de espiral el esquema del proceso investigativo.

No sólo se trató de actividades puntuales, sino que marcaron y remarcaron una manera determinada de *estar en el mundo* de las comunidades del pasado, inmersas en concepciones que atendieron a la realidad desde posturas que trascendieron la materialidad de lo visible, sin que ello signifique que se trataba necesariamente de sociedades animistas. Además, las pautas de acción y las prácticas inherentes a ellas significaron, seguramente, que estaban dirigidas a una amplia gama de objetivos. Así, el protocolo de estudio en esta tesis trata de traspasar el foco del mero depósito especial, muchas veces singularizado en las publicaciones, para intentar comprender las prácticas deposicionales habituales de Cogotas I.

CAPÍTULO 3. ¿Dónde están las cabañas de Cogotas I?

The house is like the cosmos. The cosmos is like the house

(Moore 2012: 81)

3.1. Introducción: ‘un poco’ de teoría sobre las cabañas en arqueología

Las estructuras habitacionales más abundantes en la Prehistoria Reciente son las cabañas, aunque también pueden encontrarse cobertizos, graneros, despensas, lugares de transformación de materiales como minerales o, incluso, fortificaciones, pozos y espacios palaciales en el Bronce del Sureste peninsular. En el caso que nos ocupa, las estructuras del Bronce Medio y Tardío de la meseta, son escasas, dispersas, de formas y materiales heterogéneos, carecen de cualquier tipo de organización espacial y fueron construidas con material perecedero, “sin la menor voluntad de permanencia” (Fernández-Posse 1998: 113). Además, según las interpretaciones tradicionales, fueron desmontadas debido a la incidencia milenaria de la agricultura. Paradójicamente, las viviendas de las etapas anteriores y posteriores se han conservado en mejores condiciones (Blanco-González 2018: 302), lo que dará pie a incidir en esos procesos postdeposicionales más adelante.

De momento, el estudio más tradicional acerca de las cabañas, viviendas, chozas o casas prehistóricas ha sido el puramente arquitectónico, esto es, primando la descripción de los modos y materiales de construcción, así como sus plantas y áreas ocupadas (por ejemplo, Vela Cossío 2002; Fernández Moreno 2013). Desde esta perspectiva, las cabañas pueden ser también consideradas *artefactos* u objetos, ya que constituyen elementos fabricados por la mano humana. Este acercamiento seguramente no es casual, sino que remite en última instancia a una mentalidad –moderna, occidental y blanca– en la que la construcción, como sector productivo, es entendida como parte de la órbita masculina: arquitectos, maestros, jefes de obra, albañiles y un largo etcétera de profesionales que suelen ser, mayoritariamente, hombres. Entonces, desde este prisma conceptual, lo que verdaderamente importa es cómo y con qué se construye, cuánto material y mano de obra es necesario para ello, si se realizan trabajos previos de

acondicionamiento del terreno, etc. La erección de edificios se convierte, por tanto, en una actividad productiva de la que se desprenden consecuencias de índole socioeconómica y sobre el medio ambiente, así como una serie de relaciones de producción. Desde luego, la adopción de esta óptica tiene sus ventajas y resultados favorables: por ejemplo, la reciente tesis doctoral de Pastor Quiles (2019) muestra cómo a través del análisis de los elementos constructivos y el apoyo de numerosos estudios paleoambientales para ejemplos de la Prehistoria Reciente valenciana se consigue llegar a conocer la imbricación de las comunidades humanas, y las relaciones entre ellas y con el medio ambiente.

Este acercamiento, sin duda necesario, ha de completarse con otro tipo de perspectivas teóricas que han enriquecido los estudios sobre las arquitecturas prehistóricas: las fenomenológicas y feministas (Ayán Vila 2003; una síntesis historiográfica en Sánchez Romero 2015; para historiografía anglófona en Steadman 2016). A través de la arqueología del paisaje, la corriente teórica postprocesual ha contribuido a plantear cómo eran conceptualizados y vividos los espacios de habitación. Así, desde análisis analíticos que combinan la tradicional descripción formal de las estructuras constructivas de poblados con el análisis sintáctico del espacio, se han realizado aproximaciones fenomenológicas a la visibilidad de los espacios interiores y exteriores, el tránsito, o las relaciones entre unidades domésticas, etc., que permiten acercarse a la racionalidad constructiva prehistórica (Ayán Vila 2003, 2007).

Desde la *household archaeology*, que incluye tanto las corrientes feministas y posprocesuales como las arqueologías procesuales y marxistas, las viviendas son entendidas como los lugares de socialización primaria, donde tienen lugar la producción, los cuidados y la reproducción social (Souvatzi 2013; Steadman 2016), actividades todas ellas que en el occidente contemporáneo caen en la órbita conceptual de lo femenino (Sánchez Romero 2014). Los restos materiales, la organización del espacio o la interacción entre las viviendas son los ejes seguidos para abordar el mantenimiento cotidiano, la limpieza en relación a la higiene y la salud y la organización del espacio doméstico, la confección textil, la salud, el cuidado y socialización de los niños, el procesado y cocinado de comida, etc. (Sánchez Romero 2018: 338). La culminación de este tipo de estudios sólo es posible gracias a registros arqueológicos preservados bajo la 'premisa pompeyana' (Jiménez Jáimez 2007, 2008), esto es, con muchos restos materiales *in situ*, junto con estrategias de excavación arqueológica modernas, dos condiciones que muy pocos sitios cumplen. Uno de ellos, el poblado argárico de Peñalosa (Jaén), fue objeto de una fructífera tesis doctoral (Alarcón García 2010) desde esta perspectiva teórica, avanzando sustancialmente en el conocimiento de las actividades domésticas, muchas de ellas femeninas, de la Edad del Bronce. Asimismo, y desde esta perspectiva de la arqueología crítica feminista, tan importante es cómo se configura el espacio doméstico y el urbanismo de un poblado que, incluso, ayuda a

explicar las contusiones que sufren los niños en el proceso de crecimiento, como ha demostrado el análisis de los restos de 77 niños del Bronce Medio, donde el escaso tamaño de las viviendas, lo accidentado de los poblados y el clima benigno dieron pie a que los niños pasaran bastante tiempo al aire libre y se cayeran en no pocas ocasiones (Jiménez-Brobeil *et al.* 2004; Sánchez Romero 2018). Lamentablemente, debido a los procesos posdeposicionales, ese rico acercamiento al pasado es hoy por hoy, inabordable a través del registro arqueológico de las cabañas de Cogotas I. Sin embargo, aun reconociendo las dificultades, se ha asumido el reto de explorar la aplicabilidad de esos prometedores nuevos enfoques, por cuanto inspiran posibilidades hasta ahora no tomadas en cuenta en este ámbito de estudio.

Siguiendo, entonces, con las bases teóricas, puede convenirse con Sánchez Romero (2015: 21) que el espacio construido es

“un artefacto cultural, forjado por la intervención y la intención humana, un lugar en el que podemos vislumbrar la toma de decisiones, las creencias y prioridades de cualquier sociedad; tanto los procesos a través de los cuales se construyen esos espacios como las formas arquitectónicas que se eligen tiene que ver con valores culturales relacionados con el cuerpo de las personas, con la visión del mundo de cada comunidad y con comportamientos sociales que podemos llegar a conocer a través del estudio de esa materialidad. Los edificios no son solo objetos, son transformaciones del espacio en objetos y de esa transformación, esa ordenación del espacio supone también la ordenación de las relaciones entre la gente”.

En este sentido, se pone el acento en aspectos simbólicos y semióticos de las construcciones prehistóricas, en la cosmovisión de las comunidades antiguas a través de la forma, orientación y decoración de las viviendas y en las actividades domésticas que tienen lugar en ellas (Sánchez Romero 2015: 20–21). Algunos autores que señalan la importancia de las estructuras habitacionales en las sociedades tradicionales. Kus (1997: 206), por ejemplo, afirma ya que *“the house in most traditional societies represents and reproduces the cosmos, and in so doing it is one of the most critical symbols of cultural order, sources of socialization into that order, and the domain where that order is appropriated and sometimes reworked”*; o en ciertas áreas, como Oceanía, las casas tienen una fuerza vital propia, que la anima en un sentido humano y que incluso se traslada a la ordenación según ciertos criterios cosmológicos del espacio habitable, principalmente en Austronesia (Moore 2012: 170–71). En este sentido, la etnografía muestra insistentemente cómo las sociedades tradicionales construyen y viven sus casas de acuerdo a mitos que reviven al habitarlas, distribuyendo el espacio según las actividades, el género y la edad, así como a la salida/puesta del sol y otros preceptos y tabúes (Moore 2012: 70–81). También desde la arqueología prehistórica europea se reclama un *“active social framework for life”* (Souvatzi 2013) para las cabañas en

bastantes ensayos para el Neolítico y el Calcolítico (una recopilación reciente en Hofmann & Smyth 2013). Siguiendo esta perspectiva fenomenológica, que se enriqueció del concepto de “vida social de las cosas” o “biografía de los objetos” desarrollado por los antropólogos Appadurai (1986) y Kopytoff (1986b), Tringham (1995: 81) propone considerar:

1. La cultura material como un componente activo de la acción social.
2. La arquitectura como un área de esa acción social.
3. Las biografías de los actores sociales individuales como un aspecto crucial de la construcción de las narrativas prehistóricas.

Esta línea teórica hunde sus raíces en los conceptos de *agency* y *habitus* propuestos, respectivamente, por los sociólogos Giddens (1995) y Bourdieu (1991). Mientras que la *agency* o capacidad de acción social –traducido erróneamente como “agencia” en castellano– se basa en el potencial individual que tienen tanto los diferentes actores –ya sean personas, objetos, o espacios– para accionar independientemente; el *habitus* sería la capacidad estructurante y estructuradora de las acciones tanto cotidianas como extraordinarias que influyen y limitan las acciones, y que muchas veces no son percibidas por los propios actores que las llevan a cabo. En Sociología, ambos conceptos suelen emplearse de forma conjunta para explicar que individuos y comunidades humanas tienen libertad de elección, pero que está circunscrita a las costumbres sociales y culturales de cada contexto. Aplicado a las formas de construcción, “así como los humanos dan forma a sus casas, los patrones de construcción conforman los comportamientos [humanos]” (Steadman 2016: 14).

De aquí que los espacios construidos puedan dotarse también de cierta capacidad de acción social, pues en ellos tiene lugar la vida de las personas, donde se fraguan las relaciones sociales cotidianas, de mantenimiento, rituales, familiares, y donde hay una estrecha conexión entre las personas que viven en esa estructura y con esa cabaña. En ese sentido pueden establecerse paralelos entre la vida humana y la biografía de las casas, por lo que las viviendas de Cogotas I bien pueden estudiarse bajo esta óptica en la que no serían artefactos acabados, sino “–like a person– has a life history during which its form and utilization can be modified, and eventually, the nature of these changes will affect the appearance of the building in its archaeological persona” (Tringham 1991: 10).

3.2. Una propuesta alternativa: ritualización mediante el fuego

3.2.1. Siguiendo el rastro del fuego: incendios de viviendas en la Prehistoria

Para comenzar este apartado, valga traer a colación un contexto coetáneo del cogotense, pero muy alejado en términos sociopolíticos, espaciales y materiales: el Bronce Medio de Erimi, un poblado chipriota. La rica arqueología del Mediterráneo Oriental ha deparado la excavación de un poblado estudiado bajo los parámetros de procesos de formación de los yacimientos. Así, se han detectado (Amadio & Bombardieri 2019) dos patrones diferentes de abandono: 1) el “gradual” o normal por el que las estructuras – de muros pétreos y de adobe– se degradan y caen naturalmente sobre los suelos; y 2) el de “rápida destrucción”, causado por un incendio que sella completamente las superficies de ocupación y los depósitos y preserva intactos las instalaciones, artefactos y microrrestos, y se ha documentado exclusivamente en los edificios comunales.

Estas prácticas, que pudieran parecer muy distantes, alertan de que las estructuras, según su biografía y funciones inicial y final, pudieron tener desenlaces muy distintos que involucraron acciones enmarcadas en la práctica social. Así, para el caso de Cogotas I, de igual modo que los difuntos tuvieron tratamientos diferenciados en relación con sus circunstancias –la exposición frente al depósito en hoyo (Esparza-Arroyo *et al.* 2012b)–, se propone que las cabañas, íntimamente relacionadas con la vida de las personas, pudieron tener finales diferentes según la biografía de la unidad doméstica que albergaron. Entonces, el *habitus* o práctica social normativizada sería la limpieza del área habitacional, la recogida de los elementos aún útiles y del mobiliario, la retirada del barro seco de las paredes, el desmontaje de la vivienda para reutilizar los postes y la cubrición de toda huella de actividad –hoyos, rebajes de la vivienda, hornos, etc.– mediante los sedimentos acumulados en muladares. Frente al caso de Chipre, en el grupo cogotense no existen –o no se han identificado– edificios de uso comunal. Sin embargo, algunas cabañas tuvieron una clausura excepcional en el que medió el fuego, como en la isla mediterránea, y que serán motivo de discusión en el siguiente apartado.

Un caso concreto de esta práctica fue propuesto para Fábrica de Ladrillos (Sánchez-Polo 2010: 178–82) donde comunidades cogotenses debieron de haber borrado sistemáticamente las huellas de sus cabañas al enterrar lo restante. En el estudio posterior de un sitio burgalés, El Cerro (La Horra), planteamos (Sánchez-Polo & Blanco-González 2014) que la vida de las viviendas y las de los humanos que las habitaron estaban relacionadas, al vincular la muerte simultánea y traumática emocionalmente de los tres infantes de una familia con el incendio de una cabaña y el entierro de sus restos

en el mismo sitio. Desde entonces, una investigación específica ha sido implementada para testar esta hipótesis, entonces incipiente, y ahora apoyada en recursos variados. Además, se sustenta en una nutrida bibliografía en torno a los incendios prehistóricos, que involucra tanto investigación experimental, etnoarqueológica, etnográfica, arqueológica y forense, como mediante técnicas arqueométricas.

Las explicaciones tradicionales sobre incendios en sitios prehistóricos han sido variadas (entre otros, Chapman 1999: 115–16; Verhoeven 2000: 52; Cessford & Near 2005: 175; Cotiugă 2009: 304–9):

- 1) **Accidentalmente**, a) por causas naturales como rayos, terremotos seguidos de incendios, la autoignición de la techumbre debido al sobrecalentamiento solar; b) debido a la mano humana, como al saltar chispas de un hogar o un horno.
- 2) **Intencionalmente**, a) como una acción utilitaria por parte de los propios grupos humanos que las habitan o habitarán: i) para endurecer la estructura en las paredes y/o hacerla resistente al agua; ii) para fumigarla y acabar con plagas de insectos y animales; iii) para demolerla; iv) para recuperar y reutilizar los barro quemados para otros edificios; b) como una acción de violencia inter- o intragrupal; c) como una acción simbólica y ritual por parte de los moradores.

Por su parte, Tringham (2002, 2013) ha sintetizado esta misma información en asociación con las escalas de los fuegos, la biografía de las viviendas y el estado de los objetos en el que se encuentran en las cabañas para determinar los factores que indujeron los incendios en las cabañas balcánicas y de Çatalhöyük (Tabla 1). Con ello, se discuten varios escenarios que podrán extrapolarse a las viviendas meseteñas.

<i>Explanation</i>	<i>Scale of Fire</i>	<i>Stage of life-history</i>	<i>Associated artifacts</i>
Aggression	Village	All stages	Many burned
Weatherproofing	Single	Beginning	Many unburned
Recycling rubble	Single	End	None
Fumigation	Single	Mid- and End	None or Many burned
Symbolic End of House	Single	Mid- and End	None or Many burned
Enchainment and fragmentation	Single	Mid- and End	Many burned

Tabla 1. Síntesis que relaciona los tipos de procesos incendiarios con la escala del fuego, el estadio del ciclo vital de la vivienda y cómo aparecerían los artefactos asociados (Tringham 2002: Tabla 11.2).

Así, no pocos los investigadores, primero de la órbita rusa y luego anglófona, han tratado la intencionalidad o accidentalidad de las cabañas de barro prehistóricas

quemadas. Ello es debido a que en el sudeste de Europa muy tempranamente se apuntó la posibilidad de la quema intencional, que se concretaría en la formulación de un Horizonte de cabañas quemadas –*Burned House Horizon* (Tringham *et al.* 1992)– perteneciente al Neolítico y Edad del Cobre balcánicos, concretamente a las culturas de Vinča y Cucuteni-Trypillia, entre el 5500 y 3500 cal AC, pero de características heterogéneas que varían cronológica y regionalmente (Tringham 2002: 101). En un primer momento, fueron varias las aproximaciones experimentales realizadas para abordar el dilema del *Burned House Horizon*: ¿se trataría de incendios intencionales o, quizá, las cabañas pudieron alcanzar tal grado de rubefacción simplemente por casualidad?

Bankoff y Winter (1979) fueron los primeros en realizar un experimento incendiando una cabaña rural tradicional de uso temporal para la época de la cosecha del norte de Serbia tras comprobarse en la excavación de ocho sitios arqueológicos del Neolítico Temprano la aparición constante de cabañas reducidas a barro cocido (Figura 15). Con estructura lúgnea, paredes de bahareque y techo de cobertura vegetal, el fuego fue iniciado en el hogar y duró 20 minutos. Tras 30 horas de incendio sin fuego, que consumieron primero la cubierta, las vigas sustentantes y los manteados de barro cercanos a ellas y, después, los postes sustentantes, la mayor parte de la cabaña seguía en pie, afectando aproximadamente a un 1 % del total (Bankoff & Winter 1979: 13–14) (Fig. 15), y sería, incluso reocupable tras una limpieza (Shaffer 1993: 65). Por tanto, se comprobó que un incendio accidental sería insuficiente para quemar hasta los cimientos cabañas como las prehistóricas, semejantes a la descrita.



Figura 9. Proceso del incendio experimental de Bankoff y Winter (1979). Cabaña antes, durante y después de la conflagración.

En otra cabaña incendiada experimentalmente, esta vez en Sicilia, para testar las ruinas quemadas de una cabaña neolítica de la cultura de Stentinello, donde se recogieron más de 1000 kg de barro rubefactado, se constató que tras un fuego que duró unos 45 minutos en el interior de la estructura y otras 4 horas en combustión sin fuego, prácticamente no se produjo afección térmica en las paredes de barro, un 3 % del total (Shaffer 1993: 60–61). Este estudio apunta, de igual modo, a que un fuego poco intenso y/o accidental de una estructura con las características como las referidas podría estar

horas combustionándose sin que se arruinara totalmente la estructura, pero imposibilitando su habitación posterior, y, sobre todo sin ofrecer las cantidades de barro rubefactado reiteradamente halladas en sitios neolíticos italianos o del SE europeo. También se concluyó que una inicial quema intencional de la cabaña para endurecerla y hacerla consistente frente a los agentes atmosféricos no es una hipótesis interpretativa válida. Por ello, Shaffer (1993: 72) añadió un componente arqueométrico a su estudio y analizó las orientaciones de los barro extraídos de una cabaña neolítica en Piana di Curinga mediante magnetismo termorremanente (TRM). Con ello, propuso otra interpretación en clave material – funcionalista: “*the Neolithic residents might have intentionally burned dilapidated wattle and daub structures so as to harden the daub and preserve it for incorporation in the walls of new buildings*” (Shaffer 1993: 61). Es decir que, rechaza las sospechas de incendios accidentales o intencionales por una agresión, así como los “motivos meramente rituales”. Esto es, que estos actos de ignición estuvieron motivados por el ahorro de material para una nueva construcción y de esfuerzo de desplazarse en busca de más barro a la cantera más cercana. Sin embargo, no reporta que en otras construcciones sincrónicas se hayan identificado restos rubefactados entre otros sin quemar, como sería esperable encontrando siguiendo su hipótesis, ni tampoco relata qué tipo de restos materiales se encontraron en el interior de la cabaña en el momento de ser incendiada, ni especifica su estado completo o fragmentado / intacto / quemado, por ejemplo, para descartar una posible intencionalidad ritual.

Con estos estudios pioneros se hizo evidente que debieron de ser incendios provocados, permaneciendo como una incógnita con qué fin o bajo qué circunstancias. Así, en la década de 1980 se llevaron a cabo varias excavaciones arqueológicas en sitios neolíticos y calcolíticos de los Balcanes con el objetivo principal de conocer más sobre el carácter de estos incendios que, además de sucederse en el tiempo (Figura 16a2 y 16b2), no habrían afectado a todas las cabañas de un sitio en el mismo momento. Los yacimientos de Opovo (Figura 16b), Selevac (Figura 16a) y Gomolava (Serbia) fueron excavados por Ruth Tringham y su equipo (1985, 1992), con una metodología específica para la recogida de estos barro que incluían diversos análisis de laboratorio *a posteriori*. De esta manera, encontraron concentraciones masivas de barro intensamente rubefactado y hasta vitrificado que han conformado auténticos *tells* (Figura 16a1). Los barro de Opovo (Figura 16c) fueron estudiados en su tesis doctoral por Mirjana Stevanović (1996), mediante Difracción de Rayos X (en adelante, DRX), Fluorescencia de Rayos X (XRF), la petrología de láminas delgadas, creando una tipología y, finalmente, empleando la experimentación al cocer barro a diversas temperaturas que permitieran por su color y textura servir como referencia comparativa con los prehistóricos.



Figura 10. Sitio de Selevac. a1) *Tell* formado por la acumulación de sedimentos donde se observan las capas de barros rubefactados; b2) Excavación (1976-1979) de una cabaña quemada; b) Sitio de Opovo.

Dos momentos de la excavación (1983-1989) de diferentes sectores donde se aprecian las concentraciones de bahareque quemado e intensamente rubefactado; c1) Barro con improntas de varas de Selevac; c2) Manteado rubefactado de un tabique interior con revoque externo, n.º de inventario 291 de Opovo; c3) Sección de fragmento de barro cocido procedente de un tabique interior, n.º 164 de Opovo; c4) Barro vitrificado, n.º 30 de Opovo. Fotografías de las excavaciones cortesía de Ruth Tringham (CoDA, Center for Digital Archaeology) y pellas cocidas estudiadas en el Center of Archaeological Research Facility (ARF) de la University of California-Berkeley.

Tras ese potente programa de investigación, Stevanović (1996: 236) concluyó que las cabañas estudiadas fueron quemadas de forma intencional por motivos rituales. Definió, de esta manera, las características de los fuegos que afectaron a las casas incendiadas, algunas de las cuales son propiedades intrínsecas de los materiales y otras en las que medió la mano humana:

- a) necesidad de gran cantidad de madera para cocer tal volumen de manteados de arcilla;
- b) tipos de madera empleados en construcción –¿y seguramente como combustible añadido? –, que son especialmente inflamables;

- c) altas temperaturas de cocción, entre los 500 y 1000 °C (Fig. 16c4), que necesitan combustible extra –más allá de los muebles que hubiera en las casas o la estructura lúnea–;
- d) varios focos de ignición por vivienda y vías difusas que siguieron los fuegos hasta devorar las cabañas, lo que implica premeditación e intencionalidad de los incendios;
- e) el patrón de colapso de las viviendas, que implica que las casas fueron construidas estratégicamente para tal fin;
- f) las paredes y restos que quedaban en pie fueron demolidos poco después de que el incendio se extinguiera;
- g) no reocupación del mismo espacio;
- h) y ausencia de cadáveres en el interior, aunque se documentan restos humanos quemados en el Neolítico Temprano (Tringham 2002: 102).

Además de lo argumentado por Stevanović en su influyente estudio, otros investigadores han contribuido a la definición de criterios para distinguir la destrucción intencional de viviendas no gestionada como un acto violento, todos ellos centrados en la prehistoria del SE de Europa. Primero Chapman (1999: 117–20), luego Gheorghiu (2008: 61) –mediante la construcción y destrucción experimental de una vivienda del Calcolítico balcánico–, y posteriormente siguiendo las pesquisas abiertas desde la investigación forense de incendios en la actualidad, en las que se intenta reconstruir la causalidad última del fuego desde las huellas sutiles dejadas por ello, Twiss y su equipo (2008) –para el nivel VI de Catalhöyük– y K. Harrison (2013) han confirmado los ocho puntos identificados por Stevanović (1996; 1997), añadiendo alguno más:

1. Depósito de basura doméstica en el interior de la “casa muerta” –i.e., incendiada– antes de ser derrumbada.
2. Los suelos entre las viviendas no están quemados, lo que sugiere que los fuegos afectaron de forma individual a cada casa.
3. Antes del incendio, deposición estructurada de forma no cotidiana de objetos que no se encuentran entre los desechos habituales de ocupación (contra Twiss *et al.* 2008: 52).
4. Hay una gran cantidad de objetos, especialmente cerámicas, en la estructura quemada que exceden la cantidad y tipología normal de utilería doméstica.
5. La ausencia de restos humanos indicaría que no se trató de incendios casuales o provocados por hostilidades según Cessford y Near (2005: 174), aunque no sería raro que, tras cualquiera de este tipo de catástrofes, los supervivientes hubiesen retirado los cuerpos de los seres queridos y les dieran otras honras fúnebres, por lo que este argumento es débil, como todos los de signo negativo.
6. Fuego en el perímetro de las viviendas: es indicativo de una acción deliberada, puesto que los fuegos accidentales pueden darse en todas las partes de la

- cabaña. Experimentalmente se ha comprobado que para que puedan quemarse perimetralmente es necesario el aporte calorífico extra por parte de combustible añadido.
7. Existencia de varios puntos de ignición en el interior, que habrían sido el origen del fuego, que actuarían como cámaras de combustión en miniatura donde la temperatura aumenta debido a fuertes corrientes de aire.
 8. Las altas temperaturas alcanzadas en los barro arqueológicos estudiados, sería indicativo de intencionalidad, ya que, en las investigaciones sobre incendios actuales, se ha puesto de manifiesto que las temperaturas superiores a 1000 °C suponen que el fuego sea intencionado (contra Twiss *et al.* 2008: 52). Según Gheorghiu (2008: 64) son debidas a las corrientes de aire, las cuales no podrían ser controladas.
 9. Las temperaturas alcanzadas en cada vivienda fueron diferentes en Opovo, por lo que no habría sido un fuego que afectó a todo el poblado, sino sólo a partes concretas. Sin embargo, se apunta que los grados variarán de acuerdo con los vientos dominantes, las aberturas de ventilación y la cantidad de combustible que se encuentre dentro o alrededor de las viviendas, así como de acuerdo con la posición de la vivienda en el poblado.
 10. Una cantidad excesiva o anómala de combustible (también Cessford y Near 2005). Los elementos que podrían funcionar como combustible en viviendas de sociedades preindustriales son: materiales vegetales en la techumbre, postes sustentantes, muebles de madera, esteras, elementos de cestería, comida seca almacenada, aceite, lana de oveja y pelo de cabra, cuero, ropa de cama, comida de los animales (Forget & Shahack-Gross 2016: 1215) y estiércol –que proporciona altas temperaturas– (Twiss *et al.* 2008: 52), paja, maderos y troncos apilados para diversos fines, entre ellos, alimentar el hogar. Excepto los troncos apilados, las vigas y los postes, el resto de elementos es fácil y rápidamente inflamable, actuando como acelerante pero no como combustible, lo que se descarta como excitante de las llamas de la conflagración.
 11. Que un incendio accidental llegue a los cimientos de una vivienda recubierta totalmente de barro es tan difícil que se requiere la adición de combustible, como también se observó en el experimento de Bankoff y Winter (1979).
 12. El diseño interior de la vivienda era altamente formalizado. Es decir, las viviendas se construyeron con la idea previa de una geometría que favorecería la creación de corrientes de aire en el momento de los incendios (Twiss *et al.* 2008: 52).
 13. Diferentes investigaciones en los ricos contextos arqueológicos del Neolítico y Calcolítico del SE de Europa, Turquía y Siria-Palestina suelen reportar asociaciones entre réplicas de casas en contextos votivos, la quema de arcilla con formas extravagantes, o braseros u hornos en contextos domésticos que tienen perforaciones, como imitando los huecos que debieron hacer en las paredes de

esas casas quemadas para aumentar las corrientes de aire (Verhoeven 2000; Cessford & Near 2005; Gheorghiu 2008).

14. Tras el incendio de varias reproducciones de viviendas del Calcolítico balcánico, se ha comprobado que no todo el material constructivo se encuentra en las excavaciones arqueológicas. De las dos hipótesis ofrecidas para explicar este hecho, la de que una parte de los manteados quemados fueran retirados para ser reciclados o por razones rituales, para ser incluidos en hoyos, o bien la de que las casas no se quemaron totalmente, por lo que se habrían convertido, de nuevo en simple barro, Gheorghiu (2008: 65) se decanta por la primera, si bien ambas explicaciones son compatibles.

Experimentos y excavaciones arqueológicas posteriores han ofrecido más datos sobre las formas de cocción y elementos necesarios para que puedan darse ciertas temperaturas y resultados en los sitios exhumados. Para Çatalhöyük, Cessford y Near (2005: 174) siguiendo a Stevanović (1996; 1997), observaron patrones similares en el incendio del nivel VIa; además, varios focos estaban situados en zonas que no eran lugares donde pudiera iniciarse tal evento, y aparecieron también objetos ubicados *ex profeso* antes del acto ígneo. Se diferencian del sitio serbio en que las cabañas no fueron demolidas inmediatamente después del incendio, sino que más bien lo fueron antes de las conflagraciones. La quema de cabañas crearía un espectáculo intenso y memorable, que perduraría en el recuerdo de quienes lo vieran, "*in a sense burnt buildings can be viewed as offering on a grand scale*", y el control del fuego ejercido al quemar de forma controlada una vivienda podría considerarse una fuente de poder social (Cessford & Near 2005: 182).

Los experimentos de Cotiugă (2009) involucraron el incendio de cuatro reproducciones de viviendas del Calcolítico balcánico, dos de ellas asemejando causas naturales y otras dos de forma intencional, a las que añadieron combustible y, además, observando la acción del tiempo y los agentes atmosféricos a lo largo de nueve meses. Concluyó que en el incendio accidental de una vivienda aislada únicamente se quemaría el techo y que el fuego no afectaría a la totalidad de la estructura (como ya observaran Bankoff & Winter 1979), siendo posible apagar el incendio sin dificultad. En el caso de una vivienda quemada accidentalmente por estar cercana a otra a la que se prendió fuego de forma intencional, la radiación térmica y el propio incendio originado desde la segunda afectaría decididamente a la primera, especialmente a las más cercanas, pero terminando por derrumbar toda la estructura ante la carbonización interna de postes y vigas. Apunta también que el volumen y ferocidad del incendio de la casa quemada intencionalmente impediría la intervención de la gente, y que a pesar de los daños producidos y de las temperaturas alcanzadas, no sería comparable a las encontradas arqueológicamente. Las observaciones más importantes para las dos incendiadas premeditadamente serían 1) que el fuego es difícil de controlar, inclusive las corrientes

de aire; 2) que la estructura lígnea se quemó en su totalidad, especialmente los postes –a excepción de la parte enterrada– y las vigas cercanas a la techumbre, lo que tiene como resultado el colapso de lienzos y medianeras; 3) que a mayor cantidad de madera y bahareque, y menor profusión de barro impregnado sobre ella, se consiguen resultados similares a los observados arqueológicamente; y 4) por último, que tras dejar a la intemperie los restos, después de 6 meses, las ruinas quemadas habían adquirido la consistencia de un ladrillo debido a la acción del agua –ya sea en forma de lluvia o nieve– y a los cambios térmicos (Cotiugă 2009: 317–18).

En estimaciones realizadas por Forget y Shahack-Gross (2016: 1223), para cocer totalmente bloques de adobe de la Primera Edad del Hierro de Palestina, serían necesarios 5 kg de madera en un fuego abierto para mantener una temperatura de 600 °C durante 2 horas. Extrapolando esta información a las viviendas, observan que con los elementos de que podrían actuar como combustible en el interior –a tener en cuenta el almacenamiento de aceite–, podría ser suficiente para llegar a ello si las casas tuvieran las condiciones de un horno cerrado. Sin embargo, no contemplan la adición de combustible extra para que la conflagración dure más horas ni la incidencia de los rescoldos, que pueden durar varios días afectando no sólo a las paredes derruidas, si no también a las que continúan en pie.

De forma análoga a Kruger (2015), también he podido comprobar personalmente, en un clima tropical seco, la acción de un incendio intencional –por motivos políticos– de una pequeña estructura de bahareque con cubierta vegetal que funcionaba como Museo comunitario. En efecto, los vándalos quemaron el espacio sin añadir más madera, aunque posiblemente se ayudaron de algún acelerante. El resultado (Figura 17) fue la combustión total de la techumbre, el ennegrecimiento de las vigas y los manteados superiores, y la cocción incompleta de los emplastes de barro, permaneciendo la mayor parte aún en pie, pero sin afectar a los postes como en los experimentos balcánicos o lo observado por Bankoff y Winter (1979) y Kruger (2015), por lo que el fuego habría sido de muy baja intensidad. Hubiera podido ser reparada, de haberlo deseado la comunidad, o el fuego ser asfixiado, pero tampoco fue permitido.



Figura 11. Resultado del incendio intencional del Museo comunitario de La Concepción (Imbabura, Ecuador): a) vista general, donde se aprecia el suelo ennegrecido; b) interior; c) barro ennegrecidos y endurecidos de la zona superior de las paredes, que conservan impresiones de bahareque.

Baste resaltar, por último, que desde la investigación de incendios actuales (Basset Blesa 1998) se identifican varios factores para que una conflagración se desarrolle en su totalidad –desde su ignición hasta el decrecimiento, cuando el fuego ya ha consumido todo el combustible y el calor comienza a disminuir, aunque los rescoldos pueden generar temperaturas moderadamente altas un tiempo–:

- Tamaño, número y distribución de las aberturas de ventilación.
- Volumen del recinto.
- Propiedades térmicas de los cerramientos del espacio.
- Altura del techo.
- Tamaño, composición y localización de las fuentes del combustible que se queman en primer lugar.
- Disponibilidad y ubicación de las fuentes de combustible adicionales.

En suma, los diferentes investigadores apuntan al carácter premeditado de ciertos incendios prehistóricos de viviendas de madera y barro a la dificultad de observar los accidentales debido a que las cabañas no se queman en su totalidad, por lo que rápidamente pueden ser extinguidos, y al hecho de que seguramente muchas estructuras se repararían. Algunos rasgos que ha resumido Tringham (2013: 86) y que permiten distinguir la intencionalidad de la accidentalidad son las altas temperaturas alcanzadas que requieren de combustible adicional, los múltiples puntos de ignición y la localización de las ruinas quemadas dentro del perímetro de las viviendas. Gheorghiu (2007, 2008) y Johnston (2018, 2019), entre otros investigadores (Chapman, 1999), llegaron a la misma conclusión que Stevanović (1996: 242-7): que las casas de la cultura de Vinča fueron construidas con la idea premeditada de ser quemadas al final de lo que consideraron su vida útil, lo que esta autora (1996: 242-3, 6-7) asocia con el ánimo de velar por los ancestros o antepasados de quienes las habitaron, sellando su ocupación para siempre, seguramente a la muerte del cabeza de familia. Chapman (1999), por otro lado, asocia la combustión de las casas del SE europeo al encadenamiento con el pasado y la acumulación de capital mnemotécnico. Mientras, Twiss y su equipo (2008: 53) relacionan las de Catalhöyük con “la decadencia en la importancia de la longevidad, ancestría y linaje de la casa”, al menos para el *Building 52*. Para Verhoeven (2000: 61), la muerte, el fuego y el abandono serían caras de una misma moneda que significan el cese, la clausura, pero que denotan transformación: transición del mundo de los vivos al de los ancestros, y la conversión de los edificios de barro en auténticos artefactos de cerámica y la vivienda relocalizada. Así, “*this irreversible transformation mediated by heat* (cfr. Collet 1993: 505–6) *can be seen as a metaphor for the dramatic change from life to death*”. En este mismo sentido se expresa Gheorghiu (2008: 66) en relación con el fuego: “*firing the house was a ritual analogous to the production of ceramic objects or the production of cooked food, as well as a sacred action to preserve and create identity [...] as a symbolic process of construction of ancestors*”. Para Cotiuğă (2009: 319), dado

lo generalizado de los incendios de este horizonte balcánico, la explicación residiría en un ritual cosmogónico, ejecutado para desacralizar el espacio habitado, ya sea una vivienda o un sitio completo, al final de un ciclo, seguramente una generación, más que tratarse de la muerte de un líder comunitario o que se desempeñara de forma periódica.

En ejemplos etnográficos, vale la pena traer a colación los de la Columbia Británica canadiense, donde tras la muerte del chamán, los vecinos incendian la vivienda (Springer & Lepofsky 2011); los kiliwa de la Baja California, que hacían una pira con el difunto y los posesiones para después incendiar su vivienda (Moore 2012: 167–69); o los anabalíes del Virreinato de Nueva Granada, que pasaron de mudarse de vivienda y hasta de poblado cuando alguien moría a quemarla durante la Colonia al impedir la movilidad poblacional entre asentamientos (Gumilla 1745: 174).

En cualquier caso, resulta interesante aquí trascender las interpretaciones concretas y focalizar la atención en el acto destructivo en sí mismo. Tringham (2013: 99), siguiendo al geógrafo D. Porteus (1995), distingue entre ‘domicidio’ y ‘domitanasia’: el primero alude a la destrucción deliberada y planeada de una vivienda que causa sufrimiento a sus habitantes, mientras que el segundo sería dar una muerte digna a la casa a manos de quien la mora, como la eutanasia lo es para los humanos. Sea una u otra, se trata de actos destructivos que llevan consigo una transformación física de la vivienda y quizá, la remodelación de las relaciones sociales y de vecindad establecidas.

Más allá de estas explicaciones en clave fenomenológica, se hacen patentes varias observaciones: 1) el fuego y sus consecuencias son fácilmente observables desde la arqueología, aunque no se ha distinguido claramente una huella arqueológica de otros actos que pudieran haber sido igualmente importantes; 2) la voluntad de prender fuego a las viviendas, un fenómeno chocante para la mentalidad actual; 3) el fuego como fenómeno transformador de la materia y de gran trascendencia simbólica a nivel cultural, que lleva a ser integrado y conceptualizado como un elemento vital a nivel cosmogónico para una mayoría de las culturas.

3.2.2. Los restos de cabañas quemadas de Cogotas I

Volviendo a las cabañas meseteñas, ya se ha subrayado con anterioridad que habría dos finales diferentes para ellas, seguramente de acuerdo con la biografía de sus ocupantes: el común que habría consistido en desarmarla y rellenar los restos con detritus del muladar familiar; y el extraordinario, relacionado con evento de tal naturaleza que necesitaban de una transformación de la materia para restablecer el orden alterado y que conllevó el incendio de la estructura. Dejar atrás una vivienda, ya sea de forma definitiva o temporal, de forma progresiva o agresiva, debió de conllevar una serie de

acciones performativas, unas más visibles que otras, arqueológicamente hablando y de consecuencias a nivel político, social y económico. Se observa una importante heterogeneidad de soluciones constructivas, mas no de abandono, por lo que podría suponerse que hubo una serie de prescripciones a la hora de clausurar las viviendas. En la mayor parte de los casos, se advierte que no las dejaron a su suerte para que el tiempo y las inclemencias climáticas actuaran sobre ellas, sino que hubo maneras de cerrar el ciclo vital de los espacios que acogieron la vida y la muerte de las comunidades. Estos protocolos estarían ritualmente sancionados, con actos medianamente estandarizados y cuya comprensión se hace difícil si se parte de nuestra mentalidad actual, la cual separa lo profano y lo sagrado (Brück 1999b; Bradley 2003). Esta forma ordinaria de abandono de los sitios, la normativa y que más frecuentemente se encuentra, deja pocos vestigios arqueológicos y habría sucedido reiteradamente tras el abandono del poblado después de una temporada que bien podría ser de uno o varios ciclos agrícolas. No es posible afirmar si hubo “formas intermedias”, como si de una escala cromática de lo ritual se tratara, y como todo lo que hacían estas poblaciones de la Edad del Bronce, pero que son hoy, indistinguibles arqueológicamente. En el otro extremo de la “escala ritual” estaría la manera extraordinaria, que involucró un cambio en la sustancia, la transformación de las cabañas mediante el fuego. Ésta es la que se estudiará en este apartado.

Como sucede con el final ordinario, también son pocos los casos de estructuras quemadas con los que se cuenta, en comparación con las del Calcolítico o de la I Edad del Hierro. En cambio, viene siendo habitual encontrar “pellas” de barro cocidas que pertenecieron a manteados que recubrían el bahareque, a tapas de silos y quizá, a elementos del mobiliario que nos cuesta diferenciar hoy día. El estado fragmentario y su localización en hoyos junto con otros objetos en similar circunstancia ha sido el obstáculo para su estudio, el cual no ha sido abordado hasta fechas recientes en la península ibérica. Por ello, partiendo de la amplia bibliografía sobre incendios en casas prehistóricas, se retomaron aquellas primeras hipótesis esbozadas hace años (Sánchez-Polo 2010: 178–82; Sánchez-Polo & Blanco-González 2014).

No ha sido hasta prácticamente el segundo decenio del siglo XXI que estos restos han comenzado a ser tenidos en cuenta y, por tanto, estudiados en la península ibérica (por ejemplo, Fonseca de la Torre 2015; Pastor Quiles 2019). Hasta entonces, solían ser desechados en las terreras de las excavaciones arqueológicas y, por tanto, no llegaban a ser custodiados en los Museos. El intento de estudiarlos ha supuesto una búsqueda en la que, en ocasiones, se ha podido contar con una muestra de los manteados –no es posible afirmar hasta qué punto representativa del total–, como en Los Tolmos, mientras que en otras se custodiaron todos los aparecidos, caso de El Teso del Cuerno, y en otras, la solución más común, fue conservar aquéllos con improntas de ramajes o de esteras y con formas extravagantes, como en La Requejada, El Castillo de Rábano, La Macañorra o

Sacaojos. En no pocas ocasiones, sucedió que ningún fragmento de manteado fue guardado en los Museos, caso de El Cerro de La Horra, donde el hoyo 22 estuvo colmatado por completo de este material o en la propia cabaña 23, como figura en la memoria de excavaciones (Negredo & Palomino Lázaro 1996: 53–57), o para sitios calcolíticos abulenses, cuyo ingreso no admitió el Museo, pero fueron convenientemente dejados en el campo para volver a ellos.

Con los finalmente disponibles y con sus diversas historias museísticas, se implementó un meticuloso estudio arqueométrico para distinguir las formas de abandono y la posible intencionalidad o carácter casual en los incendios que llevaron a su rubefacción y cocción. En el Anexo II se explica *in extenso* la metodología, los resultados y se discuten en términos petrográficos y físico-químicos, por lo que en este apartado se profundizará en los contextos arqueológicos en relación con los barro cocidos.

La casuística es heterogénea: los fragmentos de manteado de Los Tolmos se recogieron derrumbados sobre los suelos de las cabañas, podría decirse que *in situ*, en posición primaria, mientras que los de El Teso del Cuerno salieron en hoyos dispersos por el yacimiento, pero cercanos a la cabaña de la que se conservaron sus hoyos de poste. Otros barro fueron únicamente estudiados solo en cuanto a su morfotipología, pero sin análisis arqueométrico, por lo que las conclusiones que pudieran extraerse flaquearán en tanto que no se tienen datos *fuertes* desde un punto de vista científico. Se trata de los pertenecientes a La Requejada, El Castillo de Rábano, La Macañorra, todos en Valladolid, La Aceña en Salamanca y Arenero de Soto y Fábrica de Ladrillos en Madrid. Apoyando las hipótesis formuladas, se hará referencia a otros que no han podido ser estudiados, pero de los que se tiene constancia a través de las publicaciones.

3.5. Otros indicios de *domitanasia* en el contexto de Cogotas I

Los estudios de caso expuestos en profundidad en los apartados anteriores son reveladores, en primer lugar, de que es necesario acudir a investigar a los Museos y servicios territoriales –y hasta en los archivos provinciales–, porque suele haber detalles que pasan desapercibidos en las memorias o los artículos. Y, en segundo lugar, de que con la formulación de una hipótesis de investigación y la implementación de un programa de analíticas concretas es posible ahondar un poco más en el conocimiento, desde lo macro de la teoría hasta lo micro de la materialidad. Si, como se ha visto anteriormente, en contextos europeos ya no es extraño pensar en rituales de clausura de las cabañas (*vid. supra*) que involucren el fuego, ahora también comienza a prestarse

atención a depósitos con barros de construcción cocidos, y podemos apreciar semejanzas con algunos estudiados aquí, por ejemplo, en el yacimiento LBK de Rovantsi (Ucrania), donde restos de viviendas se encontraban junto a restos humanos parciales en un hoyo (Bardetskiy *et al.* 2017). Aunque los excavadores del sitio ucraniano rehúyen expresamente vincular esta inhumación secundaria con ideas como el apego emocional, el culto al cráneo, actos mnemotécnicos o trofeos, sí observan una serie de actos en relación con “la parte más preciada de la persona”, la calvaria de una mujer, que fue depositada “en un hoyo como acto final de un proceso de múltiples etapas” (Bardetskiy *et al.* 2017: 243). Como se verá a continuación, la muerte de ciertas personas y la conflagración de algunas cabañas no son elementos totalmente disociados en Cogotas I. Ambas acciones portan fuertes signos de ritualización.

En este sentido, hace 10 años proponía (Sánchez-Polo 2010, 2011: 128–30) una relación entre cabañas, sus restos parciales, fuegos intencionados, limpieza de poblados y rellenos estructurados mediante un puñado de ejemplos recopilados a partir de las referencias publicadas. Si entonces recogía los casos del fondo 56-57 de Fábrica de Ladrillos, Fondo 8' de Arenero de Soto, F.23 de la cuadrícula 31 de Caserío de Perales, el hoyo funerario de Carrelasvegas, el 9/O y la ‘sepultura 1’ de El Batán, esta lista se ha ampliado considerablemente mediante el exhaustivo aporte de más datos, fotografías, negativos y el estudio en los Museos de algunos restos. Hoy en día es posible proponer una interpretación del fenómeno de las chozas quemadas mucho más rica, compleja, diversa y seguramente más cercana a la realidad prehistórica que hace una década.

3.7. Algunas conclusiones sobre las cabañas quemadas

La documentación y justificación de cuestiones de índole ritual, tan ajenas a nuestras formas de pensamiento, ha necesitado de una explicación extensa en la que se han desarrollado escrupulosamente los distintos estudios de caso. De todo ello se pueden extraer algunas conclusiones que dejan entrever esas formas de racionalidad prehistórica del Bronce Medio-Tardío meseteño:

1. Tanto en intervenciones de empresa como en las académicas parece ineludible documentar mejor los hoyos: es urgente registrar bien la estratificación y los procesos tafonómicos, así como conservar todo el material arqueológico que contuvieran dentro, tanto ecofactos como artefactos de toda índole. Son necesarias técnicas de excavación más exquisitas junto con el registro más fidedigno de los hallazgos, posibles gracias a las tecnologías de información geográfica, que agilizan el trabajo en el campo.

2. El conjunto estudiado debe dejar de ser visto como casos aislados, puesto que tienen la suficiente entidad y contundencia como para dejar entrever dentro de la racionalidad prehistórica unas pautas del desalojo premeditado de las viviendas por parte de quienes las habitaban. Y si hoy no es posible avanzar más allá de la observación de esa relación entre el abandono y el fuego es, en buena medida, por factores que no podemos controlar: en primer lugar, porque los restos de las paredes destruidas fueron extraídos de su lugar originario para ser insertadas en hoyos, casi como entierros secundarios; además, por las alteraciones sufridas por los yacimientos debidas a siglos o milenios de roturaciones agrícolas.
3. Por fortuna, la materialidad arqueológica, aun la que peor registro tiene, es susceptible de ser estudiada arqueométricamente. Por ejemplo, estos anodinos barro de construcción cocidos que fueron admitidos aleatoriamente en los Museos han desvelado información de primera mano para no solo para unas formas de conflagración de las viviendas comparables a las de la cocción cerámica de las vasijas cogotenses, sino también acerca de conductas simbólicas no esperadas. Así mismo, quisiera enfatizar la necesidad de una metodología arqueométrica adecuada a las hipótesis planteadas: para esta tesis, primero se optó por difracción de rayos X para después aclarar ciertas dudas no resueltas mediante petrografía de láminas delgadas, con el objetivo de distinguir temperaturas y procesos de cocción de las paredes de las chozas. Entonces, a través del examen minucioso de todos estos fragmentos de barro, se ha logrado diferenciar recetas distintas de arcillas dependiendo de la finalidad; la combinación de este conocimiento acumulado con el lugar de procedencia del sitio –hoyo en el Teso del Cuerno o derrumbe en Los Tolmos– para afinar temperaturas de cocción o entradas de aire; y finalmente, profundizar en las temperaturas de cocción alcanzadas y en diferentes procesos posdeposicionales que han afectado a los barro y que han sido fundamentales para comprender la tafonomía y la formación de los sitios. Todo ello redundando en haber alcanzado una propuesta interpretativa hasta ahora insospechada.
4. De nuevo, en esta tesis vuelven a ponerse en valor las formas de deposición e inclusión de elementos en hoyos. Así, en este capítulo se han resaltado las asociaciones entre abundantes ruinas de las viviendas con restos humanos dispersos y las lógicas deposicionales que involucraron la colocación de todos estos materiales fragmentarios en hoyos. Algunas asociaciones de materiales ya fueron expuestas en trabajos anteriores (Sánchez-Polo 2012), por lo que aquí son novedad las que integran restos humanos con elementos de barro cocido y, en muchos de los casos, la gran cantidad de cerámicas insertas. Las chozas de Los Tolmos, aún con el derrumbe *in situ* y siendo algo más antiguas, también mostraron esta llamativa asociación a modo de clausura que anticipa formas cogotenses. La cantidad de barro quemados de Teso del Cuerno, en conjunción con elementos especiales como en el hoyo 99, por ejemplo, no deja de ser indicativa de estas prácticas.

CAPÍTULO 4. Los campos de hoyos: lo doméstico como espacio de ritualización

Los hoyos son estructuras omnipresentes en la Prehistoria meseteña y de gran parte de Europa desde el Neolítico hasta, al menos la Edad de Bronce. Sus rellenos han sido tildados en no pocas ocasiones de basuras y desechos sin más importancia. Los arqueólogos, hasta hace bien poco, los han vaciado sistemática y manualmente con el fin de extraer aquello que pudieran contener: objetos, fragmentarios en la mayoría de las ocasiones, o algún que otro esqueleto humano o de animal en conexión. Todo ello servía para establecer tipologías de objetos o su intercambio o su genealogía, discurrir sobre los rituales funerarios, la composición de la cabaña ganadera.... Quizá por ello, desde corrientes economicistas, pronto fueron vistos, al igual que los medievales, como silos que debían ser tapados cuando perdían su uso, por lo que se utilizaron sus dimensiones como vía de estudio de sus capacidades de almacenaje. En definitiva, estas singulares estructuras excavadas en el suelo han sido vistas como netos contenedores sin ahondar en su sentido para las comunidades prehistóricas. En este capítulo no se entrará a discutir sobre su funcionalidad originaria, para ello harían falta análisis polínicos y microestratigráficos y no sólo se carece de ellos, sino que en muy pocos casos se ha recogido sedimento o muestras para llevarlos a cabo.

Siendo prudentes, lo que arqueológicamente se puede observar con claridad es que fueron estructuras rellenas con sedimentos que tenían lo que hoy denominaríamos basuras. Sin embargo, en la prehistoria pudieron no ser *sólo* desechos, como la crítica posprocesual ha acertado en apuntar (Richard & Thomas 1984; Hill 1995; Brück 1999b; Garrow *et al.* 2005; Garrow 2013). Para ahondar precisamente en los diversos sentidos que las comunidades de Cogotas I dieron a los campos de hoyos, en este capítulo se abordarán en primer lugar las interpretaciones tradicionales dadas a los campos de hoyos, para después considerar la importancia de los procesos tafonómicos que sufren los poblados en las campiñas de la meseta norte. Las conclusiones más bien pesimistas de ambos apartados llevan a plantear en un tercero una propuesta basada en una metodología de estudio de cerámico y cinco estudios de caso que buscan revisar algunos yacimientos paradigmáticos.

Finalmente, se discutirán las conclusiones a las que se han llegado en cada estudio, contrastándolos con otros sitios de Cogotas I ya publicados y bajo perspectivas teóricas esbozadas desde la historiografía anglosajona.

4.1 Los campos de hoyos, una problemática antigua

La funcionalidad originaria de estas enigmáticas estructuras prehistóricas sigue siendo un elemento de activa discusión entre los especialistas. Bellido (1996) sintetizaba esta problemática para los hoyos prehistóricos de la meseta norte hace 25 años, y es que si a inicios del siglo pasado eran consideradas uniformemente como “fondos de cabaña” —suelos parcialmente excavados de las viviendas—, andando el tiempo y atendiendo a su morfología, se han interpretado como tumbas si había un esqueleto inhumado, silos, almacenes subterráneos, hornos, hogares, canteras y como fosas de decantación de arcilla. La funcionalidad asignada más frecuentemente es la de silos para el grano y ha valido para proponer hipótesis sobre la acumulación de excedentes y la gestión que los líderes o las comunidades harían de ella (Díaz del Río 2001). Fue sobre todo a partir del trabajo experimental de Reynolds (1974) cuando fue valorada esta teoría para explicar la gran cantidad de hoyos y su capacidad de almacenaje, sellando la entrada de aire y contando con pérdidas residuales de grano, el adherido a las paredes.

Villalobos (2016) se hace eco de la organización de los poblados en época calcolítica en el valle medio del Duero, resaltando que la mayoría de los hoyos habría servido como silos. Entonces, a pesar de que no hace referencia a excavaciones en área o completas en la zona, se alude a que se han encontrado unas pocas cabañas con hoyos, “silos”, en su interior como las de Fuente Lirio (Ávila), Los Bajos o Las Peñas de Villardondiego (Zamora). Otras cabañas, que revelaron hoyos con potencialidad de ser silos, no aparecieron en su interior, sino en el exterior como las de Viña de Esteban García (Salamanca), Rompizales I, El Hornazo (Burgos), La Cantera de Hálagas y Tiro de Pichón (Ávila).

En la Viña de Esteban García los excavadores identificaron lo que parecen ser silos en el extremo norte del sitio, alejados de las cabañas, como en Rompizales I —donde se excavaron 1750 m²— y en El Hornazo. A pesar de la falta de análisis polínicos que confirmaran en último extremo el carácter de silos de estas estructuras, y por haber estado fuera de las unidades domésticas, infiere Villalobos (2016) que la forma de gestión del almacenamiento durante el Calcolítico de la meseta norte habría sido comunitaria. La ubicación apunta su propiedad: dentro de casas=propiedad privada/doméstica; fuera de casas = propiedad comunitaria/comunal. Pero, ¿y si varias estructuras conformaran un núcleo doméstico y el acceso a los almacenes fuese familiar

como entre los mura-urza (González-Ruibal 2003: 133–34)? Desde luego, la escasa cantidad de área excavada dificulta conocer en profundidad cómo eran los poblados y, por tanto, la gestión de los silos.

Otro aspecto que se ha demostrado erróneo es considerar los hoyos de las sepulturas como hoyos realizados *ad hoc*, como hace Villalobos (2016), al dejarlos fuera de su análisis. Por ejemplo, en Rompizales I el hoyo funerario parece que reutilizaba una estructura parcialmente colmatada por sus propias paredes derrumbadas (Velasco-Vázquez & Esparza-Arroyo 2016: 79), hecho quizá análogo al del hoyo con un anciano enterrado de Carrelasvegas (Palencia) (Martín Carbajo *et al.* 1993), y otros tantos más.

En realidad, para afirmar que todas las estructuras tuvieron la función primaria de silo, hacen falta estudios polínicos y sedimentológicos que actualmente no abundan, además de que su propia forma y sección no permitirían emplear todas ellas para tal fin. Un ejemplo de la Edad del Bronce es el de Moncín (Zaragoza) (Harrison *et al.* 1994), donde 52 hoyos fueron considerados de almacenamiento subterráneo: tenían secciones acampanadas o tendentes a ello, entre 1 y 1.2 m de profundidad, y 1.3 m de diámetro medio. Once de ellos contaban con menos de 200 litros de capacidad, 14 entre 200 y 500 litros y 24 entre 500 y 1600 litros. En cambio, otros de distintas características, más similares a cubetas con sección en artesa que a hoyos profundos, fueron interpretados como huecos de basura primaria, cuyos rellenos diferían también de los anteriores al ser estratos uniformes –en los anteriores sí se advertían multiestratificaciones–, carecer de cenizas, con capas de piedras intercaladas con huesos de fauna no tan fragmentados y con gran cantidad de cerámica tosca (*Ibid.*: 112).

Para Cogotas I, dada la escasez de cabañas –ya discutida en el capítulo 3–, se hace muy difícil ubicar con precisión los hipotéticos silos en los poblados... Únicamente en Moncín, un sitio en altura y en el área periférica de este grupo arqueológico, puede hacerse referencia, y solo en casos contados, a los hoyos junto a restos de cabañas, mas sin poder establecerse la sincronía de ambos eventos. El Teso del Cuerno (Salamanca), La Dehesa (Alcalá de Henares), Manantial de Peñuelas o El Cerro de La Horra (Burgos) serían también algunos de esos escasos ejemplos, estando siempre los hoyos fuera de la cabaña, salvo en la Dehesa, donde unos desniveles interiores podrían haber funcionado como alacenas para el consumo inmediato; o en El Cerro, donde la cabaña tenía un hoyo de perfil acampanado a los pies y otros tantos en los alrededores; en tanto que en los otros sitios los hoyos aparecen en la cercanía de las cabañas.

La discusión sobre si los hoyos eran en su mayoría estructuras de almacenaje o no, del tipo de gestión que hubieran podido recibir en caso de interpretarlos como silos, o qué productos habrían guardado se enriquece considerablemente a través los paralelismos etnográficos. Aunque en la meseta norte en época contemporánea se ha

asfixiado la lenteja en profundos silos de hasta 5 m de profundidad en las viviendas⁹ y guardado parte de la producción de grano, el sistema agroeconómico estaba volcado en la maximización especulativa de la producción, por lo que no es un referente válido. Por ello, se han buscado ejemplos de otras latitudes, fuera de economías capitalistas, para observar las variables en el almacenamiento y la construcción de los silos.

En efecto, grupos sociales tradicionales de otros continentes con economías de subsistencia y en medios ambientes variados dan pistas acerca de las motivaciones para la excavación de hoyos que pueden paralelizarse con los “campos de hoyos” de la Edad del Bronce. Así, entre los endo de Kenia se alzaban estructuras de almacenaje para el marido y por cada esposa de estos, aunque es común también que se construyera uno por cada tipo de alimento conservado (Moore 1986a: 49–50). Peña-Chocarro y su equipo (2015) recogían las formas de almacenamiento tradicionales en el Marruecos rural, incidiendo en que ya no usaban prácticamente silos subterráneos, porque tenían otras formas de almacenaje doméstico, elaborando cestas y grandes recipientes de barro sin cocer para guardar el grano y otros productos. Por referencias orales reconstruyeron su uso: en algunas zonas eran abiertos cada 3-4 semanas para limpiar el grano, mientras que en otras regiones se abrían y vaciaban de una sola vez; los podían reusar varias veces cambiando las capas de paja de las paredes antes de su abandono definitivo, cuando se rellenaban de piedras y basura para evitar accidentes (Peña-Chocarro *et al.* 2015: 5). Este trabajo, tan valioso por la documentación que ofrece, por desgracia es parco en las razones que se esgrimen para el uso de unos u otros sistemas de almacenaje, por lo que únicamente da pistas de la variabilidad que pudo haber en la Prehistoria que no han dejado huella.

Recientemente, aunando estudios de índole etnográfica, experimental e histórica, se han observado las bondades de este y otros sistemas de almacenaje de la cosecha (Jiménez Jáimez & Suárez Padilla 2020). Estos autores concluyeron que los hoyos subterráneos simples serían los indicados para, una vez sellados, guardar la simiente para la siguiente cosecha, mas no para teóricos excedentes de la producción que fueran redistribuidos o consumidos a lo largo de un año, y siempre que el acceso frecuente al grano no fuera necesario (*Ibid.*: 817-8). En cualquier caso, más allá de todo ello, la densidad de los hoyos en este tipo de yacimientos respondería a “la intensidad en el uso del suelo y, diacrónicamente, a las variaciones en su grado de apropiación. Ambos aspectos [...] claves para una aproximación a la economía política prehistórica” (Díaz del Río & Vicent 2006: 34).

Otros trabajos de índole arqueográfica han sistematizado esta problemática. Así, Prats y su equipo (2020) recogen que los estudios etnográficos suelen relacionar el

⁹ Con la pérdida de uso de su función original, han sido rellenados de escombros y cemento y dado otro uso a estos espacios anejos a las casas de propietarios rurales.

volumen de los silos con el tipo de producto a almacenar o con el rendimiento de un campo; los grandes silos en relación con un uso colectivo, mientras que los pequeños corresponderían a un uso doméstico; que son las mujeres las que suelen construir los silos para el uso doméstico, mientras que los hombres los harían más grandes, excediendo las necesidades de las familias individuales. En el NE de la península ibérica, ese estudio, que compendia 2500 estructuras negativas de 300 sitios que abarcan toda la Prehistoria Reciente recogía sus capacidades y morfologías, dando como resultado la observación del aumento de su volumen medio, la variación de las formas, así como del número medio de estructuras por sitio, dependiendo de tendencias que se advierten a nivel cronológico. Estas diferencias serían la consecuencia de variables que interactuaban al mismo tiempo: en el Neolítico Tardío-Calcolítico de esta área, el tamaño de los sitios era más reducido, así como el número de silos y de poblados que los contenían, pero el volumen medio y máximo eran grandes, lo que sugiere un uso colectivo de los hoyos, o más capacidad de producción que estaría ligada a unidades domésticas mayores y, por consiguiente, un aumento de la disponibilidad de mano de obra. Para el Bronce Antiguo, los asentamientos aumentan de tamaño y se dan los mayores incrementos de silos en cuanto al número absoluto y su tamaño, aspecto que relacionan con el aumento del tamaño de los asentamientos y que coincidiría con innovaciones agrícolas como la introducción del barbecho, el uso de animales de tiro y el arado, que podría favorecer la acumulación de excedentes por personas de estatus elevado. Para el Bronce Tardío, se observa una reducción del número de asentamientos, pero el número de silos por sitio permanece estable y el volumen medio se incrementa hasta los 2000 litros (el doble que en el período anterior), lo que es interpretado como un aumento de la productividad al aumentar la tierra arable mientras se detecta una especialización en el ganado como animales de tiro (al ser consumidos siendo ya viejos). Por comparar con otras épocas donde se advierten cambios bruscos, durante el Hierro Antiguo se dará el fenómeno de “campos de hoyos/silos” donde grupos de pozos siliformes de almacenaje se ubican en áreas separadas del poblado, y el máximo de capacidad de almacenaje trasciende la escala asociada con el dominio doméstico y alcanza niveles compatibles con la producción de excedentes para el intercambio. Además, los silos con perfiles acampanados son claramente dominantes, fenómeno que se detecta en toda Europa y que se asocia a sociedades cerealistas que han diversificado los tipos de cereal –con la incorporación de cultígenos de primavera como el mijo– y cultivos de ciclo corto. Concluyen que, si la media de la capacidad de los silos se encuentra bajo los 1000 litros junto con otras evidencias de pequeñas unidades domésticas autosuficientes, seguramente estén practicando agricultura intensiva a pequeña escala; en cambio, silos con capacidades entre los 1000-3000 litros reflejarían, junto a otros indicadores, sociedades más complejas organizadas en grandes unidades domésticas o en estructuras cooperativas con estrategias agrícolas más intensivas, conectadas e integradas.

De todas maneras, los estudios de esta índole recalcan, de nuevo, que estas estructuras se cavarían para acoger los excedentes de una teórica producción de secano, aunque previamente han observado que los silos subterráneos han servido para albergar multitud de productos, no únicamente los granos excedentarios: mantas, utensilios para el hogar, textiles variados, etc.

En definitiva, sin estudios arqueopolínicos de los hoyos, se hace difícil dirimir tales cuestiones, por lo que dejando de lado las funciones primarias y las discusiones teóricas sobre la concentración de un bien tan vital como es el grano para sociedades agroganaderas en unas pocas manos o su gestión comunal, únicamente podría afirmar que finalmente albergaron lo que cabría calificar desde nuestra óptica actual como los desechos domésticos y, en ocasiones, elementos más o menos completos como vasijas abandonadas en su interior, o enterramientos humanos. De estos aspectos nos vamos a ocupar en las siguientes páginas.

En pocas palabras, los campos de hoyos son sitios cuya interpretación suele aludir a la “estratigrafía horizontal”, que remite a que la renovación de la ocupación se produjo al cabo de un tiempo indeterminado desplazando el poblado en el espacio, buscando las zonas “limpias” de estructuras anteriores y evitando, por tanto, los antiguos suelos cavados. Ello se respondería a “ocupaciones plurianuales no permanentes, a través de recorridos cíclicos semi-itinerantes” (Blanco-González 2010: 159). Supuestamente, al no estar señalizados en la superficie, y ya amortizados, sería común que los nuevos ocupantes hubieran recortado o reexcavado antiguos hoyos, lo cual se ha constatado en no pocas ocasiones, por ejemplo en la Fábrica de Ladrillos o Caserío de Perales (Madrid) (Blasco Bosqued *et al.* 2007; Blasco Bosqued 2012: 196–97).

4.2. El papel de los procesos posdeposicionales en la formación del registro arqueológico de Cogotas I

Cabañas y silos prehistóricos están irremediabilmente unidos en cuanto a la afección de procesos posdeposicionales. Así, la sorprendente carencia de restos de cabañas ha sido interpretada desde planteamientos teóricos ‘pompeyanos’, según los ha denominado Jiménez Jáimez (2007). Es decir, los arqueólogos han seguido suponiendo que la falta de restos de las estructuras aéreas se debe únicamente a procesos posdeposicionales, tanto de tipo antrópico como natural: riadas, sepultamiento por metros de sedimento en las laderas, pudrimiento de los elementos orgánicos, desaparición de los manteados al deshacerse con las lluvias y otros fenómenos atmosféricos, siglos de agricultura cerealista, especialmente intensificada en el siglo XX,

y finalmente la remoción intensiva de la primera capa de tierra al excavar mediante medios mecánicos por ser considerada 'superficial'. Sin embargo, como ya notara ese mismo autor (Jiménez Jáimez 2007: 487–88), estudiando el Neolítico Final y Calcolítico del sur peninsular, todo ello no explica que para las fases precedentes y posteriores se encuentren las superestructuras de bastantes más viviendas y no sólo esos escasos hoyos de poste o fondos recortados en el sustrato geológico.

Análoga observación parece producirse también en nuestro ámbito de estudio, donde se contrasta la escasez de estructuras de habitación del Bronce Medio y Tardío con su clara presencia en las fases previas y posteriores. En esta línea argumental, también resulta paradójico que no se identifiquen suelos de ocupación en nuestros yacimientos; porque si en alguno de ellos parecían detectarse suelos reflejo de actividades domésticas, ya sean de desecho o productivas, han resultado ser del Campaniforme, como en La Huelga (Liesau von Lettow-Vorbeck *et al.* 2014). En cuanto a los hoyos, ha sido común destacar la rotura de las bocas originales, achacado al laboreo secular de los campos, a los desmontes y a la propia actividad arqueológica que implica muchas veces la retirada de la 'capa revuelta' más superficial, por ejemplo en Las Vegas (Rodríguez Marcos *et al.* 1999: 55), La Aceña (Sanz García *et al.* 1994: 74–75), Teso del Cuerno (Martín Benito & Jiménez González 1988: 266), La Huelga (Pérez Rodríguez *et al.* 1991: 12), Manantial de Peñuelas (Villanueva Martín *et al.* 2013: 112), Soto de Tovilla I (Rodríguez Marcos 2007: 38), en El Cementerio-El Prado debido a la apertura de tumbas (Rodríguez Marcos 2007: 116) o la Viña de la Huerta II en la meseta sur (López *et al.* 2011: 103) y San Pelayo IV en Navarra (Sesma Sesma *et al.* 2014: 105, n. 12). Este fenómeno se explorará en el siguiente apartado con objetivo de validar, o no, estos apriorismos, que han de ser evaluados yacimiento por yacimiento.

4.2.1. Breve discusión de los fenómenos posdeposicionales

Como se ha planteado para las cabañas altomedievales del ámbito rural meseteño (Vigil-Escalera Guirado 2003; Tejerizo García 2014), una multiplicidad de factores posdeposicionales podrían ser claves para entender la escasez de estructuras habitacionales prehistóricas: la propia geología del terreno, la agricultura milenaria que han soportado estas tierras y el desmonte por medios mecánicos de la capa superficial de los sitios durante la excavación arqueológica, a veces de hasta 70 cm, por considerarse que no alberga resto alguno en posición primaria.

Para probar el grado de afección sobre los sitios de la Edad del Bronce se ha seguido a Tejerizo García (2014), quien ha valorado el nivel de afectación erosiva que han introducido la agricultura extensiva de los últimos milenios y el arado de vertedera desde mediados del siglo XX (Figura 47). Este autor consideró que habrían sido silos aquellas estructuras excavadas en el sustrato con una planta circular, que conservaban más de 30

cm de profundidad, un diámetro aproximado o mayor de 50 cm, un perfil tendente a un cierre de la boca, “es decir, más profundas que extensas, y con un suelo no necesariamente plano” (Tejerizo García 2014: 216); y hoyos de poste aquéllos que conservaran más de 20 cm de profundidad y en torno a 50 cm de diámetro en boca. Con ello, el autor citado observó que el grado de arrasamiento de la mayoría de los sitios que estudió en su tesis doctoral habría sido en la mayoría de las ocasiones de grado medio-alto, a excepción de sitios como Navamboal (Segovia) –también analizado en este trabajo–. La topografía interna dentro de los sitios ha de tenerse también en cuenta, porque se ha observado que los cambios de cota pueden revelar una mejor o peor conservación de las estructuras subterráneas. Por ejemplo, en Tordillos (Salamanca) (Tejerizo García 2015: 889–901), el estado de erosión generalizado del sitio se considera medio-bajo, si bien en la zona central debió de ser medio-alto por el grado de arrasamiento de las estructuras medievales que, lógicamente, puede extrapolarse a las prehistóricas, y no se conservaron elementos aéreos.



Figura 12. Arado de vertedera empleado en las campiñas de La Armuña (Salamanca) para airear la tierra. Nótese el tamaño de las vertederas, ya que la persona que hace de escala mide 1.90 m (abril de 2021).

Comparando los silos altomedievales con los del Bronce Medio y Tardío, los únicos que podrían calificarse como canónicos serían los de Moncín. En este sitio aragonés, los 52 hoyos considerados de almacenamiento subterráneo tenían secciones acampanadas o tendentes a ello, otros estaban arrasados, y tenían entre 1 m y 120 cm de profundidad, y 130 cm de diámetro medio. Once de ellos tenían menos de 200 litros de capacidad, 14 entre 200 y 500 litros y 24 entre 500 y 1600 litros. En cambio, en otros campos de hoyos meseteños, siguiendo la propuesta de Tejerizo, se encontrarían algunos recopilados por Bellido Blanco (1996: 35–36), que, sin guardar los perfiles indicados, alcanzarían capacidades entre 300 y 3000 litros de capacidad. Se trata de los sitios de El Cogote (La Torre), La Gravera de Puente Viejo (Mingorría) ambos en Ávila; El Blanquillo

(Quintanadueñas), El Vivero (Estepar) en Burgos; Carrelasvegas (Santillana de Campos), La Huelga (Dueñas), El Arenal (Villamartín de Campos), La Venta (Alar del Rey) en Palencia; El Teso del Cuerno (Forfoleda) y La Aceña (Huerta) en Salamanca; El Cementerio-El Prado (Quintanilla de O.), El Teso de la Macañorra (Geria), San Pedro Regalado, La Requejada (San Román de Hornija) en Valladolid; y Los Cenizales (Bercial del Barco) en Zamora. Con posterioridad a la publicación de Bellido Blanco se han excavado y publicado más yacimientos interesantes.

Uno de ellos es el sitio de El Pelambre (Villaornate, León), que resulta sugerente por la gran cantidad de información y detalle de la publicación monográfica (González Fernández 2009). Los procesos erosivos desde luego han sido decisivos para interpretar el estado actual de conservación del sitio, ya que fue una tierra de secano hasta la década de 1980 cuando, tras la concentración parcelaria, se convirtió en una parcela de regadío y de extracción de áridos. Tejerizo García (2015: 971–88) alude a que la cota de frecuentación prehistórica debió de estar más alta que la medieval, con lo que el arrasamiento del nivel prehistórico posiblemente fue mayor, especialmente en la zona norte del sitio, en tanto que los excavadores de El Pelambre mencionan que el nivel removido por el arado tenía unos 40 cm (González Fernández 2009: 46). A pesar de esa erosión de la superficie, aparece una concentración de hoyos con capacidades que sobrepasan los 1000 litros en esa zona norte, siendo la media de lo conservado entre los 500 y 976 litros, aun cuando pocas estructuras prehistóricas sobrepasan los 70 cm de profundidad (González Fernández 2009: 57). En siete ocasiones los hoyos conservaban un revestimiento arcilloso de 6 cm de espesor que fue rubefactado y dos de ellos (los números 14 y 38) son los de mayor capacidad, sobrepasando los 1000 litros. La geología del lugar no parece determinante a la hora de forrar los silos con esa capa impermeabilizante, puesto que se dispuso tanto en algunos cuyo sustrato era de gravas como en el compuesto por gravas mezcladas con arcillas. En el hoyo 60, el alto porcentaje de polen de cereal, de 5.9 %, avalaría su función de silo, además de su perfil de saco o acampanado y su profundidad de 67 cm, mientras que la documentación en los otros dos, el 49 –sin forro arcilloso, sección de artesa y 50 cm de profundidad– y el 62 –con forro, sección elíptica, y 50 cm de profundidad–, en torno al 3% de polen de cereal serían indicadores de su cercanía a los campos de cereal (López-Sáez *et al.* 2009). Con ello se quiere resaltar que algunos pozos, especialmente los que conservan una sección acampanada habrían sido silos originariamente, pero han perdido una parte significativa de su desarrollo, pudiéndose inferir una pérdida similar de los elementos sobre el nivel del suelo en el yacimiento.

Siguiendo con esta lectura atenta de los procesos erosivos sobre sitios prehistóricos meseteños, abordaremos La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid), excavado en dos ocasiones: la primera en 1973 (Delibes de Castro 1978) y posteriormente en 1989 (Iglesias & Palomino Lázaro 1989). En la primera intervención se vaciaron ocho hoyos

que en su mayoría alcanzaban casi 1 m de profundidad (Rodríguez Marcos 1985) y hasta 150 cm el que contenía la inhumación triple, además de documentar de forma aislada retazos de suelos sobre alguno de los hoyos (Delibes de Castro 1978). La posterior extracción de áridos hizo que en la excavación de 1989 se constatará un arrasamiento de las bocas de entre 20 y 30 cm (Iglesias & Palomino Lázaro 1989). Este sitio ofrece dos conclusiones importantes: de un lado, muestra el impacto de una actividad tan destructiva como la extracción de gravas, en general sobre cualquier yacimiento, pero en especial sobre los ‘campos de hoyos’, que carecieron de estructuras de tipo monumental o pétreo; y, de otro, cómo las nuevas actividades en el campo, en la segunda mitad del siglo XX, a remolque de las intervenciones capitalistas sobre el agro – áridos para la construcción de viviendas, implantación del regadío o el arado de vertedera y la concentración parcelaria–, han supuesto un deterioro más importante que la secular agricultura cerealista.

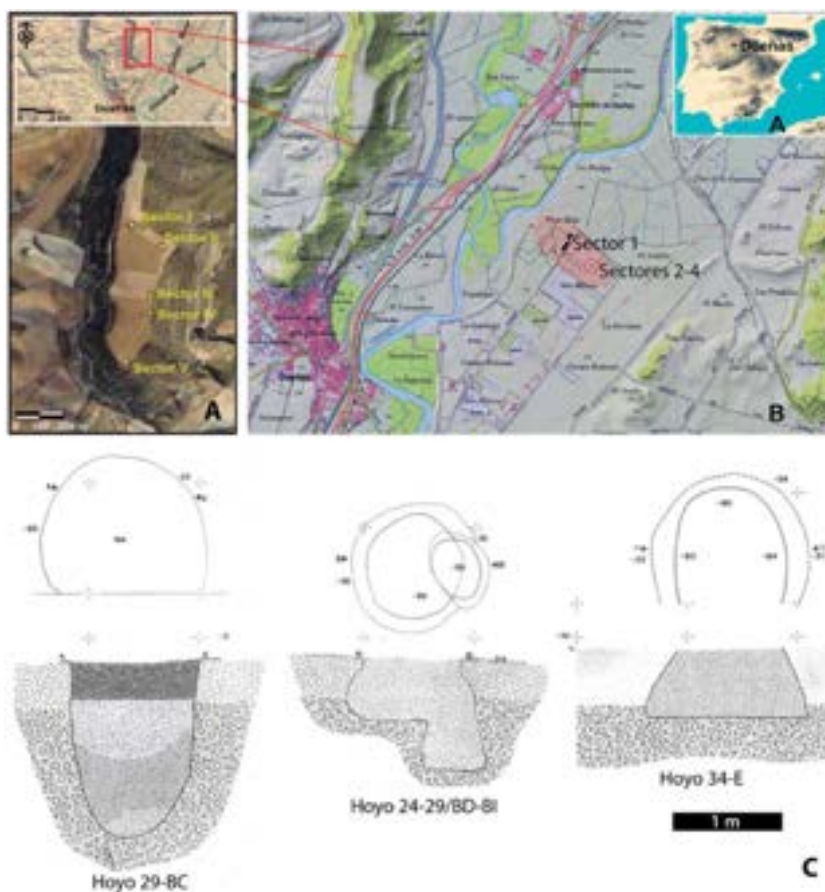


Figura 13. Sitios de a) Pico Castro y b) La Huelga, ambos en Dueñas (Palencia) con los sectores excavados indicados; c) Tipología de secciones más frecuentes de La Huelga: cónica, irregular y en artesa. Fuentes: a partir de a) Blanco-González (2014a: fig. 7), b) Liesau y otros (2014: fig. 1) y memorias de excavación.

En segundo lugar, en la revisión exhaustiva de La Huelga (Palencia) (Figura 48b), donde fueron excavados 6217 m² de las 28 ha que se calcula que ocupaba el sitio, se advierten diferencias de unas zonas a otras en cuanto al nivel superficial, alterado por el

arado: en el sector 1 se removieron los primeros 40-45 cm a consecuencia de la extracción de gravas y se excavaron 92 hoyos que alcanzaron entre 10-50 cm de profundidad los cuenquiformes, 30-70 los globulares y más de 70 cm el único cilíndrico; en el sector 2 el nivel de arada fue de 1 m, afectando un posible muladar o área de actividad de época campaniforme; en el sector 3 se desconocen las características del nivel superficial por haber sido retirado por la maquinaria, excavándose 17 hoyos que alcanzaron hasta 1 m; y en el sector 4 el nivel superficial era únicamente de entre 20 y 30 cm, conservándose hasta 4 hoyos de formas globulares de entre 50 y 100 cm de profundidad y de forma semiesférica, los 124 cm (Figura 48). Muchas de las estructuras de este sitio tenían sus paredes preparadas con una capa de arcilla o mediante su tratamiento térmico, lo que podría ser indicativo de su uso como silos. Otras, en cambio, que cuadran bien con los criterios indicados por Tejerizo en cuanto a profundidad conservada, perfil o forma de la boca (*vid. supra*), podrían haber sido cubetas de extracción de arcillas, de decantación de barros, hornos o estructuras de otro tipo.

Cercano al anterior y también en Dueñas, se localiza en un cerro testigo el sitio de Pico Castro. Antes de la ubicación de aerogeneradores –lo cual ya es suficientemente indicativo de su carácter dominante sobre la comarca circundante–, fue una tierra de labor de secano, como se aprecia en la fotografía aérea (Figura 48a). En él, no se registró ninguna estructura con revoque, enlucido o rubefacción, “quizá por que [*sic*] al estar excavados sobre roca compacta no fuera necesario” (Crespo Díez *et al.* 2005a). Una costra grisácea que recubría irregularmente las paredes de algunos hoyos más parece el resultado de su exposición a la intemperie que un preparado antrópico, como también detallaron sus excavadores al constatar la creación de esa capa tras haber dejado algunos meses abiertos los hoyos excavados. Las profundidades observadas en los sectores I, II y III no sobrepasan, en general, los 40 cm en perfiles acampanados y cóncavos, mientras que los de artesa y cilíndricos están entre los 20-40 cm. En cambio, en los sectores IV y V, con medias de profundidad similares, fueron documentados hoyos con profundidades de 60 y hasta 130 cm y varias estructuras que cortaban otras del sector V. De ello se colige que la zona más meridional, además de ser ocupada con más intensidad que la septentrional, sufrió menor rebaje de cota con el paso de los milenios. Esta pequeña muestra de la ocupación del cerro –apenas 500 m² excavados de un total de 12 ha– no ha deparado ningún resto que pueda ser asimilado a estructuras habitacionales. Pero, dado lo exiguo del área excavada, no se puede descartar que en la zona del sector V se encontrara en una futura excavación algún recorte del terreno y/u hoyo de poste que aludiera a esa presencia. En resumen, en Pico Castro los procesos erosivos contemporáneos no parecen haber sido tan intensos como en La Huelga, por lo que la ausencia de constatación de cabañas vendría dada por la escasa superficie excavada y, seguramente, por las propias acciones de las comunidades prehistóricas.

Contrastando con los anteriores, algunos yacimientos sí que contienen restos de estructuras habitacionales en relación con posibles afecciones posdeposicionales. En Carratiermes (Soria), donde se documentaron hoyos de poste alineados (Figura 9) y varios 'silos', estos últimos conservaban una profundidad de entre 50 y 200 cm y secciones troncocónicas (Garrido Pena 2000: 255 y ss.). En el Teso del Cuerno, uno de los poblados estudiados exhaustivamente en esta tesis, se rastrea el grado de arrasamiento de las estructuras subterráneas por poseer información muy desigual. Hoyos cercanos a la cabaña, como el 79 y el 80, conservaban 45 y 100 cm de profundidad, respectivamente, o el número 82, con 140 cm de profundidad y un perfil en escalera. De igual manera en otros más lejanos se observaron profundidades de entre 34 y 114 cm. Este poblado, aunque los excavadores indiquen cierto nivel de arrasamiento (Martín Benito & Jiménez González 1988), parece que no fue muy afectado por procesos posdeposicionales previos, más allá de la retirada de la capa superficial para explotar el sitio como gravera vecinal, y seguramente como tierra de labor en épocas históricas. Parece más bien que, además de auténticos silos, hay una gran variedad de cubetas excavadas en la Prehistoria para otros fines, como el hoyo 101, de 30 cm de profundidad y perfil troncocónico, que fue excavado para albergar una vasija de almacenamiento que carecía de base, o el hoyo 110, de similares características. Todo indica, pues, que no fue un lugar muy afectado por la erosión y en el que quizá la variabilidad formal y de profundidades de las estructuras subterráneas prehistóricas es mayor que la observada en los sitios de referencia altomedievales, por lo que habría que manejar con cuidado las extrapolaciones de una época a otra. En general, los hoyos de Cogotas I muestran perfiles y medidas más heterogéneos que los históricos, siendo frecuente documentar secciones cilíndricas, en algunos casos acampanadas, escalonadas o irregulares, mientras que no es fácil encontrar secciones de botella.

A pesar de lo sugerente de los paralelismos que pueden establecerse entre las Estructuras de Fondo Rehundido de Cogotas I y de tiempos históricos, lo cierto es que la documentación de estas estructuras constructivas prehistóricas es comparativamente muy reducida. Así, para los siglos V al VII d.C. Tejerizo (2014: 218) recopiló "al menos, 530 (aunque el número real es, con seguridad, muy superior) en 82 yacimientos de la península ibérica concentrados significativamente en las actuales comunidades autónomas de Castilla y León (cerca de 116 fondos de cabaña), Cataluña (67 estructuras), Madrid (332 estructuras) y País Vasco (15 estructuras)...", en tanto que nuestra revisión bibliográfica sobre yacimientos cogotenses de Castilla y León, Navarra, Aragón y Madrid, solo ha deparado 43 estructuras de diverso signo para un periodo de 700 años.

Así las cosas, podría plantearse la siguiente cuestión: ¿Son los procesos posdeposicionales anteriormente esbozados los únicos causantes de la baja cantidad de espacios habitacionales, y de estructuras entalladas, en los yacimientos de Cogotas I? La

comparación con otros períodos prehistóricos, previos a Cogotas I, por ejemplo, pudiera resultar esclarecedora.

En efecto, las estructuras habitacionales del Calcolítico del Duero no sólo son mucho más numerosas, sino que presentan más restos *in situ*. Tal es el caso de las seis fosas perimetrales de cabañas excavadas en El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid), cuatro más en El Soto (Valdezate, Burgos), dos más en la Viña de Esteban García (Salvatierra de Tormes, Salamanca), las mismas en Los Bajos (Vecilla de Trasmonte, Zamora). En el primero de los sitios, ubicado en una suave ladera, las marcas de arado alertan de las afecciones que han sufrido las estructuras arqueológicas (Fonseca de la Torre & Rodríguez Marcos 2017: 510). En el sitio salmantino, pese a ubicarse cerca del río, se identificaron bien unas estructuras derrumbadas. Casi una decena fueron localizadas en varios sitios del abulense valle Amblés: hasta cinco en Cantera de Hálagas (La Colilla), otras dos en Los Itueros (Santa María del Arroyo), El Tomillar (Bercial de Zapardiel), Aldeagordillo (Ávila) y Fuente Lirio (Muñopepe). De ellas se conservan estratos de derrumbe quemados, los propios suelos, hogares peraltados, fosas variadas tanto dentro como fuera de las viviendas y lo que parecen silos en el interior de la cabaña de Fuente Lirio (Fabián García 2003). De las cabañas de Los Itueros se conservaron no sólo los rebordes perimetrales excavados en la roca, algunos hoyos del interior o los hogares, sino auténticos estratos que representan el colapso –de distinta manera– de las dos estructuras excavadas (Fabián García 2006: 252 y ss.). Todas ellas se encuentran en el reborde montañoso, algunos sitios entre berrocales y otras en el inicio de la ladera en plataformas amesetadas, situaciones que no han propiciado el laboreo con arados. Fonseca de la Torre y Rodríguez Marcos (2017) sintetizaron las características de las cabañas publicadas de la Edad del Bronce, muy pocas en comparación con épocas anteriores, pero con el componente común de encontrarse la mayoría de ellas en posiciones encumbradas. Para el Bronce Antiguo, con sus poblados conspicuos, hay bastantes vestigios de interés: en El Parpantique (Ballúncar), Los Torojones (Morcuera), Pico de los Cotorros (Langa de Duero) o La Coronilla (Velilla de Medinaceli), todos en Soria, fueron excavadas varias estructuras con derrumbes e incendios importantes que dejaron *in situ* los suelos y hogares de las viviendas e, incluso, una pared vencida en Los Cotorros. También se identificaron tabiques internos de barro para separar espacios en El Parpantique y Los Torojones (Fernández Moreno & Almeida Olmedo 2011; Fernández Moreno 2013). Fuera de Soria, en Ávila, Burgos, y Valladolid se registraron otras tantas viviendas, ya fueran hoyos de poste o fondos rehundidos. Así, en Pico Romero (Santa Cruz de Salceda, Burgos) se repararon los suelos en, al menos, dos ocasiones, y se conservaban niveles de derrumbe (Rodríguez Marcos & Palomino Lázaro 1997; Fernández Moreno 2010). En Prao de la Carrera (Candeleda, Ávila), un asentamiento a 1100 m s.n.m., la cabaña excavada estaba construida con postes perimetrales, se conservaban el suelo de barro apisonado y una placa de arcilla que habría funcionado como vasar o poyo, pero vacía en el interior (Pérez García 2013). En

Pico Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid), la cabaña se encontraba en una lengua de páramo y se trataba de un fondo rehundido rodeado por hoyos de poste colmatado por un estrato de cenizas y carbones, algo afectados por una torre medieval (Rodríguez Marcos 2007: 131 y ss.). Las del Bronce Final fueron ya explicadas en el capítulo anterior, por lo que no se incidirá en ellas.

En suma, mientras los sitios encumbrados fueron ocasionalmente objeto de explotación agrícola, la mayoría de las veces no tuvieron esa trayectoria económica, siendo lugares de habitación puntuales. Paralelamente, han sido excavados algunos yacimientos en llano, con similares resultados, de lo que se infiere que la afección de los procesos posdeposicionales no parece explicar la baja cantidad de viviendas durante el Bronce Medio-Tardío en comparación no sólo con la Alta Edad Media, sino con estadios prehistóricos inmediatamente anteriores. Habrá que acudir a otros argumentos –por ejemplo, los relativos a las pautas de abandono– para comprender la falta de estratigrafías y de visibilidad arqueológica de las viviendas y los hoyos de Cogotas I.

4.3. Una vuelta a los ‘anodinos’ rellenos de los hoyos. El abandono de los poblados.

Como ya se ha dicho en reiteradas ocasiones, son contados los restos de cabañas de Cogotas I y, muchos menos con elementos o algún tipo de estrato que evoque el abandono del conjunto. En este sentido, resulta interesante la comparación entre un contexto, el de las cabañas de Los Tolmos, y los de los ‘anodinos’ hoyos. Aun a sabiendas de que el abandono de estas chozas representa un *unicum* dentro de la arqueología de este grupo arqueológico, ¿se detectarán entre unos y otros contextos diferencias significativas que indiquen distintas formas de abandono? O, por el contrario, ¿podrían haber resultado de procesos análogos? Es obvio que, si tuviéramos documentados más estratos sobre las pocas cabañas excavadas y también sobre los hoyos, podrían establecerse mejores comparaciones y observar pautas caracterizadas con mayor detalle. Pese a ello, se tratarán las pautas de deposición de estratos a partir de las inferencias que se desprenden de la tafonomía de los fragmentos cerámicos que estaban en el interior de las citadas cabañas, así como de las que se encontraban en los campos de hoyos de El Cerro de La Horra (Sánchez-Polo & Blanco-González 2014), Teso del Cuerno, La Requejada, Mucientes-San Lázaro y La Aceña (Figura 49). Otros sitios serán tenidos en cuenta de forma comparativa por haber sido estudiados en otros proyectos, no encuadrados en esta tesis doctoral. Se trata de Pico Castro de Dueñas (Blanco-

González 2016: 53, tabla 1; Esparza-Arroyo *et al.* 2018: 358) y El Tormo II y El Pozuelo II (Garrido-Pena *et al.* 2021).



Figura 14. Sitios estudiados en este capítulo. 1- Los Tolmos. 2- Teso del Cuerno. 3- La Aceña. 4- La Requejada. 5- Mucientes/San Lázaro. 6- El Tormo II. 7- El Cerro. 8- El Pozuelo II. 9- Pico Castro.

4.3.1. Metodología del estudio tafonómico de las cerámicas

Los primeros trabajos de este tipo arrancan con los pioneros estudios sobre los procesos de formación del registro arqueológico desarrollados en el marco de la arqueología procesual norteamericana por Schiffer y colaboradores (Schiffer 1972, 1987; LaMotta y Schiffer 1999). Otros hitos significativos fueron las publicaciones de Richard y Thomas (1984) sobre los “depósitos estructurados” y su relación con el ámbito doméstico y el ritual, la publicación del sitio de Runnymede (Needham y Spence 1996), pero, sobre todo, el estudio pionero de Sørensen (1996) sobre los procesos formativos del yacimiento a través de la tafonomía cerámica de la Edad del Bronce. Esta investigadora ya observó que la fragmentación, la erosión, el color y la cantidad de remontajes del conjunto cerámico tenía un gran potencial informativo para inferir procesos previos a la definitiva inclusión de los fragmentos en las estructuras negativas. Todo ello aludía a la existencia de complejas trayectorias individuales y del conjunto, a la

funcionalidad del sitio, al tipo de actividades que se llevaron a cabo en él y a posibles patrones espaciales. Estos ciclos, deducidos a través del estudio de los “nimios” fragmentos cerámicos, tantas veces subestimados, proporcionan valiosa información sobre los procesos implicados en el abandono de los poblados. Por ejemplo, las acciones de rebusca, reutilización o reciclaje de todo tipo de piezas, tanto por parte de las propias comunidades que las descartaron, como por otras ajenas, algo que fue excelentemente documentado en diversos trabajos (Hayden & Cannon 1983; LaMotta & Schiffer 1999).

Destacan asimismo los trabajos de Hill (1995) sobre la Edad del Hierro de Wessex, donde documenta varios tipos de depósitos cerámicos, atendiendo al tamaño, cantidad y frecuencia en el conjunto. También el de Brudenell y Cooper (2008b) sobre un conjunto del Bronce Final, donde trataron de completar las propuestas metodológicas anteriores de Hill y Sørensen, añadiendo más variables, como el estado de los fragmentos, sus afecciones o el número mínimo de vasijas por contexto para observar la variabilidad de situaciones previas al depósito experimentadas por los fragmentos, la amplitud temporal de los depósitos y el abanico de razones por las que se conformaron. Edwards (2009) en su tesis doctoral sobre las formas de deposición en hoyos del Neolítico británico abordó todos estos problemas mediante el estudio tafonómico de la cerámica.

Inspirado en parte por estas propuestas, se realizó en 2011 un estudio con cerámicas del campo de hoyos de El Cerro (La Horra, Burgos) (Sánchez-Polo y Blanco-González 2014), donde se proponían 5 grados de erosión y tres rangos de fragmentación ($< 4 \text{ cm}^2$, $4-8 \text{ cm}^2$ y $> 8 \text{ cm}^2$) y se intentó el remontaje. Gracias a ello pudieron observarse, por un lado, dinámicas conjuntas de deposición de los estratos con detritus entre estructuras distintas y que provendrían de los mismos muladares, siguiendo a Garrow *et al.* (2005), y prácticas de memoria que tuvieron como protagonistas unas viejas cerámicas neolíticas. Posteriormente, Blanco (2014c) elaboró un protocolo similar para captar las singularidades de los procesos posdeposicionales experimentados por las cerámicas del sitio con Campaniforme de El Ventorro (Madrid), y que aplicó también a otros que van desde el Neolítico a la Edad del Bronce (Blanco-González y Chapman 2014; Blanco 2015a, 2016; Martín-Seijo *et al.* 2017). Para ello se establecieron cuatro grados de abrasión de las cerámicas y otras cuatro categorías de tamaño ($< 6.25 \text{ cm}^2$, $6.25-12.5 \text{ cm}^2$, $12.5-66.5 \text{ cm}^2$ y $> 66.5 \text{ cm}^2$) por las cuales los fragmentos fueron medidos según una plantilla y pesados. Se intentó también remontar las piezas en la medida de lo posible, consignando además los tipos de rotura, las concreciones y las afecciones térmicas o debidas al roce que provocan las pisadas en las superficies para observar las biografías de los fragmentos, añadiendo elementos interesantes para la discusión sobre las historias deposicionales.

Con estos antecedentes, para la presente tesis se han homogeneizado los rangos de tamaño y de abrasión para que los distintos estudios de caso fueran comparables entre sí, proponiendo cuatro estadios (Tabla 5). Los fragmentos diagnósticos de los sitios

fueron medidos y pesados de forma individual. Se anotaron las afecciones observables en los fragmentos, como recortes, modificaciones intencionales, quemaduras, restos de hollín, concreciones, etc. Y, finalmente, se intentó la reconexión de fragmentos procedentes de los mismos contextos, en y entre las subestructuras, anotando el número de conexiones, ya pegasen o no (es decir, trozos atribuibles a una misma vasija pero sin concertar físicamente).

Categorías según tamaño			
Rango	Condición	Área	
1	Muy pequeño	< 4 cm ²	
2	Pequeño	4-12 cm ²	
3	Medio	12-40 cm ²	
4	Grande	> 40 cm ²	

Categorías según erosión			
Grado	Condición	Superficies	Bordes
1	No afectado	Conserva los acabados externo e interno	Frescos, angulosos y cortantes
2	Apenas erosionado	Una cara está afectada	Fresco, aunque comienzan a estar erosionados
3	Alta abrasión	Ambas caras muestran erosión	Rodados, sin mucha pérdida de materia
4	Muy abrasionado	Las caras no conservan los acabados, se observa la matriz	Muy rodados, se observa bien el núcleo.

Tabla 2. Grados de tamaño y de erosión de los fragmentos cerámicos.

Estas observaciones tienen un gran potencial informativo sobre las dinámicas de gestión de residuos (descarte y desecho, reuso o recuperación) previas a su definitiva incorporación al registro arqueológico. Así, informan de las diferentes vicisitudes por las que atravesó la cerámica y han dejado algún rastro material, como pisoteos, afecciones térmicas, recortes, adherencias... Tales evidencias son especialmente informativas cuando se combinan con el concertado de trozos cerámicos, así como de algunas actividades que pudieron llevarse a cabo en ese entorno (tránsito, quema de rastrojos, actividades metalúrgicas o alimentarias al haber estado en contacto con fuego, etc.). Los estratos en los que se encuentran esos remontajes, la distancia que media entre los hoyos, el resto de fragmentos y materiales que con ellos se hallaban, entre otras variables, son importantes para la valoración de estos fenómenos pre- y posdeposicionales que pueden observarse en las cerámicas. Algunas preguntas que surgen alrededor de la tafonomía cerámica son las siguientes: una vez fragmentada la cerámica, ¿iba a parar directamente a un hoyo como contexto primario de acumulación?, ¿o quizá había un basurero o muladar donde amontonaban los desechos antes de llegar definitivamente en los hoyos?, ¿procedían del mismo muladar?, ¿cuánto tiempo transcurrió hasta que llegaron a estos contextos?, ¿cuánto más tiempo pasaba,

más se dispersaba el material y menos posibilidad de remontaje existe? Estas preguntas llevan aparejados distintos resultados materiales.

Para estudiar estas variables, los fragmentos cerámicos fueron extendidos en varias mesas de los distintos espacios museales visitados, distinguiéndolos por UE/contexto/hoyo con el doble objetivo de ver el material en su conjunto y observar posibles remontajes entre piezas de los mismos o distintos estratos. Además, se fueron anotando en etiquetas adhesivas junto a las piezas las decoraciones singulares o si casaban con otros fragmentos. Las piezas selectas se pesaron mediante una balanza de precisión y se midió su área gracias a una hoja de papel milimetrado.

4.3.2. Estudios de caso

Han sido estudiados un total de 5243 fragmentos cerámicos que fueron recogidos de 82 contextos entre hoyos, hoyos de poste y depósitos que pertenecían a 8 sitios de la meseta norte (Tabla 6). Hay que advertir que en la mayoría de las ocasiones no fue posible el estudio de todos los fragmentos cerámicos, ya que, como política institucional los galbos no han entrado en los depósitos de los museos por consumir mucho espacio de almacenaje y no ser el potencial informativo de estos pedazos cerámicos tan alto como el de otros que tienen formas, al menos a nivel tipológico. Las excepciones a esta tónica tan habitual en los museos de Castilla y León son las de los sitios de Los Tolmos (Soria) y Teso del Cuerno (Salamanca), por un lado y las de El Pozuelo II y El Tormo II (Soria) por otro, aunque de estos últimos únicamente fueron pesados y contabilizados por el gran volumen de material que había.

Así las cosas, la información procedente de cada uno es muy desigual, puesto que de algunos pudimos revisar la totalidad de los contextos y fragmentos, tanto diagnósticos como galbos, como en Mucientes-San Lázaro (Valladolid). De El Pozuelo II y El Tormo II fueron estudiados los fragmentos selectos que estaban en el interior de los hoyos excavados, mas no de la UE 0 (el estrato superficial). Mientras, en otros casos como La Aceña o El Cerro, fueron analizadas las piezas con formas –no había galbos en el almacén– de hoyos selectos. De La Requejada o Los Tolmos, sitios con mucho material recogido, fueron seleccionados contextos muy concretos, como los cuadros, hogares y hoyos con cerámicas que casaban, como ya estaba indicado en alguna publicación (Delibes de Castro 1978), y aquellos fragmentos que estaban sobre el suelo de las cabañas del segundo yacimiento, no reparando en los estratos superiores –ver Anexo II–

N	Yaci_(Prov)	Crono (AMS-cal AC)	Contextos estudiados	Área excavada (m ²)	Cer. Comp.	NR est. (%)	Frag. casan	NM	Muy Peq %	Peq	Med	Gran	Ero1 %	Ero2	Ero3	Ero 4
---	-------------	--------------------------	-------------------------	---------------------------------------	---------------	----------------	----------------	----	-----------------	-----	-----	------	-----------	------	------	----------

UNA COTIDIANEIDAD RITUALIZADA:
FORMAS DE RACIONALIDAD PREHISTÓRICA DURANTE EL BRONCE MEDIO...

1	Los Tolmos (SO)	Bronce Antiguo-Medio (ca. 1918-1772)	Cabaña pequeña y hoyo funerario	57	1	128 (6.4 del sector A)	2	21	49	25	8	22	44	26	1	
2	Teso del Cuerno (SA)	Bronce Tardío (ca. 1628-900)	23 hoyos y cabaña	6650	11	2987 (32)	38	36	41	19	4	16	23	26	36	
3	La Aceña (SA)	Bronce Tardío	2 hoyos	750	3	295*		68	17	11	4	2	12	16	69	
4	La Requejada (VA)	Bronce Tardío (1492-1128)	5 hoyos	250	0	197 (2)	124 (63%)	4	45	43	6	17	27	39	17	
5	Mucientes-San Lázaro (VA)	Bronce Tardío	8 UEs (hoyos y depósitos)	36	3	288	74 (26)	16	47	31	7	19	33	30	16	
PUBLICADOS																
6	El Pozuelo II (SO)	Bronce Medio (ca.1885-1507)	15 hoyos	2100	4	836 (31.7)	65	867	52	31	11	6	30	23	17	29
7	El Cerro (BU)	Bronce Medio (ca.1600-1320)	14 hoyos	550	1 (mini.)	312 (22)	144 (46%)	123	47	30	23	-	2	68	24	5
8	El Tormo II (SO)	Bronce Medio (ca.1513-1412)	12 hoyos	79	0	200 (19.4)	27	186	48	32	15	5	12	17	24	47
9	Pico Castro (PA)	Bronce Tardío (ca.1392-1128)	23 hoyos	250	4	1410 (100)	267 (19%)	84		12	45	43	66	29	5	

Tabla 3. Resumen de sitios estudiados, con el número de fragmentos y el porcentaje relativo según el grado de fragmentación y erosión. *No se conoce el número total de cerámicas recogidas en el yacimiento, ya que fueron inventariadas sólo las diagnósticas. Variables consideradas: Crono = cronología tipológica y rango de dataciones por radiocarbono; Cer. Comp. = cerámicas completas halladas en el sitio; NR est. = número de restos estudiados; Frag. Casan = fragmentos que conciertan físicamente; NM = número mínimo de vasijas; variables de tamaño de los fragmentos (muy pequeño, pequeño, mediano y grande según tabla 1) y variables para el grado de erosión de los fragmentos, de menor a mayor (1, 2, 3 y 4).

En general, en todos los yacimientos los fragmentos estudiados eran de pequeño o muy pequeño tamaño, a excepción de La Requejada, Mucientes y parcialmente en Los Tolmos y Pico Castro (Tabla 6). En estos sitios la moda o valor más habitual se sitúa entre los tamaños pequeño y mediano, denotando procesos tafonómicos y de acumulación de desechos distintos al resto. En efecto, son campos de hoyos con particularidades que pueden explicar estas disonancias con respecto a los otros estudiados y que se irán desgranando a continuación. En cuanto a la abrasión de los fragmentos cerámicos, la distribución es algo más homogénea entre los rangos, prevaleciendo ligeramente las

erosiones medias –rangos 2 y 3–, excepto en Los Tolmos donde casi la mitad de los fragmentos mostraban el segundo grado; en La Aceña casi el 70 % estaban muy abrasionados; en El Cerro, mismo porcentaje en el rango 2, en Pico Castro en el 1 y casi el 50 % de El Tormo II en el 4. A pesar de la aparente homogeneidad que presentan los campos de hoyos en cuanto a rellenos o disposición caótica de las subestructuras en el terreno, lo cierto es que los vertidos de desechos parecen estar contando otras historias que los distinguen. Van a ir desgranándose por yacimiento para observar sus particularidades y semejanzas.

Como quiera que por causas que incluyen el azar y los procesos posdeposicionales tenemos los restos *in situ* de dos cabañas derrumbadas y con material en el interior, la comparación en términos tafonómicos de Los Tolmos con el resto de sitios puede resultar de gran ayuda. Temporalidades de exposición al aire libre, dispersión de restos, afecciones variadas, rebusca de materiales, etc., podrían estar detrás de las diferencias de unos y otros casos.

4.4. Fragmentación, erosión y remontajes: otros campos de hoyos de Cogotas I estudiados bajo estas perspectivas

Tras la revisión exhaustiva de los yacimientos estudiados, resta ponerlos en relación con sitios que han sido analizados bajo metodologías y perspectivas similares (Tabla 6) y avanzar en una interpretación que no puede ser si no individualizada para cada poblado, pero que llama a procesos compartidos por las comunidades de Cogotas I.

El campo de hoyos de **El Pozuelo II** (Soria) (Garrido-Pena *et al.* 2021), se encuentra a unos 240 km remontando el río Duero desde La Requejada-Mucientes/San Lázaro, ya que se encuentra, prácticamente, en uno de sus nacideros. Se excavaron 12 estructuras que estaban a su vez recortadas directamente en el geológico, sin documentarse ningún estrato prehistórico sobre ellas. Por las características de la vajilla y las dataciones radiométricas obtenidas, es posible ubicar *grosso modo* la ocupación de este espacio en el primer tercio del II milenio AC.

Muchas estructuras mostraban indicios de varios gestos –*performance*– implicados en el resultado material final. En casi la mitad se registró una capa de piedras, sobre todo hacia las mitades superiores; dos contenían porciones de bovino conexionadas, la del hoyo 14 datada entre 1731-1507 AC y con un repertorio cerámico poco evidente a nivel tipológico; tres, recipientes completos y/o fracturados *in situ*; otras tres cuernos de vacuno; y una más dos útiles de bronce colocados. Significativamente, fue en la más profunda –la número 18, que alcanzaba los 2.5 m de profundidad, y con una datación

entre 1885-1689 AC–, donde se hallaron más indicios de gestos de una secuencia compleja: tres cuernos de otros tantos bovinos diferentes a diferentes alturas, un colador completo depositado junto a una punta de flecha de bronce en la base, restos de un fuego hacia la mitad donde habían sido arrojado un puñal de remaches que había sido intensamente afilado y, un poco más arriba, una cazuela de carena alta y bordes salientes hecha pedazos, arrojada desde arriba. Otras estructuras como las 4 y 14 tenían cantidades sobresalientes de lítica pulimentada y cerámica o fauna, respectivamente, y han sido interpretadas como las consecuencias materiales de prácticas sociales variadas, en las que su acumulación y soterramiento fueron deliberadas, incluso simbólicas.

En el otro extremo de intencionalidad, los vertidos eran muy cenizosos, con abundantes carbones y cantos sueltas y contenían los habituales restos de fauna o fragmentos cerámicos, concentrándose hacia el tercio superior de las estructuras. Se destaca que, se dieran unos pocos remontajes entre piezas recogidas en las mismas estructuras y un único caso entre fragmentos recogidos de dos estructuras: uno del hoyo 15 con otros del 18, significativamente dos de las cuatro estructuras estratificadas. Se detectó en este sitio una gran cantidad de piezas de pequeño tamaño que no estaban rodados –en los hoyos 3, 4, 18, 8 y 15, en este orden–, mientras que en otras estructuras era, precisamente, al contrario. Las afecciones posdeposicionales, resultantes de la exposición a la intemperie, fueron frecuentes en las piezas, como desportillados, pisoteo, golpes y exposición al fuego. Ello sería indicativo de que los montones de desechos estaban cerca del hábitat y eran, de alguna manera, parte de la vida diaria.

La carencia de concertación de fragmentos entre estructuras abona la idea de que cada unidad doméstica tuviera su propia pila de basura y que, tras un tiempo no muy largo de exposición, fuera a rellenar una estructura gestionada así mismo por ella. Podría establecerse así una sintaxis de una unidad doméstica : un hoyo : un basural de corto uso. ¿Quizá limpiaran sus superficies con el cambio de año o de estación o en algún momento ritual concreto y “guardaran” todo ese material junto con los desperdicios generados en ese tiempo en una estructura? Ese hoyo, ¿habría sido excavado para ese fin o estaría en uso previamente? En otros campos de hoyos como este, pero en el Tajo (Valiente Malla 1987; Barroso Bermejo *et al.* 2018), también se han observado dinámicas de deposición parecidas, donde no se dieron remontajes entre estructuras. Todo el conjunto de gestos atisbados en estas estructuras podrían ser vistos como rituales de cierre, clausura, cargados de intencionalidad y definitivamente conscientes, amortizando cerámicas aún en uso, llevándose algunos pedazos –no se encontraron todos los de aquellas que fueron fragmentadas *in situ*–, privándose de ingerir parte sustanciales de vacas –cuando la ingesta mayoritaria de carne en este sitio fue de ovicaprino– o de reutilizar piezas de bronce o del exótico colador cerámico encontrado –sus paralelos más afines se encuentran en Teruel y en el Levante ibérico–. Este tipo de acciones pautadas, con una gran gestualidad y a la vez tan heterogéneas en sus acciones

–no hay ningún hoyo similar a otro en El Pozuelo II– habrían tenido una base común en torno al mito y a los ritos, pero interpretadas por actores distintos –¿los o las cabezas visibles de cada casa?– o en torno a conmemoraciones distintas. En cualquier caso, estos hoyos vendrían a conservar la memoria inmaterial y oral de la comunidad que los produjo en forma de colocaciones conscientes y mediadas de objetos con un alto poder simbólico, pero también político y económico.

A menos de 10 km del anterior, fue documentado el campo de hoyos de Proto-Cogotas I de **El Tormo II** (Soria) (Garrido-Pena *et al.* 2021). A diferencia de aquel, el sustrato rocoso se había desintegrado en bastantes puntos debido a procesos naturales, por lo que las estructuras no sólo estaban arruinadas en las bocas por los arados, sino también en sus desarrollos verticales. Solo una estructura, la número 3, contenía un depósito con cierto grado de intencionalidad al tener colocada media vasija ovoide sobre una mandíbula de ovicaprino y gran cantidad de cerámica junto con uno de los tres únicos elementos de hoz recogidos del sitio. En el hoyo 5, en cambio, sobresalía la cantidad de lítica tallada junto con otro elemento pulimentado. Formarían parte de grupo de estructuras rellenas con intencionalidad con echadizos provenientes de actividades sociales concretas, pero desconocidas para nosotros. ¿Tendría la estructura 3 que ver con una actividad de cocina o de regeneración social? ¿Y la 5 con la adquisición de sílex y su posterior trabajo intensivo? Tampoco se distinguieron acumulaciones de material ni se recogieron molinos o ni útiles óseos, metálicos ni barro de construcción. Los rellenos eran todos homogéneos, arenosos, de color marrón oscuro y con carbones y, ocasionalmente, pequeñas piedras. No se identificaron afecciones en las piezas, más allá de las elevadas fragmentaciones y erosiones y alguna que otra costra blanquecina debido al sustrato rocoso calcáreo. Junto con lo anterior, la conexión de 11 fragmentos entre distintos hoyos y con grados similares de erosión, siempre bastante altos –rangos 2 a 4–, indicarían que varios de ellos fueron colmatados por montones de basuras producidos por vertidos sucesivos y mezclados en el tiempo que se estuvo gestando el muladar, retirado del tránsito y de las actividades cotidianas, por lo que seguramente estaría a las afueras del poblado. Si fueron rellanados todos de forma sincrónica o no, es más difícil de dirimir, pero lo cierto es que no hubo de pasar mucho tiempo entre uno y otro, por los grados de rodamiento y erosión, del todo similares. La propuesta para este campo de hoyos es que tanto la ubicación de las basuras como su amontonamiento y la posterior clausura de los hoyos debió ser más de alcance comunitario, del poblado, que individual de cada unidad doméstica.

Las cuestiones avanzadas para los sitios sorianos serían informativas de acciones conscientes, acerca de cómo descartar material, qué mezclar, cómo, su ubicación o los límites del yacimiento. Hablan, por tanto, de formas de conducta hacia cómo estructurar el poblado –dónde deben ubicarse las limpiezas de los hogares, si se pueden mezclar las de distintas viviendas, etc.– o la consideración de los desechos por parte de las

comunidades prehistóricas. Hasta qué punto tenían eran prácticas discursivas, coherentes con narraciones orales o mitos, es un extremo al que con los conocimientos actuales no es posible llegar. Quizá la excavación en área de un campo de hoyos como Tordillos (Salamanca), donde se encontraron unas pocas estructuras con varias decenas de esqueletos humanos (Esparza-Arroyo *et al.* 2012b), pudiera ofrecer más pistas en este sentido.

En **El Cerro** (La Horra, Burgos) (Palomino Lázaro *et al.* 1999; Sánchez-Polo & Blanco-González 2014) –también a orillas del Duero, a 120 km de La Requejada-Mucientes/San Lázaro y otros tantos de los sitios sorianos– además de los consabidos hoyos colmatados por rellenos homogéneos que envuelven cenizas, piedras pequeñas y carboncillos, varios hallazgos curiosos fueron registrados. El entierro de tres niños –muy probablemente, hermanos– en un mismo hoyo en un espacio de tiempo muy corto (Esparza-Arroyo *et al.* 2012a; Palomo-Díez *et al.* 2019), de una pata de bovino en conexión en otro más; de molinos intercalados con grandes cantos de río en una estructura –¿otra clausura con piedras?– y la colocación de una vasija neolítica fragmentada y de una tosca jarra en miniatura, además de otros fragmentos muy rodados neolíticos en lo que parece ser un auténtico fondo de cabaña. Algunas estructuras del sitio parecían contener algunas aglomeraciones de areniscas descompuestas y/o calizas, creando capas más o menos homogéneas (Negredo & Palomino Lázaro 1996).

Los remontajes entre estructuras eran muy escasos, apenas el 3 %, y los rangos bajos –el 1 y el 2 del artículo funcionarían como el primero de la presente tesis, el 3 por el 2 y así sucesivamente– eran los predominantes, mientras que los fragmentos muy erosionados estaban prácticamente ausentes. En cambio, casi el 65 % de las piezas estudiadas eran de pequeño tamaño, menor de 25 cm². De nuevo, los pequeños tamaños no están relacionados con altas erosiones, por lo que el material intensamente fracturado habría sido incluido sin mediar mucho tiempo a la exposición de los elementos. Sin embargo, es precisamente en los contextos con cierta estructuración donde aparecieron la mayor cantidad de cerámicas y con un mayor espectro de grados de erosión. Entonces, se propuso (Sánchez-Polo & Blanco-González 2014: 17 y ss.) que una gama de acciones con distintos grados de conciencia e intencionalidad podrían estar detrás de estas variaciones en los rellenos de las subestructuras. Por ejemplo, para aquella que contenía una jarra en miniatura, que además no era el típico hoyo, sino que parecía más un área de actividad, se pudieron remontar varios fragmentos entre los estratos que la conformaban. Parece que los vertidos tuvieron un mismo origen, un mismo basural, aunque quizá de distintas zonas y con poca remoción y mezcla de los sedimentos, puesto que se distinguieron tres coladas distintas que colmataban la estructura. La rapidez con que quisieron rellenarla es manifiesta también en el acto final que selló la colmatación: la colocación de una vasija incompleta y fragmentada sobre el depósito. Este mismo acto de colocar una antigualla –seguramente una reliquia para las

comunidades prehistóricas, cuidadosamente conservada— se ha detectado también en la clausura de las cabañas de Los Tolmos donde fue acomodada una mandíbula más antigua (*vid.* Anexo I y capítulo 3). De otro signo, pero también realizando un acto semejante, hay lo que parecen restos secundarios de personas, seguramente mujeres fenecidas varios siglos antes que fueron colocados junto a niños en varios sitios de la meseta norte (Esparza-Arroyo *et al.* 2018).

Hasta ahora se constatan varias dinámicas de colmatación de los hoyos, abarcando una amplia gama de gestos más o menos conscientes e intencionales. Se intuyen dinámicas de colmatación de hoyos dentro de la normatividad de Cogotas I y un abandono consciente del poblado que involucró el desarmado de las estructuras habitacionales. También se aprecian actos de comensalidad cuyos desperdicios terminaron cubriendo un área de actividad; la colmatación de los hoyos con echadizos de procedencia variada; la ocultación de una pata de vaca y de elementos de molienda; y el entierro cuidadoso de unos hermanos... Todos estos elementos soterrados parecieran alegorías de prácticas cotidianas necesarias para el mantenimiento y la reproducción de la comunidad. ¿Sería una manera de festejar el ciclo vital o de ofrendar a las entidades del inframundo elementos de valor social? Lo cotidiano parece inextricablemente unido a la parte intangible, inmaterial y simbólica de la existencia con este tipo de evidencia exhumada. En ese mismo trabajo (Sánchez-Polo & Blanco-González 2014) se proponía, de manera especulativa, que hubiera sido el trauma generado por la (mala) muerte en un corto lapso temporal de tres hermanos la generadora del abandono de ese poblado y también de una secuencia de gestos complejos, desde su propio entierro a la colocación de piezas anacrónicas o el sellado de estructuras subterráneas en uso.

En este sentido, pese a la diferencia temporal, guarda similitudes con La Requejada en cuanto a la cantidad de acciones que se atisban en el registro arqueológico, la muerte casi simultánea de miembros de una misma familia, la rapidez del relleno de las estructuras.... Todo ello sirviera para reequilibrar energéticamente a la comunidad, bajo una mentalidad que funcionara de manera mágico-religiosa (Santos Granero 2012a).

El caso de **Pico Castro** (Palencia) (Blanco-González 2014a; c, 2015a; b, 2016) —un campo de hoyos asentado en un espigón de un páramo, sobre el Pisuerga— está revestido de no poca laboriosidad, lo que definitivamente aleja a nuestros campos de hoyos de interpretaciones simplistas. Fue excavado en 2005 (Crespo Díez *et al.* 2005a; b), deparando un campo de hoyos en altura que, *a priori*, nada lo diferencia de los de las campiñas y valles narrados hasta ahora. Sin embargo, que reveló hallazgos interesantes en varias de las estructuras: un fragmento de chapa de bronce de un caldero; un entierro del cráneo de un niño junto con el fémur derecho de una mujer fallecida tiempo antes (Esparza-Arroyo *et al.* 2018); varios molinos de granito completos y fragmentados en otro; una bella aguja de bronce sin paralelos en la meseta en otro; y tres cazuelas

careadas barrocammente decoradas prácticamente completas y una vasija de almacenaje incompleta en otro. Estas últimas vasijas habían sido fragmentadas fuera del hoyo y sus pedazos sufrieron algunos avatares como la quema, erosión, exposición a los agentes atmosféricos. Volvieron a reunirse los trozos para ser introducidas en el hoyo, dando la impresión al ser excavadas de que eran elementos completos, seguramente pegados con alguna resina que hoy no ha dejado huella.

En este conjunto de hoyos, ciertamente especiales, se atisban una serie de prácticas sociales donde la fragmentación de los objetos sería indicativa de una secuencia pautada de gestos, donde los participantes habrían estado *encadenados* simbólicamente a los objetos y entre ellos en los eventos que dieron lugar. Si los cuencos hablan del consumo de algún tipo de bebida¹⁰, la orza es elocuente de su almacenaje. Su exquisita decoración, el hecho de que dos parezcan copias menos finas del tercero y la secuencia de actos que involucraron hasta reunir los pedazos y enterrarlos hablan de prácticas sociales altamente ritualizadas. Además, la abundante colección cerámica estudiada del sitio (Blanco-González 2015a), con fragmentos en su mayoría de buen tamaño y escasamente rodados, estaría indicando que los basureros funcionaron durante poco tiempo antes de colmatar estos hoyos. La escasez de remontajes, por otro lado, sería síntoma de una intensa dispersión de los trozos faltantes, y junto con el resto de indicadores, se “sugieren diversas temporalidades y trayectorias de formación” (Blanco-González 2015a: 357) entre sectores separados por 230 m. Más que un poblado, dado el propio contexto descrito de este sitio, se trataría de un lugar de agregación donde se habrían reunido comunidades a lo largo de siglos, pero de forma cíclica, reiterativa y efímera, dejando diseminados por la superficie del cerro hoyos con materiales significativos en el interior.

Estos cuatro campos de hoyos, algunos de ellos muy alejados de los estudiados en esta tesis, informan de conductas compartidas por comunidades dispersas por un territorio muy amplio a lo largo de todo el II milenio AC. Pautas de comportamiento que, en principio, pudieran parecer casos aislados, como ocurría con las cabañas quemadas estudiadas en el anterior capítulo. Sin embargo, parece que se trata de prácticas de relleno de las estructuras excavadas en el sustrato rocoso que tienen muchos nexos en común, pero fueron heterodoxas en su realización. Estas similitudes ilustran acerca de formas de gestionar los desechos de la vida cotidiana, de sus ubicaciones en los poblados y de qué hacían con ellos cuando clausuraban los poblados. En este sentido, observadas con esta óptica y analizadas las cerámicas bajo formas novedosas que trascienden la “mera” tipología, todo ello informa sobre la gestión de los vertidos. Este descarte de los detritos generalmente habría ocurrido de forma comunitaria –excepto en El Pozuelo II, que sería a nivel doméstico–. También las comunidades habrían actuado de forma

¹⁰ Anteriormente ya se señaló la posibilidad de que pudieran haber contenido otros similares algún derivado lácteo o, incluso, algún fermentado.

coordinada al levantar los poblados, precisando de unas maneras concretas de borrar los rastros de esa ocupación. Estas formas de hacer –montar y desmontar las viviendas, gestionar los objetos y seres al final de su vida social, etc.– vendrían condicionadas por sus tabúes y sus principios generadores de acción (*habitus*). Cada comunidad necesitó hechuras específicas, de acuerdo con las circunstancias comunitarias, que tendrían que ver con cómo vivieron y prosperaron en esos poblados o qué les ocurrió para necesitar moverse –las posibles desgracias con los traumas y dramas asociados a ellas–, siempre con esa parte emocional incognoscible para nosotros.

4.5. Reflexiones finales sobre los campos de hoyos

A lo largo de este apartado se han ido desgranando las distintas posibilidades interpretativas sobre los campos de hoyos, recogiendo bibliografía internacional y concerniente al ámbito meseteño. Se han puesto sobre la mesa, asimismo, más elementos de discusión sobre los procesos tafonómicos y destacando la potencialidad de herramientas conceptuales alternativas para comprender los rellenos de los hoyos. Los objetivos perseguidos han sido la regularidad y excepcionalidad de ciertas prácticas sociales y los resultados de la vida social de las comunidades de la Edad del Bronce, que llevan parejas distintas estrategias de visibilidad/ocultación y, con ellas, un variado elenco de acciones.

En el plano metodológico este capítulo ha ensayado la aplicación de forma crítica, sistemática y consistente un protocolo de estudio probado con anterioridad (Sánchez-Polo & Blanco-González 2014), ahora mejorado y aplicado a una amplia muestra cerámica representativa de la variabilidad existente: 3785 fragmentos conservados en tres museos de otras tantas provincias. Por primera vez se ha aplicado un rango de observación uniforme entre las distintas colecciones de cerámica, lo que las hace comparables entre sí. Esta experiencia de trabajo en los museos ha demostrado su potencial informativo sobre los procesos de formación de estos esquivos yacimientos. Así, esta aproximación cuantitativa a la cerámica desde variables tafonómicas ha tenido un carácter pionero en la península ibérica. La bio- y zooarqueología llevan años empleado este tipo de protocolos en sus materiales. Quizá haya que preguntarse por qué no se ha realizado con la cerámica cuando es un material tan abundante, ubicuo, perdurable y elocuente en los yacimientos prehistóricos. Los datos cuantitativos

permitirán futuras aproximaciones estadísticas mediante test inferenciales, algo que no ha podido desarrollarse en esta ocasión.

Respecto a la muestra con la que se ha contado, destaca el sitio de Teso del Cuerno, para el que se estudió gran cantidad de cerámica, de la que estaban guardados todos los fragmentos: pequeños y de pastas gruesas. El material era accesible y estaba correctamente etiquetado y conservado, lo que facilitó su revisión. Su documentación estaba inicialmente muy dispersa, y resultó crucial reunirla tras varios años de búsqueda y consultas: cuadernos de campo, planos A0 en papel cebolla, registros personales, museos, etc. Estas circunstancias, en principio adversas, no concurrieron en todos los yacimientos, faltando en no pocas ocasiones la mayoría de fragmentos cerámicos –que yacen en los propios sitios por no haber podido ser guardados en los museos–, o porque el material se hallaba revuelto en cajas o faltaban los inventarios de materiales tanto en el museo o en el archivo histórico de turno o no fueron facilitados por quien lo excavó. En el otro extremo estaría Mucientes/San Lázaro, excavado más recientemente y para el que se dispuso de todo el material en los almacenes de la Facultad de Geografía e Historia, así como de su documentación digital. Obviamente, ello ha facilitado y acortado los tiempos de investigación del sitio, en comparación al resto. Esto redundará en que si bien es necesario estudiar el material que está en los museos desde diferentes aproximaciones teóricas y metodológicas, también su correcta información anexa debe estar consecuentemente recopilada y custodiada.

Finalmente, qué duda cabe de que estos estudios tafonómicos necesitan completarse con análisis arqueométricos como estudios químicos de los sedimentos, microestratigrafías de los rellenos, muestreo polínico, etc. Su ausencia en esta tesis no hace sino poner de relieve tal necesidad, aunque tampoco resta validez a lo aquí hallado.

Desde el punto de vista interpretativo este protocolo analítico se imbrica dentro de las premisas teóricas de la tesis. La tafonomía cerámica y el relleno de los hoyos se ha abordado como un indicador indirecto (*proxy*) de los mecanismos conscientes e inconscientes de fragmentación, ocultación e invisibilización de las sociedades prehistóricas. En parte ya se han mencionado por distintos autores (González-Tablas & Fano 1994; Fernández-Posse 1998: 242–43; Blanco-González 2016: 59) pero apenas se había profundizado en su calado histórico y repercusiones sociales. Así, este capítulo ha demostrado que estas maniobras tuvieron diferentes grados de formalidad a la hora de realizar los rellenos. Tales prácticas sociales abarcaban desde las más rutinarias y acumulativas –tercer tipo de clausura– pero intencionales hasta las más planificadas y conscientes, que no sólo son los depósitos mortuorios sino también aquellos elocuentemente deliberados. Esta tesis plantea que los ‘depósitos ricos’ fueron rellenos indicativos de actos especiales para las comunidades prehistóricas que hubieron de ser clausurados de formas concretas.

Así, frente a una gestión a nivel de unidad doméstica de los desechos y su última deposición en hoyos, como en El Pozuelo II y en otros sitios del Bronce Pleno del Tajo, nuestros hoyos de Cogotas I tuvieron otras dinámicas. Lo anodino de los rellenos de los sitios estudiados muestra tendencias generales como la gestión comunitaria de los desechos, su ubicación fuera de áreas de circulación y las acciones encaminadas al abandono del poblado. Serían parte de una serie de *habitus* o formas de hacer compartidos por los cogotenses y especialmente relacionadas con el abandono de los poblados, donde cada uno pudo actuar bajo parámetros idiosincráticos.

CAPÍTULO 5. Conclusiones y perspectivas

En este capítulo final se abordan las principales aportaciones y limitaciones de esta tesis. Por un lado, se han puesto en marcha marcos conceptuales alternativos en el seno de los que se han realizado las aportaciones más destacables. El empleo de metodologías arqueométricas y cuantitativas será valorado a la luz de lo avanzado en la tesis, así como las dificultades encontradas en el avance del trabajo académico. Y por otro, se han detectado las deficiencias del registro arqueológico y sus formas de documentación y se señalan perspectivas de futuro que podrían abordarse para suplir algunos vacíos de este texto.

5.1. Síntesis interpretativa: la *ritualización* para abordar Cogotas I

¿Por qué se ha estudiado la *ritualización* en esta tesis doctoral? Porque en nuestra aproximación a la racionalidad cogotense, todo lo que nos ha llegado de Cogotas I está mediatizado culturalmente por lo ritual, el registro está ritualizado por las poblaciones prehistóricas. Si algo define a Cogotas I es que nada ha quedado *in situ*, nada ha sido dejado de forma accidental, ni se conservan casas quemadas ni colapsadas involuntariamente. No existe contexto alguno en Cogotas I que siga la premisa de abandono pompeyana, lo que no es casual. Comparando con otros grupos de la Edad del Bronce peninsulares, se ha resaltado esta anormalidad en el registro arqueológico: El Argar, el Bronce valenciano o el de Las Motillas muestran abandonos súbitos de poblados, o casas quemadas accidentalmente y abandonadas (Pastor Quiles 2019). Por otro lado, estas otras sociedades bronceas tenían actividades y espacios segregados, donde lo ritual tenía cabida en estructuras específicas de tipo funerario. De todo lo anterior, se colige en Cogotas I que lo doméstico, lo económico, lo político y lo social eran escenarios vitales intensamente ritualizados, por lo que no podemos estudiar esos

ámbitos sin atender este tipo de racionalidad. La ritualización es una condición *sine qua non* de la vida y especialmente de la muerte en Cogotas I y, por lo tanto, mediatizó el registro material. Así mismo, es la condición ineludible para ir más allá en el conocimiento de lo económico, político o ambiental de este grupo arqueológico.

Anteriormente se pensaba que las cabañas habían desaparecido por la endeblez de sus materiales de bahareque y debido a procesos tafonómicos, como el laboreo milenario de las tierras de secano o la extracción de áridos. En esta tesis, en cambio, se ha demostrado que esta carencia está mediada, una vez más, por los propios grupos prehistóricos. Hubo una intencionalidad manifiesta en desmontar e invisibilizar los poblados al abandonarlos. Esta disertación también ha mostrado la variabilidad existente en el final de los hogares, conforme a las biografías de sus ocupantes. Las vidas normales de quienes vivieron en esas cabañas conllevaron abandonos planeados, desmontando las estructuras, llevándose cuanto pudieran utilizar en las nuevas ubicaciones y seguramente volviendo de forma puntual para recuperar ciertos ítems, completos o rotos. Fueron ‘buenos finales’, normativos, sin espectacularidad, dentro de lo cotidiano, y que llevaron aparejadas más acciones que luego serán narradas.

También debieron de existir los ‘malos finales’ de las viviendas, excepcionales y ocasionales, en relación con vidas heterodoxas y marginales, o con el infortunio, si bien su registro arqueológico es igualmente parco. Para estas biografías excéntricas de las viviendas, se plantea el uso del fuego como recurso mnemotécnico (Tringham 2000, 2013, 2015) y de purificación energética, probablemente en relación con mitos expiatorios y de vuelta al origen, a empezar de nuevo apropiadamente. El incendio planeado de ciertas chozas habría tenido que ver con el reequilibrio energético de las unidades domésticas que las habitaron. También como un aviso al resto de la comunidad de que la transgresión de ciertas normas o la ocurrencia de algunos infortunios deben ser mitigados con este elemento de renovación. Los olores que se desprenden al quemar el barro y la madera, las cenizas que envuelven la atmósfera, la sensación del calor intenso que se desprendería en tales incendios o los colores de las llamaradas permanecerían a buen seguro en la memoria de cuantos vieron estas deflagraciones. Se crearían memorias concretas y asociadas a esos ritos de purificación. Una vez consumido el combustible, apagadas las llamaradas y mitigado el calor, las ruinas rubefactadas de las otrora ocres cabañas, fueron recogidas selectivamente y guardadas en hoyos. La aparición de estos manteados de barro quemados en los hoyos –los únicos restos de las cabañas en la mayoría de las ocasiones– no fueron sino repositorios mnemotécnicos (Chapman 2000) para quienes los recogieron, guardando la memoria ancestral de la comunidad y con ella, las normas transgredidas.

Este trabajo enfatiza también la centralidad de los hoyos como receptáculos de las prácticas sociales de Cogotas I. Fueron auténticos almacenes materiales de las microhistorias de su sociedad. Se han estudiado cuatro variables clave que han

terminado por ofrecer tres escenarios de deposición de restos en hoyos: las afecciones tafonómicas de las cerámicas, los remontajes entre fragmentos y la cantidad y variedad de materiales. Si con anterioridad a esta tesis se habían distinguido dos tipos de vertidos (Sánchez-Polo 2011, 2012; Blanco-González 2015), en los extremos opuestos de la intencionalidad, ahora se insiste en que dentro de esa amalgama habría, al menos, otro escalón más, aunque todos inextricablemente unidos a la oralidad, al mito.

- 1) En un lado de la gama de depósitos, estarían los estructurados, deliberados, especiales, que involucran la realización de unos gestos que parecen repetirse entre este tipo de contextos: piedras que sellan, elementos completos, organización intencional del espacio en el interior de la estructura, la voluntad de quitar de circulación ciertos elementos –no especialmente los metales–, la acción ocasional del fuego, el remontaje de ciertas piezas fracturadas.... Es suma, unos gestos con una elaborada teatralidad, seguramente vistos y compartidos con una comunidad amplia y que no se limitaron a la unidad doméstica reducida. En otras palabras: habrían sido depósitos que involucraron al conjunto social.
- 2) En un segundo peldaño, los ‘depósitos ricos’ se muestran como contenedores de acciones mucho menos ceremoniosas y sin tanta parafernalia, pero plagados de restos materiales polisémicos. Ensalzan actividades artesanales y domésticas relacionadas con la metalurgia (moldes de arenisca, elementos de bronce rotos), el tejido, la siega, la molienda, la talla lítica y también con actos de comensalidad comunal. Estos vertidos subrayan la vida comunitaria del poblado y de las unidades domésticas, y también conllevaron unos cuantos gestos antes de incluir todos los desperdicios y restos, aunque sin tanto dramatismo como en el anterior caso presentado. Los hoyos vendrían a encapsular la memoria de estos momentos compartidos y de estas acciones cotidianas, quizá fomentando su reproducción en el mundo subterráneo.
- 3) Finalmente, estarían los rellenos tildados, erróneamente, de ‘anodinos’. En esta tesis se rompe una lanza a favor de su revalorización, reivindicando su potencial informativo sobre prácticas cotidianas, y también de clausura de los poblados. Todo estaba mediado por el rito, ya se ha dicho, y aquí es donde se pone especialmente de manifiesto. Las huellas que la acción del tiempo y del ser humano han dejado sobre las cerámicas y sus remontajes entre hoyos o dentro del mismo contexto, alientan a pensar en la organización de los poblados cogotenses. Los montones de desechos no parece que estuvieran en el lugar donde se desarrollaban acciones artesanales o en relación con hogares, sino que se ubicaron en las afueras, alejados del tránsito, quizá marcando límites entre el interior y el exterior de lo considerado propio, doméstico, de su hogar. Las divergencias en cuanto a exposición a la intemperie de las piezas también indicarían que se acumularon en tiempos diferentes, de acuerdo con la biografía del poblado, ofreciendo indicadores temporales de ocupación. Y, quizá, uno de

los hallazgos más interesantes de esta tesis, es la gestión comunal de los desechos y de los abandonos de los poblados. Las unidades domésticas actuaron de forma coordinada y conjunta en la creación de los vertidos, mezclando sus útiles fragmentados y limpiezas de hogares, de suelos, amalgamando lo propio con lo ajeno... ¿una forma de cancelar los atisbos de individualidad, de insistir en las identidades relacionales?, ¿de favorecer lo comunitario, en definitiva? No solo esto, porque si actuaron de manera sinérgica en la acumulación de vertidos diarios, también lo hicieron en la cancelación de los poblados, por lo que la toma de decisión sobre su levantamiento hubo de ser conjunta. No es posible afirmar quién o quiénes decidían: si fueron los/las cabezas de familia quienes elegían o la comunidad en su conjunto. Pero sí podemos aseverar que el trabajo fue coordinado, desmontando las cabañas, movilizándolo a los hoyos, dispersando los restos que no cupieran. Frente a un resultado arqueológico aparentemente pobre, tenemos una serie de acciones prehistóricas organizadas, con materiales acumulados inadvertidamente durante meses o años, pero intencionales en cuanto a su voluntad de ocultación de sus huellas.

Se pone de manifiesto así, para Cogotas I, que dejaron intencionalmente de lado la monumentalidad como respuesta social ante la que dirimir cuestiones y tensiones políticas. Si los viejos dólmenes y túmulos neolíticos fueron empleados por los campaniformes como lugares habituales de acción política y ritual (p. ej., en Ávila y Soria: Blanco-González & Fabián García 2011; Rojo Guerra *et al.* 2014; Rojo Guerra 2019), en cambio, las comunidades cogotenses se sirvieron de ellos muy ocasionalmente, para depositar algunas cerámicas, metales de ornato personal o incluso los restos humanos, siempre parciales, en la segunda mitad del II milenio AC (Delibes 2004; Blanco-González & Fabián García 2010; Velasco-Vázquez 2010; Esparza-Arroyo *et al.* 2012: 273–74). Más parecen acciones expeditivas, actos rituales de excepción y que responden a variaciones cronológicas o comarcales, que prácticas sociales consuetudinarias.

En cambio, optaron por dos estrategias que se configuran como dos caras de una misma moneda. Se trata de la exhibición de los buenos muertos y el traslado de sus viviendas, frente a la ocultación de los malos difuntos, de los depósitos especiales y de cuantos rastros de ocupación pudiera haber tras el desmontaje de las cabañas. Este juego doble con la visibilidad e invisibilidad material se observa perfectamente en las casas quemadas: su incendio exhibía la necesidad de limpieza y reequilibrio social, avisando de qué ocurre con quienes se alejan de la norma o quiebran un tabú, pero había que ocultar sus ruinas en hoyos, borrarlos de la faz de la Tierra. Al parecer, las comunidades de Cogotas I se tomaron muchas molestias por invisibilizar sus testimonios habitacionales, no dejando nada al azar ni a los elementos.

¿Cuál habría sido el desencadenante para tal insistencia en mostrar lo moralmente óptimo y lo reprobable? ¿Por qué esa rigidez normativa? ¿De dónde provino esa

ansiedad por ocultar todo? La respuesta podría estar en lo que parecen ser esfuerzos sociales por enfatizar lo comunitario y colectivo y evitar a toda costa la individualidad o diferencias jerárquicas. Ya en los momentos del Formativo, las comunidades de Cogotas I tenían contactos con otras sociedades altamente jerarquizadas y estratificadas, como El Argar, e intercambios con sociedades europeas que se entrevén en los vasos estilo *Duffaits* encontrados en cuevas (Delibes *et al.* 2000; Blanco-González 2014). Seguramente guardaran la memoria de los campaniformes, quienes experimentaron conatos de jerarquización social.

Como ya se dijo en el capítulo 1, otros trabajos están contribuyendo a reconocer la complejidad de la ideología sobre la muerte en Cogotas I, que parece ir en la misma dirección de una fuerte ritualización. Pero la lenta culminación de los distintos trabajos arqueométricos ha gravitado sobre nuestro propósito inicial de incluir un capítulo específico en esta tesis, que exigía contar con datos analíticos que, por su naturaleza “invisible”, pueden reducir el enorme sesgo que todavía presenta el registro osteológico.

Los grupos Cogotas I, muy conscientemente, no sólo tuvieron otros ritos funerarios normativos, sino que además enterraron a las personas no afectas al revés que a los de El Argar y a los campaniformes (*vid.* capítulo 1). ¿Querría eso decir que los cadáveres de Cogotas I que siguieron el rito normativo estaban colocados de formas contrarias en sus expositores? ¿O todos los muertos, ‘buenos’ y ‘malos’, eran colocados de las mismas formas siguiendo patrones arraigados en la construcción identitaria de las personas?

Otra forma de enfrentarse a tendencias jerarquizadoras e individualistas y abogar por una estrategia isonómica anti-diferenciadora fue el refugio en el pasado. Operaría mediante la recreación continua del mito a través del rito. El pasado se torna en un repositorio desde el que innovar de formas sutiles y donde buscar inspiración: copiaron técnicas y ciertos patrones de cerámicas neolíticas y campaniformes, emplearon reliquias para acompañar el entierro de niños y casas, reiteraron la excavación y relleno de hoyos como pocas veces en la Prehistoria...

Con todo lo anterior, la imagen que transmite Cogotas I se muestra más vibrante, dinámica e interesante. Desafía, asimismo, visiones centradas en los aspectos tradicionalmente androcéntricos, como los metales, la jerarquía, la explotación del paisaje. Y plantea nuevos interrogantes que merece la pena explorar –*vid.* apartado 5.3.

5.2. Valoración

Se impone evaluar críticamente el proceso de elaboración de esta tesis, puesto que han sido muchos años de trabajo invisible, constante, durante largas temporadas y que ha involucrado muchos movimientos, contactos, y debates a varias bandas.

5.2.1. De los análisis empleados

a) Arqueometría

En un primer momento, y hasta bien avanzada, esta tesis no contemplaba ni el estudio ni la realización de análisis arqueométricos sobre los barro de construcción. Sin embargo, pensamos que la excesiva rigidez de algunos trabajos académicos humanísticos evita abrir nuevas perspectivas y preguntar cuestiones interesantes que recurrentemente estaban saliendo en el estudio de los informes de excavación. Por ello, se vio la necesidad no sólo de estudiar tipológicamente aquellos humildes y escasos barro guardados en los museos castellanoleoneses, sino también de compararlos con otros analizados arqueométricamente. Tras revisar las colecciones del Neolítico balcánico guardadas en la Universidad de California-Berkeley –que habían sido estudiados arqueométricamente casi 20 años antes por Stevanović–, se impuso la necesidad de un protocolo de estudio para los barro. En ese momento, hace casi diez años, ningún trabajo se había emprendido con estas inquietudes en el ámbito ibérico, aunque sí se habían realizado análisis sobre tecnologías de cocción cerámica. Por ello, y bajo la asesoría de la Profa. Mercedes Suárez del Depto. de Geología de esta universidad, se estudiaron las temperaturas de cocción de los barro y se indagó en las posibles intencionalidades de quema de esas cabañas mediante DRX y láminas delgadas, técnicas ambas que se consideran suficientes para el objetivo previsto. Ello ha conllevado un aprendizaje básico de los procesos que conllevan y de la lectura de sus difractogramas y petrografías, enriqueciendo mi bagaje académico. Así, si se quisiera ahondar en futuros trabajos en otros ámbitos relacionados, como las cadenas técnicas operativas cerámicas o sobre las técnicas de construcción de cabañas o sobre el adobe, no habría lugar a dudas sobre su viabilidad. Lo que viene a demostrar esta tesis es que la interdisciplinariedad no sólo es necesaria, sino que se puede avanzar sustancialmente en el conocimiento de la Prehistoria con análisis científicos imbricados en teorías humanísticas.

b) Tafonomía cerámica

De nuevo, no se contemplaba inicialmente realizar un estudio tafonómico de la cerámica. Tras la realización de la tesina, sin embargo, los hoyos estudiados en ella –los más especiales recopilados en la bibliografía–, quedaban como islotes perdidos en el océano. ¿Qué hacer aquí? ¿Cómo volverlos a contextualizar dentro de las prácticas cotidianas de Cogotas I? Inspirada por varios trabajos ibéricos y con la estancia realizada en Dublín bajo la asesoría de Joanna Brück, se definió y posteriormente se implementó un protocolo específico que luego ha sido replicado en varios estudios de caso. En efecto, el potencial explicativo de los restos cerámicos bajo estas premisas y sistematizaciones se ha demostrado muy útil para desvelar prácticas sociales que no son evidentes a primera vista, sino que requieren de otras lentes para acercarse a ellas.

5.2.2. De los materiales estudiados

La materialidad de Cogotas I, pese a involucrar todos los restos de la vida cotidiana, decidimos por centrarnos en estos dos materiales por intentar responder a preguntas concretas, ya suficientemente planteadas en esta tesis.

Los barros de construcción, al no encontrarse derrumbados en los sitios y muchas veces carecer de improntas reconocibles, no han llegado a los museos: son pesados y ocupan mucho sitio en su almacenaje. Tradicionalmente denostados, han pasado a la bibliografía e informes de excavación citados como “pellas de barro”. La fortuna quiso que en el caso de Teso del Cuerno y Los Tolmos guardaran todos o casi todos los fragmentos, permitiendo la elaboración de una tipología conforme a sus pastas, sus formas e improntas, y que permiten su extrapolación y comparación con otros sitios. Así mismo, la localización de serpentiformes en algunos pedazos del sitio soriano, muy concretos, pudieran estar informando de lugares especiales de las viviendas, ya fueran entradas, salidas, ventanas o zonas de especial ritualización. Por último, la conservación de digitaciones pudiera servir para trabajos futuros en los que se indagara, desde la criminalística, en la edad y el sexo de los ejecutores de las viviendas... Qué duda cabe que pudieran esclarecerse cuestiones interesantes sobre los/as constructores/as de las chozas, y quizá compararlos con aquellos ejemplos etnográficos ofrecidos en el capítulo 3.

Sobre las cerámicas, ahora se cuentan con estudios sobre sus cadenas técnicas operativas (Padilla Fernández & Dorado Alejos 2017; Dorado Alejos 2019; Padilla Fernández 2019), completamente ausentes hasta hace unos años. Si la tipología sirvió para encuadrarlas cronológicamente, la tafonomía recala en esos aspectos sutiles de las prácticas sociales, pero que son la base para seguir avanzando en las formas de organización comunitaria. ¿Se encontrarán esos mismos patrones tafonómicos en lugares encumbrados como El Berrueco, por ejemplo? ¿Las cerámicas de otros sitios calcolíticos o del Bronce Final o Primer Hierro exhibirán dinámicas semejantes en sus basureros?

5.2.3. De las dificultades encontradas

a) Desde el campo: la documentación de los hoyos y sus colmataciones

Tanto en intervenciones de empresa como en las académicas parece ineludible documentar mejor los hoyos: es urgente registrar bien la estratificación y los procesos tafonómicos, así como conservar todo el material arqueológico que contuvieran dentro, tanto ecofactos como artefactos de toda índole. Son necesarias técnicas de excavación más exquisitas junto con el registro más fidedigno de los hallazgos, posibles gracias a las tecnologías de información geográfica, que agilizan el trabajo en el campo. En este

sentido, trabajos como el de Martín Seijo (Martín-Seijo *et al.* 2015, 2017) parecen la vía a seguir por la minuciosidad del registro y la variedad de análisis efectuados sobre todo tipo de restos. Bien entendido que no se trata de propugnar ingenuamente un “registro de todo”, sino de posibilitar al máximo eventuales respuestas a futuros interrogantes.

b) En los museos: qué entra y qué no y cómo se guarda

Hasta donde se tiene conocimiento, casi cada museo provincial –los lugares designados por la Administración para la conservación del Patrimonio arqueológico– tiene capacidad de decisión sobre qué se guarda y qué no. Ello contribuye a que los materiales disponibles de unos y otros yacimientos varíen mucho, en función de la provincia en la que se encuentren y de cuándo fueron excavados. Se dan situaciones difíciles para los arqueólogos, quienes a pesar de excavar minuciosamente los campos de hoyos y de registrar todo, a veces no han podido ingresar en el museo correspondiente no ya los humildes manteados de barro o los fragmentos amorfos cerámicos, sino incluso los restos humanos. Se entiende que la capacidad de almacenamiento es limitada, pero también que pérdidas irreversibles para el patrimonio –que al final pertenece a toda la ciudadanía– pueden tener lugar de no modificar y unificar los protocolos de conservación a nivel autonómico.

En varios lugares de esta tesis se ha insistido en que la forma de conservar los materiales no es la adecuada para analizarlos en el intento de comprender las excavaciones antiguas. Se entiende que el personal de museos a veces desconoce estas realidades y de que el día a día está lleno de tareas urgentes por las que no pueden reordenar todo. Así, las cajas con cerámicas de estas excavaciones antiguas, tan emblemáticas como citadas en la bibliografía, yacen ordenadas como las dejaron sus investigadores primigenios. De esta manera, los criterios estratigráficos son obviados, puesto que se han primado los tipológicos para agrupar los materiales, y dificultan la realización sobre ellos de nuevas investigaciones con otros protocolos, visiones teóricas, motivaciones, etc.

c) Sobre los archivos y la documentación

Diapositivas que han requerido de aparatos especiales para ser visualizadas; negativos; fotografías a color y blanco y negro; algún video grabado en 8 mm; inventarios fotocopiados; diarios de excavación; planos de gran tamaño en papel cebolla; la memoria oral de los arqueólogos; etc. Este dispar listado responde a la cantidad de documentación revisada para poder reunir las piezas que permitieran reconstruir la secuencia deposicional de los yacimientos y releerlos bajo otras premisas. Estaba dispersa en las propias empresas que los excavaron –en ocasiones guardan más documentación de la que les permiten entregar a la Administración–; en los Servicios

Territoriales de Cultura de la JCyL de la provincia correspondiente –donde deben estar los informes y memorias, según el protocolo de nuestra CCAA–; en ocasiones en los museos donde se revisa el material; en el Archivo de la Consejería de Cultura de la JCyL, aquella documentación previa a la entrada en vigor de la ley de Patrimonio de 1987; y en los Archivos Históricos de varias provincias. Hay que recalcar que sin la ayuda de todas las personas que custodian con celo estos documentos, desde las instituciones o desde sus dependencias privadas, no habría conseguido reunirse tal volumen de datos.

Semejante diseminación de la documentación de las excavaciones arqueológicas de cierta antigüedad –de las décadas de 1970 hasta el 2010– ha sido un importante escollo para el avance de esta tesis. La revisión, no ya por la autora de la tesis, sino por cualquier investigador, de estos y otros sitios que adolezcan de no tener reunidos todos sus expedientes, se convierte en una labor tediosa, que consume mucho tiempo y, muchas veces, contraproducente al no conseguir toda la información deseada. ¿Habría alguna forma, a corto o medio plazo, de lograr centralizar la reunión de ‘literatura gris’ que tan valiosa es para ‘reconstruir’ las viejas excavaciones?

5.3. Perspectivas de futuro

Los interrogantes teóricos abiertos por esta tesis no son pocos, y posibilitan el trabajo futuro con estos datos y con yacimientos semejantes. Aquí se tratarán de deslindar algunas de esas posibilidades que, espero, se concreten en poco tiempo.

De lo micro a lo macro, los estudios arqueométricos aplicados tanto a cerámicas como a barros de construcción se muestran como soluciones acuciantes para avanzar en las cadenas técnicas operativas de la alcallería y de las viviendas de Cogotas I. Y son necesarios, por ejemplo, para comparar no sólo desde las decoraciones de las vajillas de unas zonas y otras o de diferente signo temporal, sino también para valorar los procesos tecnológicos y sociales que hay detrás: fuentes de aprovisionamiento, formas de ejecutar las cerámicas, intercambio de vasijas, grupos de género y edad que las realizan. Estos mismos elementos valen para su aplicación a la construcción y destrucción las cabañas: por ejemplo, para saber si elaboraban los barros antes de colocarlos sobre el entramado de leña, quién los realizaría, o si hubo diferentes formas de construir a lo largo de la secuencia de Cogotas I.

Si bien esta Tesis ha adolecido de no aplicar la estadística inferencial a los análisis tafonómicos de la cerámica, se valora como un trabajo a futuro: en este tiempo no ha sido posible su empleo dada la cortedad de muchas muestras y lo injustificado de incluir unos sitios y no otros

Los campos de hoyos prehistóricos deben dejar de ser vistos como anodinos, carentes de personalidad o de potencialidad explicativa del pasado. Atendiendo a sus dinámicas deposicionales nos muestran formas de vivir y estar en el mundo muy distintas entre sí. Como el lector habrá comprobado, se ha favorecido el estudio de sitios del oeste de la cuenca del Duero. Queda como una tarea inexcusable comparar las dinámicas de abandono detectadas en este trabajo con las de yacimientos de otras zonas del área nuclear de Cogotas I, a través de la tafonomía cerámica, ósea o carpológica –siguiendo los estudios de Martín Seijo *et al.* (2017)–. Para cuantificar la exposición a la intemperie de los vertidos –y de las cerámicas– sería deseable la puesta en marcha de estudios experimentales a corto, medio y largo plazo. Por ejemplo, cerámicas reproducidas con tecnologías prehistóricas se mezclarían con desperdicios y dejadas a la intemperie, registrando las condiciones climatológicas, el tránsito alrededor de los montones de desechos, las variaciones en el pH del suelo y otras variables. Los resultados, combinados con el resto de estudios de materiales, podrían permitir avanzar de forma cuantitativa en las temporalidades de exposición de los residuos. En último lugar, si se acepta que el tiempo que duraron los montones de desperdicios es el tiempo que ocuparon los poblados, se podría ahondar en una cuestión reiteradamente aludida en Cogotas I, esto es, ¿cuánto tiempo estaban asentados en el mismo lugar antes de moverse?

Al profundizar en estos aspectos, seguramente se atisben formas de gestionar los vertidos y, en último término, de organizar los poblados entre unas otras comunidades de este grupo de la Edad del Bronce. El escenario ideal sería ampliar estas pesquisas a yacimientos de cronologías anteriores para detectar si hubo cambios milenarios en el *modus vivendi* y, finalmente, en la forma de levantar sus poblados.

Esta disertación ha tratado de ahondar en cómo las gentes del II milenio AC abandonaban sus poblados, con todo lo que significa, e incluso se ha acercado a cómo las desgracias e infortunios eran tratados a nivel comunitario. Abandono y gestión comunal son dos conceptos que hoy día resuenan en nuestro mundo rural del siglo XXI, la España vaciada de personas. En este sentido, estamos ante la última oportunidad para realizar trabajos etnoarqueológicos sobre el abandono, estudiando cómo se destruyen las casas de adobe con el paso del tiempo, qué les ocurre cuándo son atacadas por fuegos tan virulentos como los del verano de 2021 en Ávila, qué nos pueden contar las personas mayores que quedan en el campo. Este es un ámbito fértil donde investigar, como González Ruibal (2003) ya preconizó hace años, pero estamos en una urgencia investigativa. Es ahora o no será nunca, pues no será posible cuando no haya patrimonio vernáculo ni paisanos oriundos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F.J. 2005. *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce* Monografías Arqueología en Castilla y León, 4. Valladolid: Consejería de Cultura y Turismo-Junta de Castilla y León.
- ABARQUERO MORAS, F.J. & G. DELIBES DE CASTRO. 2009. V. La posición cronológica del yacimiento prehistórico de 'El Pelambre': apreciaciones tipológicas y dataciones absolutas, en M.L. González Fernández (ed.) *'El Pelambre', Villaornate, León. El Horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantiguo en el valle medio del Esla*: 197–213. Madrid: TRAGSA.
- ABARQUERO MORAS, F.J., G. DELIBES DE CASTRO & M.L. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ. 2009. IV. La colección cerámica de la Edad del Bronce: Formas, decoraciones y pastas, en M.L. González Fernández (ed.) *'El Pelambre', Villaornate, León. El Horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantiguo en el valle medio del Esla*: 87–112. Madrid: TRAGSA.
- ABARQUERO MORAS, F.J., A. BLANCO-GONZÁLEZ, Á. ESPARZA ARROYO & J.A. RODRÍGUEZ MARCOS. 2013. The Central Iberian Meseta at the time of the Thera Eruption: an overview, en H. Meller, F. Bertemes, H.-R. Bork & R. Risch (ed.) *1600 - Kultureller Umbruch im Schatten des Thera-Ausbruchs?. 1600 - Cultural change in the shadow of the Thera-Eruption?* 315–26. Halle (Saale): Tagungen des Landesmuseums für Vorgeschichte Halle, Band 9.
- ACUÑA PIÑERO, A., V. BARBEIRO POSE & M.P. PRIETO MARTÍNEZ. 2011. Setepías (Cambados, Pontevedra), un ejemplo de arquitectura doméstica en la Edad del Bronce, en M.P. Prieto Martínez & L. Salanova (ed.) *Las Comunidades Campaniformes en Galicia. Cambios Sociales en el III y II Milenios BC en el NW de la Península Ibérica*: 13–24. Pontevedra: Diputación de Pontevedra.
- AGORRETA, J.A., A. LLANOS, J.M. APELLÁNIZ & J. FARIÑA. 1975. Castro de Berbeia. (Barrio-Álava). Memoria de excavaciones. Campaña 1972. *Estudios de Arqueología Alavesa* 8: 221–92.
- ALACET. 2008. *Informe técnico sobre los trabajos de control arqueológico de la obra de construcción de la 'Autovía A-66'. Tramo Calzada de Valdunciel-Salamanca (Salamanca)*. Salamanca. Documento inédito disponible en la Junta de Castilla y León.
- ALARCÓN GARCÍA, E. 2010. *Continuidad y Cambio Social. Las Actividades de Mantenimiento en el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)*. Granada: Universidad de Granada.

- ALMAGRO-GORBEA, M. 1977. *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Col. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV. Madrid: CSIC.
- . 1986. Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas, en F. Jordá Cerdá, M. Pellicer Catalán, P. Acosta Martínez & M. Almagro-Gorbea (ed.) *Prehistoria. Historia de España I*: 340–532. Madrid: Gredos.
- ALONSO FERNÁNDEZ, C. & J. JIMÉNEZ ECHEVARRÍA. 2012. El tránsito Proto-Cogotas I/Cogotas I Pleno en el límite de la zona nuclear: análisis comparativo de tres yacimientos en la comarca del Arlanzón (Burgos), en J.A. Rodríguez Marcos & J. Fernández Manzano (ed.) *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*: 361–76. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- ALONSO FERNÁNDEZ, C. & J. JIMÉNEZ ECHEVARRÍA. 2014. Biografía de una vajilla de la Edad del Bronce. *Sautuola XIX*: 127–38.
- AMADIO, M. & L. BOMBARDIERI. 2019. Abandonment processes at Middle Bronze Age Erimi: a multi-scalar approach. *Antiquity* 93: 1–7. <https://doi.org/https://doi.org/10.15184/aqy.2019.29>.
- ANDERSON, K. 2011. *Life Stages and Native Women. Memory, teachings, and story medicine*. Winnipeg: University of Manitoba Press.
- ANDÚGAR, L., E. CELDRÁN-BELTRÁN, M.I. FREGEIRO, V. LULL, R. MICÓ PÉREZ, C. OLIART & C. RIHUETE HERRADA. 2021. Las ofrendas de fauna en tumbas argáricas: nuevas perspectivas desde La Almoloya y La Bastida (Murcia). *Trabajos de Prehistoria* 78: 104–20. <https://doi.org/https://doi.org/10.3989/tp.2021.12267>.
- APPADURAI, A. 1986. Introduction: commodities and the politics of value, en A. Appadurai (ed.) *The Social Life of Things. Commodities in cultural perspective*: 3–63. Cambridge: Cambridge University Press.
- ARANDA JIMÉNEZ, G. & J.A. ESQUIVEL GUERRERO. 2007. Poder y prestigio en las sociedades de la cultura de El Argar. El consumo comunal de bóvidos y ovicápridos en los rituales de enterramiento. *Trabajos de Prehistoria* 64: 95–118.
- ARATIKOS. 2012. *Trabajos de excavación de sondeos arqueológicos en el yacimiento “Mucientes-San Lázaro” (Castronuño) afectado por el desarrollo del “Proyecto de línea aérea de alta tensión a 45 kv enlace entre las L.A.A.T. CHD Subestación de Tordesillas y circunvalación*. Documento inédito disponible en la Junta de Castilla y León.
- ARIÑO, E., M. SUÁREZ & J.M. SÁNCHEZ SANTOS. 2015. La cerámica del yacimiento de época visigoda de El Cuquero (Villanueva del Conde, Salamanca, España): estudio arqueométrico. *SALDVIE* 15: 181–96.
- ARMENDÁRIZ MARTIJA, J. 2008. *De aldeas a ciudades. El poblamiento durante el primer milenio a.C. en Navarra*. Pamplona: Gobierno de Navarra-Institución Príncipe de Viana.
- ARNÁIZ ALONSO, M.Á. & J. MONTERO GUTIÉRREZ. 2003. El yacimiento de Cogotas I ‘Tres Chopos - Abarre’ (Villegas, Burgos): Esbozo paleo-económico e implicaciones en las formas de

- organización social. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 69: 75–114.
- ARRANZ MÍNGUEZ, J.A., A. GÓMEZ PÉREZ, M. SÁNCHEZ SIMÓN & A. BELLIDO BLANCO. 1993. El Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid), un poblado de la Edad del Bronce en la cuenca media del Duero. *Numantia: Arqueología en Castilla y León 1989/1990* 4: 75–92.
- ARRIBAS PALAU, A., E. PAREJA LÓPEZ & F. MOLINA GONZÁLEZ. 1974. *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce Cerro de la Encina Monachil (Granada). El corte estratigráfico nº 3*. Col. Excavaciones Arqueológicas en España, 81. Madrid: Ministerio de Cultura.
- AYÁN VILA, X.M. 2003. Arquitectura como tecnología de construcción de la realidad social. *Arqueología de la Arquitectura* 2: 17–24.
- . 2007. A Round Iron Age: The Circular House in the Hillforts of the Northwestern Iberian Peninsula. *e-Keltoi: Journal of Interdisciplinary Celtic Studies* 6: 903–1003.
- BALLESTERO, E.C., M. ÁNGEL, A. ALONSO & J.M. GUTIÉRREZ. 2010. Consumo de metal durante la Prehistoria Reciente en el centro de la Península Ibérica. Una aproximación a través del análisis de los contextos funerarios en fosa. *Trabajos de Prehistoria* 67(2): 373–87. <https://doi.org/10.3989/tp.2010.10045>.
- BALSERA NIETO, V. 2017. *Demografía y poblamiento en la Meseta Sur entre el 5500 y el 1200 cal BC. Una perspectiva desde el Radiocarbono*. Tesis doctoral inédita. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- BANKOFF, H.A. & F.A. WINTER. 1979. A House-burning in Serbia. What do burned remains tell at archaeologist? *Archaeology* 32: 8–14.
- BARDETSKIY, A.B., M. DĘBIEC, I.D. POTEKHINA & T. SAILE. 2017. *Raptus Sabinæ?* Of a female calvarium from the Bandkeramik settlement of Rovantsi in Volhynia. *Sprawozdania Archeologiczne* 69: 235–51.
- BARKER, P. 1993. *Techniques of Archaeological Excavation*. 3a edición. Londres: Batsford.
- BARLEY, N. 2005. *Bailando sobre la tumba. Encuentros con la muerte*. Barcelona: Anagrama.
- BARRIOS GIL, I. 2004. *El yacimiento de Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja). Una visión acerca del Neolítico y la Edad del Bronce en el área occidental del Sistema Ibérico*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- BARROSO BERMEJO, R. 2002. *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo Superior*. Madrid: Universidad de Alcalá de Henares.
- BARROSO BERMEJO, R., P. BUENO RAMÍREZ, R. de BALBÍN BEHRMANN, A. GONZÁLEZ MARTÍN & J.M. ROJAS RODRÍGUEZ-MALO. 2018. Inhumaciones en urna cerámica de la Edad del Bronce en la cuenca media y alta del Tajo: una perspectiva comparativa. *Spal* 27: 13–30. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.12795/spal.2018i27.01>.
- BARROSO, R., P. BUENO, A. GONZÁLEZ, N. CANDELAS, J.M. ROJAS & J.A. LÓPEZ-SÁEZ. 2014. Enterramientos de la Edad del Bronce en la Meseta Sur peninsular a partir del Sector 22,

- Yuncos (Toledo). *Munibe. Antropología-Arkeología* 65: 117–36.
- BASSET BLESA, J.M. 1998. *Flashover: Desarrollo y control*. Barcelona: Olerdola. <http://www.olerdola.org/documentos/basset2.pdf>.
- BELL, C.M. 1992. *Ritual theory, ritual practice*. New York: Oxford University Press.
- BELLIDO BLANCO, A. 1994. En torno a la cuestión de la metalurgia Cogotas I: un análisis contextual. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología* 7: 191–210.
- . 1996. *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la submeseta Norte*. *Studia Archaeologica*, 85. Valladolid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.
- BENDANN, E. 1969. *Death Customs. An Analytical Study of Burial Rites*. London: Dawsons of Pall Mall.
- BENGHEZAL, A. 1989. *Groupes de référence des poteries gallo-romaines de Seeb (Suisse) et Oberwinterthur (Suisse): caractéristiques minéralogiques, chimiques et techniques*. Frigourg: University of Fribourg.
- BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. *et al.* 2014. Aportaciones hidrogeológicas al estudio arqueológico de los orígenes de la edad del bronce de la mancha: La cueva monumentalizada de Castillejo del Bonete (Terrinches, Ciudad Real, España). *Trabajos de Prehistoria* 71: 76–94. <https://doi.org/10.3989/tp.2014.12125>.
- BENITO ÁLVAREZ, F. 1989. Anexo I. Estudio del material arqueológico de ‘El Teso del Cuerno’ (Forfoleda, Salamanca). Campaña de 1989, en M.C. Jiménez González & J.I. Martín Benito: *Excavaciones arqueológica en ‘El Teso del Cuerno’ (Forfoleda, Salamanca) (campaña de verano, 1989)*. Salamanca: Informe inédito.
- BERGGREN, A. 2012. The interpretation of depositions in pits. Is it time for the pendulum to swing back? *Archaeological Dialogues* 19: 116120.
- BERROCAL-RANGEL, L. & P. GARDES. 2001. *Entre celtas e íberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Madrid: Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez.
- BLANCO-GONZÁLEZ, A. 2008. Tendencias del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). Del Neolítico al Hierro Inicial. *Zephyrus* 62: 101–23.
- . 2009. El poblamiento del Bronce Final y Primer Hierro en el sector meridional de la Submeseta Norte. Tesis doctoral inédita. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- . 2010. ¿Nuevos hogares para los emigrantes? Casas y paisajes en el debate sobre el límite entre Cogotas I y el Primer Hierro en el valle del Duero. *Zephyrus* XLIV: 155–79.
- . 2011. From huts to ‘the house’: The shift in perceiving home between the Bronze Age and the Early Iron Age in Central Iberia (Spain). *Oxford Journal of Archaeology* 30: 393–410.
- . 2014a. Sitios en altura y vasijas rotas: reconsiderando la etapa de ‘plenitud’ de Cogotas I (1450-1150 cal AC) en la Meseta. *Trabajos de Prehistoria* 71: 305–29.

- . 2014b. ¿Rutinas caseras o fiestas comunitarias? Tafonomía y remontaje de la cerámica calcolítica de El Ventorro (Madrid). *Complutum* 25: 89–108.
 - . 2014c. Tracking the social lives of things: biographical insights into Bronze Age pottery in Spain. *Antiquity* 88: 441–55.
 - . 2014d. Copying from sherds. Creativity in Bronze Age pottery in Central Iberia (1800-1150 BC), en J. Sofaer, L. Bender Jorgensen, M.L.S. Sørensen, D. Marcevic & R. Brockhurst (ed.) *Considering Creativity Creativity, Knowledge and Practice in Bronze Age Europe*: 19–38. Oxford: Oxbow Books.
 - . 2015a. Past fragments: From ceramics to social practices in later prehistoric Iberia. *Journal of Social Archaeology* 15: 342–65.
 - . 2015b. Unconventional Prehistoric Worlds: Untangling the Later Bronze Age in Central Iberia. *Cambridge Archaeological Journal* 25: 435–60.
 - . 2016. Microhistorias de la Prehistoria Reciente en el interior de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria* 73: 47–67.
 - . 2018. De cabañas a casas. Estrategias sociales en la Prehistoria final de la Meseta (1400-400 AC), en A. Rodríguez Díaz, I. Pavón Soldevila & D.M. Duque Espino (ed.) *Más allá de las casas. Familias, linajes y comunidades en la protohistoria peninsular*: 295–326. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- BLANCO-GONZÁLEZ, A. & J. CHAPMAN. 2014. A new method for identifying sherds refits: A case study from Neolithic of Northumbria, U.K. *Journal of Field Archaeology* 39: 248–55.
- BLANCO-GONZÁLEZ, A. & J.F. FABIÁN GARCÍA. 2010. Un hito de la memoria: el túmulo de El Morcuero (Gemuño, Ávila). *Munibe. Antropología-Arkeología* 61: 183–212.
- . 2011. ¿Monumentos evocativos? Los túmulos de Los Tiesos (Mediana de Voltoya, Ávila) en su contexto prehistórico. *Munibe. Antropología-Arkeología* 62: 251–82.
- BLANCO-GONZÁLEZ, A., K.T. LILLIOS, J.A. LÓPEZ-SÁEZ & B.L. DRAKE. 2018. Cultural, Demographic and Environmental Dynamics of the Copper and Early Bronze Age in Iberia (3300–1500 BC): Towards an Interregional Multiproxy Comparison at the Time of the 4.2 ky BP Event. *Journal of World Prehistory* 31: 1–79. <https://doi.org/10.1007/s10963-018-9113-3>.
- BLASCO BOSQUED, M.C. 1997. Manifestaciones funerarias de la Edad del Bronce en la Meseta. *Saguntum (PLAV)* 30: 173–90.
- . 2004. Hacia una definición del horizonte Cogotas I: algo más que un estilo cerámico, en L. Hernández & M.S. Hernández (ed.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*: 567–83. Alicante: Universidad de Alicante.
 - . 2012. Cogotas I en la Meseta española, en J.A. Rodríguez Marcos & J. Fernández Manzano (ed.) *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*: 187–218. Valladolid: Universidad de Valladolid.

- BLASCO BOSQUED, M.C. & R. LUCAS PELLICER. 2001. Problemática del Bronce Final en la Meseta. *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología* 10: 221–33.
- BLASCO BOSQUED, M.C., M.L. SÁNCHEZ-CAPILLA, J. CALLE PARDO, F.J. ROBLES, V.M. GONZÁLEZ & A. GONZÁLEZ. 1991. Enterramientos del Horizonte Proto-Cogotas I en el valle del Manzanares. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 18: 55–112.
- BLASCO BOSQUED, M.C., J.F. BLANCO, C. LIESAU, E. CARRIÓN, J. GARCÍA, J. BAENA, S. QUERO & M.J. RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA. 2007. *El Bronce Medio y Final en la región de Madrid. El poblado de la Fábrica de Ladrillos (Getafe, Madrid)*. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 14-15. Madrid: Museo de los Orígenes.
- BOURDIEU, P. 1991. *El sentido práctico*. 1ª ed. 1980. Madrid: Taurus Humanidades.
- . 2000. *Esquisse d'une théorie de la pratique. Précédé de Trois études d'ethnologie kabyle*. 1ª edición 1972. Paris: Editorial Seuil.
- . 2002. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. 1ª edición 199,. Barcelona: Anagrama.
- BOURQUE, N. 2000. An anthropologist's view of ritual, en E. Bispham & C. Smith (eds.) *Religion in Archaic and Republic Rome and Italy*: 19–33. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- BRADLEY, R. 2002. *The Past in Prehistoric Societies*. London: Routledge.
- . 2003. A life less ordinary: the ritualization of the domestic sphere in Later Prehistoric Europe. *Cambridge Archaeological Journal* 13: 5–23.
- . 2005. *Ritual and domestic life in prehistoric Europe*. London: Routledge.
- BRADLEY, R. & D. FORD. 2004. A long distance connection in the Bronze Age: Joining fragments of a Ewart Park sword from two sites in England, en VV.AA. (eds.) *From megaliths to metal. Essays in honour of George Eogan*: 174–77. Oxbow Books.
- BRONK RAMSEY, C. 2009. Bayesian analysis of radiocarbon dates. *Radiocarbon* 51: 337–60.
- . 2017. Methods for Summarizing Radiocarbon Datasets. *Radiocarbon* 59: 1809–33.
- BROOKS, A.S. & J.E. YELLEN. 1987. The Preservation of Activity Areas in the Archaeological Record: Ethnoarchaeological and Archaeological Work in Northwest Ngamiland, Botswana, en S. Kent (ed.) *Method and Theory for Activity Area Research: An Ethnoarchaeological Approach*: 63–106. New York: Columbia University Press.
- BRÜCK, J. 1999a. Houses, Lifecycles and Deposition on Middle Bronze Age Settlements in Southern England. *Proceedings of the Prehistoric Society* 65: 145–66.
- . 1999b. Ritual and rationality: some problems of interpretation in European Archaeology. *European Journal of Archaeology* 2: 313–44. <https://doi.org/10.1177/146195719900200303>.
- . 2004. Material metaphors: The relational construction of identity in Early Bronze Age burials

- in Ireland and Britain. *Journal of Social Archaeology* 4: 307–33. <https://doi.org/10.1177/1469605304046417>.
- . 2006. Fragmentation, Personhood and the Social Construction of Technology in Middle and Late Bronze. *Cambridge Archaeological Journal* 16: 297–315. <https://doi.org/10.1017/S0959774306000187>.
- . 2009. Women, Death and Social Change in the British Bronze Age. *Norwegian Archaeological Review* 42: 1–23. <https://doi.org/10.1080/00293650902907151>.
- . 2019. *Personifying Prehistory. Relational ontologies in Bronze Age Britain and Ireland*. Oxford: Oxford University Press.
- BRUDENELL, M. & A. COOPER. 2008a. Post-Middenism: Depositional Histories on Later Bronze Age Settlements at Broom, Bedfordshire. *Oxford Journal of Archaeology* 27: 15–36.
- . 2008b. Post-Middenism: Depositional Histories on Later Bronze. *Oxford Journal of Archaeology* 27: 15–36.
- BRUGGE, D.M. 1978. A Comparative Study of Navajo Mortuary Practices. *American Indian Quarterly* 4: 309–28.
- BUDDEN, S. & J. SOFAER. 2009. Non-discursive Knowledge and the Construction of Identity Potters, Potting and Performance at the Bronze Age Tell of Százhalombatta, Hungary. *Cambridge Archaeological Journal* 19: 203. <https://doi.org/10.1017/S0959774309000274>.
- BURILLO MOZOTA, F. & J. V. PICAZO MILLÁN. 1994. El Bronce Medio y la transición al Bronce Tardío en Teruel. *GALA* 3–5: 59–75.
- BURJACHS, F. & I. EXPÓSITO. 2007. VIII.2. Informe palinológico de Velilla, en G. López López & J. Morín de Pablos (eds.) *Los yacimientos de Merinas y Velilla (Mocejón, Toledo). Un modelo de estudio para la Edad del Bronce en la provincia de Toledo. Estudios complementarios: los yacimientos de Val de la Viña (Alovera, Guadajara) y Baños del Emperador (Ciudad Real)*: 163–65. Toledo: Marq Audema y Diputación de Toledo.
- CABRÉ AGUILÓ, J. 1929. Cerámica de la segunda mitad de la época del Bronce en la Península Ibérica. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria* VIII: 205–45. Madrid.
- CAMERON, C.M. & S.A. TOMKA. 1993. *Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CAMMAS, C. 2003. L'architecture en terre crue à l'âge du fer et à l'époque romaine: apports de la discrimination micromorphologique des modes de mise en oeuvre, en C.-A. de Chazelles-Gazzal & A. Klein (eds.) *Échanges transdisciplinaires sur les constructions en terre crue. Actes de la table-ronde de Montpellier (17-18 novembre 2001)*: 33–54. Montpellier: École d'architecture du Languedoc-Roussillon, Éditions de l'Espérou.

- CARMONA BALLESTERO, E. 2017. Revisando el registro arqueológico de Rompizales I (Burgos). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: Arqueología* 83: 95–122. <https://doi.org/https://doi.org/10.24197/ba.LXXXIII.2017.95-122>.
- CARR, G. & C. KNÜSEL. 1997. The ritual framework of excarnation by exposure as the mortuary practice of the early and middle Iron Ages of Central southern Britain, en A. Gwilt & C. Haselgrove (eds.) *Reconstructing Iron Age Societies. New approaches to the British Iron Age*. Col. Oxbow Monograph, 71: 167–73. Oxford: Oxbow.
- CARRICAJO CARBAJO, C. 1990. *Temas didácticos de cultura tradicional. Arquitectura popular. Construcciones secundarias*. Valladolid: Diputación de Valladolid.
- CASELLAS, S. 1995. Dipòsits faunístics no subsistencials a la Catalunya Prehistòrica. *Cota Zero* 11: 89–93.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., R. MICÓ & M.E. SANAHUJA YLL. 1995. Genealogía y cronología de la ‘cultura de Cogotas I’. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 61: 51–118.
- CAVULLI, F. & D. GHEORGHIU. 2008. Looking for a Methodology Burning Wattle and Daub Housing Structures. A Preliminary Report on an Archaeological Experiment. Experimental Pyrotechnology Group Occasional Papers 1. Bucarest: Editorial Univesitatii Bucuresti.
- CESSFORD, C. & J. NEAR. 2005. Fire, Burning and Pyrotechnology at Çatalhöyük, En I. Hodder (ed.) *Çatalhöyük Perspectives: Themes from the 1995-9 Seasons*. Çatalhöyük Research Project, Volume 6: 171–82. Cambridge/London: McDonald Institute Monographs/British Institute of Archaeology at Ankara.
- CHAIX, L. 1995. La integració dels animals en les pràctiques lúdiques, màgiques o religioses. *Cota Zero* 11: 81–88.
- CHAPMAN, J. 1999. Deliberate house-burning in the prehistory of central and eastern Europe. *Glyfer och arkeologiska rum: En vänbok till Jarl Nordbladh*, 44: 113–26.
- . 2000a. *Fragmentation in Archaeology. People, places and broken objects in the Prehistory of south-eastern Europe*. London & New York: Routledge.
- . 2000b. Pit-digging and Structured Deposition in the Neolithic and Copper Age. *Proceedings of the Prehistoric Society* 66: 61–87.
- CHAPMAN, J. & B. GAYDARSKA. 2007. *Parts and wholes: fragmentation in prehistoric context*. Oxford: Oxbow Books.
- COLLET, D.P. 1993. Metaphors and representations associated with precolonial iron-smelting in eastern and southern Africa, en T. Shaw, P. Sinclair, B. Andah & A. Okpoko (eds.) *The archaeology of Africa: Food, metals and towns*: 499–511. London & New York: Routledge.
- CONNERTON, P. 1995. *How societies remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- COOPER, A., D. GARROW & C. GIBSON. 2020. Spectrums of depositional practice in later prehistoric Britain and beyond: grave goods, hoards and deposits ‘in between’. *Archaeological*

- Dialogues* 27: 135–57. <https://doi.org/https://doi.org/10.1017/S1380203820000197>.
- COTIUGĂ, V. 2009. Experimental archaeology: the burning of the Chalcolithic dwellings, en V. Cotiugă, F.A. Tencariu & G. Bodi (eds.) *Itinera in praeistoria. Studia in honorem magistri Nicolae Ursulescu*: 303–42. Iași: Editura Universității 'Alexandru Ioan Cuza'.
- CRAIG, O.E., J. CHAPMAN, A. FIGLER, P. PATAY, G. TAYLOR & M.J. COLLINS. 2003. 'Milk jugs' and other myths of the Copper Age of Central Europe. *European Journal of Archaeology* 6: 251–65.
- CRESPO DÍEZ, M. & J.I. HERRÁN MARTÍNEZ. 2012. Primera intervención arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de Carricastro (Tordesillas, Valladolid), en J.A. Rodríguez Marcos & J. Fernández Manzano (ed.) *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*: 17–38. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- CRESPO DÍEZ, M., J.I. HERRÁN MARTÍNEZ & M.J. PUENTE APARICIO. 2005a. *Intervención arqueológica en el 'Pico Castro', Dueñas, Palencia. Abril - Mayo de 2005. Excavación de sondeos arqueológicos*. Informe técnico inédito. Palencia.
- . 2005b. *Intervención arqueológica en el 'Pico Castro', Dueñas, Palencia. 2a Fase. Octubre - Noviembre de 2005. Trabajos de seguimiento arqueológico*. Informe técnico inédito. Palencia.
- CRIBADO BOADO, F. 1989. Megalitos, espacio, pensamiento. *Trabajos de Prehistoria* 46: 75–98.
- . 1993. Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología* 2: 9–55.
- . 2012. *Arqueológicas. La razón perdida*. Barcelona: Bellaterra.
- CRUZ SÁNCHEZ, P.J. 2006. La organización socioeconómica de la Mesa de Carpio y su entorno (Villagonzalo de Tormes, Salamanca) a través de los artefactos macrolíticos pulimentados. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 72–73: 93–121.
- CUBAS MORERA, M. 2010. *La aparición de la tecnología cerámica en la región cantábrica secuencias de producción durante el V milenio cal BC*. Tesis doctoral inédita. Santander: Universidad de Cantabria.
- . 2013. *La aparición de la tecnología cerámica en la región cantábrica*. BAR International Series: 2566. Oxford: Archaeopress.
- CULTRONE, G., C. RODRIGUEZ-NABARRO, E. SEBASTIAN, O. CAZALLA & M.J. DE LA TORRE. 2001. Carbonate and silicate phase reactions during ceramic firing. *European Journal of Mineralogy* 13: 621–34.
- CULTRONE, G., I. SIDRABA & E. SEBASTIAN. 2005. Mineralogical and physical characterization of the bricks used in the construction of the 'Triangul Bastion', Riga (Latvia). *Applied Clay Science* 28: 297–308.
- CUNLIFFE, B. 1992. Pits, preconceptions and propitiation in the British Iron Age. *Oxford Journal of Archaeology* 11: 69–83.

- DEAL, M. 1985. Household Pottery Disposal in the Maya Highlands: An Ethnoarchaeological Interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology* 4: 243–91.
- DELIBES DE CASTRO, G. 1978. Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid). *Trabajos de Prehistoria* 35: 225–50.
- . 2000. Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero: Una valoración del límite Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto. *Zephyrus* 53–54: 293–309.
- DELIBES DE CASTRO, G. & J.M. DEL VAL RECIO. 2005. Espiraliformes de plata de la cueva de la Vaquera (Segovia): un probable conjunto votivo de los inicios de la Edad de Bronce. *Munibe. Antropología-Arkeología* 57: 301–13.
- DELIBES DE CASTRO, G. & Á. ESPARZA-ARROYO. 1985. Neolítico y Edad del Bronce, en J.M. Palomares Ibáñez (ed.) *Historia de Burgos. Vol. 1 - Edad Antigua*: 117–77. Burgos: Publicaciones de la Caja de Ahorros Municipal de Burgos.
- DELIBES DE CASTRO, G. & J. FERNÁNDEZ MANZANO. 1981. El castro protohistórico de ‘La Plaza’ en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 67: 51–70.
- DELIBES DE CASTRO, G. & J.I. HERRÁN MARTÍNEZ. 2007. *La prehistoria*. Valladolid: Diputación de Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. & F. ROMERO CARNICERO. 2011. La plena colonización agraria del Valle Medio del Duero. *Complutum* 22: 49–94.
- DELIBES DE CASTRO, G., J. FERNÁNDEZ MANZANO & J.A. RODRÍGUEZ MARCOS. 1990. Cerámica de la Plenitud Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid). *BSAA. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 56: 525–297.
- DELIBES DE CASTRO, G., J.A. RODRÍGUEZ MARCOS & M. SANTONJA GÓMEZ. 1991. Cuatro hallazgos de oro de la Edad del Bronce en la Meseta Norte. *Trabajos de Prehistoria* 48: 203–13.
- DELIBES DE CASTRO, G., F. ROMERO CARNICERO & A. MORALES MUÑIZ (eds.). 1995. *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- DELIBES DE CASTRO, G., J. FERNÁNDEZ MANZANO, E. FONTANEDA PÉREZ & S. ROVIRA LLORENS. 1999. *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La Colección Fontaneda*. Monografías. Arqueología en Castilla y León, 3. Zamora: Junta de Castilla y León.
- DELIBES DE CASTRO, G., M. GARCÍA GARCÍA, J. del OLMO MARTÍN & J. SANTIAGO PARDO. 2014. *Recintos de fosos calcolíticos del valle medio del Duero. Arqueología aérea y espacial*. Studia Archaeologica, 100. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. 2004. La impronta de Cogotas I en los dólmenes del occidente de la cuenca del Duero o el mensaje megalítico renovado. *Mainake* 26: 211–31.
- DELIBES DE CASTRO, G. & F.J. DE PAZ FERNÁNDEZ. 2000. Ídolo-espátula sobre radio humano en el ajuar

- de un sepulcro megalítico de la Meseta. *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología* 9: 341–49.
- DELIBES DE CASTRO, G. & M. FERNÁNDEZ MIRANDA. 1986. Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I. *Zephyrus* 39: 17–30.
- DELIBES DE CASTRO, G. & F. ROMERO CARNICERO. 1992. El último milenio a. C. en la cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural, en M. Almagro-Gorbea & G. Ruiz Zapatero (ed.) *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3: 233–58.
- DELIBES DE CASTRO, G., F. ROMERO CARNICERO & F.J. ABARQUERO MORAS. 2000. Cerámicas excisas de discutible filiación Cogotas I en el Bronce Tardío de la península ibérica: una taza de ‘estilo Duffaits’ procedente de la Cueva del Asno (Los Rábanos, Soria). *Soria Arqueológica* 2: 97–130.
- DELIBES DE CASTRO, G. et al. 2019. ¿Un Ulises campaniforme en el túmulo de Tablada de Rudrón (Burgos)? ADN estéptico y pendientes de oro tipo británico en el enterramiento del fundador, en G. Delibes de Castro & E. Guerra Doce (eds.) *¡Un brindis por el príncipe! El vaso Campaniforme en el interior de la Península Ibérica (2500-2000 a.C.)*. Vol. II: 339–62. Madrid: Museo Arqueológico Regional de Madrid.
- DEMARRAIS, E., L.J. CASTILLO & T. EARLE. 1996. Ideology, materialization, and power strategies. *Current Anthropology* 37: 97–100.
- DESCOLA, P. 1988. *La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar*. Quito: Abya-Yala e IFEA.
- DÍAZ DEL RÍO, P. 2001. *La formación del paisaje agrario. Madrid en el III y II milenios BC*. Arqueología, Paleontología y Etnografía, 9. Madrid: Comunidad de Madrid.
- DÍAZ DEL RÍO, P. & J.M. VICENT. 2006. Movilidad, funcionalidad y usos del suelo en la Prehistoria Reciente. *Arqueología Espacial* 26: 21–36.
- DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, A. 1997. Primera campaña de excavación arqueológica en el yacimiento de El Tablón (Alaejos. Valladolid). Autovía de Castilla, N-620, Tramo Alaejos-Cañizal. 1997-1998. Ávila.
- DORADO ALEJOS, A. 2019. *Caracterización de las producciones cerámicas de Andalucía Oriental y el Sudeste de la Península Ibérica: del Bronce Tardío al Hierro Antiguo (1550/1500-550 cal AC)*. Tesis doctoral inédita. Granada: Universidad de Granada. <http://hdl.handle.net/10481/55777>.
- DOUGLAS, M. 1991. *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. 1ª edición 1966. Madrid: Siglo XXI Editores.
- DUQUE ESPINO, D.M. & G. PÉREZ JORDÁ. 2007. 4. Análisis antracológico y carpológico de los hoyos del Carrascalejo: medio vegetal y agricultura de la Edad del Bronce en la Cuenca media del Guadiana, en J.J. Enríquez Navascués & B. Drake García (eds.) *El campo de hoyos de la Edad del Bronce del Carrascalejo (Badajoz)*. Col. Memorias de Arqueología Extremeña, 7: 147–

58. Mérida: Junta de Extremadura.

EDWARDS, B. 2009. *Pits and the architecture of deposition narratives of social practice in the neolithic of North-East England*. Tesis doctoral inedita. Durham: University of Durham. <http://etheses.dur.ac.uk/2164/>.

EIROA, J.J. 1980. *La cueva del Asno, Los Rábanos (Soria): Campañas 1976-1977*. Excavaciones Arqueológicas en España]. Madrid: Ministerio de Cultura.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. & B. DRAKE GARCÍA. 2007. *El campo de hoyos de la Edad del Bronce del Carrascalejo (Badajoz)*. Memorias de Arqueología Extremeña, 7. Mérida: Junta de Extremadura.

ERICKSON, C.L. 2008. Amazonia: The Historical Ecology of a Domesticated Landscape, en H. Silverman & W.H. Isbell (eds.) *Handbook of South American Archaeology*: 157–83. New York: Springer.

ESPARZA-ARROYO, Á. 1990. Sobre el ritual funerario de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 56: 105–43.

ESPARZA-ARROYO, Á., J. VELASCO-VÁZQUEZ, G. DELIBES DE CASTRO, Á. ESPARZA ARROYO, J. VELASCO-VÁZQUEZ & G. DELIBES DE CASTRO. 2012a. HUM 2005-00139: Planteamiento y primeros resultados del proyecto de investigación sobre la muerte en Cogotas I, en J.A. Rodríguez Marcos & J. Fernández Manzano (eds.) *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*: 259–320. Valladolid: Universidad de Valladolid.

ESPARZA-ARROYO, Á., J. VELASCO-VÁZQUEZ & G. DELIBES DE CASTRO. 2012b. Exposición de cadáveres en el yacimiento de Tordillos (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca). Perspectiva bioarqueológica y posibles implicaciones para el estudio del ritual funerario de Cogotas I. *Zephyrus* LXIX: 95–128.

ESPARZA-ARROYO, Á., J. VELASCO-VÁZQUEZ & J. CELIS SÁNCHEZ. 2016. Notas sobre la fase Soto Formativo en el poblado de Los Cuestos de la Estación (Benavente, Zamora). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. *Arqueología* 82: 63–82.

ESPARZA-ARROYO, Á., S. PALOMO-DÍEZ, J. VELASCO-VÁZQUEZ, G. DELIBES, E. ARROYO-PARDO & D.C. SALARZAR-GARCÍA. 2017. Familiar Kinship? Palaeogenetic and Isotopic Evidence from a Triple Burial of the Cogotas I Archaeological Culture (Bronze Age, Iberian Peninsula). *Oxford Journal of Archaeology* 36: 223–42. <https://doi.org/10.1111/ojoa.12113>.

ESPARZA-ARROYO, Á., A. SÁNCHEZ-POLO & J. VELASCO-VÁZQUEZ. 2018. Damaged Burials or Reliquiae Cogotenses? On the Accompanying Human Bones in Burial Pits Belonging to the Iberian Bronze Age. *Archaeologies. Journal of the World Archaeological Congress* 14: 346–76. <https://doi.org/10.1007/s11759-018-9351-0>.

ESPARZA-ARROYO, Á., J. VELASCO-VÁZQUEZ & G. DELIBES DE CASTRO. 2019. No todos los muertos son iguales: tratamiento mortuario heterogéneo en el yacimiento Cogotas I de Canto Blanco (Sahagún/Calzada del Coto, León). *Norba. Revista de Historia* 32: 109–31.

- ESPARZA-ARROYO, Á., J. VELASCO-VÁZQUEZ & A. SÁNCHEZ-POLO. 2020. Manipulación de restos humanos en el Bronce Medio meseteño: el fragmento fronto-facial hallado en el yacimiento de La Huelga (Dueñas, Palencia). *Complutum* 31: 49–69. <https://doi.org/https://doi.org/10.5209/cmpl.71649>.
- EXCAR, S. 1989. *Excavación arqueológica de urgencia. Abril de 1989*. Documento técnico inédito. Salamanca.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. 2003. El calcolítico en el suroeste de la meseta norte: Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila). *Nvmantia. Arqueología en Castilla y León. 1997/1998*: 9–50.
- . 2006. *El IV y III Milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo.
- FABIÁN GARCÍA, J.F., STRATO & A. BLANCO-GONZÁLEZ. 1997. El enterramiento en fosa del Cerro de la Cabeza (Ávila). La cuestión funeraria en el Bronce Final/Hierro I en el Sur-Oeste de la Meseta norte, en P. Bueno, A. Gilman, C. Martín y J. Sánchez-Palencia (eds.) *Arqueología, Sociedad, Territorio y Paisaje. Homenaje a María Dolores Fernández-Posse*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XXVIII. Madrid: CSIC: 183-194.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. 1979. Informe de la primera campaña (1977) en la Cueva de Arevalillo (Segovia). *Noticiario Arqueológico Hispánico* 6: 51–88.
- . 1981. La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia). *Noticiario Arqueológico Hispánico*: 43–84.
- . 1982. Consideraciones sobre la técnica de Boquique. *Trabajos de Prehistoria* 39: 137–60.
- . 1986a. La cerámica decorada de Cogotas I. *Zephyrus* 39–40: 231–37.
- . 1986b. La cultura de Cogotas I, en O. Arteaga (ed.) *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. *Actas del Congreso. Cuevas de Almanzora, junio 1984*: 475–87. Sevilla: Junta de Andalucía.
- . 1998. *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid: Editorial Síntesis.
- FERNÁNDEZ CRESPO, T., J. ORDOÑO, A. LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE & R.J. SCHULTING. 2020. Make a desert and call it peace: massacre at the Iberian Iron Age village of La Hoya. *Antiquity* 94: 1245–62.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. 1986. *Bronce Final en la Meseta Norte: el utillaje metálico*. Monografías. Investigaciones arqueológicas en Castilla y León. Almazán: Junta de Castilla y León.
- FERNÁNDEZ MORENO, J.J. 2010. *El Bronce Antiguo en el Oriente de la Submeseta Norte*. Tesis doctoral inédita. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- . 2013. *El Bronce Antiguo en el Alto Duero: los poblados del Parpantique de Balluncar y Los Torojones de Morcuera (Soria)*. *Studia Archaeologica*, 98. Valladolid y Soria: Ediciones Universidad de Valladolid y Asociación de Amigos del Museo Numantino.
- FERNÁNDEZ MORENO, J.J. & J.R. ALMEIDA OLMEDO. 2011. Arquitectura de barro. Reconstrucción gráfica del hábitat del inicio de la Edad del Bronce en el interior peninsular. *Virtual Archaeology Review* 2: 93–97.

- FERNÁNDEZ, S.Z. & T.C. BRUNET. 1993. Enterrar el pasado: la destrucción del conjunto escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). *Verdoy* 9: 95–120.
- FONSECA DE LA TORRE, H.J. 2015. *Estructuras de habitación calcolíticas en el Valle Medio del Duero. Un caso de estudio: El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)*. Trabajo académico inédito. Santander: Universidad de Cantabria.
- FONSECA DE LA TORRE, H.J. & J.A. RODRÍGUEZ MARCOS. 2017. Las técnicas constructivas de la prehistoria reciente en el Valle del Duero, en S. Huerta Fernández (ed.) *Actas del X Congreso Nacional y II Congreso Internacional Hispanoamericano de Historia de la Construcción*. Vol. I.: 569–76. Donostia-San Sebastián.
- FONSECA DE LA TORRE, H.J., M. CRESPO DÍEZ, J.A. RODRÍGUEZ MARCOS, P. MARTÍN RAMOS, M. CUBAS & M.Á. SÁNCHEZ CARRO. 2017. Aproximación a la arquitectura del barro en el yacimiento de El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid), en A. Álvarez Rodríguez, C. Tejedor-Rodríguez & I. García Vázquez (eds.) *Arqueología en el valle del Duero: del Paleolítico a la Edad Media. Actas de las V Jornadas de Jóvenes Investigadores del valle del Duero*: 107–24. Madrid: Glyphos Publicaciones.
- FONTIJN, D. 2002. *Sacrificial landscapes. Cultural biographies of persons, objects and 'natural' places in the Bronze Age of the southern Netherlands, c.2300–600 BC [Analecta Praehistorica Leidensia 33/34]*. Leiden: University of Leiden-Faculty of Archaeology.
- FORGET, M.C.L. & R. SHAHACK-GROSS. 2016. How long does it take to burn down an ancient Near Eastern city? The study of experimentally heated mud-bricks. *Antiquity* 90: 1213–25. <https://doi.org/10.15184/aqy.2016.136>.
- FOUCAULT, M. 1984. *Enfermedad mental y personalidad*. 1ª edición 1954. Barcelona: Paidós.
- . 2007. *The order of things: an archaeology of the human sciences*. 1ª edición 1966. Londres: Routledge Classics.
- FRAZER, J.G. 1934. *The Fear of the Dead in Primitive Religion. Vol. II*. London: MacMillan.
- FRIESEM, D.E., E. BOARETTO, A. ELIYAHU-BEHAR & R. SHAHACK-GROSS. 2011. Degradation of mud brick houses in an arid environment: a geoarchaeological model. *Journal of Archaeological Science* 38: 1138–47.
- FRIESEM, D.E., P. KARKANAS, G. TSARTSIDOU & R. SHAHACK-GROSS. 2014. Sedimentary processes involved in mud brick degradation in temperate environments: a micromorphological approach in an ethnoarchaeological context in northern Greece. *Journal of Archaeological Science* 41: 556–67.
- GALÁN SAULNIER, C. 1998. Sobre la cronología de Cogotas I. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 25: 201–43.
- GAMBLE, C. 2008. *Arqueología básica*. Barcelona: Ariel Prehistoria.
- GARCÍA BARRIOS, A.S. 2008. *Los inicios de la Edad del Cobre en el valle medio del Duero: una*

- aproximación a los modos de vida en el centro de la meseta norte en los albores de la metalurgia*. Tesis doctoral inédita. Valladolid: Universidad de Valladolid. http://almena.uva.es/search~S1*spl/?agarcia+barrios/agarcia+barrios/1%2C3%2C4%2CB/frameset&FF=agarcia+barrios+angel+salvador&1%2C1%2C.
- GARCÍA GARCÍA, M. 2017. *La Edad de los Metales en el Duero Medio. La evolución del paisaje y de las sociedades*. Studia Archaeologica, 102. Valladolid: Ediciones Universidad de Valladolid.
- GARRALDA, M.D. & V. GALERA. 1984. La sepultura individual de Los Tolmos de Caracena (Soria). Edad del Bronce. *Boletín de la Sociedad Española de Antropología Biológica* 5: 39–45.
- GARRIDO-PENA, R., A. SÁNCHEZ-POLO, C. TEJEDOR-RODRÍGUEZ, Í. GARCÍA MARTÍNEZ-DE-LAGRÁN & M.Á. ROJO-GUERRA. 2021. *La Edad del Bronce en el sureste de la cuenca del Duero: El valle de Ambrona (Soria) durante el II milenio AC*. Studia Archaeologica. Valladolid y Soria: Diputación de Soria, Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León.
- GARRIDO PENA, R. 2000. Ocupación prehistórica, en J.L. Argente Oliver, A. Díaz & A. Bescós Corral (eds.) *Tiermes V. Carratiermes necrópolis celtibérica. Campañas 1977 y 1986-1991*, Arqueología: 251–60. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- GARROW, D. 2012. Odd Deposits and Average Practice. A Critical History of the Concept of Structured Deposition. *Archaeological Dialogues* 19: 85–115. <https://doi.org/10.1017/S1380203812000141>.
- . 2013. Deposition in Pits, en C. Fowler, J. Harding & D. Hofmann (eds.) *The Oxford Handbook of Neolithic Europe*: 729–44. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199545841.013.003>.
- GARROW, D., E. BEADMOORE & M. KNIGHT. 2005. Pit Clusters and the Temporality of Occupation: An Earlier Neolithic Site at Kilverstone, Thetford, Norfolk. *Proceedings of the Prehistoric Society* 71: 139–57.
- GENNEP, A. van. 1986. *Los ritos de paso. Estudio sistemático de las ceremonias de la puerta y el umbral*. 1ª edición 1909. Barcelona: Taurus.
- GERRITSEN, F. 1999. To Build and to Abandon. The Cultural Biography of Late Prehistoric Houses and Farmsteads in the Southern Netherlands. *Archaeological Dialogues* 6: 78–97.
- GERRITSEN, F.A. 2007. Relocating the House: Social Transformations in Late Prehistoric Northern Europe, en R.A. Beck (ed.), *The Durable House. House Society Models in Archaeology*. Carbondale: 154–74.
- GHEORGHIU, D. 2007. Chalcolithic Pyroinstruments with Air Draught - An Outline., in D. Gheorghiu (ed.) *Fire as an instrument. The archaeology of pyrotechnologies*. BAR Int. Series, 1619: 41–52. Oxford: Archaeopress.
- . 2008. Built to be burnt: The building and combustion of Chalcolithic dwellings in the Lower Danube and Eastern Carpathian areas, in *Circumpontica in prehistory: Western Pontic studies. Global gratitude to Eugen Comsa for his 85th birth anniversary*: 55–68. Oxford:

- Archaeopress. <https://core.tdar.org/document/422260/built-to-be-burnt-the-building-and-combustion-of-chalcolithic-dwellings-in-the-lower-danube-and-eastern-carpathian-areas>.
- GIDDENS, A. 1995. *La constitución de la sociedad. Bases para la Teoría de la Estructuración*. 1ª ed. 1988. Buenos Aires: Amorrurtu Editores.
- GILLESPIE, S.D. 2008. History in practice. Ritual deposition at La Venta Complex A, en B.J. Mills & W.H. Walker (eds.) *Memory work. Archaeologies of Material Practices*: 109–36. Santa Fe (New Mexico): School for Advanced Research Press.
- GILMAN, A., M.D. FERNÁNDEZ-POSSE & C. MARTÍN. 2000. Avance de un estudio del territorio del Bronce Manchego. *Zephyrus* 53–54: 311–22.
- GINER ABATI, F. 1992. *Los Himbas. Etnografía de una cultura ganadera de Angola y Namidia*. Salamanca: Amarú Eds.
- GLINISTER, F. 2000. Sacred rubbish, en E. Bispahm & C. Smith (eds.) *Religion in Archaic and Republic Rome and Italy*: 54–70. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- GODELIER, M. 1986. *La producción de Grandes Hombres: poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. 1ª edición 1982. Madrid: Akal.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. 2003. *La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología*. Madrid: Akal.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A., A. HERNANDO & G. POLITIS. 2011. Ontology of the self and material culture: Arrow-making among the Awá hunter-gatherers (Brazil). *Journal of Anthropological Archaeology* 30: 1–16. <http://linkinghub.elsevier.com/retrieve/pii/S0278416510000486>. <https://doi.org/10.1016/j.jaa.2010.10.001>.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F.J. & M.Á. FANO. 1994. El fenómeno de la muerte en Cogotas I: una propuesta metodológica. *Zephyrus* 47: 93–103.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. 1984. Proto-Cogotas I o el Bronce Medio de la Meseta: La Gravera de «Puente Viejo» (Ávila). *Zephyrus* 37–38: 267–76.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. & A. DOMÍNGUEZ CALVO. 2002. *Los Castillejos de Sanchorreja. Campañas de 1981, 1982 y 1985*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, J. & H. LARRÉN. 1986. Un yacimiento del Bronce Medio en Zorita de los Molinos (Mingorría, Ávila). *Cuadernos Abulenses* 6: 61–80.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M.L. (ed.). 2009. 'El Pelambre', Villaornate, León. *El Horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantiguo en el valle medio del Esla*. Madrid: TRAGSA.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J.M. 1992. *La cerámica de un 'campo de hoyos' en Forfoleda (Salamanca), adscrita al marco cultural de Cogotas I*. Trabajo académico inédito. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- . 1993. Interpretación arqueológica de un 'campo de hoyos' en Forfoleda, Salamanca. *Zephyrus*

46: 309–13.

- GONZÁLEZ MARCÉN, P. 2018. The child is dead: decision-making and emigration in Bronze Age Iberia, en M. Sánchez Romero & R.M. Cid López (eds.) *Motherhoods and infancies in the Mediterranean in Antiquity*: 12–23. Oxford: Oxbow Books.
- GONZALEZ RUIBAL, A. & M.L. RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO. 2016. House Societies in the Ancient Mediterranean (2000-500 BC). *Journal of World Prehistory* 29: 217–336.
- GOODY, J. 1962. *Death, property and the ancestors: a study of the mortuary customs on the LoDagaa of West Africa*. London: Tavistock.
- GOSDEN, C. 2008. *Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el presente*. Barcelona: Bellaterra Arqueología.
- GOSSELAINE, O.P. 2000. Materializing Identities: An African Perspective. *Journal of Archaeological Method and Theory* 7 (3): 187–217.
- GRAMSCI, A. 2009. Notas críticas sobre un intento de ‘ensayo popular de sociología’, in *La política y el Estado Moderno*: 11–76. Madrid: Biblioteca Pensamiento Crítico de Público.
- GUERRA DOCE, E., G. DELIBES DE CASTRO, J.A. RODRÍGUEZ MARCOS, M. CRESPO DÍEZ, A. GÓMEZ PÉREZ, J.I. HERRÁN MARTÍNEZ, J. TRESSERRAS JUAN & J.C. MATAMALA MELLÍN. 2012. Residuos de productos lácteos y de grasa de carne en dos recipientes cerámicos de la Edad del Bronce del Valle Medio el Duero. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología Arqueología* LXXVII: 105–37.
- GUMILLA, J. 1745. *El Orinoco ilustrado, y defendido. Historia natural, civil, y geographica de este gran río y sus caudalosas vertientes*. 2ª edición. Madrid: Impresor Manuel Fernández. <https://play.google.com/books/reader?id=oibsAAAAMAAJ&hl=es&pg=GBS.PR3>.
- HAMEROW, H. 2012. *Rural settlements and society in Anglo-Saxon England*. Oxford: Oxford University Press.
- HARDING, A. 2009. A conversation with Colin Renfrew (Professor Lord Renfrew of Kaimsthorn). *European Journal of Archaeology* 11: 143–70. <https://doi.org/10.1177/1461957109106371>.
- HARDING, J. 2006. Pit-digging, occupation and structured deposition on Rudston World, Eastern Yorkshire. *Oxford Journal of Archaeology* 25: 109–26.
- HARRIS, E.C. 1991. *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona: Editorial Crítica.
- HARRISON, K. 2013. The application of forensic fire investigation techniques in the archaeological record. *Journal of Archaeological Science* 40: 955–60. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2012.08.030>.
- HARRISON, R.J. 1993. A Bronze Age cultural sequence from Moncín, Borja (prov. Zaragoza). *Empúries* 48–50: 384–91.
- HARRISON, R.J. 1995. Bronze Age expansion 1750-1250 BC: The Cogotas I phase in the Middle Ebro

Valley. *Veleia* 12: 67–78.

HARRISON, R.J. 2007. *Majaladares (Spain). A Bronze Age village of farmers, hunters and herders*. Internationale Archäologie, 107. Rahen: Marie Leidorf.

HARRISON, R.J., G.C. MORENO LÓPEZ & A.J. LEGGE. 1994. *Moncín: un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*. Zaragoza: Diputación de Zaragoza.

HARRISON, R.J., M.T. ANDRÉS RUPÉREZ & G.C. MORENO LÓPEZ. 1998. *Un poblado de la Edad del Bronce en El Castillo (Frias de Albarracín, Teruel)*. BAR International Series, 708. Oxford: Archaeopress.

HAYDEN, B. 2009. Funerals As Feasts: Why Are They So Important? *Cambridge Archaeological Journal* 19: 29–52. <https://doi.org/10.1017/S095977430900002X>.

HAYDEN, B. & A. CANNON. 1983. Where the Garbage Goes: Refuse Disposal in the Maya Highlands. *Journal of Anthropological Archaeology* 2: 117–63. [https://doi.org/10.1016/0278-4165\(83\)90010-7](https://doi.org/10.1016/0278-4165(83)90010-7).

HERNANDO, A. 2002. *Arqueología de la identidad*. Madrid: Akal Arqueología.

—. 2003. En la Prehistoria no vivieron ‘individuos’. Sobre los problemas de aplicación de la Teoría de Acción a las sociedades prehistóricas. *Era Arqueología. Teoria da Acção e a Arqueologia* 6: 84–99.

—. 2006. Arqueología y Globalización. El problema de la definición del ‘otro’ en la Postmodernidad. *Complutum* 17: 221–34.

—. 2018. *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. 2ª ed. Madrid: Traficantes de Sueños.

HERRÁN, J.I. 2009. *Estudio arqueológico en el marco del proyecto del parque eólico que se prevé construir en el pago de Carricastro, Tordesillas y Velilla (Valladolid)*. Documento técnico inédito. Valladolid.

HERRÁN MARTÍNEZ, J.I. 2008. *Arqueometalurgia de la Edad del Bronce en Castilla y León*. Studia Archaeologica, 95. Valladolid: Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León.

HILL, J.D. 1995. *Ritual and Rubbish in the Iron Age of Wessex: A Study on the Formation of a Specific Archaeological Record*. Oxford: British Archaeological Reports.

HILL, J.D. & C.G. CUMBERPATCH. 1993. Volviendo a pensar la Edad del Hierro *Trabajos de Prehistoria* 50: 127–37.

HOBBSAWN, E. 2002. Introducción: La invención de la tradición, en E. Hobsbawn & T. Ranger (eds.) *La invención de la tradición*, 7–21. Barcelona: Ed. Crítica.

HODDER, I. 1982. *Symbols in action. Ethnoarchaeological studies on material culture*. Cambridge, New York: Cambridge University Press.

HOFMANN, D. & J. SMYTH (eds.). 2013. *Tracking the Neolithic House in Europe. Sedentism,*

- Architecture, and Practice*. One World Archaeology Series, VIII. New York: Springer.
- HUGH-JONES, S. 2012. El cuerpo fabricado: objetos y ancestros en la Amazonía noroccidental, en F. Santos Granero (ed.) *La vida oculta de las cosas. Teorías indígenas de la materialidad y la personificación*: 55–90. Quito: Abya-Yala.
- HUTSON, S.R. & T.W. STANTON. 2007. Cultural Logic and Practical Reason: the Structure of Discard in Ancient Maya Houselots. *Cambridge Archaeological Journal* 17: 123–44. <https://doi.org/10.1017/S0959774307000212>.
- IGEA, J., P. LAPUENTE, M.E. SÁIZ CARRASCO, F. BURILLO MOZOTA, J. BASTIDA & J. PÉREZ-ARANTEGUI. 2008. Estudio arqueométrico de cerámicas procedentes de cinco alfares celtibéricos del Sistema Ibérico Central. *Boletín de la Sociedad Española de Cerámica y Vidrio* 47: 44–55.
- IGLESIAS, J.C. & A.L. PALOMINO LÁZARO. 1989. *Informe sobre la intervención arqueológica de urgencia en el yacimiento de La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid)*. Valladolid.
- INGOLD, T. 1994. From trust to domination: an alternative history of human-animal relations, en A. Manning & J. Serpell (eds.) *Animals and human society. Changing perspectives*: 1–22. Londres: Routledge.
- INIESTA AYERRA, F.J. 2004. *Materiales de Cogotas I procedentes del Caserío de Perales*. Tomo I. Tesis doctoral inédita. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- JIMÉNEZ-BROBEIL, S., I. AL-OUMAOUI & J.A. ESQUIVEL. 2004. Actividad física según sexo en la cultura argárica. Una aproximación desde los restos humanos. *Trabajos de Prehistoria* 61: 141–53.
- JIMÉNEZ GONZÁLEZ, M.C. & J.I. MARTÍN BENITO. 1988. *Excavaciones arqueológicas en 'El Teso del Cuerno' (Forfoleda, Salamanca). Campaña de verano 1988*. Documento técnico inédito. Salamanca.
- . 1989. *Excavaciones arqueológicas en el Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca). Campaña de verano de 1989*. Documento técnico inédito. Salamanca.
- JIMÉNEZ JÁIMEZ, V. 2007. La Premisa Pompeya y las 'cabañas semisubterráneas' del sur de la Península Ibérica (IV-III milenios AC). *Mainake* XXIX: 475–92.
- . 2008. El ciclo formativo del registro arqueológico. Una alternativa a la dicotomía deposicional/ posdeposicional. *Zephyrus* 62: 125–37.
- JIMÉNEZ JÁIMEZ, V. & J.E. MÁRQUEZ ROMERO. 2006. 'Aquí no hay quien viva'. Sobre las casas-pozo en la Prehistoria de Andalucía durante el IV y III milenios AC. *Spal* 15: 39–49.
- . 2010. Structured deposition and ditched enclosures in the Late Prehistory on Southern Iberia (IV-III millennia B.C.), en D. Calado, M. Baldia & M. Boulanger (eds.) *Monumental Questions: Prehistoric Megaliths, Mounds, and Enclosures*: 145–52. BAR Int. Series 2122. Oxford: Archaeopress.
- JIMÉNEZ JÁIMEZ, V. & J. SUÁREZ PADILLA. 2020. Understanding Pit Sites: Storage, Surplus and Social Complexity in Prehistoric Western Europe. *Journal of Archaeological Method and Theory*

27: 799–835. <https://doi.org/https://doi.org/10.1007/s10816-019-09429-7>.

- JIMENO MARTÍNEZ, A. 1979. Aportación al estudio de las Necrópolis del Duero: Los Tolmos, Caracena (Soria). *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria* III: 91–106.
- . 1982. Las fechas C.14 del yacimiento de Los Tolmos de Caracena (Soria). *Trabajos de Prehistoria* 39: 335–41.
- . 1984. *Los Tolmos de Caracena (Soria) (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- . 1986. Elementos de relación entre la zona riojana y el alto Duero en el Neolítico y Edad de Bronce, in *Segundo Coloquio sobre Historia de La Rioja: 2-4 octubre de 1985*. Vol. 1: 41–64. Logroño: Universidad de La Rioja, Colegio Universitario de La Rioja.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. & J.J. FERNÁNDEZ MORENO. 1991a. *Los Tolmos de Caracena (Soria). Campañas 1981 y 1982. Aportación al Bronce Medio de la Meseta*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- . 1991b. *Los Tolmos de Caracena (Soria) (Campañas 1981 y 1982). Aportación al Bronce Medio de la Meseta*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., J.J. FERNÁNDEZ MORENO & M.L. REVILLA. 1988. Asentamientos de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: Consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce antiguo. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 30: 83–119.
- JOHNSTON, S., A. DIACHENKO, B. GAYDARSKA, M. NEBBIA, P. VOKE, K. BONDAR, V. LITKEVYCH & J. CHAPMAN. 2018. The Experimental Building, Burning and Excavation of a two-Storey Trypillia House, en S. Țurcanu & C.-E. Ursu (eds.) *Materiality and identity in Pre- and Protohistoric Europe. Homage to Cornelia-Magda Lazarovici*: 397–434. Suceava: The Bucovina Museum, Karl A. Romstorfer Publishing House.
- JOHNSTON, S., J. CHAPMAN, B. GAYDARSKA, A. DIACHENKO, P. VOKE, M. NEBBIA & V. LITKEVYCH. 2019. The Nebelivka experimental house construction and house-burning, 2014–2015. *Bulgarian e-Journal of Archaeology* 9: 61–90.
- JOVER MAESTRE, F.J., S. MARTÍNEZ MONLEÓN & J.A. LÓPEZ PADILLA. 2018. Sobre la estructura poblacional de las sociedades del Sur del Bronce Valenciano. *Zephyrus* 82: 93–117. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.14201/zephyrus20188293117>.
- JOYCE, R.A. 2008. Practice in and as deposition, en B.J. Mills & W.H. Walker (eds.) *Memory work. Archaeologies of Material Practices*: 25–40. Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- JUNYENT, E., J.B. LÓPEZ & A. OLIVER. 1991. Estratègia, anàlisi estratigràfica i registre en l'arqueologia lleidatana dels 80. La Harris Matrix, en I. Trócoli & R. Sospedra (eds.) *Sistemas de registre en arqueologia. Harris Matrix*: 185–275. Lleida: Estudi General de Lleida.
- KARKANAS, P. & P. GOLDBERG. 2018. *Reconstructing Archaeological Sites: Understanding the Geoarchaeological Matrix*. Wiley Blackwell. <https://doi.org/10.1002/9781119016427>.
- KNOLL, F., M. PASTOR QUILES, C.-A. DE CHAZELLES & L. COOKE. 2019. *On cob balls, adobe, and daubed*

straw plaits. A glossary on traditional earth building techniques for walls in four languages. Halle (Saale): Landesmuseum für Vorgeschichte.

- KOPYTOFF, I. 1986a. The cultural biography of things: commoditization as process, in A. Appadurai (ed.) *The Social Life of Things. Commodities in cultural perspective*: 64–91. Cambridge: Cambridge University Press. https://www.cambridge.org/core/product/identifiier/CBO9780511819582A010/type/book_part.
- . 1986b. The Cultural Biography of Things, en A. Appadurai (ed.) *The Social Life of Things. Commodities in cultural perspective*: 64–91. Cambridge: Cambridge University Press.
- KOUTRAFOURI, V.G. 2008. *Ritual in Prehistory: Definition and Identification Religious Insights in Early Prehistoric Cyprus*. Edinburg: University of Edinburg. <http://uniedibur.ac.uk/digitaltheses>.
- KRISTIANSEN, K. & T.B. LARSSON. 2006. *La emergencia de la sociedad del Bronce: viajes, transmisiones y transformaciones*. Barcelona: Bellaterra.
- KRUGER, R.P. 2015. A Burning Question or, Some Half-Baked Ideas: Patterns of Sintered Daub Creation and Dispersal in a Modern Wattle and Daub Structure and Their Implications for Archaeological Interpretation. *Journal of Archaeological Method and Theory* 22: 883–912. <https://doi.org/10.1007/s10816-014-9210-2>.
- KUIJT, I. 2008. Els 'Grans' recorden: estructures neolítiques del record i l'oblit simbòlic. *Cota Zero* 23: 131–39.
- KUS, S. 1997. Archaeologist as anthropologist: much ado about something after all? *Journal of Archaeological Method and Theory* 4: 199–213.
- LAMDIN-WHYMARK, H. 2008. *The Residue of Ritualised Action: Neolithic Deposition Practices in the Middle Thames Valley*. Oxford: British Archaeological Reports.
- LAMOTTA, V. & M.B. SCHIFFER. 1999. Formation Processes of House Floor Assemblages, en P. Allison (ed.) *The Archaeology of Household Activities*: 19–29. London: Routledge.
- LARSSON, A.M. 2009. Organized Chaos. Defleshing, cremations and dispersal of the dead in Pitted Ware Culture, en I.-M. Back Danielsson, I. Gustin, A.M. Larsson, N. Myrberg & S. Thedéen (eds.) *döda personers sällskap. Gravmaterialens identiteter och kulturella uttryck*. On the Threshold. Burial Archaeology in the Twenty-first Century., 109–30. Stockholm: Stockholm University.
- LATORRE, F.J. 1984. Apéndice I. Marco geológico y geomorfológico del yacimiento prehistórico de Caracena, en A. Jimeno Martínez (ed.) *Los Tolmos de Caracena (Soria) (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*.: 311–21. Madrid: Ministerio de Cultura.
- LATOUR, B. 2008. *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

- LIESAU, C. & M.C. BLASCO BOSQUED. 2019. La manipulación de los ancestros: acerca de los complejos ritos funerarios campaniformes en el centro peninsular, en G. Delibes & E. Guerra Doce (eds.) *¡Un brindis por el príncipe! El vaso Campaniforme en el interior de la Península Ibérica (2500-2000 a.C.)*. Vol. II: 183–206. Madrid: Museo Arqueológico Regional de Madrid.
- LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C., J. GARCÍA GARCÍA, E. CARRIÓN SANTAFÉ & M.C. BLASCO BOSQUED. 2004. El depósito ritual del fondo 76 - 78 de la Fábrica de Ladrillos (Getafe, Madrid). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 30: 47–56.
- LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C., Á. ESPARZA-ARROYO & A. SÁNCHEZ-POLO. 2014. ¿Huesos en la basura o depósito ritualizado? Los perros descuartizados de La Huelga (Dueñas, Palencia). *Zephyrus* 74: 89–115.
- LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. 2012. Depósitos con ofrendas animales en yacimientos Cogotas I: Antecedentes y Características., en J.A. Rodríguez Marcos & J. Fernández Manzano (eds.) *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*: 219–58. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- LILLIOS, K. 2004. Lives of Stone, Lives of People: Re-Viewing the Engraved Plaques of Late Neolithic and Copper Age Iberia. *European Journal of Archaeology* 7: 125–58. <https://doi.org/10.1177/1461957104053712>.
- LILLIOS, K.T., A. BLANCO-GONZÁLEZ, B.L. DRAKE & J.A. LÓPEZ-SÁEZ. 2016. Mid-late Holocene climate, demography, and cultural dynamics in Iberia: A multi-proxy approach. *Quaternary Science Reviews* 135: 138–53. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.1016/j.quascirev.2016.01.011>.
- LINARES GONZÁLEZ, J., F. HUERTAS GARCÍA & J. CAPEL MARTÍNEZ. 1983. La arcilla como material cerámico. Características y comportamiento. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 8: 479–90.
- LÓPEZ-DE-HEREDIA MARTÍNEZ-DE-SABARTE, J. 2014. *La cerámica de la Segunda Edad del Hierro en el País Vasco: Estudio tecnológico, funcional y social*. San Sebastián: Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea.
- LÓPEZ-PLAZA, M., Á. ESPARZA-ARROYO, I. GARCÍA GÓMEZ & F.J. LÓPEZ-MORO. 2018. Procedencia del material pétreo de los molinos de los yacimientos Cogotas I (Bronce Medio y Tardío) de la Cuenca del Duero y modelos consecuentes de flujo. *Estudios Geológicos* 74: e074. <https://doi.org/http://doi.org/10.3989/egeol.42955.462>.
- LÓPEZ-SÁEZ, J.A. & A. BLANCO-GONZÁLEZ. 2004. El paisaje de una comunidad agraria en el borde de la Cuenca del Duero: análisis paleopalínológico del yacimiento Proto-Cogotas I de la Gravera de Puente Viejo (Mingorría, Ávila, España). *Zephyrus* 57: 195–219.
- LÓPEZ-SÁEZ, J.A., J.A. RODRÍGUEZ-MARCOS & P. LÓPEZ. 2005. Paisaje y economía durante el Bronce Antiguo en la meseta norte desde una perspectiva paleoambiental: algunos casos de estudio. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: BSAA* 71: 65–88.

- LÓPEZ-SÁEZ, J.A., L. LÓPEZ MERINO & S. PÉREZ DÍAZ. 2009. VII. Estudio arqueopalinológico de cuatro hoyos de la Edad del Bronce de 'El Pelambre', en M.L. González Fernández (ed.) *'El Pelambre', Villaornate, León. El Horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantigo en el valle medio del Esla*: 259–66. Madrid: TRAGSA.
- LÓPEZ-SÁEZ, J.A. et al. 2014. Vegetation history, climate and human impact in the Spanish Central System over the last 9000 years. *Quaternary International* 353: 98–122. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.1016/j.quaint.2013.06.034>.
- LÓPEZ, G., J. MORÍN, I. RUS & E.M. de ARAGÓN (ed.). 2011. *Recuperando el pasado 2. La Prehistoria Reciente en la depresión Prados-Guatén (Comunidad de Madrid)*. Madrid: Audema.
- LÓPEZ GARCÍA, P. 1997. *El Paisaje Vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final* Arqueología, Paleontología y Etnografía, 5. Madrid: Comunidad de Madrid.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, Ó. 2003. Dataciones radiocarbónicas en la Protohistoria del Sudoeste de la Meseta Norte. Consideraciones para un trabajo por hacer. *Trabajos de Prehistoria* 60: 131–42.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, Ó., M.D. FERNÁNDEZ-POSSE & F.J. SÁNCHEZ-PALENCIA. 2003. *Memoria de los trabajos realizados en la zona arqueológica del Cerro del Berrueco (El Tejado-Puente del Congosto, Salamanca) (01 a 28 de septiembre de 2003)*. Documento técnico Inédito. Salamanca.
- LÓPEZ PLAZA, M., F.J. LÓPEZ MORO & Á. ESPARZA-ARROYO. 2016. Procedencia del material granítico de los molinos de vaivén prehistóricos: el caso del yacimiento Cogotas I de Arroyo Mucientes-San Lázaro (Castronuño, Valladolid) y propuesta de una marcha metodológica general. *Complutum* 27: 63–79.
- LÓPEZ SÁEZ, J.A. & A. BLANCO-GONZÁLEZ. 2004. El paisaje de una comunidad agraria en el borde de la cuenca del Duero: Proto-Cogotas I de la gravera de puente viejo (Mingorría, Ávila, España) *Zephyrus* 42: 195–219.
- LUCERO, L.J. 2008. Memorializing place among Classic Maya commoners, en B.J. Mills & W.H. Walker (eds.) *Memory work. Archaeologies of Material Practices*: 187–206. Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- LULL, V., R. MICÓ, C. RIHETE HERRADA & R. RISCH. 2011. El Argar and the beginning of class society in the western Mediterranean, en S. Hansen & J. Müller (eds.) *Sozialarchäologische Perspektiven: Gesellschaftlicher Wandel 5000–1500 v. Chr. zwischen Atlantik und Kaukasus*: 381–414. Berlin: Deutsches Archäologisches Institut/Von Zabern.
- MACARRO RODRÍGUEZ, J.A. 2002. *La Alcalá prehistórica. El poblado de la Edad del Bronce de 'La Dehesa'*. Alcalá de Henares: Fundación Colegio Rey.
- MAGGETTI, M., C. NEURURER & D. RAMSEYER. 2011. Temperature evolution inside a pot during experimental surface (bonfire) firing. *Applied Clay Science* 53: 500–508.
- MAKKAY, J. 1983. Foundation sacrifices in Neolithic houses of the Carpatian Basin, en E. Anati (ed.) *The intellectual expressions of Prehistoric man: art and religion – Acts of the Valcamonica Symposim '79*: 157–68. Edizioni del Centro y Editoriale Jaca Book Spa.

- MALUQUER DE MOTES, J. 1956. *Carta Arqueológica de España. Salamanca*. Salamanca: Diputación Provincial de Salamanca, Servicio de Investigaciones Arqueológicas.
- . 1958a. *Excavaciones arqueológica en el Cerro del Berrueco*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- . 1958b. *El Castro de Los Castillejos de Sanchorreja*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- MANTEROLA, A. & J.M. BARANDIARÁN. 2011. *Casa y familia en Vasconia*. Atlas Etnográfico de Vasconia, I-II. Bilbao: Labayru Fundazioa.
- MARITAN, L., L. NODARI, A. MAZZOLI & A. RUSSO. 2006. Influence of firing conditions on ceramic products. Experimental study on clay rich in organic matter. *Applied Clay Science* 31: 1–15.
- MÁRQUEZ ROMERO, J.E. 2001. De los ‘campos de silos’ a los ‘agujeros negros’: sobre pozos, depósitos y zanjas en la Prehistoria Reciente del Sur de la Península Ibérica. *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología* 10: 207–20.
- . 2004. Muerte ubicua: sobre deposiciones de esqueletos humanos en zanjas y pozos en la Prehistoria reciente de Andalucía. *Mainake* 26: 115–38.
- . 2006. Sobre los depósitos estructurados de animales en yacimientos de fosos del Sur de la Península Ibérica, en *Animais na Pré-história e Arqueologia da Península Ibérica – Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular (Faro, 14 a 19 de Setembro de 2004)*: 15–25. Faro: Universidade do Algarve.
- MÁRQUEZ ROMERO, J.E. & V. JIMÉNEZ JÁIMEZ. 2010. *Recintos de Fosos. Genealogía y significado de una tradición en la Prehistoria del suroeste de la Península Ibérica (IV-III milenios AC)*. Málaga: Universidad de Málaga.
- MARTÍN-SEIJO, M., V.M.F. SILVA & A.M.S. BETTENCOURT. 2015. Carbonised wooden objects and wood charcoal from an Iron Age feasting context in North-western Iberia: The case study of Frijão (Braga, Portugal). *Journal of Archaeological Science: Reports* 2: 538–50.
- MARTÍN-SEIJO, M., A. BLANCO-GONZÁLEZ, A. TEIRA-BRIÓN, C. RODRÍGUEZ RELLÁN, A.M.S. BETTENCOURT, E. RODRÍGUEZ SÁIZ & B. COMENDADOR REY. 2017. Disentangling the life-cycles of Bronze Age pits: A multi-stranded approach, integrating ceramic refitting, archaeobotany and taphonomy. *Journal of Archaeological Science: Reports* 12: 528–42.
- MARTÍN BENITO, J.I. 1988a. *Excavaciones arqueológicas en ‘El Teso del Cuerno’ (Forfoleda, Salamanca). Excavación de enero-febrero de 1988*. Documento técnico inédito. Salamanca.
- . 1988b. Excavaciones arqueológicas en ‘El Teso del Cuerno’ (Forfoleda, Salamanca, España). (Campaña enero-febrero de 1988) (I). *Arqueologia (Porto)* 18: 131–56.
- . 2000. *El Achelense en la cuenca media occidental del Duero*. Zamora: Centro de Estudios Benaventanos Ledo del Pozo e Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo.
- MARTÍN BENITO, J.I. & M.C. JIMÉNEZ GONZÁLEZ. 1988. En torno a una estructura constructiva en un ‘campo de hoyos’ de la Edad del Bronce de la meseta española (Forfoleda, Salamanca).

Zephyrus 41: 263–81.

- . 1989. El campo de hoyos del ‘Teso del Cuerno’. *Revista de Arqueología* 99: 18–24.
 - . 1990. *Informe de excavación arqueológica del yacimiento del ‘Teso del Cuerno’ (Forfoleda, Salamanca). Campaña agosto-septiembre de 1990*. Documento técnico inédito. Salamanca.
 - . 1991. *Informe de excavación arqueológica en el yacimiento ‘Teso del Cuerno’ (Forfoleda, Salamanca). Campaña de agosto-septiembre de 1991*. Documento técnico inédito. Salamanca.
 - . 1992. ‘El Teso del Cuerno’: un campo de hoyos de la Edad del Bronce en Forfoleda (Salamanca), en J.L. Martín Rodríguez (ed.) *I Congreso de Historia de Salamanca*, 1: 241–50. Salamanca: Diputación de Salamanca.
 - . 2003. *El ‘Teso del Cuerno’ de Forfoleda (Salamanca)*. Salamanca: Ayuntamiento de Forfoleda.
- MARTÍN CARBAJO, M.Á., J.C. MISIEGO TEJEDA, F.J. PÉREZ RODRÍGUEZ, J.M. FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, F.J. SANZ GARCÍA & G.J. MARCOS CONTRERAS. 1993. Documento funerario del Bronce Medio en la submeseta Norte: «Carrelasvegas» (Santilla de Campos, Palencia). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 59: 69–88.
- MARTÍN VALLS, R. & G. DELIBES. 1973a. Recientes hallazgos cerámicos de la fase Cogotas I en la provincia de Salamanca. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 39: 395–402.
- . 1973b. Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 39: 403–14.
 - . 1982. Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IX). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 39: 44–70.
- MARTÍN VISO, I. & A. BLANCO-GONZÁLEZ. 2016. Ancestral memories and early medieval landscapes: the case of Sierra de Ávila (Spain): Ancestral memories and early medieval landscapes. *Early Medieval Europe* 24: 393–422.
- MARTÍNEZ MIRA, I., E. VILAPLANA ORTEGO, I. SUCH BASAÑEZ, J. JUAN & M.A. GARCÍA DEL CURA. 2014. Cabezo Pardo. Análisis instrumental de materiales de construcción de barro del yacimiento argárico, en J.A. López Padilla (ed.) *Cabezo Pardo (San Isidro / Granja de Rocamora, Alicante). Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce*. Memorias de Excavaciones Arqueológicas, 6: 330–78. Alicante: MARQ y Diputación de Alicante.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. & A. MÉNDEZ MADARIAGA. 1983. Arenero de Soto. Yacimiento de ‘fondos de cabaña’ del Horizonte Cogotas I. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas* 2: 183–254.
- MARTÍNEZ PEÑARROYA, J. 2008. ¿Arquitectura prehistórica o Prehistoria de la Arquitectura? Tres milenios de edilicia efímera en el valle del río Henares. *Cuadernos de Prehistoria y*

Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid 34: 155–77.

- MATEU SAGUÉS, M. 2016. *Estudi de la terra crua durant la primera Edat del Ferro al nord-est de la península Ibèrica des de les perspectives micromorfològica i tipològica. Els materials del jaciment de Sant Jaume (Alcanar, Montsià)*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- MATTHEWS, W. 2016. Humans and fire: Changing relations in early agricultural and built environments in the Zagros, Iran, Iraq. *The Anthropocene Review*, 1–33.
- MAUSS, M. 2009. *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. 1ª edición 1924. Buenos Aires: Katz.
- MAYA, J.L. & M.A. PETIT. 1986. El Grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto de cerámicas con boquique en la Península Ibérica. *Anales de Prehistoria y Arqueología Universidad de Murcia* 2: 49–72.
- MCANANY, P. & I. HODDER. 2009. Thinking about stratigraphic sequence in social terms. *Archaeological Dialogues* 16: 1–22.
- MCOMISH, D. 1996. East Chisenbury: ritual and rubbish at the British Bronze Age-Iron Age transition. *Antiquity* 70: 68–76.
- MESKELL, L. 2004. *Object worlds in Ancient Egypt: Material biographies past and present*. Oxford: Berg Publishers.
- MESKELL, L. & R.A. JOYCE. 2003. *Embodied Lives. Figuring ancient Maya and Egyptian experience*. Londres y Nueva York: Routledge.
- MILLS, B.J. 2008. Remembering while forgetting. Depositional practices and social memory at Chaco, en B.J. Mills & W.H. Walker (eds.) *Memory work. Archaeologies of Material Practices*: 81–108. Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- MILLS, B.J. & R. VEGA-CENTENO. 2005. 6. Sequence and stratigraphy, en H.D.G. Maschner & C. Chippindale (eds.) *Handbook of archaeological methods*: 176–215. Lanham: Altamira Press.
- MILLS, B.J. & W.H. WALKER. 2008. Introduction: Memory, materiality and depositional practice, en B.J. Mills & W.H. Walker (eds.) *Memory work. Archaeologies of Material Practices*: 3–24. Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- MÍNGUEZ ÁLVARO, M.T. 2005. *Estudios sobre Atapuerca (Burgos): III. Los materiales del Bronce Final de 'El Portalón' de Cueva Mayor*. Bilbao: Universidad de Deusto, Excm. Diputación Provincial de Burgos.
- MIRET I MESTRE, J. 2016. *Fosses, sitges i altres coses. Catàleg d'estructures prehistòriques d'Europa* 2ª edición. Barcelona.
- MISIEGO TEJEDA, J.C., G.J. MARCOS CONTRERAS, M.Á. MARTÍN CARBAJO & F.J. SANZ GARCÍA. 1995. Excavaciones arqueológicas en el castro de Sacaosjos (Santiago de la Valduerna, León). *Numantia: Arqueología en Castilla y León* 6: 43–66.
- MISIEGO TEJEDA, J.C., G.J. MARCOS CONTRERAS, M.Á. MARTÍN CARBAJO, F.J. SANZ GARCÍA & L.A.

- VILLANUEVA MARTÍN. 2005. Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila): Reconstrucción de la vida y economía de un poblado en los albores de la Edad del Hierro., en *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Aquilafuente, 86: 207–28. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- MIZOGUCHI, K. 1993. Time in the reproduction of mortuary practices. *World Archaeology* 25: 223–35.
- MOLINA, F. 1978. Diferenciación y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 3: 159–232.
- MOLINA, F. & O. ARTEAGA. 1976. Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 1: 175–214.
- MONTERO GUTIÉRREZ, J. 2011. *Manifestaciones rituales e ideología durante la Edad del Bronce en el interior peninsular*. Tesis doctoral inédita. Burgos: Universidad de Burgos.
- MONTÓN SUBÍAS, S., M. SÁNCHEZ ROMERO & S. (eds.) 2008. *Engendering Social Dynamics: The Archaeology of Maintenance Activities*. Oxford: Archaeopress
- MOORE, H.L. 1986a. *Space, text and gender. An anthropological study of Marakwet of Kenya*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1986b. Ash and Animal Dung: The Organisation of Domestic Space among the Endo, en *Space, text and gender. An anthropological study of Marakwet of Kenya*: 91–106. Cambridge: Cambridge University Press.
- MOORE, J.D. 2012. *The Prehistory of Home*. Berkeley: University of California Press.
- MORÁN, C. 1922. *Excavaciones arqueológicas en el cerro del Berrueco (Medinilla, Ávila, El Tejado y Puente de Congosto, Salamanca)*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 65. Madrid.
- . 1935. Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora, *Junta Superior del Tesoro Artístico, núm. 3 de 1934*.
- MORENO RASO, I. 2014. Longhouses del Bronce Final-Hierro I en la península Ibérica. *Arqueología y Territorio* 11: 25–37.
- Munsell soil color charts*. 2015. Miami.
- MURILLO-BARROSO, M., E. PEÑALVER, P. BUENO-RAMÍREZ, R. BARROSO, R. de BALBÍN & M. MARTINÓN-TORRES. 2018. Amber in prehistoric Iberia: New data and a review. *PLoS ONE* 13: e0202235. <https://doi.org/https://doi.org/10.1371/journal.pone.0202235>.
- NÁJERA COLINO, T. & F. MOLINA GONZÁLEZ. 2004. Las Motillas. Un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de La Mancha, en R. García Huerta & J. Morales Hervás (eds.) *La Península Ibérica en el II milenio A.C.: poblados y fortificaciones*: 173–214. Cuenca:

Universidad de Castilla-La Mancha.

- NÁJERA COLINO, T., F. MOLINA GONZÁLEZ, S. JIMÉNEZ-BROBEIL, M. SÁNCHEZ ROMERO, I. AL OUMAOU, G. ARANDA JIMÉNEZ, A. DELGADO-HUERTAS & Z. LAFFRANCHI. 2010. La población infantil de la Motilla del Azuer: Un estudio bioarqueológico. *Complutum* 21: 69–102.
- NÁJERA COLINO, T., F. MOLINA GONZÁLEZ, J.A. CÁMARA SERRANO, J.A. AFONSO & L. SPANEDDA. 2019. Análisis estadístico de las dataciones radiocarbónicas de la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 29: 205–351. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.30827/CPAG.v29i0.9780>.
- NARANJO GONZÁLEZ, C. 1984. El Castillo de Cardeñosa. Un yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce en la Sierra de Ávila (excavaciones realizadas por Cabré en 1931). *Noticiero Arqueológico Hispánico* 19: 35–84.
- NEEDHAM, S. & T. SPENCE. 1996. *Refuse and disposal at Area 16 East, Runnymede. Runnymede Bridge Research Excavations, Volume 2*. London: British Museum Press.
- NEGREDO, M.J. & A.L. PALOMINO LÁZARO. 1996. *Informe técnico de la excavación arqueológica en el yacimiento de 'El Cerro', La Horra (Burgos)*. Documento técnico inédito. Burgos.
- NIKOLOVA, L. 2005. Approach to Anthropology of everydayness: Symbols in the Prehistoric Enculturation Process, en L. Nikolova, J. Fritz & J. Higgins (eds.) *Prehistoric Archaeology and Anthropological Theory and Education*. Reports of Prehistoric Research Projects, 6-7: 101–6. Salt Lake City y Karlovo: International Institute of Anthropology.
- ODRIOZOLA, C. et al. 2019. Amber, beads and social interaction in the Late Prehistory of the Iberian Peninsula: an update. *Archaeological and Anthropological Sciences* 11: 567–95. <https://doi.org/https://doi.org/10.1007/s12520-017-0549-7>.
- ORTEGA, L.A., M.C. ZULUAGA, A. ALONSO & C. OLAETXEA. 2005. El estudio arqueométrico de las producciones cerámicas. *Munibe. Antropología-Arkeologia* 57: 365–88.
- ORTON, C., P. TYERS & A. VINCE. 1997. *La cerámica en arqueología*. Barcelona: Crítica.
- PADILLA FERNÁNDEZ, J.J. 2019a. *Identidades, cultura y materialidad cerámica: Las Cogotas y la Edad del Hierro en el Occidente de Iberia*. Tesis doctoral inédita. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. <https://eprints.ucm.es/50780/>.
- . 2019b. La cocción cerámica en la prehistoria: un proceso de especialización marcada en Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). *Treballs d'Arqueologia* 23: 87–115. <https://doi.org/10.5565/rev/tda.103>.
- PADILLA FERNÁNDEZ, J.J. & A. DORADO ALEJOS. 2017. Lo que la cerámica esconde: continuidad y cambio social a finales del Bronce y comienzos de la Edad del Hierro en el castro de las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). *Complutum* 28: 87–117. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.58423>.
- PALOMINO LÁZARO, A.L., M.J. NEGREDO & F.J. ABARQUERO MORAS. 1999. Cabañas, basureros, silos y

- tumbas en el yacimiento de El Cerro, La Horra (Burgos): a vueltas sobre el significado de un campo de hoyos en la Edad del Bronce de la Meseta. *Nvmantia. Arqueología en Castilla y León*. 1995-1996 7: 21–41.
- PALOMINO LÁZARO, A.L., M. NEGREDO GARCÍA & A. BALADO PACHÓN. 2019. *Trabajos de documentación arqueológica para el desarrollo del proyecto de parque eólico ‘Carrecastro’ TT.MM. de Tordesillas y Velilla (Valladolid)*. Documento técnico inédito. Valladolid.
- PALOMINO LÁZARO, A.L., M. CRESPO DÍEZ & M.I. CENTENO CEA. 2021. Excavación en el yacimiento de ‘Carrecastro’ (Tordesillas y Velilla). Aportaciones de la arqueología comercial a la investigación del Bronce Final en el valle medio del Duero, en *Conocer Valladolid. XII Curso de patrimonio cultural 2018/19*: 61–88. Valladolid: Real Academia de Bellas Arte de la Purísima Concepción. Ayuntamiento de Valladolid.
- PALOMO-DÍEZ, S., C. BAEZA-RICHER, E. FERNÁNDEZ DOMÍNGUEZ, C. GAMBA, M. TIRADO VIZCAÍNO & E. ARROYO-PARDO. 2012. Análisis molecular de relaciones familiares en los restos hallados en dos tumbas triples de la Cultura Cogotas I (Bronce Final). La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid) y Los Tolmos (Caracena, Soria), en *Biodiversidad Humana y Evolución*. Purpurink - Estudi Editorial.
- PALOMO-DÍEZ, S., Á. ESPARZA-ARROYO, J. VELASCO-VÁZQUEZ, C. GOMES, A.M. LÓPEZ-PARRA & E. ARROYO-PARDO. 2017. An unexpected case in the prehistory of the Iberian Peninsula: Biogeographical origin analysis through mitochondrial DNA. *Forensic Science International: Genetics Supplement Series* 6: e205–7. <https://doi.org/10.1016/j.fsigss.2017.09.080>.
- PALOMO-DÍEZ, S., C. BAEZA-RICHER, Á. ESPARZA-ARROYO, J. VELASCO-VÁZQUEZ, C. GOMES, A. SÁNCHEZ-POLO, A.M. LÓPEZ-PARRA, A. BLANCO-GONZÁLEZ & E. ARROYO-PARDO. 2019. Kinship analysis on skeletal ancient remains: The case of “El Cerro de la Horra” (Burgos, Spain). *Forensic Science International: Genetics Supplement Series* 7: 279–81. <https://doi.org/https://doi.org/10.1016/j.fsigss.2019.09.110>.
- PALOP, L. (ed.). 2010. *Colonos en los inicios de la Edad del Hierro en Madrid. Las longhouses de Las Camas en Villaverde Bajo*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional de Madrid.
- PARKER-PEARSON, M. & RAMILISONINA. 1998. Stonehenge for the ancestors: the stones pass on the message. *Antiquity* 72: 308–26.
- PASTOR QUILES, M. 2017. *La construcción en tierra en arqueología. Teoría, método, técnicas y aplicación*. San Vicente del Raspeig: Publicacions Universitat d’Alacant.
- . 2019. *La construcción en tierra en la Prehistoria Reciente del Levante meridional de la Península Ibérica: materiales, técnicas y procesos constructivos*. Tesis doctoral inédita. Alicante: Universitat d’Alacant.
- PEARCE, M. 2008. Structured Deposition in Early Neolithic Northern Italy. *Journal of Mediterranean Archaeology* 1: 19–33. <https://doi.org/10.1558/jmea.2008.v21i1.19>.
- PEÑA-CHOCARRO, L., G. PÉREZ JORDÀ, J. MORALES MATEOS & L. ZAPATA. 2015. Storage in traditional

- farming communities of the western Mediterranean: Ethnographic, historical and archaeological data. *Environmental Archaeology* 20: 379–89.
- PÉREZ-ROMERO, A., A. ALDAY, E. IRIARTE, M. FRANCÉS-NEGRO, M.A. GALINDO-PELLICENA, A. ÁLVAREZ-FERNÁNDEZ, L. JUEZ, J.L. ARSUAGA & J.M. CARRETERO. 2016. La cerámica de la Edad del Bronce en el yacimiento de El Portalón de Cueva Mayor (Sierra de Atapuerca, Burgos, España). *Munibe. Antropología-Arkeologia* 67: 105–26.
- PÉREZ GARCÍA, C.M. 2013. *Informe de la primera campaña de excavaciones en el Prado de la Carrera (Candeleda, Ávila)*. Documento técnico inédito. Ávila.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J. & J.M. FERNÁNDEZ GIMÉNEZ. 1993. Sobre la cocción de cerámica durante la Edad del Bronce. El yacimiento de ‘La Venta’ (Alar del Rey, Palencia). *Numantia: Arqueología en Castilla y León 1989/1990* 4: 41–60.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J., J.C. MISIEGO TEJEDA, F.J. SANZ GARCÍA, G.J. MARCOS CONTRERAS, M.Á. MARTÍN CARBAJO & J.M. FERNÁNDEZ GIMÉNEZ. 1991. ‘La Huelga’. Un interesante yacimiento de la Edad del Bronce en el centro de la Cuenca del Duero (Dueñas, Palencia). *Numantia: Arqueología en Castilla y León* 5: 11–32.
- PÉREZ VILLA, A. 2015. *Pautas funerarias y demográficas de la Edad del Bronce en la cuenca media y alta del Tajo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- PICAZO MILLÁN, J. V. 1993. *La Edad del Bronce en el Sur del Sistema Ibérico Turoloense, I: Los materiales cerámicos*. Monografías arqueológicas del S.A.E.T., 7. Teruel: Seminario de Arqueología y Etnografía Turoloense. Colegio Universitario de Teruel.
- . 2005. El poblamiento en el Valle Medio del Ebro durante la Prehistoria reciente: zonas y procesos. *Revista d’Arqueologia de Ponent* 15: 97–117.
- . 2007. Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel), en *Fragments de historia: 100 años de arqueología en Teruel*: 149–54. Teruel: Museo de Teruel.
- PORRAS GARCÉS, P. 1961. *Contribución al estudio de la arqueología e historia de los valles Quijos y Misaguallí (Alto Napo) en la región oriental del Ecuador*. Quito: Editora Fénix.
- PRATS, G., F. ANTOLÍN & N. ALONSO. 2020. From the earliest farmers to the first urban centres: a socio-economic analysis of underground storage practices in north-eastern Iberia. *Antiquity* 94: 653–68. <https://doi.org/10.15184/AQY.2019.153>.
- PRIETO, G., J. VERANO & N. GOEPFERT. 2017. Lluvias e inundaciones en el siglo XV de nuestra era: sacrificios humanos y de camélidos Chimú en la periferia de Chan Chan., en *II Congreso Nacional de Arqueología*. Vol I.: 55–65. Lima: Ministerio de Cultura.
- QUINN, P.S. 2013. *Ceramic Petrography: The Interpretation of Archaeological Pottery & Related Artefacts in Thin Section*. Oxford: Archaeopress.
- QUINTANA LÓPEZ, J. & P.J. SÁNCHEZ CRUZ. 1996. Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte (consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid). *Boletín del*

Seminario de Estudios de Arte y Arqueología 62: 9–78.

- RAMOS AGUIRRE, M. 2009. Arqueología en la Autovía del Camino. *Trabajos de Arqueología Navarra* 21: 5–119.
- RATHJE, W.L. & M.B. SCHIFFER. 1982. *Archaeology*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- REIMER, P.J. et al. 2013. IntCal13 and Marine13 radiocarbon age calibration curves 0–50,000 years cal BP. *Radiocarbon* 55: 1869–87. https://doi.org/http://dx.doi.org/10.2458/azu_js_rc.55.16947.
- RENFREW, C. 1984. *Approaches to Social Archaeology*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- . 1985. *The Archaeology of cult. The sanctuary of Phylakopi*. Oxford: The British School of Archaeology.
- RENFREW, C. & P. BAHN. 1993. *Arqueología. Teorías, Métodos y Práctica*. 1ª edición 1991. Madrid: Akal Arqueología.
- REY LANASPA, J. & J.I. ROYO GUILLÉN. 1993. Balsa la Tamariz. Un yacimiento de la Edad del Bronce en la comarca de las Cinco Villas. *Revista de Arqueología* 147: 18–27.
- REYNOLDS, R.J. 1974. Experimental Iron Age storage pits: an interim report. *Proceedings of the Prehistoric Society* 40: 118–31. <https://doi.org/https://doi.org/10.1017/S0079497X00011348>.
- RICCARDI, M.P., B. MESSIGA & P. DUMINUCCO. 1999a. An approach to the dynamics of clay firing. *Applied Clay Science* 15: 393–409.
- . 1999b. An Approach to the Dynamic of Clay Firing. *Applied Clay Science* 15: 393–409.
- RICHARD, C. & J. THOMAS. 1984. Ritual activity and structured deposition in Later Neolithic Wessex, en R. Bradley & J. Gardiner (eds.) *Neolithic studies. A review of some current research.*: 189–218. Oxford.
- RINCÓN LÓPEZ, J.M. & F.J. VALLE FUENTES. 1983. Estudio mineralógico por difracción de rayos X de diferentes piezas cerámicas prehistóricas de ‘fondos de cabaña’ de Getafe (Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas* 2: 255–63.
- RIVERA GROENNOU, J.M. 2009. Micromorfología e interpretación arqueológica: aportes desde el estudio de los restos constructivos de un yacimiento argárico en el Alto Guadalquivir, Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 19: 339–60.
- RODANÉS VICENTE, J.M. 1999. *Las cuevas de Tragaluz y San Bartolomé (sierra de Cameros, La Rioja). Los enterramientos en cueva en el valle medio del Ebro*. Historia, 13. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. 1985. *El yacimiento de San Román de la Hornija (Valladolid) en el marco del Grupo Cultural Cogotas I*. Trabajo académico inédito. Valladolid: Universidad de Valladolid.

- . 2005. *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la ribera del Duero (provincia de Valladolid)*. Tesis doctoral inédita. Valladolid: Universidad de Valladolid.
 - . 2007. *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la Ribera del Duero (provincia de Valladolid)*. Monografías Arqueología en Castilla y León, 7. Valladolid: Junta de Castilla y León.
 - . 2012. Algunas notas acerca del proceso formativo de la cultura de Cogotas I, en J.A. Rodríguez Marcos & J. Fernández Manzano (eds.) *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica: 147–64*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
 - . 2014. Conjunto arqueológico de la Edad del Bronce procedente de Cueva Tino (Mave) 1700-1500 a.C. *Pieza del Mes. Octubre-Noviembre 2014*. Palencia: Museo de Palencia - Junta de Castilla y León.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. & S. MORAL DEL HOYO. 2007. Algunos ejemplos de ingeniería prehistórica poco conocidos: tres poblados amurallados del Bronce medio de la sub-Meseta norte., en M. Arenillas, C. Segura, F. Bueno & F. Huertas (eds.) *Actas del Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción. Burgos, 7-9 junio 2007: 775–80*. Madrid: SEdHC, CICCIP, CEHOPU.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. & A.L. PALOMINO LÁZARO. 1997. Un asentamiento castreño del Bronce Antiguo en la cuenca del Duero: El Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda (Burgos), in // *Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)* vol. 2, Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce: 579–90. Zamora: Fundación Rei Afonso Henriques.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A., G.J. MARCOS CONTRERAS, M.Á. MARTÍN CARBAJO, J.C. MISIEGO TEJEDA & F.J. SANZ GARCÍA. 1999. Excavaciones arqueológicas en ‘Las Vegas’ (Jabares de los Oteros), un yacimiento arqueológico del ‘Horizonte Cogotas I’ en la provincia de León, en J.M. Vidal Encinas (ed.) *Protección del Patrimonio Cultural y Obras Públicas. Actuaciones arqueológicas en la Autopista del Camino de Santiago (1994-1997): 49–70*. León: GYCAL, Junta de Castilla y León.
- ROJO GUERRA, M.A. 2019. Monumentos campaniformes singulares en el Valle de Ambrona: entre la evocación y el simbolismo, en G. Delibes & E. Guerra (eds.) *¡Un brindis por el príncipe! El vaso Campaniforme en el interior de la Península Ibérica (2500-2000 a.C.)*. Vol. I: 299–324. Madrid: MAR Museo Arqueológico Regional de Madrid.
- ROJO GUERRA, M.A., M. KUNST & A.L. PALOMINO LÁZARO. 2002. El fuego como procedimiento de clausura en tres tumbas monumentales de la Submeseta Norte, en M.A. Rojo Guerra & M. Kunst (eds.) *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del neolítico: 21–38*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Caja Rural de Soria, Instituto Arqueológico Alemán.
- ROJO GUERRA, M.A., R. GARRIDO-PENA, I. GARCÍA-MARTÍNEZ DE LAGRÁN & C. TEJEDOR-RODRÍGUEZ. 2014. Sepulcros campaniformes (no) para muertos: El Alto I y III, Las Cuevas/El Morrón y La Perica (Soria, España). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 40: 31–40.

- ROSSANO, M.J. 2009. Ritual Behaviour and the Origins of Modern Cognition. *Cambridge Archaeological Journal* 19: 243. <https://doi.org/10.1017/S0959774309000298>.
- ROYO GUILLÉN, J.I. 2014. Repasando la prehistoria reciente en las Cinco Villas: el yacimiento de la Balsa la Tamariz y la Edad del Bronce en la localidad de Tauste, en *Tauste en su historia. Actas de las XIV Jornadas sobre la Historia de Tauste. 11 al 15 de febrero de 2013*: 175–227. Zaragoza: Asociación Cultural 'El Patiaz', Institución Fernando el Católico.
- RUIZ ZAPATERO, G. 2007. Antes del Hierro. Cultura y sociedad en el centro de la Meseta (ca. 1200-500 a.C.). *Zona Arqueológica. Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania* 10: 36–63.
- SAHLINS, M. 1997. *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría antropológica*. Barcelona: Ed. Gedisa.
- SAID, E.W. 1997. *Orientalismo*. Madrid: Ed. Libertarias.
- SAMANIEGO BORDIU, B., A. JIMENO MARTÍNEZ, J.J. FERNÁNDEZ MORENO & J.A. GÓMEZ BARRERA. 2001. *Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria). Espacio y simbolismo en los inicios de la Edad del Bronce*. Memorias de Arqueología en Castilla y León, 10. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- SÁNCHEZ-POLO, A. 2010. La muerte en arqueología. Visiones cruzadas / posiciones encontradas. *El Futuro del Pasado* 1: 173–87.
- . 2011. *Los 'campos de hoyos' del grupo Cogotas I y prácticas de ritualización: aportación al estudio de la Edad del Bronce del interior peninsular*. Trabajo académico inédito. Universidad de Salamanca.
- . 2012. Depósitos de cerámicas, molinos y elementos de hoz: una propuesta de la Edad del Bronce del interior peninsular desde la arqueología posprocesual. *Arkeogazte. Revista de Arqueología* 2: 73–93.
- SÁNCHEZ-POLO, A. & A. BLANCO-GONZÁLEZ. 2014. Death, Relics, and the Demise of Huts: Patterns of Planned Abandonment in Middle Bronze Age Central Iberia. *European Journal of Archaeology* 17: 4–26. <https://doi.org/10.1179/1461957113Y.0000000048>.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. 2008. El consumo de alimentos como estrategia social: recetas para la construcción de memoria y creación de identidades. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 18: 17–39.
- . 2014. Mujeres, Arqueología y Feminismo: aportaciones desde las sociedades argáricas. *ArqueoWeb* 15: 282–90.
- . 2015. Las arquitecturas de lo cotidiano en la prehistoria reciente del sur de la península Ibérica, en M.E. Díez Jorge (ed.) *Arquitectura y mujeres en la historia*, Editorial: 19–58. Madrid.
- . 2018. Chapter 18. Care and socialization of children in the European Bronze Age., en S. Crawford, D. Hadley & G. Sheperd (eds.) *The Oxford Handbook of Archaeology of Childhood*: 338–51. Oxford: Oxford University Press.

- SANTOS GRANERO, F. (ed.). 2012a. *La vida oculta de las cosas. Teorías indígenas de la materialidad y personeidad*. Quito. Abya-Yala.
- . 2012b. De sujetadores de bebé a biblias de plumas y de utensilios astronómicos a piedras-jaguar: las múltiples formas de ser una cosa en el mundo vivido yanesha, en F. Santos Granero (ed.) *La vida oculta de las cosas. Teorías indígenas de la materialidad y la personeidad*: 149–71. Quito: Abya-Yala.
- SANZ ARAGONÉS, A., J.P. BENITO BATANERO & C. TABERNERO GALÁN. 2006. *Construcciones con cubierta vegetal en el sur de la provincia de Soria*. Soria: Junta de Castilla y León.
- SANZ GARCÍA, F.J. & L.A. VILLANUEVA MARTÍN. 2004. *Actuaciones arqueológicas en los yacimientos de 'Las Almenas', 'Las Cotarrillas', 'Navamboal' y 'Prado Esteban' de la variante de Íscar y acondicionamiento de la travesía de la C-112 de Riaza a Toro por Cuéllar y Medina del Campo (Valladolid)*. Documento técnico inédito. Valladolid.
- SANZ GARCÍA, F.J., G.J. MARCOS CONTRERAS, M.Á. MARTÍN CARBAJO, J.C. MISIEGO TEJEDA & F.J. PÉREZ RODRÍGUEZ. 1994. 'La Aceña' (Huerta, Salamanca). Un campo de hoyos de Cogotas I en la Vega del Tormes. *Numantia: Arqueología en Castilla y León* 5: 73–86.
- SCARDUELLI, P. 1988. *Dioses, espíritus, ancestros. Elementos para la comprensión de sistemas rituales*. 1ª edición 1983. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SCHIFFER, M.B. 1972. Archaeological context and systemic context. *American Antiquity* 37: 156–65.
- . 1983. Toward the identification of formation processes. *American Antiquity* 48: 675–706.
- . 1986. Radiocarbon Dating and the "Old Wood" Problem: The Case of the Hohokam Chronology. *Journal of Archaeological Science* 13: 13–30.
- . 1987. *Formation Processes of the Archaeological Record*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- SERJE, M. 2008. La invención de la Sierra Nevada. *Antípoda* 7: 198–225.
- SESMA, J. & M.L. GARCÍA. 1994. La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 2: 89–218. <https://doi.org/10.15581/%X>.
- SESMA SESMA, J. & M.L. GARCÍA GARCÍA. 1993. Monte Aguilar (Bardenas Reales de Navarra). Campañas de 1990-1991. *Trabajos de Arqueología Navarra* 11: 276–80.
- . 1994. Monte Aguilar (Bárdenas Reales de Navarra). Campañas de 1990-1991. *Trabajos de Arqueología Navarra* 11: 276–80. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1373992>.
- SESMA SESMA, J. & M.L. GARCÍA GARCÍA. 2002. Los yacimientos de Covaza y Picarana (Pitillas, Navarra). Algunos datos sobre la Edad del Bronce en la Navarra Media. *Trabajos de Arqueología Navarra* 16: 15–44.

- SESMA SESMA, J., J.J. BIENES CALVO, A. ERCE DOMÍNGUEZ, J.A. FARO CARBALLA & M. RAMOS AGUIRRE. 2009. La cerámica de estilo Cogotas I y los ciclos culturales en las postrimerías de la Edad del Bronce en Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 17: 39–83.
- SESMA SESMA, J., M.L. GARCÍA GARCÍA, A.M. HERRERO-CORRAL, M. MORENO GARCÍA, S. PÉREZ, M. RUIZ ALONSO & J.A. LÓPEZ SÁEZ. 2014. Caracterización y cronología de un yacimiento de la Edad del Bronce: San Pelayo IV, Arellano (Navarra). *Trabajos de Arqueología Navarra* 26: 99–202.
- SHAFFER, G.D. 1993. An Archaeomagnetic Study of a Wattle and Daub Building Collapse. *Journal of Field Archaeology* 20: 59–75. <https://doi.org/10.1179/009346993791974334>.
- SHANKS, M. & C. TILLEY. 1987. *Re-Constructing Archaeology. Theory and practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SIRET, E. & L. SIRET. 2006. *Las primeras edades del metal en el sudeste de España*. 1ª edición 1890. Murcia: Dirección General de Cultura de Murcia.
- SOLER DÍAZ, J.A. & D. BELMONTE MAS. 2006. Vestigios de una ocupación previa a la Edad del Bronce. Sobre las estructuras de habitación prehistórica en la Illeta del Banyets, El Campello, Alicante., en J.A. Soler Díaz (ed.) *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. Serie Mayor, 5: 27–65. Alicante: MARQ y Diputación de Alicante.
- SØRENSEN, M.L.S. 1996. Pottery evidence for formation process in the Late Bronze Age deposits, en S. Needham & T. Spence (eds.) *Refuse and disposal at Area 16 East, Runnymede. Runnymede Bridge Research Excavations, Volume 2.*: 61–74. London: British Museum Press.
- SØRENSEN, M.L.S. & K.C. REBAY. 2005. Interpreting the body. Burial practices at the Middle Bronze Age cemetery at Pitten, Austria. *Archaeologia Austriaca* 89: 153–75.
- SORIANO, I., A.M. HERRERO-CORRAL, R. GARRIDO-PENA & T. MAJÓ. 2021. Sex/gender system and social hierarchization in Bell Beaker burials from Iberia. *Journal of Anthropological Archaeology* 64: 101335. <https://doi.org/https://doi.org/10.1016/j.jaa.2021.101335>.
- SOTO RODRÍGUEZ, E. 1983. Análisis de los restos faunísticos del yacimiento de ‘fondos de cabaña’ de Getafe. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas* 2: 277–84.
- SOUVATZI, S.G. 2013. Diversity, Uniformity and the Transformative Properties of House in Neolithic Greece, en D. Hoffmann & J. Smyth (eds.) *Tracking the Neolithic House in Europe. Sedentism, Architecture, and Practice*: 45–64. London & New York: Springer.
- SPRINGER, C. 2009. *Tracking identity in a Harrison Valley pithouse*. Simon Fraser University. <http://summit.sfu.ca/item/9798>.
- SPRINGER, C. & D. LEPOFSKY. 2011. Pithouse and people: social identity and pithouses in the Harrison River Valley of Southwestern British Columbia. *Canadian Journal of Archaeology* 35: 18–54.
- STAHL, A.B. 2008. Dogs, pythons, pots and beads: the dynamics of shrines and sacrificial practices

- in Banda, Ghana, 1400-1900 CE, en B.J. Mills & W.H. Walker (eds.) *Memory work. Archaeologies of Material Practices*: 159–86. Santa Fe (New Mexico): School for Advanced Research Press.
- STEADMAN, S.R. 2016. *Archaeology of Domestic Architecture and the Human Use of Space*. London & New York: Routledge.
- STEVANOVIĆ, M. 1996. *The age of clay. Social dynamics of house destruction*. Tesis doctoral inedita. Berkeley: University of California.
- . 1997. The Age of Clay: The Social Dynamics of House Destruction. *Journal of Anthropological Archaeology* 16: 334–95.
- STOLCKE, V. 1993. De padres, filiaciones y malas memorias. ¿Qué historias de qué antropologías?, en *Después de Malinowski: modernidad y posmodernidad en la Antropología actual (Actas del VI Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español)*: 147–98. Tenerife.
- STONE, G.D. 1992. Social distance, spatial relations, and agricultural production among the Kofyar of Namu district, Plateau State, Nigeria. *Journal of Anthropological Archaeology* 11: 152–72.
- STRATO. 1992a. *Excavación arqueológica en el yacimiento de 'La Huelga' (Dueñas, Palencia). Parcela nº 45, Polígono 5 de Dueñas (IRYDA)*. Documento técnico inédito. Palencia.
- STRATO, S.L. 1991. *Excavación arqueológica de urgencia en el yacimiento de 'Carrelasvegas', Santillana de Campos, Palencia*. Documento técnico inédito. Palencia.
- . 1992b. Hallazgo de un enterramiento de la Edad del Bronce. *Revista de Arqueología* 134: 56.
- . 1992c. *Excavación arqueológica de urgencia en el yacimiento de 'La Aceña' (Huerta, Salamanca)*. Documento técnico inédito. Salamanca.
- . 1992d. *Excavación arqueológica de urgencia en el yacimiento "Viña de Esteban García", Salvatierra de Tormes, Salamanca*. Documento técnico inédito. Salamanca.
- TEJERIZO GARCÍA, C. 2014. Estructuras de fondo rehundido altomedievales en la Península Ibérica. *Munibe. Antropología-Arkeologia* 65: 215–37.
- . 2015. *Arqueología del campesinado medieval en la cuenca del Duero (ss. V-VIII D.C.)*. Tesis doctoral inédita. Vitoria: Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea.
- TERÁN, M. de & L. SOLÉ SABARIS. 1978. *Geografía general de España*. Barcelona: Ariel.
- THOMAS, J. 2008. Comments,. *Cambridge Archaeological Journal* 18: 26–28.
- THOMAS, J.T., G. MCCALL & K.T. LILLIOS. 2009. Revisiting the individual in Prehistory: Idiosyncratic engraving variation and the Neolithic Slate plaques of the Iberian Peninsula. *Cambridge Archaeological Journal* 19: 53–72.
- TILLEY, C. 1994. *Places, Paths and Monuments. A Phenomenology of Landscape*. Oxford: Berg.

- TRINGHAM, R. 1991. Men and women in prehistoric architecture. *Traditional Dwellings and Settlements Review* 3: 9–28.
- . 1995. Archaeological houses, households, housework and the home, en D.N. Benjamin (ed.) *In the Home: Words, Interpretations, Meanings, and Environments*: 79–107. Aldershot: Avebury Press.
- . 2000. The Continuous House: A View from the Deep Past, en S. Gillespie & R. Joyce (eds.) *Beyond Kinship: Social and Material Reproduction in House Societies*: 115–34. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- . 2002. Weaving house life and death into places: a blueprint for a hypermedia narrative., 98–111.
- . 2013. Destruction of Places by Fire: Domicide or Domithanasia, en J. Driessen (ed.) *Destruction: Archaeological, Philological, and Historical Perspectives*: 89–108. Louvain: Presses Universitaires de Louvain.
- . 2015. Dido and the Basket: fragments towards a non-linear history, en A. Clarke, U. Frederick & S. Brown (eds.) *Object Stories: artifacts and archaeologists*: 161–68. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.
- TRINGHAM, R., B. BRUKNER & B. VOYTEK. 1985. The Opovo Project: a study of socio-economic change in the Balkan Neolithic. *Journal of Field Archaeology* 12: 425–44. <https://doi.org/10.1179/009346985791169832>.
- TRINGHAM, R., B. BRUKNER, T. KAISER, K. BOROJEVIĆ, L. BUKVIĆ, P. ŠTELI, N. RUSSELL, M. STEVANOVIĆ & B. VOYTEK. 1992. Excavations at Opovo, 1985–1987: Socioeconomic change in the Balkan Neolithic. *Journal of Field Archaeology* 19: 351–86. <https://doi.org/10.1179/009346992791548860>.
- TWISS, K.C. et al. 2008. Arson or Accident? The Burning of a Neolithic House at Çatalhöyük, Turkey. *Journal of Field Archaeology* 33. Routledge: 41–57. <http://www.tandfonline.com/doi/full/10.1179/009346908791071358>. <https://doi.org/10.1179/009346908791071358>.
- UCKO, P. 1969. Ethnography and Archaeological Interpretation of Funerary Remains. *World Archaeology* 1: 262–80.
- UNANUA GONZÁLEZ, R. & A. ERCE DOMÍNGUEZ. 2014. Aportes al conocimiento de los yacimientos al aire libre, nuevos campos de hoyos en Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 22: 73–118.
- VALERA, A.C. 2010. Marfim no recinto calcolítico dos Perdígões (1): ‘Lúnulas’, fragmentação e ontologia dos artefactos. *Apontamentos de Arqueologia e Património* 5: 31–42.
- VALIENTE MALLA, J. 1987. *La Loma del Lomo I (Cogolludo, Guadalajara)* Excavaciones Arqueológicas en España, 152. Madrid: Ministerio de Cultura.

- VELA COSSÍO, F. 2002. *Espacio doméstico y arquitectura del territorio en la Prehistoria peninsular: tipología y razón constructiva en la arquitectura doméstica*. Universidad Complutense de Madrid.
- VELASCO-VÁZQUEZ, J. 2010. Los restos humanos del Túmulo de El Morcuero (Gemuño, Ávila): una perspectiva bioarqueológica. *Munibe. Antropología-Arkeología* 61: 213–19.
- VELASCO-VÁZQUEZ, J. & Á. ESPARZA-ARROYO. 2015. La compleja caracterización de la población de Cogotas I: la perspectiva de la antropología dental. *Anales de Prehistoria y Arqueología Universidad de Murcia* 31: 41–58. <https://revistas.um.es/apa/article/view/327631%0A>.
- . 2016. Muertes ritualizadas en la Edad del Bronce de la Península Ibérica: un enterramiento inusual en Los Rompizales (Quintanadueñas, Burgos). *Munibe. Antropología-Arkeología* 67: 75–103.
- VELASCO-VÁZQUEZ, J., Á. ESPARZA-ARROYO & V. ALBERTO-BARROSO. 2018. A vueltas con la exposición de cadáveres en Cogotas I: La evidencia del Cerro de la Cabeza (Ávila). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Arqueología* LXXXIV: 134–67.
- VERHOEVEN, M. 2000. Death, fire and abandonment. *Archaeological Dialogues* 7: 46–65. https://www.cambridge.org/core/product/identifier/S1380203800001598/type/journal_article. <https://doi.org/10.1017/S1380203800001598>.
- VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. 2003. Arquitectura de tierra, piedra y madera en Madrid (ss. V-IX d.C.). Variables materiales, consideraciones sociales. *Arqueología de la Arquitectura* 2: 287–91.
- VILLALOBOS GARCÍA, R. 2016. *Análisis de las transformaciones sociales en la Prehistoria Reciente de la Meseta Norte (milenios VI-III cal a.C.)*. Studia Archaeologica, 101. Valladolid: Ediciones Universidad de Valladolid.
- VILLANUEVA MARTÍN, L., E. CARMONA BALLESTERO, M.A. ARNAIZ ALONSO & M.E. DELGADO ARCEO. 2013. La articulación del espacio en el ‘campo de hoyos’ de Manantial de Peñuelas (Celada del Camino, Burgos), en M.A. Brezmes Escribano, A. Tejeiro Pizarro & O. Rodríguez Monterrubio (eds.) *Investigaciones arqueológicas en el valle del Duero: del Neolítico a la Antigüedad Tardía. Actas de las Segundas Jornadas de Jóvenes Investigadores del valle del Duero. León, 25 a 27 de octubre de 2012.*: 109–27. Madrid: Glyphos Publicaciones.
- WALKER, W.H. 2002. Stratigraphy and Practical Reason. *American Anthropologist* 104: 159–77. <http://doi.wiley.com/10.1525/aa.2002.104.1.159>. <https://doi.org/10.1525/aa.2002.104.1.159>.
- . 2008. Practice and nonhuman social actors. The afterlife histories of witches and dogs in the American Southwest, en B.J. Mills & W.H. Walker (eds.) *Memory work. Archaeologies of Material Practices*: 137–57. Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- WATTEZ, J. 2003. Caractérisation micromorphologique des matériaux façonnés en terre crue, dans les habitats néolithiques du sud de la France: l’exemple des sites de Jacques-Coeur (Montpellier, Hérault), du Jas-del-Biau (Millau, Aveyron), et de La Capulière (Mauguio,

Héraul, en C.-A. de Chazelles-Gazzal & A. Klein (eds.) *Échanges transdisciplinaires sur les constructions en terre crue, Actes de la table-ronde de Montpellier, 17-18 novembre 2001*: 21–32. Montpellier: Éditions de L'Espérou.

WHITLEY, J. 2002. Too many ancestors. *Antiquity* 76: 119–26.

WILSON, B. 1992. Considerations for the identification of Ritual Deposits of Animal Bones in Iron Age pits. *International Journal of Osteoarchaeology* 2: 341–49.

WOLF, M. 1982. *Sociología de la vida cotidiana*. 1ª edición 1979. Madrid: Cátedra.